



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

A 406144

PROPERTY OF

*The
University of
Michigan
Libraries*

1817

ARTES SCIENTIA VERITAS

P.
Smithson
1877

PROPERTY OF

*The
University of
Michigan
Libraries*

1817

ARTES SCIENTIA VERITAS

Handwritten signature
1891



Spila, Benedetto

CHILE
EN LA GUERRA
DEL PACÍFICO

OBRA ESCRITA EN ITALIANO

POR EL

P. BENEDICTO SPILA DE SUBLACO

I TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR EL MISMO

2ª edición aumentada

ROMA

TIP. ARTIGIANELLI DI S. GIUSEPPE
Via Monserrato, 149

1887

F

3097

875

El autor se reserva los derechos que le corresponden con arreglo a las leyes de propiedad literaria.

394213-127

A LOS HIJOS DE CHILE
QUE
EN LA GUERRA DEL PACÍFICO
CON HEROISMO LEJENDARIO
HICIERON
LA PATRIA FUERTE I RESPETADA
A LOS AMIGOS
DE LA LEJANA REPÚBLICA
QUE
EN ONCE AÑOS DE PERMANENCIA
LE PRODIGARON
HOSPITALIDAD I BENEVOLENCIA
P. BENEDICTO SPILA
DESDE LAS RIBERAS DEL TÍBER
TRIBUTA
ESTE HUMILDE HOMENAJE
DE SINCERA ADMIRACIÓN
DE ETERNA GRATITUD





PREFACIO



I escribimos algunas palabras de preámbulo, no lo hacemos para seguir la jeneral costumbre de hacer preceder el prefacio a cualquiera obrecilla, sino porque nos parece indispensable manifestar al lector el principal objeto de esta segunda edición.

En 1883, a los pocos meses de nuestro retorno de las Misiones de Chile, nos vino a las manos la Primera Parte de la *Storia della guerra d'America* del señor abogado Tomás Caivano. I como debia tratár de lugares i de hechos que nos eran conocidos, empezamos a leerla con interés tanto más vivo, cuanto que

siendo escrita por un neutral, nos lisonjeábamos hallar en ella la indispensable imparcialidad.

Mas, sentimos decirlo, nos engañamos. El egregio autor, sea que creyese hacer cosa grata a sus amigos peruanos, entre quienes ha vivido por mucho tiempo, sea que para su obra se sirviese de documentos inexactos o de fuente exclusivamente peruana, el hecho es que hace un cuadro nada agradable de la sociedad i de las milicias de Chile. « Si se hubiese de prestar fe al autor, decíamos en la primera edición, la política pacífica de Chile (único ejemplo entre las Repúblicas de la América Meridional) no es otra cosa que la consecuencia de la escasez, atendida la pobreza de aquel suelo i por consiguiente la necesidad de dedicarse al trabajo; la mayoría de aquellos habitantes vive en un estado de semibarbarie, el carácter del pueblo es fanfarron i orgulloso, la causa de la guerra ha sido una mesquina aspiración de conquista, sus capitanes se han mostrado pusilánimes e ineptos, sus soldados tímidos i cobardes, sus mujeres envidiosas i crueles: hasta los hábitos de laboriosidad de aquella población, que Caivano no ha podido ocultar i que serian suficientes por sí solos para conquistarle simpatía i respeto, hallan

en él una causa abyecta i repugnante. En la guerra, según Caivano, nada de grande ha habido entre los militares chilenos: el valor indomable ha estado tan solo entre los soldados peruanos; el heroismo lejendario se ha admirado únicamente en la flor de los marinos del Perú. »

Nosotros que en once años de permanencia en la República chilena habíamos tenido oportunidad de conocer perfectamente aquella sociedad, que pudimos ponderar sin pasión los motivos de la guerra; que presenciamos el increíble entusiasmo para la formación del ejército, que tuvimos noticias exactas de las batallas, que participamos de las angustias i de las alegrías de la población i que cantamos repetidas veces las glorias de los valerosos, al ver en aquella *Historia* adulteradas las cosas más notorias i hasta los acontecimientos más conocidos, creimos nuestro deber decir una palabra para rectificar al menos los hechos principales, narrados a su modo por Caivano.

Era un deber de gratitud, no tanto porque en nuestra permanencia en medio de aquella sociedad fuimos objeto de inmerecido aprecio, como porque aquel pueblo, eminentemente jeneroso, dispensa benévola i afectuosa hospitalidad a muchos miles

de ciudadanos italianos. Era un deber de justicia, porque la nación chilena por los hábitos de su pueblo en tiempo de paz, i por las proezas extraordinarias de sus hijos en los campos de batalla, se ha hecho acreedora a la admiración universal: i un testigo presencial no puede tolerar que se ofenda gratuitamente semejante nación.

Este sentimiento, que movia irresistiblemente nuestro corazón, nos hacia olvidar nuestra insuficiencia i, lo que más importa, no nos hacia advertir que para defender victoriosamente ciertas verdades son necesarios documentos, que confirmen las aseveraciones, so pena de incurrir en la tacha de panejirista parcial i exajerado. Teníamos la conciencia de hacer un bien, defendiendo la verdad; nos asistia el propósito de consignar fielmente al papel lo que habíamos visto con nuestros ojos, i oído con nuestros oídos a testigos neutrales, i leído en correspondencias i documentos fidedignos; nutríamos la confianza de que no nos habria abandonado la suficiente serenidad para mantenernos entres los límites de la imparcialidad, i sin pretender otra cosa sino que se hiciera justicia, i se diera a cada uno lo que sus acciones merecieran, lanzamos al público nuestro opuscu-

lillo, con la seguridad de que, aunque obligados a desmentir en cierto modo al egregio señor Cai-vano con rectificar algunos puntos de su historia, por otros títulos altamente interesante, no obstante, el mismo hubiera aplaudido nuestro propósito; siendo que para personas intelijentes es siempre satisfacción gratísima ver el triunfo de la verdad.

Mas aquel modesto escrito ha herido en lo vivo a los amigos de los enemigos de Chile, i nos ha merecido la tacha de parcialidad i algo peor todavía.

¡Era de suponerlo! Habíamos afirmado de parte de los chilenos continuos i espléndidos triunfos, repetidas i gloriosas victorias; i de parte de los peruano-bolivianos una larga *via-crucis* de vergonzosas fugas, de lagrimosos desastres, de ruinosas derrotas: i esto hacia suponer que el autor abrigara el propósito premeditado de humillar a éstos para elevar a aquéllos, o mejor, de levantar el monumento de las glorias chilenas con las ruinas de la fama de los adversarios.

Mas esta tarea, que seria repugnante en cualquier hombre honrado, no puede suponerse en un misionero, que ha abandonado familia i patria para predicar la verdad, sin esperanza de otras recom-

penas terrenas fuera de las que sabe prodigar la ordinaria ingratitud de los hombres; en un sacerdote, que estaria dispuesto a morder su lengua i meter su diestra en el bracero antes que hacerlas servir a la adulación, a la falsedad i a la calumnia; en un sacerdote, que, amando sin distinción a chilenos, peruanos i bolivianos, como a hermanos en el Señor, se ha visto en la necesidad de narrar los hechos como han acontecido realmente, aunque gloriosos para unos i vergonzosos para otros. Lo exijia la verdad que nos habíamos propuesto defender.

Es cierto que el único archivo de que disponíamos entonces era la memoria, mas hoy tenemos la grata satisfacción de probar que la memoria, guiada por el propósito de no escribir sino la verdad, nos fué harto fiel. Tenemos en nuestro poder el *Boletín de la Guerra del Pacífico*, jeneroso regalo que en 1884 nos hizo un Ministro chileno por medio del dignísimo Cónsul General de Chile en Roma, D. Joaquin Santos Rodriguez. Tenemos la bella obra *Il Perù e i suoi tremendi giorni* (El Perú i sus tremendos dias) del señor Perolari-Malmignati, que en el tiempo de la guerra se hallaba en Lima con el carácter de secretario

de la Legación de Italia. Tenemos el interesante *Viaggio della « Garibaldi »* del egregio señor Santini, quien habiendo permanecido diez i nueve meses en las aguas del Pacífico, fué testigo casi presencial de los principales hechos, que él narra con gran imparcialidad, protestando que, aun cuando los mayores intereses que tiene en el Perú la Colonia Italiana, los necesarios vínculos más estrechos con los hijos del país, el más grande prestigio i la más declarada simpatía de que gozan allí los italianos, podrian inclinarle más fácilmente a favor del Perú, no obstante, quedaria fiel al principio: *La verdad ante todo*. (Paj. 172).

Pues bien, con estas interesantes historias i documentos i especialmente con la Obra del señor Santini, que para ello nos ha concedido cortésmente el permiso, vamos a probar que en nuestras apreciaciones no ha habido ni parcialidad, ni exageración, antes hemos escrito mucho menos de lo que ha hecho aquel distinguido compatriota, cuyo libro es la más espléndida apolojía, que se haya publicado hasta ahora por un neutral sobre la República de Chile.

Hé aquí el sencillísimo objeto de esta segunda edición: vindicarnos de la tacha de parcialidad,

confirmando nuestras aseveraciones mediante los documentos oficiales i los testimonios fidedignos, citados al margen en los capitulos de la primera edición, o insertados en el cuerpo de las narraciones en las adiciones i en los capitulos con que hemos ampliado esta segunda. En suma, si en la primera edición nos movió el deseo de rectificar brevemente los principales hechos, narrados a su modo por Caivano, en esta segunda nos mueve el deber de la propia defensa, lo que por otra parte lleva consigo el complemento de la defensa de la República chilena. Por esto no deferimos para otro tiempo esta publicación, como otros hubieran deseado: nos será siempre grato volver sobre el argumento, si a ello fuéramos llamados.

No debemos concluir sin prevenir al benévolo lector que este modesto escrito está desprovisto de aquellos atractivos, que hacen agradable una lectura: no tiene sino la sencillez de que suele adornarse la verdad; mas nos asiste la confianza de que él, amante como nosotros de lo verdadero, nos prodigará su favor i benevolencia.

Concluimos pidiendo un favor especial a los lectores chilenos al presentarles la presente traducción.

Esta versión la hemos emprendido poseídos del justo temor de que tal trabajo saldria mui defectuoso; sea porque no pueden faltar los resabios de lengua italiana, que son inevitables en un escritor que desde algunos años no habla el castellano; sea porque, publicado en un país donde esta lengua es casi desconocida, deben sin duda abundar los yerros tipográficos. Estos sérios inconvenientes nos hubieran hecho desistir de la empresa, si no nos hubiese impelido a ello el deseo de hacer conocer nuestro pensamiento con aquella exactitud, que no podria exijirse de otro traductor, que no conociera la fuerza i el alcance de las espresiones italianas.

Suplicamos, pues, a los lectores que en obsequio de la precisión del concepto disimulen la falta de elegancia en la forma.

Roma, enero 6 de 1887.





CAPÍTULO I.

Bosquejo sobre Chile

LA República de Chile, situada a la extremidad meridional de la América del Sur, antes de la guerra confinaba al Norte con Bolivia, al Oriente con la Confederación Argentina, de que la separa la gran cordillera de los Andes, al Sur con el cabo de Hornos i al Poniente con el mar Pacífico. Hoi empero, mediante las ventajas de una guerra afortunada, ha estendido sus dominios al Norte hasta Camarones, territorio peruano, que encierra la provincia de Tarapacà, rica en huano i salitres, i al Sur, mediante un tratado con la República Argentina, estiende pacíficamente su dominio desde el cabo de Hornos hasta

las crestas de la cordillera. El mapa nos lo presenta como una gran serpiente que, estendiendo su cola por el estrecho de Magallanes, va a reposar su cabeza en la Quebrada de Camarones, situada al grado 19° 12' Lat. Sur.

« El territorio de Chile, dice el señor Dávila Larraín, abraza más de 37 grados de latitud por una anchura de 160 a 200 kil. Su total superficie es de 665,224 kil. cuadrados: lo que quiere decir que Chile es una vez i media más grande que la Italia, un cuarto más grande que la Alemania, la Inglaterra, la Francia i la España, i seis veces más grande que la Suiza. ⁽¹⁾ »

No obstante, su población apenas alcanza a 2,512,409 habitantes. Mas para poblar los estensos terrenos de la Araucanía, es decir, del territorio ocupado antes por los indijenas, llamados *Araucanos*, quienes van cediendo el campo a las tropas del gobierno i retirándose al interior, se han introducido las colonias extranjeras de Suiza, España i Alemania.

De las principales ciudades, como Santiago, capital de la República, i Valparaíso, primer puerto del Pacífico, nos basta decir que por las iglesias, por los edificios públicos, por los palacios, por los teléfonos i tramways, i cuanto exige la moderna civili-

(1) *Le Chili, ses avantages et ses ressources*, eco.

zación, son dos ciudades enteramente europeas. Las demás, si bien no han alcanzado este grado de adelanto, no obstante, llaman la atención por sus calles derechas i espaciosas, por la cómoda forma de las casas, aunque jeneralmente de un solo piso, i más que todo por la limpieza de las fachadas, cosa especial de aquel hermoso país, donde todos los años con ocasión del aniversario de la independencia, se blanquea el esterno de todos los edificios.

El cielo de Chile es hermoso como el cielo de Italia, i su clima tan dulce i benigno que hace imposibles aquellas enfermedades epidémicas, que hacen estragos en las Repúblicas que le rodean. Sus campos son fertilísimos, cuya fecundidad aumenta por la industria del agricultor i por la multiplicidad de los rios i arroyuelos, que los riegan en todas partes: por consiguiente, abundantes son los trigos, que se esportan a precios convenientes; excelentes los vinos, que han sido premiados en distintas esposiciones europeas; abundantes i esquisitas las frutas, i todo producto a la altura de los nuevos progresos de la agricultura. El suelo es rico en minas de oro, plata, cobre, plomo, fierro, carbón de piedra i otros minerales, donde están ocupados millares de trabajadores, que hacen su fortuna al hacer la de los propietarios. Brotan en distintos puntos aguas termales, entre las cuales son notables por su eficacia las de Chillan, Pani-

mávida, Catillo i Apoquindo, a donde en la estación veraniega acude sinnúmero de bañantes tanto de la República, como de las naciones limítrofes, que encuentran allí poderosos remedios para muchas enfermedades. El ferrocarril cruza de un extremo a otro aquel vasto territorio; el telégrafo enlaza con sus hilos todos los pueblos, mientras el mar refresca sus estensas costas i les lleva aquellas grandes ventajas, que son naturales en una nación eminentemente marítima, que acoge en sus puertos el comercio de todas las naciones.

Los chilenos son robustos, regulares en sus formas, i revelan en su aspecto el origen europeo: son por lo común inteligentes, vivaces, de corazón generoso, de ánimo noble i altivo; son pacíficos, amantes del trabajo i apasionados de la patria, que desean ver grande i respetada.

El señor Sallustî desde el año 1827 escribía de los chilenos: « Las personas de la primera esfera, puestas al frente de los cultos europeos, no tienen motivos para humillarse mucho en los grados de la ordinaria cultura, i no son en nada inferiores a ellos en la propiedad del vestir, en la fineza de la educación i del trato, el que es sumamente agradable i cortés tanto en los hombres, como en las mujeres.....

« Además las mujeres, que por otra parte no escasean de hermosura, de vivacidad i de cordura, asisten a todas las reuniones, i familiares conver-

saciones con un trato por su naturaleza despejado i placentero, mas a la vez lleno de seriedad i de dignidad ⁽¹⁾.»

Del estado social nada tendríamos que decir; pues, siendo el nuevo mundo tan semejante al viejo como una gota de agua se parece a otra gota, se sigue necesariamente que las clases sociales guarden en el nuevo continente aquellas mismas gradaciones, que se observan en la vieja Europa: ricachones, que nadan en la abundancia de todos los bienes de Dios; artesanos i trabajadores, que comen el pan amasado con el sudor de su frente, i pobres que llevan una vida angustiada, alimentándose a menudo de suspiros i de lágrimas. Es el cuadro que ofrece cualquiera nación, sea cual fuere su nombre. No obstante, daremos algunos pormenores.

La educación intelectual i moral de la clase opulenta, como es natural, corresponde a los grandes recursos de que puede disponer para dedicarse cómodamente a una i otra. La educación moral es jeneralmente conforme a los principios de la Religión católica, que es la Religión del Estado; i los católicos, especialmente en la Capital, forman el elemento más poderoso por su posición social, por su doctrina i por los haberes de que

(1) *Storia delle Missioni del Chili*. Tomo 3, paj. 62 i sig.

disponen, sin disimular empero, que el liberalismo, que forma un partido harto respetable, va disputando porfiadamente el campo a su adversario, i con sucesos tan felices, que tiene en alarma a la familia de los creyentes, que forma la gran mayoría de aquella nación.

En cuanto a la educación intelectual, a más de la soberbia Universidad de la Capital, hai establecidos liceos en las principales ciudades, i en ellos se siguen programas copiados, por decirlo así, de los de las naciones más cultas. Hai además los famosos Colejios de los Jesuitas i de los Padres Franceses, los cuales por la merecida confianza que han sabido captarse entre los padres de familia, acogen la flor de la juventud, con cuanto lustre i provecho de la nación podrá deducirlo fácilmente el que comprende el verdadero mérito de la ilustración de la mente unida a la educación del corazón, que saben armonizar admirablemente aquellos doctos i virtuosos maestros. En las escuelas superiores es obligatorio el estudio de los principales idiomas europeos; de manera que nadie pueda obtener el grado de bachiller si no ha dado honorífico examen del francés, del inglés, del alemán o del italiano.

Para el sexo femenino casi en todas las grandes ciudades de la República hai monasterios de monjas francesas, que ejercen la sublime misión de instruir i educar a las doncellas. I no hai fa-

milia aristocrática, aun de las menos opulentas, que no crea mui bien empleada su fortuna en que sus hijas reciban la instrucción i educación que dispensan aquellas hábiles relijiosas. A más de las labores propias de aquel sexo i de su elevada posición social, se les enseñan también varios idiomas extranjeros i la música. Ésta para las jóvenes chilenas es un ramo, que las exigencias de la sociedad moderna les ha hecho casi obligatorio; i es rara la señorita que no sepa tocar el piano con verdadera maestría i, en consecuencia, es raro el salón que entre los ricos muebles no tenga un precioso piano de las más afamadas fábricas de América o de Europa ⁽¹⁾.

En Chile la sed del saber puede decirse jeneral; i la clase media puede satisfacerla mediante las escuelas públicas, i especialmente los liceos. I se ve en ellos tanta frecuencia i tanta aplicación, que es motivo de verdadera complacencia para el que sabe apreciar las ventajas de la instrucción i los daños de la ignorancia. Una prueba harto elocuente creemos hallarla en la multiplicidad de diarios i

(1) « En Chile la música obtiene un culto que puede considerarse con verdad entre las costumbres más arraigadas del país. El piano está hospedado aun en las casas más modestas de las aldeas. La música se enseña en todas las escuelas, la música forma parte del programa educativo de todas las familias. »

SANTINI, *Viaggio della « Garibaldi »* pag. 97.

periódicos, que se publican no solo en las ciudades, sino hasta en los pueblecillos. El que no ignora las dificultades i los gastos, que llevan consigo tales publicaciones; el que conoce que, a más de buenos escritores que hagan interesante un impreso, es necesario un buen número de asociados para cubrir al menos los gastos cotidianos, no puede menos de afirmar, que para sostener una publicación hasta en pueblos más reducidos, donde por cierto no abunda la clase aristocrática, es forzoso admitir que la instrucción está bastante extendida en la población.

No se nos crea empero tan fanáticos que excluyamos de la sociedad chilena su parte de idiotas: pues, ¡ignorantes, donde más, donde menos, en todas partes los hai!

Nos queda que decir algo de la última clase social, i en esto nos es grato seguir al egregio escritor de la *Guerra d'America*.

El bajo pueblo de las ciudades i de los puertos comerciales, dice Caivano, es más o menos el mismo que en todas partes; el pueblo de los campos se divide en tres grandes categorías: una de los que se llaman *peones*, la segunda de los *inquilinos*, i la tercera de los *trabajadores de minas*.

« Los *peones*, sigue Caivano, son la personificación verdadera del proletario, según la moderna acepción de esta palabra... Su educación moral no va más allá de alguna superstición católica,

la cual con la promesa de un fácil perdón al precio de algunas horas pasadas de vez en cuando en la iglesia, les deja la más completa libertad de acción... — El *clericalismo* (añade en nota) con sus inseparables efectos, ignorancia, superstición i beatismo, es una de las plagas sociales que más poderosamente azota la República chilena. — En cuanto a la educación intelectual es completamente nula en los más; mientras que en algunos pocos se limita a la simple lectura de algunas páginas impresas, que no entienden, gracias a las escuelas primarias, estendidas por el Gobierno en toda la República, especialmente en el último decenio ⁽¹⁾. »

Siendo la inmensa mayoría de la sociedad chilena eminentemente católica, no es extraño que el pueblo, tanto en los campos como en toda la República, esté inficionado de aquella *superstición*; pues, es el pueblo que desde el tiempo de Jesú Cristo hasta nosotros, ha seguido siempre con *la fe del carbonero*, como suele decirse, las sublimes enseñanzas de nuestra augusta Religión, sin preocuparse mucho de las discusiones *liberalescas*, ni de las consiguientes dulzuras de los libres pensadores modernos. El fruto del árbol de la ciencia no está a la altura de la mano del pobre, quien por

(1) Obra cit. I Parte, paj. 157.

otra parte goza las delicias de su ignorancia, la cual si no le diera otro fruto que la tranquilidad del espíritu (satisfacción desconocida a los filósofos de la incredulidad) formaria siempre para él un paraíso de felicidad. I esto, que para alguien constituye un motivo de escándalo, es el verdadero secreto de la gran moralidad del pueblo chileno.

Está en la verdad el señor Caivano cuando afirma que « la superstición católica con la promesa de un fácil perdón... les deja la más completa libertad de acción »; debe añadir empero que aquella *entera libertad de acción es del todo* opuesta a la libertad dispensada a las masas por los enemigos de la *superstición católica*, por esos nuevos amigos del pueblo, por esos nuevos maestros de moral, que arrancan de las escuelas las imágenes del Crucifijo para sustituirlas por los retratos de los corifeos del libertinaje i de la inmoralidad; que alejan al pueblo de las iglesias católicas, i le arrastran a los inmundos templos de Venus i de Baco; que quieren sepultados los cadáveres de los bautizados en lugares profanos, para borrar toda idea de vida futura i predicar el paraíso del sensualismo; que les hacen odiosa la divina institución del *fácil perdón*, i abrevan sus corazones de odio i de venganza contra los hombres i las cosas; que se mofan de cuanto hai de más sagrado i divino, i armándolos del puñal i de la dinamita, convierten

la sociedad en aglomeración de fieras. Debe añadir que aquella *entera libertad de acción* no ha producido hasta ahora en Chile aquellas turbas de huelguistas, que en Europa tienen en zozobra las más cultas naciones; aquellos millares de *meetinguistas*, que se arrojan el derecho de tratar en las públicas plazas de los más caros intereses de la patria; aquellos nihilistas desapiadados, que juegan con la vida de los reyes; aquellos bárbaros comunistas, que se deleitan en la destrucción de los monumentos artísticos; aquellos socialistas desaforados, que han sembrado el desorden i el espanto en las naciones más civilizadas, en suma, aquellos *discípulos*, que han sabido regalar a la sociedad los moralistas sin Religión i sin Dios. Debe añadir, que el pueblo chileno, aunque *embrutecido* por la *superstición* católica, como lo cree Caivano, sin embargo, a pesar de los escándalos que están a la orden del día en las Repúblicas americanas; a pesar del mal ejemplo de los vecinos, que se complacen en derramar la sangre de sus hermanos, i en asesinar a sus presidentes, tiene la cordura de guardar a los gobernantes la sumisión i respeto, que *su superstición exige* para con el poder constituido; i antes que ver la patria envuelta en guerras fratricidas, prefiere sacrificar a la paz los más queridos intereses de su corazón. Tal es la moralidad de aquel pueblo educado en la escuela de la *superstición* católica!

La *entera libertad de acción*, en el sentido de Caivano, tendrá su terrible desarrollo en las naciones, cuando los demagogos modernos hayan consumado la obra nefanda de descatozizar a las masas; cuando hayan arrancado del corazón del pueblo creyente el último resto de fe en el *fácil perdón* i, embriagado en la moral del puñal, del petróleo i de la dinamita, se vea empujado por la tremenda lógica del error a no *perdonar fácilmente* a sus inhumanos maestros. Mas en Chile hai fe todavía, i Dios quiera no se aleje jamás, a fin de que nunca falte aquella moralidad, que ha hecho del pueblo chileno el modelo de la América Meridional.

Respecto de la educación intelectual nada tendríamos que decir. Porque ¿desde cuando la clase proletaria ha formado parte del cuerpo literario? Recibida la limitada instrucción, que suele dispensarse en todo lugar en las escuelas primarias, no debe extrañarse que el bajo pueblo no comprenda a veces lo que lee aun en las páginas impresas. Si por esto mereciera lástima la clase proletaria de Chile, lo merecieran igualmente todos aquellos que por deficiencia de medios no han tenido la suerte de perfeccionarse en los estudios; lo mereciera la clase proletaria de todos los pueblos de la tierra. No obstante, las materias que se enseñan en las escuelas primarias de Chile son las que pueden desearse para una clase destinada

al trabajo: leer i escribir, gramática de la propia lengua, elementos de historia patria, aritmética, nociones elementales de jeografía i catecismo, forman un programa mui suficiente para la educación intelectual de la clase desheredada. Las escuelas están establecidas para ambos sexos en proporción del número de los habitantes en toda ciudad, pueblo i aldea, i están destinados para ellas profesores i profesoras reconocidos hábiles por medio de rigurosos exámenes; i son tan frecuentadas i con tanto provecho, que causa la admiración de cualquiera que haya asistido a algún examen anual. Nosotros hemos tenido repetidas veces esta satisfacción gratisima, i al ver a los niños más tiernos resolver con gran facilidad los problemas más difíciles, al verlos recorrer con increíble prontitud los mapas, colgados al rededor de la sala, no hemos podido menos de tributar un sincero apláuso a la nación, que tiene tan bien organizadas las escuelas para los pobres.

Los *inquilinos* son aquellos campesinos que viven en los fundos de los grandes propietarios. Se les asigna el uso de una estención de terreno, que trabajan por su cuenta, i ahí habitan con su familia. En cambio ellos prestan al propietario un determinado número de servicios, fuera de los cuales si se les llama a trabajar, tienen derecho a percibir su jornal, si bien a un precio redu-

cido. « Confinado, añade Caivano, bajo el humilde techo de paja o de madera mal unida del miserable lugar que le viò nacer,... el inquilino con poca o ninguna posibilidad de progreso, transmite al hijo con poca o ninguna diferencia el mismo estado de semibarbarie, que heredó del padre ⁽¹⁾. »

Sin embargo, si bien se considera, los inquilinos son pequeños propietarios, quienes en el terreno destinado para propio uso, no solo recojen verduras i legumbres para el consumo de la familia, sino también cierta cantidad de trigo, con que se procuran sin sacrificios otras cosas necesarias a la vida. Añádase además que siendo determinado el número de servicios que están obligados a prestar, les queda buena parte del año para dedicarse a otros trabajos, de los que consiguen no despreciables ganancias. En Chile pocos son los inquilinos, diremos mejor, raros son los campesinos que no tengan al menos uno o dos caballos de su propiedad i su yunta de bueyes. I esta condición no es por cierto digna de lástima. Que no sean un modelo de instrucción i de educación es cosa demasiado obvia para que nos detengamos en inútiles charlas. En hombres que nacen, crecen i viven toda su vida en me-

(1) Obra cit. I Parte, pág. 159.

dio de los campos, sin otra compañía que la de personas de su misma clase, no se puede pretender aquel trato delicado, que se halla en las personas del *gran mundo*, ni aquella instrucción que se adquiere en las escuelas i se perfecciona con la continua lectura. Custodios perpétuos de animales, ocupados día a día en el cultivo del campo, es un milagro si no se embrutecen enteramente. Sin embargo, están mui lejos de tal embrutecimiento, i mui lejos también de merecer el título de semibárbaros. No puede llamarse semibárbara una clase ordenada i tranquila, que adora a Dios i practica sus preceptos, que acata a la autoridad i ejecuta sus mandatos, que ama a sus conciudadanos i respeta sus derechos, que se apasiona por la patria i se sacrifica por su engrandecimiento. ¡ Los bárbaros han salido de su centro: no son ya los cultivadores de los campos i los habitantes de las florestas: son aquellos hombres a la moda, que ocupan las principales ciudades del mundo, i las ajitan con infames principios, las perturban con más infames consecuencias !

« *Los trabajadores de minas*, (o mejor, los mineros), en fin, son los que están especialmente ocupados en los trabajos sumamente difíciles i fatigosos de las minas, los cuales a menudo se internan por centenares de metros en las entrañas de la tierra, siguiendo en todas direcciones

« Al lado de la opulencia, del fausto, de la grandeza de Londres, se ve un pueblo inmenso, que abandonado a todas las miserias i asquerosidades de la más extrema pobreza i más profunda degradación moral, forma enteros cuarteles, a donde el rico jamás se digna dirijir sus pasos. Allí, entre aquella muchedumbre de niños, de doncellas, de ancianos, pálidos, flacos, hambrientos, peores que brutos, agazapados en fétidas cuevas, donde con frecuencia caen víctimas de la inedia i de la intemperie, falta todo principio de instrucción, toda máxima de honradez, toda sonrisa de aliento i de beneficencia. Una sola visita a Oxford-Street sería capaz de partir el corazón de lástima. En aquellos inmensos establecimientos, en aquellas fábricas interminables, se ven turbas de obreros, que ofrecen el espectáculo de una verdadera esclavitud en aquella misma ciudad, que es decantada por maestra de libertad; pues, aunque dedicados todo el día a un trabajo penoso, sin embargo, por toda ganancia no alcanzan a hartarse de pan; mientras los ricos propietarios para quienes trabajan hasta sacrificar la vida, aumentan sin cesar sus pingües capitales. Callaremos las artes infamísimas, los delitos de nueva invención, la embriaguez i los suicidios en proporciones espantosas: nada diremos de los malvados que, reunidos en sociedad, constituyen una especie de bandolerismo en el seno mismo de Londres; de los casos frecuentes de

bigamia, de las mujeres apaleadas i vendidas, de los niños perdidos por negligencia de sus padres, o vendidos por la miseria o codicia, i del infanticidio en gran escala. Pues bien, si esta se quiere presentar como la ciudad más civilizada del mundo, ¿cual será, preguntamos, la más bárbara? ⁽¹⁾ »

(1) SAC. G. ORLANDO, *La Miscredenza*, Vol. II, pag. 140.





CAPÍTULO II.

Causa de la guerra



SEGUIR a Caivano en la larga exposición de la causas de la guerra del Pacífico sería demasiado molesto para los lectores italianos, quienes poco o ningún interés pueden tener en esa clase de cuestiones. Las espondremos brevemente.

Caivano nos dice que así como en la época colonial la Capitanía Jeneral de Chile era la Colonia más pobre que la España tenía en las Américas, del mismo modo la República de Chile, después de la independencia, fué la más pobre de sus hermanas del Pacífico; que ávido Chile de las minas del Perú i de Bolivia, su continua aspiración fué la conquista de aquella fuente de

riquezas; que, en consecuencia, buscaba un pretexto para apoderarse de ellas con la fuerza, i éste se lo ofreció la lei del Congreso boliviano de 1878.

Veamos cuantos gramos de verdad tengan las aserciones de Caivano.

« Considerables son las riquezas minerales del país (Chile); el cobre, el carbón de piedra i el fierro abundan en muchos lugares, las arenas de los rios son ricas en oro i hai también minas de plata en Copiapó. Más de 990 Kilómetros de ferrocarril cruzan las principales rejiones de este laboriosísimo país. ⁽¹⁾ »

Mas si Chile no tuviera en su suelo ninguna de las ricas minas susodichas, no por eso pudiera considerarse como la República más pobre de sus hermanas. I Caivano nos ofrece las razones de ello cuando dice en su historia que « los gobernantes de Chile atendieron asiduamente a mejorar con todos los medios las condiciones del país; ⁽²⁾ » que « su población está acostumbrada a una vida ordenada i laboriosa; ⁽³⁾ » que « el campesino chileno es eminentemente trabajador i sobrio : trabaja doce horas diarias siempre con el ahinco del primér momento, satisfecho por todo alimento con

(¹) BINI, Jeografía, p. 451

(²) Parte I, p. 131.

(³) Ib. p. 130.

un pedazo de pan ácimo i un plato de *frejoles*, de los cuales abunda Chile. ⁽¹⁾ »

Ahora bien, dése a 2.512,409 habitantes de esta clase un territorio fertilísimo, que cuenta con 665, 224 Kil. cuadrados de superficie, regado por gran cantidad de ríos i arroyuelos, i niéguese, si es posible, que Chile tiene en la sola agricultura una inagotable fuente de riquezas.

Que Chile, teniendo en las minas de Atacama i Tarapacá millares de obreros súbditos suyos i sus mejores capitalistas, aspirase a la posesión de ellas, no era extraño. I decimos esto despues de haber observado el movimiento de la civilizada Europa. En efecto, hoi vemos que las potencias emprenden el vuelo hácia rejiones, que las cartas jeográficas señalan a respetable distancia de sus límites naturales, i este vuelo está sostenido por aspiraciones que, hechas visibles por medio de los hechos, pueden juzgarse sin temor de ser tachados de temerarios. Unas por el derecho del primer ocupante, otras para comunicar el progreso i la civilización que reboza de sus países, éstas por la gana de prodigar protecciones i favores a quien no se los pide, aquellas para enriquecer a los próximos con los productos nacionales, el hecho es que todas quieren plantar sus banderas en casa

(1) Ib. p. 160.

ajena, i esto no sin los acostumbrados aplausos de los espectadores, aplausos más o menos cordiales, según la mayor o menor autoridad, que las afortunadas saben imponer a sus hermanas.

Es un nuevo sistema de hacer el bien a sus semejantes, i ¿quién osaría criticarlo sin acarrearle la tacha de retrógrado i algo peor todavía? A lo más pudiéramos permitirnos una digresioncilla i recordar *sotto voce* que los bienhechores formados en la antigua escuela, aquellos *retrógrados* que, esparcidos entre rejiones desconocidas i en medio de pueblos salvajes, arrostraban fatigas i peligros inauditos para anunciar *la buena nueva*, tenían estampado en su bandera i lo llevaban grabado en el corazón: *Ama a tu prójimo como a ti mismo*: i en fuerza de esta sublime doctrina consagraban la vida al bien de sus semejantes, conquistaban a la fe reyes i pueblos, derramaban los benéficos efectos de la civilización cristiana, i, guardando para sí las persecuciones i la muerte misma, ordinarias recompensas que suele dar el mundo a los verdaderos bienhechores de la humanidad, dejaban las tierras i los reinos a quien de derecho pertenecían. Hoi empero que quiere sustituirse la razón a la fe, la filantropía a la caridad, aquel precepto fundamental del bienestar social: *Ama a tu prójimo*, que mana naturalmente del otro que es base de toda lei i de todo derecho: *Ama a Dios*, parece sustituido por este otro: *Ama los bie-*

nes de tu prójimo, que fluye espontaneo de la doctrina de los moralistas del dia: *Adora tu razón i busca tu provecho*.

Es una alteración de pocas palabras, que, sin embargo, esplica admirablemente lo que significan derecho i justicia, progreso i civilización, filantropía i protección en el diccionario de los conquistadores del siglo XIX.

Mas dejemos estas *enojosas* digresiones i volvamos a nuestro caso. Si la vieja Europa, si las grandes naciones, que se proclaman maestras de civilización, estienden sus dominios en lejanas regiones, i son aplaudidas, ¿porqué deberian vituperarse las pequeñas naciones, que tuviesen el antojo de seguir el ejemplo de sus maestras? Mas aún, si las potencias europeas se esfuerzan en plantar su bandera en otros territorios, con modos que algún *retrógrado* escrupuloso pudiera hallar en oposición con cierto precepto de la santa lei de Dios, ¿que extraño seria que Chile aspirase a la posesión de territorios, bautizados, por decirlo así, con el sudor de sus obreros, hechos valiosos por la actividad i el dinero de sus capitalistas, i que tenia razones para considerarlos como propios, cuales son los del desierto de Atacama?

En efecto, desde que las colonias españolas de la América Meridional se emanciparon de la España, empezaron entre ellas las cuestiones de lími-

tes, sostenidas por ambas partes con títulos i documentos: cuestiones que con el transcurso del tiempo se hicieron más o menos serias, según la importancia que fueron adquiriendo los territorios disputados por los descubrimientos de ricas minas, que se iban verificando. Una de estas cuestiones existía entre Chile i Bolivia.

Chile, pueblo eminentemente laborioso, hizo estudiar científicamente el desierto de Atacama i, halladas ricas minas de cobre i de salitre, los capitalistas chilenos emplearon en la explotación de ellas grandes sumas, prefiriendo para aquella obra a sus connacionales, como los más hábiles para aquella clase de trabajos. Esos áridos desiertos, explorados por Chile porque eran suyos i considerados hasta aquel momento como inútiles e inhabitables, despertaron la codicia del Gobierno de Bolivia, que los reclamó, amenazando a Chile con la guerra en caso de resistencia.

Seria demasiado largo seguir la série de cuestiones que por ello tuvieron lugar durante muchos años, i solo recordaremos que, tratadas éstas por la vía diplomática, se llegó a pacíficos acuerdos, i en consecuencia de ellos los chilenos, organizada una Compañía Anónima, siguieron trabajando en aquellos parajes con mayor interés i con éxito magnífico: de manera que esos desiertos mediante los capitales i los obreros chilenos se convirtieron luego en centro de industria i de

comercio. Mas como las cuestiones aumentaban a medida que crecía la industria i la riqueza de los esplotadores, i esto hacia temer tarde o temprano un sério conflicto, en 1874 se estipuló un solemne tratado de límites, mediante el cual Chile cedía parte de sus derechos, reconocidos por los tratados de 1866 i 1872, i en compensación se estableció lo siguiente: « Los derechos de esportación que se imponen a los minerales estraidos de la zona del terreno comprendido entre los paralelos 23' i 25° no escederán la cuota que actualmente se exige; i las personas, las industrias i los capitales chilenos no podrán gravarse con otras contribuciones, cualquiera que sea su clase, fuera de las que existen actualmente. »

Se estipuló además, en obsequio de la paz, lo que sigue: « Todas las cuestiones a que diera lugar la interpretación i ejecución del Tratado de 6 agosto 1874 deberán ser sometidas al arbitraje. ⁽¹⁾ »

Así como Bolivia ha sido teatro de continuas revoluciones, i el gobierno que de ellas ha resultado, como todo gobierno que se impone con la fuerza, ha condenado los actos del gobierno anterior, para formarse de este modo una atmósfera de adhesiones i simpatías en el gremio de sus partidarios, el Gobierno que sucedió al que habia

(1) Estos dos Artículos del Tratado están reproducidos en la historia de Caivano, I Parte, p. 30.

estipulado el solemne tratado de 1874 lo considerò como nulo; i en 1878 promulgò una lei con la cual imponia *diez centavos* por cada quintal de salitre, que se esportara del territorio antedicho.

Con esta lei se violaba el tratado con gravísimo perjuicio de los intereses chilenos.

El Gobierno de Chile, por medio de su Encargado de Negocios en Bolivia, pidió la suspensión definitiva de toda contribución posterior al tratado; mas no fué oído. Propuso que, en cumplimiento de las disposiciones del tratado mismo, se sometiese la cuestión al arbitraje, i no se le hizo caso. Vista, pues, por el Gobierno chileno la inutilidad de sus esfuerzos para llevar las cosas por la via pacífica de la diplomacia, mandó su escuadra al puerto de Bolivia i sus soldados a los territorios en cuestión, para ver si los cañones i bayonetas eran más eficaces que las negociaciones para hacer respetar sus derechos.

Hé aquí compendiada la causa de la guerra con Bolivia. Mas se preguntará: ¿Como entrò el Perú en esta guerra? Lo diremos brevemente, pasando en silencio los hechos nada laudables del Gobierno peruano para impedir el progreso de la industria chilena en la provincia de Tarapacà.

El Perú estaba unido a Bolivia con un tratado secreto de alianza ofensiva i defensiva. Por

esto, rotas las relaciones con esta República, el Perú era considerado como enemigo natural de Chile.

Es cierto que el Perú mandó un mediador de paz al Gabinete de Santiago para evitar una guerra entre repúblicas hermanas; mas al mismo tiempo mandaba soldados a las fronteras, a toda prisa formaba nuevos cuerpos de ejército i equipaba sus naves de guerra. En vista de estos aprestos bélicos, incompatibles con la actitud de mediador que habia asumido, el Ministro Chileno en Lima por orden de su Gobierno interpelaba al Gobierno peruano para que manifestara netamente sus intenciones i declarase su neutralidad. Al mismo tiempo en Santiago se exijia del representante del Perú una contestación categórica sobre si existia o no un tratado secreto de alianza entre las dos Repúblicas. Éste contestò negativamente, mientras en Lima su Gobierno temporizaba en dar la pedida respuesta; i aunque finalmente confesó lo que su representante en Chile habia negado, esto es, que existia realmente el tratado de alianza, sin embargo, añadió, que para tomar una determinación consultaria la Cámara, que debia reunirse un mes despues.

Lo que el Perú queria era claro: ganar tiempo para hacer los necesarios aprestos de guerra. Darle este tiempo hubiera sido locura. En consecuencia, el Gobierno de Chile declaró rotas las

relaciones, i, obtenida la aprobación del Congreso nacional, intimò la guerra al Perú.

Aquí terminaba el Capítulo en la primera edición, i cuán fiel nos fuese la memoria al compendiar las causas de la guerra, se hará manifiesto por el siguiente Mensaje, que el Presidente de Chile leyó en el Congreso Nacional en junio del 1879, i que hoi hallamos publicado en el *Boletín de la guerra*, páj. 165.

« Al inaugurar vuestras tareas lejislativas no me es dado, como en otras ocasiones, anunciaros con complacencia que la República goza de uno de los más importantes bienes que puede apetecer un país: la paz exterior.

« El Congreso de Bolivia aprobó, en febrero del año pasado, una lei que imponia al salitre exportado por Antofagasta un derecho de diez centavos por quintal, contrariando abiertamente lo dispuesto en el art. 4º del tratado celebrado en 6 de agosto de 1874 entre Chile i esa nación.

Nuestro Encargado de Negocios en la Paz llamó la atención del Gobierno boliviano a la infracción palmaria que de las obligaciones contraidas por Bolivia respecto de las personas e intereses chilenos radicados en el territorio comprendido entre los paralelos 23 i 24, envolvía el acuerdo del Congreso, i ese Gobierno persuadido de la justi-

cia que habia en la reclamación de nuestro representante, suspendió la ejecución de la espresada lei.

« Como a fines del mismo año supiese nuestro Encargado de Negocios que el Gobierno de Bolivia se proponia hacer efectivo el derecho sobre el salitre, acordado por el Congreso, hizo nuevas observaciones, manifestando las consecuencias que para las relaciones entre ambos paises ocasionaria la persistencia de ese Gobierno en llevar adelante una medida tan injustificada.

« El Gabinete de la Paz, sin hacer caso de las observaciones del representante de Chile, decretó la ejecución de la lei.

« Este acto habria autorizado a Chile para tomar las medidas de represalia que creyere oportunas; pero persuadido, como estoi, de que el primer deber de un Gobierno es evitar a su país las calamidades de la guerra, propuse al Gobierno de Bolivia, por conducto de nuestra Legación en la Paz que en virtud de lo dispuesto en el artículo 2º del protocolo adicional al tratado de 1874, la diferencia suscitada entre ambos Gobiernos se sometiera a la decisión de un árbitro.

« A esta proposición, que patentiza el anhelo de mi Gobierno para dar al conflicto una solución pacífica, contestó el de Bolivia decretando la espropiación de la Compañía Chilena de Salitres de Antofagasta. Habíamos reclamado por el

derecho de diez centavos con que se gravaban los productos elaborados por esa Compañía i la satisfacción que se nos ofrecia era el despojo violento de sus propiedades. Creimos que habíamos llegado al limite de nuestros esfuerzos para evitar un rompimiento entre ambos Gobiernos i que no podíamos, sin humillación, ir mas adelante. Dispusimos, en consecuencia, que una pequeña división de nuestro ejército ocupara el territorio comprendido entre los paralelos 23 i 24.

« En todo caso, estábamos autorizados por el derecho internacional para tomar una medida de esa naturaleza. Agotados los medios conciliatorios, puede una nación apelar a la fuerza para obligar a otro Estado a hacer justicia a sus reclamaciones.

« En el caso presente habia circunstancias especiales que justificaban nuestro procedimiento.

« Hasta el año 1866, Chile estuvo en posesión del territorio que ha ocupado últimamente, i en esa época lo cedió a Bolivia con las condiciones estipuladas en el tratado de ese año.

« A consecuencia de dificultades suscitadas por el Gobierno de Bolivia para la ejecución de ese tratado, se celebró el de agosto de 1874, en el que Chile renunció a la mitad de los derechos sobre los minerales, sin otra compensación que las garantías estipuladas en el art. 4º en favor de las personas e intereses chilenos radicados en el litoral.

« Al desprenderse Chile del dominio de ese territorio, no lo hizo de una manera absoluta i pudo con justicia exigir que las cosas se retrotrayesen al estado en que se encontraban antes del tratado de 1866, si no se cumplian las obligaciones estipuladas en el tratado de 1874.

« Rotas nuestras relaciones con Bolivia, la actitud que correspondia asumir al Perú, nación hermana i amiga, era obvia.

« Con el Perú ha mantenido siempre Chile estrechas i cordiales relaciones, i si alguna vez hemos intervenido en asuntos concernientes a ese país, ha sido solo para ausiliarlo en sus esfuerzos para conquistar su independencia o colocarnos a su lado cuando esta independencia ha sido amenazada.

No hemos tenido que debatir con el Perú, como ha sucedido con Bolivia i la República Argentina, los mal definidos limites que los estados hispano-americanos tenian al separarse de su metrópoli i que han sido el jermen de las desavenencias i de las guerras que entre ellos se han suscitado.

« En diversas ocasiones el Perú ha apelado a lar armas para hacerse justicia i ha invadido el territorio de los estados vecinos, i Chile, siempre fiel a los vínculos de fraternidad que lo ligaban a ese país, se ha apresurado a ofrecer sus buenos oficios para el restablecimiento de la paz, observando, como era de su deber, la más estricta neutralidad.

« Las estrechas relaciones de amistad i de comercio que nos ligaban con el Perú; los vínculos de fraternidad creados en tantos combates en que han flameado unidas las banderas de ambos países; la conducta amistosa i neutral observada por nosotros en los conflictos del Perú con los Estados vecinos, todo nos autorizaba para esperar, sino el auxilio del aliado, la prescindencia del neutral.

« No sucedió así, sin embargo. Tenemos motivos fundados para creer que la Legación peruana acreditada en la Paz no fué estraña a la actitud intransigente i violenta asumida por el Gobierno de Bolivia en la cuestión con Chile.

« La noticia de la ocupación de Antofagasta fué recibida en el Perú con no menos exaltación que en Bolivia, i los ánimos desapasionados pudieron prever que el Gobierno de aquel país, si no asumía una actitud enérgica, sería arrastrado a declararnos la guerra.

« Ocupado Antofagasta, el Gobierno peruano ofreció su mediación i fué aceptada con la esperanza de que ella detendría el conflicto en el punto a que, con pesar nuestro, había llegado, i abriría el camino a una solución que dejase cimentadas en bases estables las buenas relaciones entre Chile i Bolivia.

« El Enviado Estraordinario del Gobierno peruano que con esa misión vino a Santiago, nos hizo

desde luego saber que, como condición previa de todo arreglo con Bolivia, era necesaria la desocupación de Antofagasta por nuestras tropas.

« No era posible aceptar esa condición sin comprometer gravemente las personas e intereses chilenos radicados en el territorio que habíamos ocupado. Como sabeis, la inmensa mayoría de los habitantes de ese territorio es chilena, i despues de los últimos acontecimientos, no era posible someterla de nuevo a la obediencia de autoridades que verían en cada habitante un enemigo.

« Mientras el Enviado peruano gestionaba en Santiago las bases de un avenimiento entre Chile i Bolivia, se estendia en el Perú la animosidad en contra de nuestro país, i el Gobierno, léjos de procurar tranquilizar los espíritus, los estimulaba con sus declaraciones i aprestos bélicos.

« En vista de esta situación, creimos que era llegado el momento de exigir del Gobierno del Perú que definiese su actitud, pues no era compatible la misión de mediador que representaba en Santiago con la precipitación que ponía en el alistamiento de su escuadra, aumento de su ejército, movimientos de las tropas hacia el sur, encargo de buques, armamento i pertrechos de guerra.

« Esos preparativos no podrian justificarse con el quimérico temor de una agresión de nuestra

parte. Comprometidos en una guerra con Bolivia, no era cuerdo suponer que quisiéramos dar a la contienda mayores proporciones estendiéndola al Perú, i sabia además el Gobierno de este país la disposición en que nos hallábamos para darle a este respecto las garantías necesarias.

« A la solicitud de nuestro Ministro en Lima, exigiendo una declaración de neutralidad, contestó el Gobierno del Perú que, estando ligado al de Bolivia por un tratado secreto de alianza, no podia decidir ese punto sin consultar previamente al Congreso, que para el efecto debia reunirse el 24 de abril.

« El Gobierno del Perú, según el tratado secreto, cuyo testo nos comunicó su Enviado, no necesitaba del acuerdo del Congreso para declarar si era o no llegado el *casus foederis*; podia decidirlo por sí, como lo ha hecho posteriormente. Debimos considerar su contestación como una evasiva que tenia por objeto darse tiempo para completar los armamentos.

« La contestación del Gobierno del Perú nos colocó en la dolorosa disyuntiva de declararle la guerra o dejarlo en libertad para que, una vez concluidos sus preparativos, nos la declarase. Habria creido faltar al más sagrado de mis deberes si hubiera vacilado, i, en consecuencia, pedí al Congreso la autorización constitucional para declarar la guerra a un Gobierno, que mientras represen-

taba en Santiago una misión de paz i de amistad, permitia a Bolivia transportar por su territorio armas i pertrechos de guerra i hacia aprestos que no podian tener otra esplicación que un propósito hostil.

« La intervención del Perú ha dado al conflicto iniciado por Bolivia proporciones considerables, pero el nunca desmentido patriotismo del pueblo chileno sabrá colocarse a la altura de los deberes que la situación de la patria le impone, i los dolorosos sacrificios que la guerra exija del país serán coronados con el mayor lustre de nuestras armas i mayor prestigio de nuestra bandera..... »

Cuanta verdad encierre este Mensaje se verá claramente por los autorizados testimonios de los egregios señores Perolari i Santini.

« El 14 enero de 1879, dice el señor Perolari, Bolivia tuvo la desgraciada ocurrencia de imponer diez centésimos de peso por cada quintal de salitre que se esportara por la Compañía Chilena de Antofagasta. Este hecho de poca importancia en apariencia, debia ser el orijen de una larga i tristísima lucha entre tres Estados americanos.....

« I hé aquí el orijen de la guerra... Es necesario saber que entre Chile i Bolivia existia, desde varios años, una cuestión de límites. ¡Cosa increíble, pero cierta! La América meridional, en

donde el espacio abunda i los habitantes escasean, es la tierra por excelencia de las cuestiones de limites. La Arjentina las tiene con Chile, Chile con Bolivia, Bolivia con el Perú, el Perú con el Ecuador, i así en seguida. En la parte meridional del nuevo mundo no hai Estado que no tenga esta clase de cuestiones.

« La cuestión de limites entre Chile i Bolivia consistia en esto: El primero pretendia estenderse hasta el grado 23; la segunda hasta el 27... Mas en 1874 un tratado determinò de una manera fija los limites de las dos Repùblicas al grado 24. En aquel pacto habia además la obligación de parte de Bolivia de no imponer nuevas contribuciones sobre las personas i capitales chilenos existentes en su territorio. Resultò de aquí que cuando el Gobierno boliviano decretò el impuesto, de que he hablado, Chile protestò declarando que con ello se violaba el tratado, i que si aquel impuesto fuera cobrado, Chile consideraria el tratado como nulo, i sostendria sus derechos sobre el territorio que se estiende hasta el grado 23.

« A esto contestò Bolivia que el impuesto no era otra cosa sino una condición que hacia parte de un tratado entre el Gobierno boliviano i la Compañia de Antofagasta; que dicho impuesto no importaba un rompimiento del tratado; que el derecho internacional no entraba para nada en la cuestión, que de todas maneras conforme a los

pactos estipulados entre las dos repúblicas, era menester someter la cuestión al arbitraje.

« A esto replicó Chile sosteniendo sus primeras declaraciones i añadiendo que no podia aceptar el arbitraje si las cosas no volvian a su primer estado, esto es, si no se suspendia la cobranza del impuesto.

« ¿Que hizo entonces Bolivia? Declaró que no pondria ya impuestos sobre el salitre, mas en cambio confiscaba las salitreras de la Compañía. I como si nada hubiera hecho, propuso de nuevo el arbitraje a Chile. Yo me quejo porque exiges un impuesto a mis súbditos que entran en tus Estados; tu suspendes el impuesto, i a todo súbdito que entra, le haces cortar la cabeza. Una bonita cara debió poner el señor Pedro Nolasco Videla, Encargado de Negocios chileno en la Paz, cuando le fué presentada aquella respuesta boliviana. No fué extraño, pues, que él no tardara en pedir sus pasaportes. I de este modo terminó la discusión diplomática i principió el estado de guerra.....

« Antes que el Encargado de Negocios de Chile recibiera sus pasaportes, esto es, el dia anterior, las tropas chilenas ocuparon no solo el territorio que se estiende hasta el grado 23, sino también los puertos bolivianos de Cobija i Tocopilla.....

« A cada uno la parte que merece. El Gabinete chileno apresuró los acontecimientos, i se mostró

casi impaciente de guerra; pero el gran culpable fué por cierto el Gobierno de Bolivia que la provocó.

.
« Mientras los peruanos manifestaban sentimientos hostiles a los chilenos, el Gabinete de Lima mandó un Enviado a Santiago para que ofreciera la mediación pacífica del Perú; mas, como era de preverse, la misión fué infructuosa. Desde luego fué de pública notoriedad que un tratado de alianza unia desde algunos años el Perú a Bolivia; i Chile a principios de abril de 1879 declaró inmediatamente la guerra al Perú. ⁽¹⁾ »

« Las hostilidades, dice el señor Santini, se iniciaron en Antofagasta, territorio boliviano, como por Antofagasta se habian abierto desde algún tiempo las negociaciones diplomáticas entre las Repúblicas de Chile i de Bolivia a propósito de las excesivas pretenciones de ésta en daño de la Compañía Chilena para la explotación del salitre. La hábil acquiescencia del Gabinete chileno no alcanzó a detener a la incáuta Bolivia en el camino de las ridículas tergiversaciones, de las mascaradas maniobras, de las fementidas promesas, que la condujeron por fin a aquellas irrazonables medidas de provocante prepotencia, las cuales, causando al Gobierno e hiriendo el amor propio

(1) *Il Perú e i suoi tremendi giorni*, pag. 271 e seg.

del pueblo chileno, determinaron a áquel a ocupar Antofagasta con tropas desembarcadas por su escuadra. La posesión de Antofagasta fué por mucho tiempo disputada entre Chile i Bolivia, la cual no puede en verdad reprochar al Gabinete de Santiago la falta de espíritu conciliador, que llegó hasta despojarse de toda pretensión a dicho territorio.....

« Declarada la guerra a Bolivia, el Gobierno de Chile invitó, según la costumbre diplomática, a las potencias a declarar su neutralidad: lo que rehusado por el Perú, unido a Bolivia por un tratado secreto, trajo por lójica consecuencia que Chile lo considerara comprendido en las hostilidades, que se iniciaron i quedaron por mucho tiempo en el mar.....⁽¹⁾ »

(1) *Il Viaggio della « Garibaldi »* p. 167.





CAPÍTULO III.

Moralidad i valor de los Chilenos i Peruanos



UALQUIERA que al principio de la guerra del Pacífico hubiese tenido algún conocimiento de la moralidad de los dos pueblos beligerantes, hubiera previsto el éxito de ella, antes que se lanzaran al campo de batalla; siendo innegable que el valor del soldado en el campo del honor está en relación con su moralidad i con los hábitos de su vida pacífica.

En efecto, una nación que se basa sobre los sólidos fundamentos de la religión, i de ésta saca sus inspiraciones i sus leyes; una nación que, amante del progreso, lo busca en las puras rejiones de la paz, mediante la unión

i concordia de todos los ciudadanos; una nación, que deseando prosperidad i riquezas, las arranca con incesantes fatigas por medio de los robustos brazos de sus hijos, esta nación, mientras conquista una felicidad i floridez envidiables, tendrá en sus hijos aquel valor heróico, que se buscaria envano entre pueblos desmoralizados por mesquinas ambiciones, enervados por una licencia repugnante i envilecidos por el ocio i los vicios. Lo vemos en la historia de nuestros antepasados. Un puñado de malhechores, educados en la relijón, hechos robustos i austeros mediante una vida de fatigas i laboriosidad, pudieron conducir en triunfo las águilas imperiales por todo el mundo conocido, i someter con su valor indomable todos los pueblos; i sus descendientes, recostados sobre laureles, enervados por la licencia i los vicios, vieron desaparecer sus dominios i quedaron esclavos de los vencidos.

Es este el doble cuadro que nos ofrecen el Perú i Chile.

No es nuestro propósito hacer la historia del Perú, ⁽¹⁾ ni mostrar en todo su horrible aspecto las llagas cancerosas, que han causado la muerte de aquella hermosa nación: muerte causada a la madre por sus mismos hijos, i por eso tanto más

(¹) Aquí nos limitamos a hacer un bosquejo del Perú: diremos algo de Bolivia en otro capítulo.

deplorable, cuanto más desnaturalizados han sido sus autores. Queremos sí recordar lo que creemos puramente indispensable para manifestar la verdad, que si un pueblo moral i bien ordenado es naturalmente valiente, un pueblo degradado e inmoral es siempre tímido i cobarde: si el primero procura a la patria vida i gloria, el segundo le acarrea deshonor i muerte.

El Perú es una nación a la cual la Providencia ha prodigado a manos llenas sus benéficos dones: verdad consagrada por un refrán jeneral; pues, cuando quiere señalarse algo rico i precioso, suele decirse: *Vale un Perú*. Grandes riquezas en poder de un pueblo cuerdo, pueden formar una nación próspera, poderosa i respetada; mas el pueblo peruano, por desgracia, no ha dado pruebas de semejante cordura. Las riquezas han aumentado la codicia; i siendo conocido que los más elevados gobernantes se hallan en posición más propicia para disfrutar de sus más gratos favores, era natural que cada uno ambicionara la banda del poder, única llave para abrir las arcas de la nación i sacar de ellas fabulosos patrimonios para sí i sus adeptos. Es esta la primera causa de las revoluciones incésantes, de aquellas guerras intestinas, en que los diferentes partidos se disputaban los bienes de la nación ⁽¹⁾; i no es

(1) La abundancia de militares, esto es, de oficiales i espe-

otro el origen de la desmoralización de las masas, que suele ser la consecuencia lójica de las revueltas en que los hermanos se despedazan recíprocamente.

Las grandes riquezas i cierta facilidad para conseguirlas no son en verdad los estímulos de la aplicación i del trabajo. El que conoce que para llevar una vida desahogada le es suficiente el favor de un partido, no tendrá ganas por cierto de encorvarse sobre los libros, i menos sobre viles instrumentos para cubrirse las manos de polvo i la frente de sudor ⁽¹⁾. De aquí, pues, nace « el ocio que enerva las naciones, empobrece i deshonra al individuo ⁽²⁾; » el ocio enjendra el ánsia siempre

cialmente de oficiales superiores, i su indebida injerencia en la política del país, fueron i son todavía, aunque en menor escala, dos grandes plagas del Perú... No pudiendo ellos esperar ascensos de las rarísimas guerras exteriores, estaban i están jeneralmente dispuestos a rebelarse contra el Gobierno a favor de un ambicioso, que ofrezca promociones i otras ventajas. Ésta ha sido i es todavía, — i los mismos peruanos lo confiesan — la causa de casi todas las revoluciones del Perú. »

PEROLARI. *Il Perù ed i suoi tremendi giorni*, p. 118.

(¹) « En el Perú se ignoran las fatigas, las penas, el mucho esperar, que entre nosotros tantos jóvenes, salidos de los liceos i de las universidades, deben sufrir para ganarse con que vivir. No hai joven peruano de familia decente que no encuentre en su país un empleo bastante remunerado. Los hombres faltan a los empleos, i no, como entre nosotros, los empleos a los hombres. Cualquier joven que lo quiera puede ganar, por lo menos, cien pesos al mes. »

Id., p. 187.

(²) ALIMONDA. *Il Congresso dei Signori e il Terz'Ordine*.

creciente de pasatiempos, placeres i vicios; i estos llevan consigo la bajeza de los sentimientos, el embrutecimiento del corazón, la degradación del espíritu, que suelen conducir a los pueblos a la vileza, a la imbecilidad, a la impotencia para cualquier acción noble i bella⁽¹⁾.

De semejantes ciudadanos, crecidos i educados en las revoluciones, en los placeres, en los vicios, ¿podria esperarse en tiempo de guerra un acto de valor, una prueba de sacrificio, un ejemplo de heroismo? Pueblos egoistas, no tendrán verdadero amor de patria: la han sacrificado siempre al interés particular. Pueblos ávidos i ambiciosos, no se conmoverán por las desgracias de sus hermanos: los han inmolado cien veces a sus especulaciones mesquinas. Pueblos viciosos i afeminados, aman demasiado la vida: la tienen consagrada al dios-placer. En consecuencia, si la patria amenazada los llama a su socorro, responderán con indolencia, i si llegan a vestir la divisa del soldado i se ven arrastrados al campo del honor,

(1) « El sibaritismo refuerza los vínculos funestos que nos tienen apegados a la vida, el predominio de la carne sobre el espíritu, el poder de las pasiones i de los instintos malvados, apaga la energía para el bien, oprime al alma, oscurece el discernimiento entre el bien i el mal, adultera el carácter, ahuyenta las nobles cualidades: el valor, el entusiasmo, el amor, la jenerosidad, el espíritu de sacrificio. »

T. DUCHESNE DE SAINT-LEGER. *Filosofía per tutti*, Tomo I, p. 123.

será tan solo para grabar con la punta de su espada el lúgubre epitafio de la patria traicionada i muerta.

Es esta en compendio la historia del Perú. I para que se vea que estas toscas pinceladas no son ni un boquejo del verdadero retrato del pueblo peruano, queremos reproducir algunos trozos de los discursos pronunciados por los diputados peruanos, reunidos en la asamblea de Cajamarca el 25 de diciembre de 1882. Aquellos honorables que durante tres años i medio habian visto la patria abatida por tantas desventuras, al tratar de las condiciones impuestas por el vencedor, esto es, la cesión de la Provincia de Tarapacá, dando libre curso a los arranques de su corazón angustiado, se lanzan con el pensamiento al pasado, que preparò la triste suerte de sus armas i lo anatematizan en los términos más tremendos.

« Del estado aflictivo que atravesamos, dice el señor Urteaga, dése la culpa a la jeneración actual, i no se vuelva la cara del pasado: se olvida que solo produce lo que se siembra: errores i crímenes han sido la semilla, errores i crímenes debia ser la cosecha.....

« Si examinamos nuestra actualidad, es más dolorosa, más tremenda aún; nunca con más frecuencia que ahora se han dado cita en nuestro corazón la indignación i la pena: por doquiera las ambiciones de nuestros republicanos metiendo

al azar los destinos de la patria; la política, según la espresión de un escritor español, convertida en impuro bazar, donde se compran i se venden la libertad i las conciencias; por doquiera insensatos que conspiran en nuestra ruina con el incomprensible clamor de la guerra; héroes, oradores, publicistas, diplomáticos farsantes, que han descubierto la incógnita de nuestro malestar social, que parecia encubrirela el talismán de la vanidad; una juventud presuntuosa, que se ha creído vestida de oro, i en realidad ha estado vestida de oropel; un pueblo envilecido que, semejante a los pretorianos de Roma, grita a coro: *Panes et circenses*, dadme pan i diversiones, i viva el César. Es necesario que lo diga de una vez, siguiendo el consejo de Séneca, que es preferible herir con la verdad al acariciar con la lisonja: la patria de los Incas se asemeja a la España de la Edad Media, antes de la invasión saracena; pues no hai quien escriba nuestra historia, no hai trabajos científicos que honren nuestras universidades, ni en las artes, ni en la literatura una obra monumental, que rivalize en algo siquiera con las obras de Zurvarán i Murillo, con las de Lope i Cervantes, con las de Rioja i Calderón.

« De esta jeneración, que se asemeja a los atenienses de la decadencia griega, no es posible que se levante el jenio rejenerador de la República. »

El diputado señor Julio Hernandez añade:

« Siempre lo he creído, antes lo he dicho en todos los tonos, en la prensa, en los comicios, en los círculos íntimos, porque es una triste verdad: el edificio social ha caído en ruina bajo la inmoral influencia que dos jeneraciones corrompidas han ejercido sobre la suerte de la patria. El mal uso que en sesenta años de vida autonómica han hecho vergonzosos instintos de los dones prodigados por la naturaleza a nuestro suelo: las instituciones de justicia i de libertad sustituidas por las prácticas de la temeridad i del libertinaje; el desorden de la administración pública, las pasiones de pandilla pretestando partidos políticos, más que todo, la criminal indiferencia con que hemos consentido ese estado de cosas, esplican el porque de los miles desastres que nos aflijen, i a los que pueden suceder otros mayores si no rompemos absolutamente con la tradición del pasado para fundar la escuela redentora del porvenir?.....

« Pueblo ciego, indolente, vanaglorioso, pueblo inmoral e irreflexivo, instrumento de traficantes políticos, ¿que maravilla que hoi abras los ojos desde el fondo de un abismo?

« I para levantarte, para salir de la horrible sima, a la cual te han precipitado, el sacrificio de tus riquezas es rigurosamente indispensable. ¡Porque te las hiciste robar, porque no te queda ni la ilusión de recuperarlas!

« Abiertos te quedan los senderos del trabajo, del orden interno, de la justicia, de la economía, de todas las virtudes para rejenerarte. La ceguera es la muerte infalible; la prudencia, que te aconseja ceder, es la resurrección, es la esperanza, es el porvenir.

« ¿I dudas? no: tu resolución está tomada. Si no la has mostrado aún abiertamente, es porque te hallas a la merced de infames especuladores, que pretenden fomentar en ti la idea de una lucha insensata.

« ¿Quiénes son ellos, los partidarios de la guerra a toda costa? son los traficantes políticos, quienes para conservarse en alto puesto o para escalarlo, no retroceden tampoco ante la idea de levantarse un solio sobre montones de cadáveres, de cenizas i de lodo. Los hambrientos de metal, que bajo el pretexto de continuar las hostilidades roban impunemente a los pueblos inermes, para improvisarse una fortuna. Los cobardes, que no concurren jamás al campo de batalla, ni sintieron ruborizar su frente de vergüenza, ni su corazón ajitado por el terror, envueltos en el torbellino de la derrota: los que nunca abandonaron el calor del propio hogar, ni la sombra de su techo, ni vieron la cara al enemigo, ni perdieron padre, hijo, hermano, bienes ni tranquilidad, por una guerra estúpida i sin fruto ⁽¹⁾. »

(1) Reproducidos por *El Mercurio* de Valparaíso en el mes de enero de 1883.

Hé aquí el Perú pintado por sus mismos hijos con los más propios colores.

Para completar de alguna manera este bosquejo, traduciremos la graciosa descripción que hace de los militares peruanos el señor Santini.

« Por grande que sea el conocimiento que cualquiera pueda tener de los ejércitos de Europa, ninguno empero puede formarse una idea exacta del soldado peruano, si no lo ha visto i estudiado de cerca: El soldado del Perú es uno de los tipos más marcados, un tipo eminentemente orijinal i característico, i tal que si no merece ningún estudio por aquel conjunto de negativo e irónico, por aquel aborto llamado ejército, pica empero la curiosidad del extranjero por su particularísima individualidad. Más que la caballería, compuesta casi toda de negros i zambos de la costa, ofrece materia de estudio la infantería, formada de indios i cholos. Los ciudadanos de Lima se dignan a veces iniciar su carrera militar con el grado de capitán, aunque por lo jeneral se hagan inmediatamente coroneles. La época propicia, la gran cosecha de coroneles es en tiempo de revoluciones, tan frecuentes en el Perú i casi regularmente periódicas como el invierno i el verano. Pues, gran número de coroneles guarda siempre *in pectore* un mortal cualquiera de cuarta clase e inclasificable que aspire al poder, el cual está puesto siempre en subasta i asaltado por mi-

llares de concurrentes. Al día siguiente de una revolución os encontráis con un coronel muy orondo, a quien bajo las divisas guerreras reconocéis por vuestro cigarrero Fulano o José Francisco, que ayer os servía el *beef-steak* en el hotel americano... No faltan las escepciones de algún buen militar, pero son rarísimas. Por esto los oficiales no ofrecen ni orden, ni disciplina, ni uniformidad de divisa i mucho menos de pensamientos, viéndose todos los días vestidos entre militar i paisano, i con los colores más variados.

« A despecho de todas las leyes i de los pomposos decretos, que prohíben el reclutamiento forzoso bajo penas muy severas, el ejército peruano se recluta entre los pobres indios, tomados con el lazo al cuello, i esto no por un modo de espresarse, sino porque es realmente cierto. Arrastrados de esta manera de aldea en aldea, van a formar los batallones, llamados por ironía *de los estrénuos defensores de las buenas causas i de la soberanía nacional*. Los sarjentos encargados de la instrucción de estos infelices, que a su llegada ignoran completamente la lengua castellana, tienen por consigna la ejecución del antiguo refrán: *La letra con sangre entra*: i los palos, los puntapiés, los golpes de toda especie están a la orden del día, i reemplazan a menudo no solo el pan cotidiano, sino también los zapatos i el vestuario.

Aquellos infantes desaseados, mal vestidos, peor calzados, transmiten un hedor, que obliga a tratarlos a respetuosa distancia. I estos soldados, mui tolerantes de toda fatiga i de toda privación, sirven i combaten sin la menor idea de cumplir con un deber de conciencia i de patriotismo, sino solo empujados por el miedo del bastón; así que el indio, el cual por carácter es fatalista, pusilánime, indolente, queda firme en su puesto si su superior no huye, i ve caer muertos a sus compañeros más cercanos sin sentir la menor emoción, aunque los caídos sean sus hermanos o su mismo padre, i no dispara un tiro más por mui insignificante que sea la herida que haya recibido ⁽¹⁾. »

Al contrario, en Chile no se deploran tantas desventuras: es la República modelo de la América meridional, ⁽²⁾ siendo la única en cuyo gobierno no se ve desde muchos años el militarismo dominante, es decir, aquel partido, que en otras Repúblicas se impone a los pueblos con la fuerza bruta, con el terror de las armas; aquel

(1) SANTINI, *Viaggio della « Garibaldi »* p. 125.

(2) « Chile ha dado el ejemplo, verdaderamente único entre las repúblicas americanas, de un Estado ordenado i tranquilo, donde la constitución ha permanecido siempre invariable, i los hombres políticos se siguieron regularmente al poder i murieron de muerte natural. »

PEROLARI, ob. cit. p. 274.

partido, que en otras partes empuña las riendas del estado, manchadas por la sangre de los hermanos, i bañadas con las lágrimas de los ciudadanos. En los grandes capitalistas no se descubre aquel espíritu de especulación inspirado por ventajas personales con perjuicio i deshonra de la patria, como ofrecen de ello frecuentes escándalos las repúblicas que lo rodean. Su pueblo, amante del trabajo i de las fatigas, procura el alimento i lo necesario a la vida en las fuentes inagotables de la agricultura, en las ricas minas, en cualquier establecimiento, que haga necesaria grande abnegación i sacrificio.

I la poderosa causa de tanta paz i prosperidad no es un secreto para cualquiera que tenga tan solo ojos para ver i oídos para oír: los chilenos son eminentemente relijiosos i patriotas. La Relijión para la inmensa mayoría de aquella hermosa República no es una simple teoría especulativa, sino una cosa real i práctica, como tendremos ocasión de observar en seguida. Los templos son majestuosos, las funciones tiernas i conmovedoras, el clero instruido i celoso, las mujeres virtuosas i devotas, i el pueblo amante de los ejercicios de piedad i devoción.

La patria empero tiene para el chileno algo de divino. Si la tierra que saludó con sus auras nuestros primeros vajidos i nuestra primera sonrisa es para todos querida i deliciosa, para los

chilenos tiene encantos que llegan a rayar en fanatismo. La esplicación es mui obvia. Leemos en la historia de Esparta que las madres se imponian el grato deber de inculcar a los hijos el grande amor de patria; despues del amor a los dioses, no habia para aquellas matronas misión más sublime. De ahí resultó que el heroismo espartano se hizo proverbial en los fastos de las acciones extraordinarias. Pues bien, en Chile pasa algo parecido. Dejando para otro capitulo una mención especial de las mujeres chilenas, diremos que desde que aquella República con el valor de sus hijos pudo emanciparse de la España i ocupar un puesto entre las naciones independientes, todos los años se celebra el aniversario de la conquistada libertad con las funciones más conmovedoras. Al amanecer del fausto dia, reunidos en buen orden en la plaza principal los niños de todas las escuelas, acompañados por las bandas militares o municipales cantan la canción de la independencia, seguida de discursos entusiastas pronunciados por los mismos niños, i en ellos se recuerda el valor de sus próceres, la sangre con que regaron el árbol de la libertad, el don inapreciable que les hicieron de su independencia, i el progreso i civilización, que fueron sus preciosos frutos. Lo que hacen por la mañana los alumnos de las escuelas masculinas repiten en el dia las niñas adornadas con cándidos velos i coronadas de flores.

En tales patrióticas manifestaciones, mientras se infunde en aquellos tiernos corazones el verdadero amor a la tierra querida, el pueblo, conmovido por aquellas voces infantiles, siente arraigarse siempre más en su pecho el grande amor de la patria. Por esto en los templos, en los salones, en los banquetes, en toda circunstancia en que se haga uso de la palabra, se oye siempre un concepto, una frase, que revela su ternura para el suelo natal i sus fêrvidos votos por su felicidad: en todo se descubre que el chileno le tiene levantado un altar en el fondo del corazón, donde le ofrece el incienso de sus afectos más puros, de sus votos más ardientes, de sus sacrificios más grandes.

Son hechos estos que puede atestiguar cualquiera que haya vivido por algún tiempo bajo el cielo chileno.

Ahora bien, un pueblo moral, gobernado por sabias instituciones, amante del trabajo, praticante de la relijón e idólatra de la patria, ¿puede no estremecerse al verla amenazada por dos naciones aliadas para perderla? Un pueblo de este temple, al ver insultada su cuna, ¿no se unirá como un solo hombre para hacer de sí una fortaleza inespugnable para defenderla de los ataques de sus enemigos? Este pueblo puede no repetir los prodijios de valor, que se narran en las antiguas historias de Grecia i Roma? El que esto

negara daría de sí la más triste idea: pues, revelaría que desconoce completamente la fuerza irresistible de un pueblo moral, e ignora hasta lo que quiere decir amor de patria en corazones educados en su culto.

Los hechos de la larga guerra del Pacífico han manifestado de la manera más elocuente la verdad de esta doctrina. Basta leerlos con ánimo imparcial para que el corazón se sienta impelido por una fuerza secreta a tributar a un pueblo semejante el homenaje de la más sincera admiración.





CAPÍTULO IV.

Formación del ejército



E ha dicho que Chile desde tiempo atrás se estaba preparando para la guerra i por eso « con sacrificios mui superiores talvez a sus recursos habia mandado hacer los dos fuertes blindados *Lord-Cochrane* i *Blanco-Encalada* ⁽¹⁾. »

Si comprar o construir grandes blindados fuera una prueba segura de querer llevar la guerra a otras naciones, no sabríamos que cosa pensar de nuestra Italia, la cual no obstante el estado poco florido de su hacienda, ha invertido tantos millones en la construcción de los acorazados más formidables que se conozcan. Sin

(¹) CAIVANO, *Storia della guerra d'America*, Parte I, p. 124.

embargo, todo el mundo sabe que el Gobierno italiano respecto de las potencias extranjeras no conoce otras frases sino tolerancia, concordia i paz.

No podemos razonar de otra manera respecto de Chile, el cual, como hemos indicado, no tenia otras aspiraciones que procurar la prosperidad de sus pueblos con la paz i el trabajo. Mas, asegurada la paz interna mediante la política sensata de sus gobernantes i la proverbial moralidad de los ciudadanos, era su deber asegurar la paz en el exterior; fin que no se consigue tan fácilmente cuando los vecinos son envidiosos, turbulentos i usurpadores, i la nación no se encuentra con medios bastantes para imponer temor i respeto. En estos casos procurarse lo medios de defensa es un acto de alta prudencia en toda nación, que no quiera verse reducida a ser el juguete ridículo de los más poderosos. Para Chile empero fué no tan solo prudencia, sino una inspiración; pues, solo por ellos pudo salvarse de la ruina, que habian meditado en secreto sus enemigos.

Si el Gobierno de Chile hubiese deseado una guerra, lejos de licenciar la Guardia Nacional, como lo habia hecho, habria formado otros rejimientos, i es cosa que hemos visto nosotros mismos que al tiempo de la declaración de la guerra tenia reducido el ejército a una cifra tan insignificante, que apenas era suficiente para resguardar las

fronteras araucanas i prestar los indispensables servicios de vijilancia interna ⁽¹⁾. El Gobierno, nos es grato repetirlo, fiado en la cordura del pueblo, no necesitaba de bayonetas para sostenerse en el poder i asegurar la prosperidad de unos pocos, como el Perú; necesitaba de brazos para el cultivo de los campos i la explotación de las minas, para procurar a todos riquezas i prosperidad duraderas.

Mas en una nación, como Chile, cuyos habitantes viven del puro amor de la patria i del deseo de su grandeza i de su gloria, todo ciudadano es soldado; de manera que al grito de la patria que los llamaba a su defensa, respondieron con un entusiasmo que difícilmente se creará por los que no han sido testigos presenciales, como lo fuimos nosotros. En pocos meses se formaron numerosos regimientos, admirándose la noble emulación de los últimos del pueblo con los jóvenes más delicados de la alta sociedad; de los obreros tostados por los rayos del sol con los mimados de la fortuna, que nadaban en la opulencia; de

(1) « Provocados a la guerra en circunstancias en que, confiados en la permanencia de la paz, habíamos licenciado la Guardia Nacional i reducido el ejército a una cifra que pasaba apenas de dos mil hombres, acudisteis presurosos al llamamiento que, en nombre de la patria amenazada, os hizo vuestro Gobierno. »

Saludo del Presidente de la República al ejército victorioso, reproducido en el Boletín de la guerra, p. 1057.

los ignorantes i rudos campesinos con los literatos i abogados insignes. Todo ciudadano deseaba un puesto a la sombra de aquella bandera, que debia mostrar a las naciones que no se violan impunemente los tratados, no se desconocen sin castigo los derechos, no se insulta una nación honrada i bien organizada sin sentir el peso i las consecuencias del grave ultraje.

Estas excelentes disposiciones de todo un pueblo prometian a los gobernantes prodijios de valor. Solo así se esplica que una nación de *dos millones* de habitantes, tuviera el coraje de intimar la guerra a dos Repúblicas, que contaban *cinco millones*.

Que no haya ni sombra de parcialidad o exageración en estas esercciones astampadas en la primera edición, se verá claramente en la siguiente narración del señor Santini, quien, hablando de las tropas chilenas desembarcadas en Pacocha, territorio peruano, nos describe el soldado chileno i a su simpática oficialidad.

« Yo llegué a Pacocha, dice Santini, casi al dia siguiente del desembarco, i desde el puente de mi buque oia las bandas de música de los batallones, que tocaban alegres sinfonias, como si estuvieran en Valparaiso o Santiago, mientras se presentaba a mi vista el entero campamento

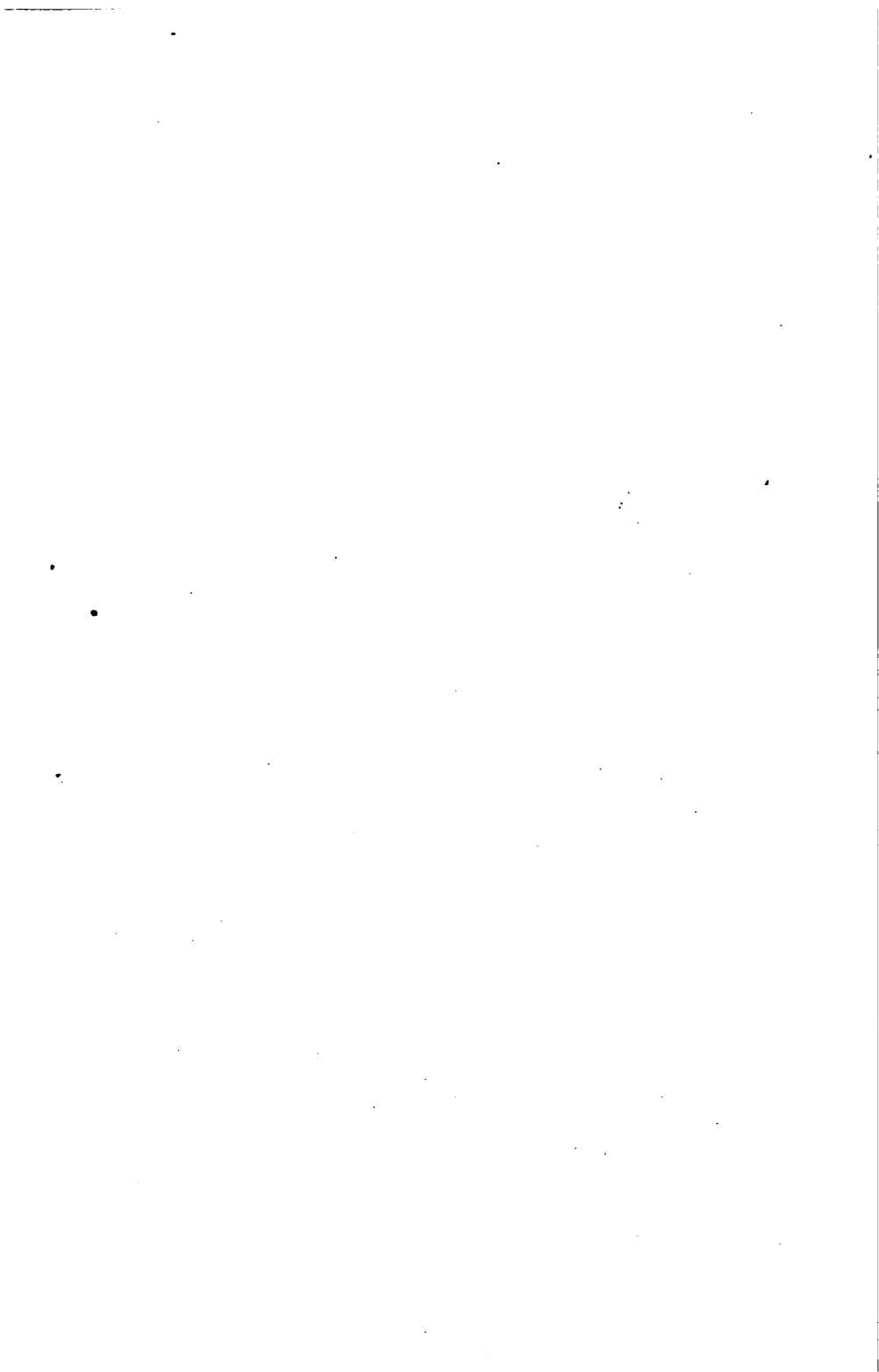
con sus muchas tiendas al pié de la montaña i en la ribera del mar. Habiendo visto por tanto tiempo en Lima las tropas peruanas, me dió ganas de ver las chilenas, que no me fué posible observar en Valparaiso, estando todas en el teatro de la guerra. Los Jefes del ejército con mucha cortesía pusieron a nuestra disposición no solo los caballos, sino también una escolta de caballeros, que nos hicieron visitar el campamento en todas direcciones. La impresión que todos recibimos fué mui superior a la idea que, despues de la vista del ejército peruano, teníamos formada de antemano de su rival. Era mui fácil para nosotros extranjeros i, en consecuencia, más que neutrales, formar un juicio sobre las fuerzas de los combatientes, i un juicio enteramente desapasionado, desde que ningún interés particular nos ligaba a Chile ni al Perú; aunque los mayores intereses que tiene en éste nuestra colonia i los necesarios vínculos más estrechos con los hijos del país, el más grande prestigio i la más declarada simpatía que ahí gozamos, pudieran inclinarnos en favor del Perú. Pues bien, fieles al principio: *La verdad ante todo*, nosotros no pudimos vacilar un momento en reconocer la indiscutible superioridad del ejército chileno sobre el peruano, sea en cuanto a la robustez i hermoso aspecto del soldado, sea en cuanto al uniforme e instrucción, como también por el orden,

la disciplina, el armamento. Parecerá una fruslería, i, sin embargo, es cosa bastante interesante especialmente para el que conoce la dificultad de la marcha continua por terrenos arenosos, el excelente calzado del soldado chileno, que consiste en sólidas medias botas de cuero de color natural, en las cuales introducen el pantalón. En el ejército chileno se cuida mucho la mantención i el aseo del soldado, el que, nacido en climas más frios, es naturalmente más alto, más robusto, de mejor aspecto que el *cholo* crecido en el eterno i enervante verano del Perú..... El soldado chileno es mui disciplinado: a nuestro paso (vestíamos uniforme) no hubo un solo centinela que no presentara las armas, ni un soldado que no saliera de su tienda para plantarse en posición de saludo. La oficialidad no tiene por cierto la instrucción de la de Europa, es empero relativamente mui instruida i es más que superior a la peruana; pues, no faltan oficiales, especialmente en la artillería, que han hecho sus estudios militares en Europa. En cuanto a modales los oficiales chilenos son mui distinguidos; lo que no puede estrañarse si se atiende a que ellos son en gran parte de las mejores familias de Chile, i en Santiago i Valparaiso ya no paseaban jóvenes elegantes, pues estaban todos bajo las armas; mientras de Lima apenas habian salido algunos, i los más no habian querido enlutar la ciudad patria

con su partida. En el ejército chileno se ve mucha escasez de coroneles, mientras en el Perú son más numerosos i perjudiciales que las langostas. El joven elegante de Santiago vive satisfecho con el grado de teniente o de alférez: i en este grado vi yo en Pacocha al hijo del Ministro de Hacienda i al sobrino del Presidente de la República. Nosotros fuimos objeto de muchas atenciones ⁽¹⁾.»

(1) *Viaggio della « Garibaldi, »* p. 172.







CAPÍTULO V.

Combate naval de Iquique

Los prodijios de valor que el Gobierno chileno esperaba del entusiasmo patriótico de sus soldados no tardaron en presentarse a la admiración del mundo, i el 21 de mayo de 1879, que será siempre memorable en los anales de las guerras marítimas, fuè el dia que cubrió a la nación chilena de envidiable gloria. Haremos la simple narración del hecho glorioso, dejando que los lectores queden impasibles, si pueden, en vista de tanto heroismo.

La escuadra chilena bloqueaba desde algunos meses el pequeño puerto de Iquique, cuando las dos naves peruanas, el Monitor *Huáscar* i el blin-

dado *Independencia*, empezaron a recorrer el Pacífico, mostrándose audaces en las indefensas costas del enemigo, i haciendo mil proezas de aquellas que son naturales en naves, que llevan la impunidad en las rápidas vueltas de su hélice. Los blindados chilenos *Blanco-Encalada* i *Lord-Cochrane* los persiguieron en diversas ocasiones, pero siempre inútilmente; porque los marinos chilenos buscaban una batalla i los peruanos se encomendaban al carbón.

Los alabamos. Los peruanos, diga lo que quiera Caivano, no ignoraban el valor de los chilenos, habiéndolo experimentado en circunstancias análogas a la presente, i menos aún ignoraban que si los blindados chilenos eran más poderosos que los peruanos, eran empero menos veloces. La prudencia, pues, aconsejaba evitar un combate en que con seguridad habrían sido vencidos, i salvarse con la fuga, ya que sus naves poseían la bella cualidad de correr. I que digamos la verdad nos lo prueba con evidéntísimas razones el mismo Caivano cuando, describiendo las causas que llevaron al *Huáscar* al sacrificio, nos dice: « No permitiendo de ninguna manera el mal estado de la quilla del *Huáscar* recurrir a la fuga, por más que las maniobras hubiesen sido hábiles i atrevidas, la lucha se hizo inevitable. » I en nota nos ofrece estos pormenores: « Es un hecho generalmente notorio así en el Perú, como en Chile,

que la quilla del *Huáscar* se hallaba sumamente sucia, cuando éste salió de Arica el 30 de setiembre para su última expedición: expedición ordenada por el Presidente Prado, la cual el contra-almirante Grau opinaba que no debía efectuarse sino despues de haber limpiado la quilla del Monitor; pues, por tal circunstancia *no podia dársele toda la velocidad de que era capaz en condiciones normales, de la cual necesitaria en caso de un encuentro con la escuadra enemiga, contra cuya inmensa superioridad numérica i material toda lucha era imposible* ⁽¹⁾.»

Queda, pues, establecido que las estupendas proezas del león del Pacífico, como lo llama Caivano, se limitaron a huir mientras pudo de los *tímidos e inespertos marinos chilenos*. Esta noticia vale un Perú sin peruanos, i agradecemos al señor Caivano el esquisito regalo.

Atendida, pues, la vertijinosa fuga del tal león i los inútiles esfuerzos de la escuadra chilena para cazarlo, el sueño dorado del almirante Williams Rebolledo era sorprenderlo en algún puerto i obligarlo a medir su valor con sus *tímidos* marinos. Así que apenas tuvo noticia de que la flota peruana se hallaba en el puerto del Callao, zarpó sin demora en busca del enemigo, dejando para

(1) Obra cit. Parte I, p. 268.

el bloqueo de Iquique dos viejas naves de madera, la *Esmeralda*, al mando del capitán Prat, i la *Covadonga* al del capitán Condell. Mas el espionaje estaba mui bien organizado en el territorio peruano: mientras el *Blanco* se dirijia al Callao, el *Huáscar* i la *Independencia* por otro rumbo sorprendian las dos viejas barcas en Iquique.

Prat los vió acercarse sin espanto. Intentar la retirada a más de la imposibilidad de efectuarlo por el mal estado de las dos naves i la velocidad de los blindados enemigos, no lo hubiera juzgado digno de un militar pundonoroso, aunque viera que aceptar el combate fuera audacia inaudita. En efecto, ¿podia esperarse un resultado feliz en una lucha, en que el Monitor enemigo, con cañones de a 300, montados en torre jiratoria, atacaba a la frágil *Esmeralda*, que no tenia sino pequeños cañones de a 68, i la *Independencia* con 14 cañones de a 150 i de a 70 se lanzaba contra la *Covadonga* armada de dos únicos cañones de a 150 ⁽¹⁾? Rendirse en estas circunstancias, atendida la enorme desigualdad de las fuerzas, lo hubiera aplaudido cualquier marino inteligente: combatir sin la más remota esperanza de vencer, exponerse con los suyos a una muerte inevitable, hacerse asesinar sin poder ni ofender ni defenderse,

(1) CAIVANO, Ob. cit. Parte I, p. 228.

era un sacrificio que no podia exigir la patria, para quien es tan querida la vida de sus hijos; mas la palabra *rendirse* no se halla registrada entre las señales de la marina chilena. Aceptò, pues, la lucha desigual, la lucha del débil con el fuerte, mejor dicho, la fuerza material atacaba la fuerza moral, blindados inespugnables chocaban con corazones de bronce: ¡duelo sin igual, de que mui raros ejemplos se encuentran en la historia de las guerras marítimas!

El *Huáscar* disparó contra la frágil corbeta los primeros tiros de sus cañones, a cuyo estampido un estrepitoso *¡Viva Chile!* resonó sobre el puente de la *Esmeralda*. Prat, sereno sobre la cubierta de su nave, animaba a los suyos al valor i a la resistencia ⁽¹⁾; su artillería no quedaba muda; mas con pequeños cañones de a 68

(1) El señor Segers, uno de los pocos oficiales de la *Esmeralda* que escaparon de la muerte, en una carta dirigida desde Iquique, pocos dias despues de la sangrienta batalla, a su familia, entre otros desgarradores detalles de aquella jornada, nos narra que el Capitán Prat, a los primeros golpes tirados por el Monitor enemigo, arengó a su tripulación con estas breves, pero significantes, palabras:

« Muchachos: la contienda es desigual, pero ánimo i valor. Hasta el presente ningún buque chileno ha arriado jamás su bandera; espero, pues, que no sea esta la ocasión de hacerlo. Por mi parte yo os aseguro que mientras viva tal cosa no sucederá, i despues que yo falte, quedan mis oficiales, que sabrán cumplir con su deber. »

Boletín de la Guerra, p. 172.

apenas podia acariciar el blindaje del Monitor, mientras los marinos chilenos eran destrozados a cada golpe lanzado a tiro de pistola: carnicería cruel, que aumentaba un mortífero fuego de fusilería i de artillería, sostenido desde la playa por las tropas peruanas, poniendo entre dos fuegos a aquellos infelices ⁽¹⁾. Tanto heroismo admiró al mismo comandante del *Huáscar*, quien gritó desde su torre: « Ríndase, Capitán, queremos salvar la vida de un valiente. » — ¡*Un chileno no se rinde!* fué la respuesta del valeroso Prat ⁽²⁾.

La *Esmeralda*, averiada ya en muchas partes, se sostenia apenas sobre las aguas, enrojecidas con la sangre de sus valientes. El contra-almirante Grau, perdida ya la esperanza de conseguir la rendición del enemigo, i deseoso de acabar de una vez aquella escena de horror, dirijió su Monitor contra la *Esmeralda* para partirla

(¹) *El Comercio*, diario peruano de Iquique, decia. « En uno de los movimientos de la corbeta chilena, se puso frente i mui cerca de la estacion del ferrocarril. Entonces el señor Jeneral Buendia, que para todo caso hizo colocar la artillería de campaña por ese punto, ordenó que rompiese ésta el fuego sobre el buque chileno, i que igual cosa hiciesen los soldados.

« En efecto, *las cuatro piezas de a 9* empezaron a hacer un fuego pronto i certero, al cual contestó la corbeta con una andanada i con tiros de fusilería tan sostenidos, que parecian los de dos ejércitos que se baten encarnizadamente. »

Boletín, p. 144.

(²) *Boletín*, p. 143.

con el espolón i echarla a pique. Fué en esa circunstancia cuando Prat saltó como un león sobre la cubierta enemiga, avanzándose con denuedo hacia la torre del contra-almirante con intenciones que son mui fáciles de adivinar; mas herido mortalmente por numerosos enemigos, sellaba con su sangre la anunciada consigna: *Un chileno no se rinde*. Un segundo golpe de espolón embestia la despedazada nave, i el teniente Serrano con un puñado de bravos abordaron, lo mismo que su capitán, el Monitor, cayendo víctimas de su arrojo sobre la cubierta enemiga, acribillados por el plomo de los marinos peruanos. La *Esmeralda* cubierta de deformes cadáveres i de cuerpos mutilados, se sumerjia en las olas del mar, para buscar en el abismo el digno pedestal de su gloria, cuando el teniente Riquelme, ya con los pies en el agua, que debía darle pronta muerte, dió fuego al último cañón, no ya para ofender al enemigo, sino para repetir hasta el último suspiro la protesta de su heroico comandante, o para enviar un último saludo a la patria lejana i decirle con el eco de aquel instrumento de muerte, que sus hijos, oponiendo vigorosa resistencia, fueron asesinados, pero nunca vencidos; que la insignia del patrio suelo, flameando orgullosa en el mastil, se sumerjia con ellos en el abismo para envolver sus cadáveres como sudario precioso; que la estrella de aquella bandera ve-

nerada seria la antorcha refulgente, que iluminaria sus frentes, coronadas con los laureles de los fuertes, i con sus rayos luminosos estamparia el juramento solemne pronunciado en la rada de Iquique, i legado al ejército: *¡Un chileno no se rinde!*

Despues de la lectura de este hecho, ¿quién osará negar a los bravos de la *Esmeralda* un valor lejendario? ¿Quién se atreverá a negar que este solo hecho de armas no es suficiente para conquistar a una nación una gloria envidiable? ¿Quién vacilará en afirmar que si la Inglaterra escribió en la historia patria una página gloriosa con la jornada de Trafalgar, i repite con lejítimo orgullo el nombre del invicto Nelson, Chile no tiene motivos para envidiarla, desde que puede ostentar en los fastos de su historia el combate de Iquique, i recordar a las jeneraciones el sacrificio heroico de su Prat i de la tripulación de la *Esmeralda*?

Los escritores de Lima hicieron prodijios de habilidad para arrebatat a los bravos de la *Esmeralda* el mérito de su admirable valor, asegurando que Prat i los que le imitaron en el atrevido abordaje, habian caido involuntariamente sobre la cubierta de la nave enemiga, cuando ésta embistió con su espolón a la gloriosa corbeta.

Podemos escusarlos: el combate de Iquique, narrado en toda su verdad, habria tenido dema-

siada trascendencia en el ejército peruano; i por eso la prudencia aconsejaba disfrazarlo para evitar los efectos que necesariamente hubiera producido. Mas lo que es escusable en un peruano, no puede serlo de ninguna manera en un historiador neutral, como el señor Caivano. Él afirma que « la guerra del Pacífico encierra grandes i positivas lecciones, ⁽¹⁾ i, sin embargo, nos hace una descripción estudiantamente lacónica del hecho de armas más extraordinario de aquella guerra, i se entretiene en reproducir i hacer propias las falsísimas noticias propaladas en los primeros momentos por los diaristas de Lima, negando a Prat i a sus marinos el arrojo de haber abordado la nave enemiga. Escuchemos a Caivano.

« En la segunda embestida que dió el *Huáscar* a la *Esmeralda*, habiendo caído el Comandante i un sarjento de ésta sobre la cubierta de aquél — donde ambos fueron muertos por los marinos en medio de los cuales cayeron, antes que el Comandante del *Huáscar* tuviese tiempo para impedirlo — los chilenos pretendieron que no habian caído, sino saltado al abordaje. » I en nota añade: « El *Huáscar*, por su calidad de Monitor, era tan bajo que, escepto la torre, se elevaba apenas unas cuantas pulgadas sobre la

(¹) Prefacio de la I Parte, p. 11.

superficie de las aguas: en consecuencia, nada más fácil que, al sacudimiento violento sufrido por la *Esmeralda* por el choque del *Huáscar*, el Comandante se precipitara desde el puente de mando, donde se hallaba con el sarjento que le fué socio de desventura. I que sea realmente así lo sabemos de persona distinguida i respetable A. Y. de C.) que lo oyó de la misma boca del ilustre Comandante del *Huáscar*, M. Grau ⁽¹⁾. »

La mejor respuesta que pueda darse a Caimano es sin duda la palabra autorizada del mismo contra-almirante Grau. Éste, marino de mui bellos sentimientos, recojió con esquisito cuidado los objetos que llevaba consigo el ilustre Prat cuando, abordando el Monitor, fué herido de muerte por sus enemigos, i al remitirlos a la esposa de aquel valiente, le envió la carta siguiente:

« Monitor *Huáscar*.

« Pisagua, junio 2 de 1879.

« Dignísima señora:

« Un sagrado deber me autoriza a dirjirme a Ud., i siento profundamente que esta carta, por las luchas que va a rememorar, contribuya

(1) Parte I, p. 253.

a aumentar el dolor que hoy justamente debe dominarla.

« En el combate naval del 21 del próximo pasado, que tuvo lugar en las aguas de Iquique, entre las naves peruanas i chilenas, su DIGNO I VALEROSO ESPOSO, el capitán de fragata don Arturo Prat, comandante de la *Esmeralda*, fué, como Ud. no lo ignorará ya, víctima de su TEMERARIO ARROJO EN DEFENSA I GLORIA DE LA BANDERA DE SU PATRIA.

« Deplorando sinceramente tan INFAUSTO ACONTECIMIENTO i acompañándola en su duelo, cumplo con el penoso i triste deber de enviarle las para Ud. inestimables prendas que se encontraron en su poder, i que son las que figuran en la lista adjunta. Ellas le servirán indudablemente de algún pequeño consuelo en medio de su gran desgracia, i por eso me he anticipado a remitírselas.

« Reiterándole mis sentimientos de condolencia, logro, señora, la oportunidad para ofrecerle mis servicios, consideraciones i respeto con que me suscribo de Ud., señora, mui afectísimo seguro servidor.

MIGUEL GRAU ⁽¹⁾.»

(1) *Boletín de la guerra*, p. 281.

A la interesante carta que antecede hoi podemos añadir los testimonios imparciales de los dos compatriotas señores Santini i Perolari.

El primero dice: « El 21 de mayo (el *Huáscar*) atacó en el puerto de Iquique a la vieja corbeta chilena *Esmeralda*, la cual se cubrió de gloria hundiéndose en el mar con su bandera izada; pues, ella negándose a arrearla, mereció del Monitor enemigo tres golpes de espolón. Sobre el puente del *Huáscar* encontró muerte gloriosísima el comandante de la *Esmeralda*, Arturo Prat, quien se abalanzó sobre la nave enemiga empuñando el revolver i la espada, acompañado por unos cuantos que pudieron seguirlo ⁽¹⁾. »

El segundo ha escrito: « El *Huáscar*, llegado a las aguas de Iquique, embistió a la *Esmeralda*; la cual despues de larga i tenaz resistencia, al tercer golpe de espolón de la nave enemiga, se hundió. Su comandante, Arturo Prat, abordando el *Huáscar*, fué víctima de su arrojo con tres valerosos que lo siguieron ⁽²⁾. »

Despues de estos importantes documentos nos asiste el derecho para dirigir al señor Caivano las mismas palabras que él dirige al historiador chileno Barros Arana: « La historia debe decir la verdad; i cuando no sabe o no quiere decirla,

(1) *Viaggio della « Garibaldi »*, p. 168.

(2) *Il Perú e i suoi tremendi giorni*, p. 284.

enmudezca Cuando el escritor tiene la seguridad de que no podrá mantenerse tranquilo i sereno en las rejiones de la verdad, deje la pluma, o escriba otra cosa que no se llame *Historia* ⁽¹⁾. »

(1) Ob. cit. I Parte, p. 400.

Con cuanta justicia se vuelvan contra Caivano sus mismas palabras, ya citadas, lo deducirá el lector cortés del siguiente trozo de la Obra del señor Santini, (página 204), que traducimos fielmente :

« Nuestra presencia en el teatro de los acontecimientos me autoriza para poder afirmar la veracidad histórica de la guerra, que yo he relatado en este libro lo mejor que he podido i con relativa brevedad. Lo que ansiaba declarar en vista de una *Storia della Guerra del Pacifico*, publicada por la Tipografia Loescher i escrita por el abogado Caivano; el cual aunque antes de la guerra vivió por algún tiempo en el Perú, volvió a él cuando los hechos habian terminado, i por lo mismo se encontró en la desventajosa condición de no poderlos ni apreciar, ni narrar como testigo presencial. Así que yo no vacilo en afirmar que el libro de Caivano no merece el nombre de *historia*, siendo que le falta casi siempre la indispensable condición de la verdad, i la necesaria dosis de serenidad de juicio, siendo, en consecuencia, más que apasionada. Aun antes de que Caivano volviese al Perú, nosotros sabíamos su misión de historiador oficial de los peruanos; mas nosotros testigos oculares i por nuestra posición oficial más que neutrales i desapasionados, como por cierto no puede serlo Caivano i sus amigos italo-peruanos, debemos reconocer que la prosa del escritor ha sobrepujado la esperanza i los deseos ya naturalmente exajerados de los inspiradores. »





CAPÍTULO VI.

El espíritu de Prat

DESPUES del combate que hemos narrado, los hombres de corto alcance i de mezquino corazón no se desdeñarán de aplaudir al blindado vencedor; no pasará empero lo mismo con los que no miran los hechos en la sola corteza de las apariencias, sino que pesan todo su intrínseco valor i deducen sus necesarias consecuencias. Aplaudir al vencedor por la sencilla razón de haber vencido al enemigo, sin atender a los medios ni a las fuerzas de su adversario i, más que todo, al modo como ha derrotado al enemigo, seria un error solo perdonable entre jente bárbara e ignorante. Aplaudir a Grau, no tributar las de-

bidas alabanzas a Prat i a la tripulación de la *Esmeralda*, seria lo mismo que hacer la apoteosis de la fuerza bruta, i pisotear la fuerza moral, aquella fortaleza de espíritu que, revelándose en toda su grandeza por medio del heroismo, descubre en el hombre algo de divino.

Que el pueblo peruano celebrara con fiestas aquella acción de guerra se comprende, mas se comprende solo en la última clase de la sociedad; pues no podremos convencernos jamás que los hombres de gobierno i los verdaderos militares, que tuvieron exactas noticias de aquel combate, se entregasen a locas alegrías, i no formasen más bien en su corazón el funesto presajio del porvenir de su patria.

En la rada de Iquique hubo una victoria i una derrota, derrota i victoria morales, que desde aquel momento decidieron de la futura suerte de las naciones beligerantes.

Chile lloró con ternura de madre el sacrificio de sus hijos, como lloró Esparta el sacrificio de Leonidas i de sus valerosos compañeros; pero sus lágrimas de dolor fueron suavizadas por las lágrimas de la esperanza; pues aquel sacrificio heroico debia hacer caer los muros de las fortalezas del enemigo, debia hacer enmudecer sus formidables trincheras i abrirle las puertas de las ciudades, habria de llevar el Perú a sus pies i el hermoso tricolor en breve se pasearia triunfante

desde Magallanes hasta Panamá, tremolando glorioso desde Antofagasta hasta la fortaleza de San Cristobal.

El Perú recibió con *vivas* a los vencedores del *Huáscar*, pero aquel júbilo pasajero debía abrir una serie interminable de desventuras i de lágrimas; pues, si el Monitor volvía ileso, era solo para decir con mudo, pero elocuente, lenguaje al Gobierno i al pueblo, que todos sus esfuerzos de feroz valor no fueron suficientes para conseguir la rendición de una frágil nave; que los chilenos que preferían la muerte a la deshonra de caer prisioneros estaban dispuestos a hacerles una guerra que los pondría en la espantosa disyuntiva de vencer o morir; que el pueblo peruano, no llevando en sus venas sangre de valientes, sería sin duda derrotado por las armas chilenas.

No exajeramos. Terminada aquella horrible escena de horror i de sangre, recojidos los pocos náufragos de la *Esmeralda*, que, luchando entre la vida i la muerte, preferían más bien ahogarse que verse socorridos por sus enemigos, el cadáver del ilustre Prat fué llevado a Iquique para que fuera colocado en honrosa sepultura. Pues bien, según las relaciones de aquella célebre jornada, Buendía, Jeneral peruano, acercóse a aquel venerando cadáver, i empujado por sus propios sentimientos, no pudo menos de esclamar: *¡Con*

que jente tenemos que pelear! ⁽¹⁾. Aquellas palabras eran la síntesis de la historia de infortunios, que desde aquel momento principiaron para su patria desgraciada: pues, eran la confesión de la propia impotencia de frente a estóicos de aquel temple, que en nada estiman su vida cuando la exige la patria; eran la afirmación de la gran verdad que las acciones de hombres extraordinarios, contempladas por sus compatriotas, suelen infundir en su pecho un espíritu superior i arrastrarlos irresistiblemente a la imitación. Si los griegos a vista de las estatuas de sus héroes i de sus grandes capitanes repetían sus atrevidas empresas i heroicas proezas, los chilenos, fija la mirada en la gigantesca figura de Prat, aceptarían su consigna e imitarían su valor.

Buendía no se engañaba: el espíritu de Prat se comunicó a todo el ejército i armada, i todos, de almirante a grumete, desde el Jeneral en jefe hasta el último recluta, propusieron distinguirse en alguna acción, que fuera digna de su modelo. ¿Que obstáculos hubiera podido oponer el enemigo a semejantes militares? Muchas fueron las batallas que sostuvo el ejército chileno, i en todas quedó victorioso; pero las más extraordinarias por las circunstancias que las acompañaron fueron, según nuestra opinión, las de Pisagua, de Arica i

(1) *Boletín de la guerra*, p. 145.

de Miraflores. Pues bien, ellas nos dirán cuán admirable fué el valor de las milicias chilenas, i cuán justas son nuestras apreciaciones.

La flota chilena que se dirigía a Pisagua para efectuar un desembarco i ocupar aquel punto importantísimo para las futuras operaciones de la guerra, constaba, dice Caivano, de trece transportes, que llevaban 10,000 hombres, i de otras naves de guerra que formaban en todo diez i nueve naves. Toda esta fuerza estaba destinada a combatir contra « dos cañones, montados de prisa a las dos estremidades de la baía, i novecientos soldados, de los que dos tercios eran bolivianos i un tercio peruanos⁽¹⁾. »

Estos datos, con la venia del historiador del Perú, no son exactos; i lo asegura el mismo Jeneral peruano, Buendia, en su parte sobre aquella jornada, en el cual asevera que los chilenos que atacaron a Pisagua fueron solo *cuatro mil* ⁽²⁾. A este testimonio imparcialísimo debe añadirse el no menos imparcial del señor Santini, quien nos hace saber que Pisagua « estaba defendida por buena parte del ejército aliado Perú-boliviano », i este ejército estaba « atrincherado sobre alturas formidables casi a pico sobre el mar ⁽³⁾. »

(¹) *Storia della guerra d'America*, Parte I, p. 282.

(²) *Boletín de la guerra*, p. 484.

(³) *Viaggio della « Garibaldi »*, p. 168.

Mas, aun admitidos como ciertos los datos que nos proporciona el señor Caivano, siempre se revela en los chilenos su proverbial valor, solo que se consideren las circunstancias que acompañaron la difícil operación del desembarco i del asalto a las inespugnables posiciones enemigas: circunstancias que tomamos con placer de la misma historia de Caivano.

« Pisagua, dice él, está situada al pie de una árida montaña escarpada de 150 a 200 metros de elevación, que se dibuja sobre el mar en figura de C ⁽¹⁾. » La guarnición de los aliados « esperaba impaciente e imposible entre la escabrosidad de las rocas el momento de entrar en acción contra las tropas enemigas, que se preparaban al desembarque ⁽²⁾. »

La primera operación de los soldados chilenos, fué desembarcar a pecho descubierto de frente a enemigos que, defendidos por la escabrosidad de las rocas, tenían como seguro blanco las numerosas chalupas i botes de los asaltantes, que avanzaban « bajo un mortífero fuego de fusilería, que les impedía desembarcar... Dos veces rechazados, los chilenos tuvieron que volver al lado de sus buques para dejar los muertos i heridos, i reforzarse con nueva tropa ⁽³⁾. »

(¹) Obr. cit. Parte I, p. 282.

(²) Id. p. 283.

(³) Id. p. 285.

Aquel desembarque era una audacia. Los directores conocían de antemano las dificultades de tal empresa por las favorables posiciones enemigas, pero no en toda la realidad con que se mostró al momento de llevarla a cabo. Aquel desembarco, más que audacia, era temeridad; porque mientras la artillería de los buques de guerra solo podía batir la árida montaña, los aliados dirijian seguros tiros sobre *cuarenta i tres chalupas i barcas* llenas de soldados chilenos, que efectuaban el desembarco.

Llegados a la ribera en tan difíciles condiciones, que solo podía vencer un gran valor i un sumo desprecio de la vida, principió la operación verdaderamente atrevida de aquella jornada. « Comenzó entonces, dice Caivano, una lucha cuerpo a cuerpo entre las rocas, que dominan a Pisagua... Mientras palmo a palmo cedían terreno al grueso torrente de los asaltantes sobre la escarpada montaña,... los pocos soldados de la alianza se batieron como leones durante cinco horas ⁽¹⁾. »

En estas pocas líneas está descrita toda la pujanza irresistible de los soldados chilenos. Ellos tuvieron que emprender la rapidísima ascensión de aquella empinada montaña, para desalojar a los aliados de los escondrijos de las rocas. Sus fusiles quedaban mudos, porque necesitaban de

(1) Id. p. 286.

ellos para sostenerse i no precipitarse al fondo de los barrancos; la artillería de los buques en aquellos momentos estaba inactiva para no herir a sus soldados: así que los *novecientos* aliados podían fusilar a mansalva a aquellos soldados, que como cabros trepaban por aquellas rocas, ansiosos de escalar la elevada montaña e ir a buscar a sus enemigos para medir cuerpo a cuerpo su valor. Para rechazar a aquellos asaltantes en las críticas condiciones en que solo podían realizarlo, no eran necesarios ni cañones, ni fusiles: eran suficientes los garrotes; era bastante hacer rodar las piedras o lanzarlas, como hicieron los bárbaros carduscos contra los valientes griegos, guiados por empinados cerros por el valeroso Jenofonte ⁽¹⁾. Sin embargo, los aliados, a semejanza de los carduscos, fueron desalojados, derrotados i puestos en precipitosa fuga ⁽²⁾. ¡I se dice que los bolivianos son valientes! ¡Como! ¿trecientos bravos disputaban el paso de las Termópilas a las intermi-

(¹) *Anabasis de Jenofonte*, Lib. IV, c. II.

(²) « Ésta (Pisagua) estaba defendida por gran parte del ejército aliado peru-boliviano a las órdenes del Jeneral en jefe Buendía. Las tropas chilenas, defendidas por la artillería de la escuadra, iniciaron el desembarco, i las primeras que ganaron la ribera se lanzaron con tal empuje sobre el enemigo, formado primero en la playa i en seguida atrincherado en alturas formidables, casi a pico sobre el mar, que lo obligaron a desbandarse por los senderos de la montaña. »

SANTINI, obr. cit. p. 168.

nables falanjes de Jerjes, i *novecientos* aliados, en dos tercios bolivianos, no fueron capaces de impedir aquella difícilísima ascensión a los pocos chilenos?

Era imposible: el valiente coronel Santa Cruz ⁽¹⁾ habia dado orden de desalojar al enemigo: los obstáculos parecían insuperables; pero ninguna dificultad podia acobardar a aquellos soldados, que llevaban en su pecho el espíritu de Prat, i como él anhelaban *vencer o morir*.

La segunda acción de guerra en la que se distinguió por su valor el ejército chileno fué el asalto de Arica.

« Desde el principio de la guerra se trabajó para fortificarla ⁽²⁾; » i por el famoso *Morro*, a pico por

(1) El bravo Santa Cruz que, como leemos en el parte del Jeneral en jefe, saltó entre los primeros a la playa al frente de su brigada *Zapadores*, animando con la voz i con el ejemplo a sus valientes, fué respetado por el plomo enemigo; pero su arrojo tarde o temprano debia llevarle a una muerte segura.

En la sangrienta batalla de Tacna, no obstante los ruegos de sus soldados que, amándole con ternura de hijos, le suplicaban que no se espusiera demasiado al enemigo, él a caballo precedia su rejimiento, animándolo con su ejemplo. Mas hecho el blanco de los numerosos enemigos, pagó con muerte gloriosa su heroico denuedo, sumerjiendo en el más profundo dolor a su veneranda madre i respetable familia, con cuya amistad nos honramos.

(2) CAIVANO, ob. cit. p. 407.

el dado del mar, sobre el cual se eleva quinientos pies; i por los cañones de grueso calibre situados en los puntos, donde podia ser atacada por tierra, i por la batería flotante *Manco Capac* con cañones de a 500, se creia verdaderamente inexpugnable⁽¹⁾. Pero lo que hacia más temerario el acceso del enemigo i más segura la guarnición que la defendia, eran las minas de dinamita de que estaban sembrados los puntos por donde únicamente podia ser asaltada⁽²⁾.

Cuanta seria la seguridad del comandante de aquella fortaleza de poder resistir victoriosamente a cualquier atentado de sus enemigos, puede deducirse sin esfuerzo de la respuesta que dió al

(1) « La fortaleza de Arica, ya formidable por su posición natural por mar i por tierra, se convirtió en verdadero baluarte inexpugnable por los muchos trabajos de defensa que en ella se hicieron, i por más de 30 cañones montados en estratégicas posiciones. »

SANTINI, p. 170.

(2) « Las minas que habia en la ciudad, según consta de un plano que está en poder del Estado Mayor, era 84, i una de ellas situada frente al cuartel ocupado por el *Bulnes*, i a poca distancia de la casa que ocupaba el Jeneral en jefe, estaba cargada con *trienta i dos quintales de dinamita*, que fueron estraidos poco despues. »

Boletín de la guerra, p. 749.

El señor Santini en la obra citada, p. 180, repite lo mismo con estas palabras:

« Los chilenos no ignoraban la dificultad de la empresa, teniendo que marchar además sobre un terreno minado de dinamita. »

comandante en jefe del ejército chileno. Éste, movido por sentimientos de humanidad, « mandó un heraldo al comandante de la guarnición de Arica, intimándole la rendición de la plaza para evitar un inútil derramamiento de sangre. A tal intimación el comandante de la guarnición, coronel Bolognesi, contestó que *resistiría hasta quemar el último cartucho* ⁽¹⁾.

No fué tan solo el enemigo el que intimaba la rendición por un fin tan laudable i noble, sino que el mismo Montero, Jeneral peruano, despues de la derrota sufrida por su ejército en Tacna pocos dias antes, dirijia a Bolognesi el siguiente telegrama : *Es inútil toda resistencia, porque pesa sobre nosotros la ira de Dios*. I tenia razón : pues, si él que, a más del numeroso ejército peruano, pudo disponer de 3000 bolivianos, que tienen fama de valientes ; con la cooperación del Jeneral boliviano Campero, conocido por su valor i por su ciencia militar ; resguardado por formidables trincheras, i que estaba tan seguro de la victoria que habia ordenado de antemano un espléndido banquete para celebrarla, no pudo resistir al empuje de las armas chilenas, ¿ que cosa podia esperar el comandante de Arica con una fuerza de 1800 hombres, aunque defendidos por una fortaleza ?

(1) CAIVANO, Ib. p. 403.

Pero Bolognesi confiaba en las minas, las que, a más de ser poderosos medios de destrucción, su sola noticia debía acobardar a los enemigos i hacerlos desistir del temerario asalto. Mas se engañaba; porque el soldado chileno no reconoce obstáculos. Teniendo a su vista la figura de Prat i su arrojo en el corazón, salida apenas de los labios del bravo coronel Lagos la orden de asalto, se lanzó intrépido por el fatal camino. Compañías enteras saltaban por aire, horriblemente mutiladas por la explosión de la minas ⁽¹⁾, mientras los cañones de la fortaleza diezmaban a los asaltantes; nuevas compañías seguían arrojando el mismo peligro i esponiéndose a la misma suerte desgraciada; pero el heroísmo siempre es coronado por la victoria, i la bandera chilena a los pocos minutos flameaba sobre el gigantesco *Morro* para admirar una vez más a la escuadra extranjera, que era espectadora, i para recordar a la patria que la consigna de Prat quedaba cumplida ⁽²⁾.

(1) « De repente resuena un horrendo estampido, estalla una mina i vuelan en el espacio piedras, fierro, fragmentos humanos i cadáveres. »

Boletín, p. 749.

« Uno de los fuertes hizo explosión en el momento de un ataque a la bayoneta, i quedaron víctimas chilenos i peruanos. »

SANTINI, *Ib.* p. 180.

(2) « Todos los que, como yo, conocen a Arica, i saben cuán terrible posición es, especialmente el Morro a pico por mar i

Nos queda que decir algo de la batalla de Miraflores, en la cual los discípulos del héroe de Iquique debían tejer la más hermosa corona para ceñir la frente de su patria.

Miraflores está a las puertas de Lima: así es que, caída en poder del enemigo, caería en sus manos la suerte del Perú. En consecuencia, es fácil suponer que si el Dictador Piérola i sus Jenerales resistieron a los enemigos cuanto les fué posible en todas las batallas, en esta última debían hacer esfuerzos supremos para evitar a la patria las consecuencias de una derrota, que llevaría consigo la rendición de la capital.

Los diarios de Lima de aquel entonces hicieron grandes elogios de la actividad de Piérola para fortificar ese último punto de combate, i añadieron que aquellas fortificaciones, a juicio de hábiles extranjeros, que las habían visitado, serían la tumba del ejército chileno. Lo que hacía más verosímil aquel terrible presajio era otro medio de destrucción, que estaba preparado contra los enemigos. Nos lo describe Caivano:

« Otro sistema de fortificación en el cual Piérola confiaba i en el que fundaba principalmente

por tierra, se admiran como los chilenos en menos de una hora pudieron apoderarse de ella, i cargar a la bayoneta por aquellos enriscados precipicios, que son capaces de agotar hasta las fuerzas de las bestias. »

SANTINI, p. 181.

la victoria, consistia en una especie de *siembra* de *minas automáticas*; esto es de bombas explosivas enterradas en los puntos por donde se suponía debía pasar el ejército enemigo, i que debían reventar a la primera pisada del soldado ⁽¹⁾. »

Pero lo más terrible de esta batalla no lo constituye ni el sembrado de bombas, ni las formidables posiciones ocupadas por los peruanos, sino la manera con que se dió principio a la lucha, es decir, mediante una deslealtad i una perfidia sin ejemplo. Nos la contará el señor Perolari-Malmignati, que se hallaba presente, formando parte del Cuerpo diplomático, como Secretario del Ministro italiano en Lima.

« El día después de la batalla de *San Juan i Chorrillos*, dice, el Cuerpo diplomático de Lima, por indicación del Ministro italiano, señor Viviani, ofreció al señor Piérola sus buenos oficios, como mediador para obtener un armisticio i, si fuera posible, la paz. Los cuales aceptados, una delegación compuesta de los Ministros de Francia i de Inglaterra, del Ministro de San Salvador, decano del Cuerpo diplomático, de su secretario i de este seguro servidor, fué enviada al Dictador peruano a Miraflores, i al Jeneral Baquedano, Jefe del ejército chileno, a *San Juan* cerca de Chorrillos. Sin entrar en delicados de-

(1) Obra cit. I Parte, p. 454.

talles reservados diré, que en la mañana del 15 (Enero de 1881) fué acordada por el Jeneralísimo Baquedano una suspensión de armas hasta la media noche. Esta tregua fué aceptada por el señor de Piérola; i, para inducirle más fácilmente a un regular armisticio i a una sucesiva paz, a las dos i cuarto P. M. fueron donde él no solo los delegados, sino todo el Cuerpo diplomático, los contra-almirantes inglés i francés i el comandante de nuestra división naval en el Pacífico. Se estaba conversando tranquilamente, cuando pareció que una lluvia de granizo caía sobre al techo. Mas no eran granos de agua conjelada los que granizaban: eran balas de fusil i de cañón. Para desvanecer toda duda cayó una bala que despedazó los vidrios retumbando entorno como los últimos estruendos de un inmenso fuego pirotécnico.

— *On a ouvert le feu!* exclamó no sé quien.

— *Cela parait impossible, mais c'est vrai!* — dijo el Dictador peruano i, saludado la comitiva, se retiró. Nosotros también nos apresuramos a salir de la casa. No habia ya esperanza: el combate era verdaderamente encarnizado. El fuego de fusilería i de cañón se hacia más i más vivo. Ya oíamos el silbido de las balas en todas direcciones, i veíamos caer las bombas en la arena. La escena tenia a la vez algo de trágico i de cómico. Una docena de diplomáticos, llega-

dos en ferrocarril para una misión eminentemente pacífica, se hallan a pie i de frac, guantes i tarro en medio de una batalla. ¡Acontecimiento nuevo en los fastos de la diplomacia! ⁽¹⁾ »

Mas aquí viene naturalmente la pregunta: ¿cual de las dos partes fué la desleal, la pérfida, que rompió la pactada tregua en el momento solemne en que los amigos de la paz hacian esfuerzos supremos para ahorrar a ambas partes preciosas vidas, i en compensación ponian en grave riesgo a sus mismos bienhechores?

Caivano nos dice que « difícil seria precisar netamente i con seguridad a cual de las dos partes deba inculparse por la improvisa ruptura de la tregua, si al Perú o a Chile. Pues, los peruanos sostienen que los primeros que rompieron el fuego fueron los chilenos, i éstos dicen otrotanto de sus adversarios ⁽²⁾. » No obstante, examinando él los hechos para que el lector forme sobre aquel suceso un juicio casi certero i seguro, hace una serie de preguntas, con las cuales por otra parte parece inclinar aquel juicio a favor de los peruanos, i hacer caer la culpabilidad sobre los chilenos.

Entre aquellas razones, las únicas que, a nuestro juicio, pudieran a primera vista considerarse

(1) *Il Perú e i suoi tremendi giorni*, p. 309.

(2) Parte I, p. 500.

de algún peso son las siguientes: 1º Es un hecho confesado en el mismo parte del Jeneral chileno que él al tiempo de la tregua dispuso su ejército en línea de batalla, tomando aquellas posiciones que sin el favor de la misma no hubiera podido ocupar sin lucha; i esto constituía por sí mismo una infracción de la pactada tregua. 2º No se explica como la escuadra chilena se dispusiera en son de combate a las primeras horas del 15, es decir, de un día en que no debía haber batalla; i menos como dicha escuadra rompiera sus fuegos contemporaneamente al ejército de tierra, mientras, atendida la tregua, no debía estar preparada para ello ⁽¹⁾. »

Cualquiera, fundado en las dos espuestas razones, pudiera formarse un juicio enteramente desfavorable a los chilenos, deduciendo que ellos se habían hecho culpables de la infracción recordada, si no rompiendo el fuego, al menos haciendo aquellos movimientos de tropas vedados por la tregua, los que, por lo menos, habrían dado motivo a los peruanos para rechazarlos con las armas. Mas si leemos por entero el parte del Jeneral chileno, hallamos la explicación facilísima de lo que para otros es inexplicable.

El, después de haber hecho la relación de las

(1) Ib. p. 506.

batallas de *San Juan i Chorrillos*, que tuvieron lugar el día 13 de enero, añade:

« Se sabia que, partiendo del pueblo de Miraflores i siguiendo en dirección al cerro de San Bartolomé, habia una segunda linea de defensa bien artillada i fortificada, i era de presumir que allí quisiera el jefe supremo del Perú jugar la última partida.

« Mas, con el propósito de evitar mayor derramamiento de sangre, se envió al señor Piérola, en la mañana del 14, un parlamentario para invitarlo a oír proposiciones en este sentido..... El señor Piérola se negó a recibir a nuestro parlamentario, declarando que estaba dispuesto a oír las proposiciones que le llevase a su campamento un ministro que tuviera los plenos poderes necesarios para tratar. Semejante desconocimiento de la jenerosidad de nuestros propósitos i ese jactancioso alarde de orgullo tan impropio en un vencido, me hicieron comprender que debia apelar nuevamente a las decisiones de la fuerza.

« Ya en la mañana habia recorrido una parte del campo probable de las nuevas operaciones i en el resto del día completé mis reconocimientos. El plan que me formé se reducía a amagar al enemigo por el frente con la primera división, a atacarlo por su flanco izquierdo i un poco a retaguardia con la tercera división que no habia sufrido sino muy pocas pérdidas en la batalla

del trece, i a batir sus posiciones de enfilada por su derecha con la artillería de la escuadra i por su izquierda con nuestra artillería rodante. Para ese efecto me puse de acuerdo con el señor contra-almirante Riveros, *a quien pedí que rompiera sus fuegos apenas se iniciara el combate en tierra.* »

Hablando en seguida de los buenos oficios ofrecidos por el Cuerpo diplomático, i de la tregua por él concedida hasta la media noche del 15, añade estas interesantes palabras:

« Mi compromiso se redujo a no romper los fuegos antes de esa hora; *pudiendo sí*, puesto que aquello no era un armisticio pactado regularmente, *hacer los movimientos de tropas que juzgara oportunos.* Idéntico compromiso contraería el jefe de las fuerzas peruanas ⁽¹⁾. »

De esta esposición se desprende, sin necesidad de cavilar, porque el Jeneral chileno dispuso sus tropas en linea de batalla al tiempo de la pactada tregua. Una cláusula del acordado armisticio daba plena libertad a ambas partes para hacer aquellos movimientos, que creyesen más oportunos, i las dos se aprovecharon de ella a las mil maravillas. Nos lo confirma el señor Santini: « Entretanto, dice, entre los Diplomáticos intermedarios i el Jeneral chileno fué pactado solemnemente

(1) *Boletín de la guerra*, p. 979 i sig.

un armisticio, que debia espirar a la media noche del dia siguiente (15), *con la cláusula especial*, que debe tenerse mui presente para la esplicación de los hechos que tuvieron lugar, *que la suspensión de armas no privaba de ninguna manera a los beligerantes del derecho de efectuar aquellos movimientos de tropas, que creyesen más oportunos en vista de ulteriores hostilidades*. De esta cláusula sirviéronse los chilenos haciendo avanzar algunas compañías de guerrilla, pero *mucho más los peruanos*, que desde la mañana reforzaron la formidable linea de los reductos de Miraflores con artillería i con tropas llamadas a toda prisa del Callao i de Lima ⁽¹⁾. »

Del citado parte se desprende también porque la escuadra rompió sus fuegos simultáneamente con las tropas de tierra. Las fanfarronadas del Dictador peruano hacian vislumbrar una nueva e inminente batalla; i esto obligó al Jeneral Baquedano, mucho antes que el Cuerpo diplomático ofreciera sus buenos oficios, a ponerse de acuerdo con el contra-almirante, a fin de que tuviera dispuestas sus naves para hacer frente a cualquiera eventualidad; i no era prudente que por una tregua de algunas horas se alejara de sus posiciones. En consecuencia, era mui natural que a

(1) *Viaggio della « Garibaldi »* p. 188.

los primeros tiros que resonaron en el campo, contestara inmediatamente la artillería de la escuadra.

Mas, en hechos de tanta importancia, « solo los testigos locales, que son ellos mismos (los beligerantes) podrian dar tal certeza », nos dice Cai-vano. Una vez empero que ambas partes se acusan reciprocamente, es forzoso recurrir a un tercero quien, a más de haber sido testigo presencial, tenga la voluntad de confesar la verdad. I éste es el D.^r Santini, el cual declara: « La batalla de Miraflores se efectuò en parte a mis mismos ojos ⁽¹⁾. » « Yo aquel dia me hallaba a inmediación del campo de batalla ⁽²⁾. » Es justo, pues, se deje la palabra a este testigo ocular, que ha escrito sus relaciones sobre la guerra del Pacífico bajo la inspiración del mote: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*.

« A las 2 P. M. del 15 de enero, escribe Santini, los Ministros de Inglaterra, de Alemania, de Francia, de Italia i de las demás potencias, como también los contra-almirantes Du Petit Thoars, francés, Sterling inglés, i el comandante Labrano, jefe de la División Italiana en el Pacífico, acompañados por los respectivos oficiales i

(¹) Ib. p. 183, Nota.

(²) Ib. p. 189.

secretarios, estaban en el cuartel jeneral peruano en Miraflores en el acto de abrir la conferencia con el Dictador, cuando comenzó un vivo fuego de fusilería i de artillería, en el cual ellos se hallaron envueltos con no leve peligro de la vida; a tal punto que con gran trabajo pudieron ponerse a salvo i tomar el camino de Lima. ¡El armisticio estaba violado! Por más que en contra se diga, múltiples hechos están allí para probar que el fuego fué abierto por los peruanos, no con algún tiro de fusil, sino contemporaneamente con la artillería i en toda la línea, i es tan cierto, que el primero a ser el blanco fué el Jeneral chileno, que visitaba el campamento rodeado de su Estado Mayor i de los oficiales de las Marinas inglesa, francesa, italiana i norte-americana, agregados al mismo Estado Mayor. Este grupo de oficiales estuvo en grave riesgo de perecer; en consecuencia, no es de presumir que el Jeneral chileno ordenara el ataque a sus tropas, cuando él podia ser tomado entre dos fuegos. Además, testimonios i documentos de la mayor importancia dan por sentado que los peruanos quisieron tentar un *golpe feliz* (aunque desleal) sobre los chilenos, como escribia Piérola al comandante del Callao al invitarle a llevar sus tropas a Miraflores. I que estos no estuvieran preparados al combate i, por lo mismo, fuesen inocentes del violado armisticio, se prueba a las claras por el

hecho de que muchos regimientos fueron sorprendidos por el fuego al tiempo del rancho, i no pocos soldados fueron muertos antes de llegar a sus pabellones, mientras la mayor parte de la artillería estaba distante i no dispuesta en batería. Así que al estallar aquel brusco ataque hubo en el campamento chileno una grandísima confusión. Yo, neutral, pudiera citar otras mil pruebas; mas me es suficiente aquella indudablemente imparcial i eminentemente autorizada de los oficiales de las marinas neutrales, agregados al Estado Mayor del Jeneral Baquedano, quienes aseveran que los chilenos nunca pensaron en violar el armisticio, que fueron sorprendidos con traición por la ruptura de los fuegos, mientras el ataque se estaba preparando para el amanecer del día siguiente. I yo, que en aquel día me encontraba a inmediación del campo de batalla, puedo constatar que, abierto apenas el fuego, oficiales peruanos a caballo se desbandaron en todas direcciones para anunciar a Lima la total derrota de los chilenos; pues, creyéndola una consecuencia necesaria de la traición, la proclamaban anticipadamente ⁽¹⁾. »

Con tales medios de defensa, despues de tanta traición, ¿cuál fué el éxito de aquella ba-

(1) *Viaggio della « Garibaldi »* páj. 188 i sig.

talla? Nos lo dirá Caivano: « A las dos i media pom. empezó la batalla que, sostenida con suerte indecisa i variable hasta las cuatro, momento en que se pronunció abiertamente contra Chile, hasta las 5 i minutos, terminó cerca de las 6 con la improvisa i completa victoria de este último ⁽¹⁾. »

Esto no necesita comentarios; quedando demostrado que el soldado chileno no reconoce obstáculos para marchar a la victoria.

Queremos ser jenerosos concediendo a Caivano que en todas las batallas los chilenos fuesen más numerosos que los aliados, i que la artillería chilena fuese también más poderosa que la de sus enemigos; mas no podrá negarnos que el ejército chileno ha tomado siempre la ofensiva, presentando sus batallones a enemigos defendidos por reductos, trincheras, fortificaciones i fortalezas ⁽²⁾: en consecuencia, no nos podrá negar que, atendidas estas circunstancias, aunque inferiores en número, hubieran podido rechazar al enemigo si los

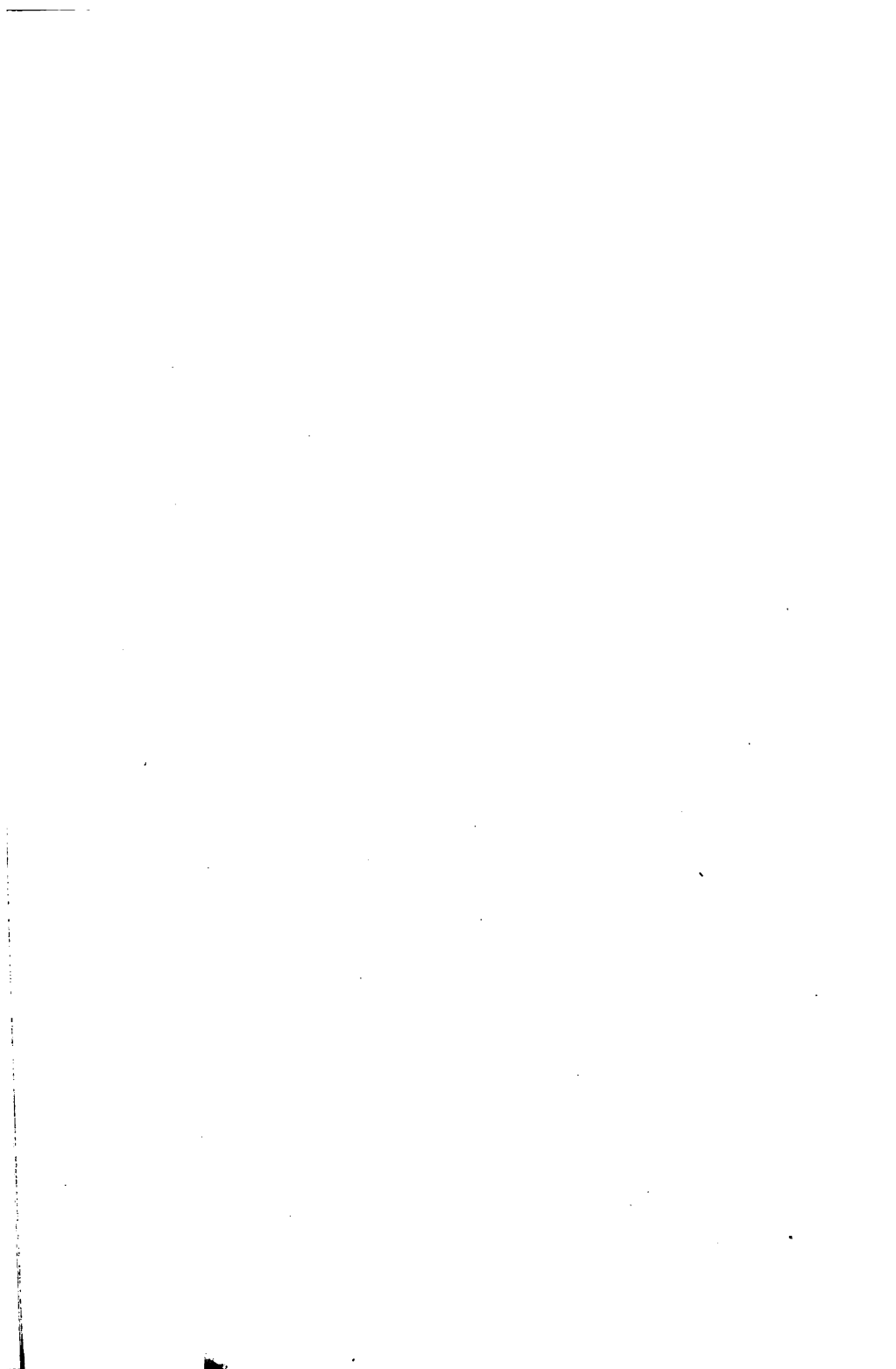
(¹) *Storia della guerra d'America*, Parte I, p. 508.

(²) « A los chilenos no se les puede negar un valor a toda prueba, sostenido por un patriotismo indomable, al atacar brillantemente, sin retroceder un paso, a pecho descubierto, eminencias formidables por posición natural, por fortificación, por armamento, marchando sobre un terreno arenoso, donde la pierna se hunde hasta la mitad, mientras el enemigo, encerrado en sus trincheras, hacia un fuego mortífero desde las troneras con poco riesgo de ser herido. »

SANTINI, ob. cit. p. 186.

asaltantes no hubiesen sido chilenos, es decir, soldados que, a más del valor de que han tenido siempre fama, tenían que cumplir una consigna firmada en la rada de Iquique con la sangre de Prat: *Un chileno no se rinde*, i, por consiguiente, *¡Victoria o muerte!*







CAPÍTULO VII.

Dstrucción de Chorrillos

HORRILLOS, el faustoso paseo de los caballeros de la Capital ; » « Chorrillos, el lugar de delicias por excelencia de la alta sociedad de Lima en la estación de los baños, dolorosa pesadilla de casi la jeneralidad de las mujeres chilenas ; » « Chorrillos, donde la envidiada limeña imperaba durante cuatro meses del año en todo el esplendor de su bondad, de su hermosura i de su gracia ; » « Chorrillos ya no existe... « ; En Chorrillos i en sus alrededores no queda ya piedra sobre piedra ! »

Con estas i análogas espresiones, esparcidas acá i allá en su historia, habla Caivano de la amena

morada de Chorrillos. Como se ve, Jeremías no fué más tierno para con su bella Sión, ni más adolorido por su ruina. Mas ¿de donde tan deplorable desventura i tan lagrimosa catástrofe? Oigamos al historiador peruano.

« En Chorrillos - escribe Caivano - no hubo resistencia i muchos menos batalla (Parte I, p. 488). »

« Chorrillos estaba desierto, ya no habia un solo soldado peruano (Ib. p. 470). » « Las primeras columnas de las tropas chilenas, que con paso rápido bajaban por las áridas faldas del Morro, invadian las desiertas calles de Chorrillos, mientras otras ocupaban el cuartel a corta distancia, i abandonado ya desde muchas horas por la división de reserva del derrotado ejército peruano (Ib. 471). »

« Mientras el Jeneral en jefe buscaba un poco de reposo con el Ministro i ex-plenipotenciario Godoi en el rancho de un pariente de la distinguida esposa de éste (peruana), otros invadian el del ex-comandante de la *Unión* Garcia i Garcia. Mas el reposo fué mui breve: detonaciones de fusil, torbellinos de llamas i gruesas nubes de humo les advirtieron que empezaba la venganza chilena, i que era tiempo de dejar el campo libre a los tremendos ministros de ella (Ib. 472). »

« La nefanda obra de destrucción fué continuada por algunos dias sucesivos tan solo por simples agrupaciones más o menos numerosas de soldados desbandados, hasta que en Chorrillos

i en sus alrededores no quedó piedra sobre piedra (Ib. 475). »

Si este lúgubre cuadro, a más de los vivos colores con que está pintado, tuviese el mérito de la verdad, sería capaz de quebrantar hasta un corazón de bronce, i mover al hombre más insensible a maldecir con todas las fuerzas del alma a los vándalos de la América; i nosotros no seríamos los últimos en estigmatizar a la soldadecza chilena, si por una venganza vil, inspirada por baja envidia, se hubiese dado el feroz placer de convertir en un montón de escombros i de ceniza aquella amena morada. Mas es precisamente la verdad la que falta a las descripciones sentimentales del señor Caivano. No habiendo sido él testigo ocular⁽¹⁾; habiéndose servido para su obra de documentos, según parece, exclusivamente peruanos, i siendo estos famosos por su parcialidad, es cosa bien natural que estampara noticias tan inexactas. En hechos tan deplorables, como la destrucción de un pueblo, no decimos rico como Chorrillos, sino hasta el más pobre, que causan en el público un sentimiento de horror i de reprobación a sus autores, debe prescindirse de las ternuras exajeradas i buscarse eficazmente las causas que hayan influido en la producción de tamañas desgracias.

(1) SANTINI, *Viaggio della « Garibaldi »* p. 204.

Nosotros experimentamos un sentimiento de espanto mezclado con la más viva compasión al leer las terribles consecuencias del bombardeo de la heroica Estrasburgo, efectuado en 1870 por las tropas alemanas; cuando leemos que la catedral, espléndido monumento del arte gótica, « fué comprendida en la esfera del bombardeo »; que el museo de los cuadros con preciosas pinturas de antiguos maestros, la nueva iglesia, el mayor templo de los protestantes con un órgano célebre i un maravilloso afresco, *la danza de los muertos*, la biblioteca cívica con inapreciables manuscritos, incunablos i otras rarezas históricas, las bellas casas de los cuarteles señoriles, fueron sacrificados por la rabia prusiana: enteras calles estaban cubiertas de ruinas ⁽¹⁾; » cuando leemos: « En vano el obispo de Estrasburgo tentó una mediación en el cuartel jeneral prusiano, pidiendo se respetasen siquiera la ciudad i sus habitantes: el comandante Urich no se inclinó a las condiciones alemanas, i los soldados de la Prusia continuaron su obra. No permitieron que ni las mujeres, ni los niños, ni los ancianos salieran de la desolada ciudad ⁽²⁾. » Mas ¿quién, conociendo la historia de aquella triste jornada, querrá presentar a los prusianos como bárbaros,

(1) Weber, *Storia contemporanea*, p. 731.

(2) Id. ib.

i no más bien como ejecutores de un tremendo deber, que imponían en aquellas circunstancias las condiciones de los beligerantes? En vista de este espantoso cuadro solo podemos exclamar: ¡Horrores de la guerra! Pues, aquella ciudad fué bombardeada porque « llevada por un parlamentario la intimación de rendirse, no solo fué rechazada, sino que se le contestó con una proclama del comandante Urich, en la cual se declaraba que la ciudad, abundantemente provista de fuerzas, de cañones i de víveres, se defendería hasta el último extremo; se bombardeó la magnífica catedral, porque se había hecho de sus altos el observatorio, i el comandante rehusó alejarlo de aquel lugar; no se permitió la salida a las mujeres, a los niños i a los ancianos, porque con esto se habría disminuido el azote del hambre, poderoso aliado de los sitiadores; en suma, de 271 cañones de diversos calibres, se hicieron llover sobre la ciudad 200,000 tiros, esto es, 4 o 5 por minuto, porque los defensores de la misma opusieron al enemigo una heroica resistencia ⁽¹⁾.

Ahora bien, no de otra manera debemos razonar sobre la destrucción de Chorrillos. No hubo allí, es cierto, la resistencia admirable que opusieron los franceses a las fuerzas prusianas, hubo sí resistencia tenaz i verdadera batalla; hubo, en

(¹) Weber, ob. cit. p. 730.

suma, la causa que produjo los torbellinos de llamas, de que habla Caivano, i que no podían menos de reducir luego a un montón de ceniza un pueblo fabricado a la peruana ⁽¹⁾.

En efecto, el Jeneral en jefe del ejército chileno en el parte que pasó al Ministro de la Guerra, despues de haber narrado los esfuerzos de sus milicias para desalojar al enemigo de las formidables posiciones de *San Juan*, añade:

« La gran batalla pudo considerarse terminada a las nueve de la mañana con la derrota más completa del poderoso ejército enemigo. I como la jornada habia sido fatigosa por cuanto aquellas cuatro horas fueron de combate reñido i de marcha forzada trepando alturas arenosas i de fuerte declive, muchos de los cuerpos que habian sostenido la acción se dieron algunos momentos de descanso

« Mas, entre tanto, se concentraban en el Morro Solar i en el pueblo de Chorrillos muchos de los derrotados de Villa i de San Juan, hasta formar un cuerpo de tropas respetable. — El coronel

(1) En el Perú, donde reina un verano eterno, son desconocidas las lluvias, aun las más ligeras. Así que las casas, que no necesitan de techos como las nuestras, están cubiertas de una materia frágilísima, solo para resguardar el interno de los ardientes rayos del sol. Frágilísimos también son los muros, formados ordinariamente de adobes. En consecuencia, las granadas i las bombas no podían menos de causar muchos i espantosos incendios.

Lynch, que avanzaba con fuerzas escasas de su fatigada división por el morro, no creyó en un principio, porque el enemigo se ocultaba del lado del mar, que él fuera tan numeroso. — Así que, cuando vió que lo era i que ocupaba magníficas posiciones defendidas por artillería de grueso calibre, se detuvo mientras se le enviaban los refuerzos que pidió...

« Esta parte de la acción fué un largo i fatigoso tiroteo en que se distinguió principalmente nuestra artillería, que batió los fuertes del morro con una certeza admirable de punterías. — Otras tropas de la segunda división habian sido destinadas a cortar los refuerzos que venian de Lima por ferrocarril.

« A las dos de la tarde el pueblo i el morro estuvieron en nuestro poder. La resistencia de Chorrillos le fué fatal, porque ella trajo consigo el incendio que lo arrasó casi en su totalidad ⁽¹⁾. »

El jefe del Estado Mayor, Don M. 2.º Matu-rana, en su parte al Jeneral en jefe, confirma lo espuesto con estas palabras:

« Mientras que tenia lugar aquel combate en las alturas, en la población se desarrollaba al mismo tiempo otro no menos reñido por ambas partes. Fuerzas de infantería de las distintas divisiones, al mando de sus respectivos jefes i ofi-

(1) *Boletín de la guerra del Pacífico*, páj. 979.

ciales, i artillería, atacaban a las tropas peruanas atrincheradas en el pueblo que hacian vivísimo fuego desde los terrados de las casas i desde sus puertas i ventanas. Este combate en las calles fué obstinado i sin cuartel, que los combatientes de uno i otro lado no daban ni pedían. Nuestros arrojados e invencibles infantes tenían que entrar por las calles, en donde a cada paso eran recibidos por granizadas de balas, que partían de diversos puntos, los que inmediatamente atacaban a fuego i bayoneta hasta esterminar a los porfiados grupos enemigos. En medio del ardor de la pelea, las granadas de nuestra artillería prendieron fuego a la población i el incendio cundió rápidamente; envolviendo a los defensores de la plaza entre torbellinos de humo i de llamas. — Muchos morían así calcinados entre los escombros de los edificios; i los demás, acosados de manzana en manzana i de casa en casa, eran ultimados por las bayonetas de nuestros infantes.

« A las 2 P. M. la batalla habia terminado por completo, quedando el pueblo sembrado de cadáveres, tanto en las calles, como en el interior de las casas, i ofreciendo el conjunto un cuadro de sangre i de horrores ennegrecido por el humo e iluminado a trechos por la siniestra i rojiza luz del incendio ⁽¹⁾. »

(1) *Boletín*, p. 987.

Podríamos añadir los partes oficiales de los comandantes de los distintos cuerpos, que tomaron parte en aquel combate, mas los omitimos en obsequio de la brevedad, i solo citaremos dos telegramas dirigidos al Presidente de la República por el Ministro de la Guerra en campaña i por el señor Altamirano, plenipotenciario chileno.

« Hubo necesidad, dice el Ministro, de entablar un segundo combate de más de cinco horas de duración, rodeando a Chorrillos con tropas de las tres armas i dominando el Morro con las tropas de la brigada Barceló, para ocupar la ciudad i rendir la fortaleza. En este doble combate hemos tenido que lamentar la pérdida de cerca de dos mil hombres entre muertos i heridos, contando jefes, oficiales i tropa.....

« El combate en la población ha sido fatal a la ciudad de Chorrillos. Calles enteras han sido destruidas por el incendio, que las granadas i la lucha en las casas hizo estallar ⁽¹⁾. »

« Desde las siete A. M. hasta las dos P. M., añade el señor Altamirano, la resistencia quedó reducida a Chorrillos. — Este combate impuso un cansancio enorme a nuestras tropas, pero el resultado nunca fué dudoso. — Nos costó, sin embargo, muchas pérdidas, porque fué preciso tomar el pueblo calle por calle, i todavía para llegar

(1) *Boletín*, p. 922.

a la ciudad era preciso pasar por minas que reventaban a cada paso. — Despues de esto no debe extrañarse que Chorrillos haya sufrido casi hasta desaparecer⁽¹⁾. »

Que en estos testimonios de fuente chilena haya toda la verdad, nos lo asegura el señor Santini, cuando escribe en su interesante obra: « Las pormenores de las batallas que tuvieron lugar cerca de Lima los he sacado en parte de las relaciones del Estado Mayor chileno, *relaciones que nuestros oficiales i los de las marinas neutrales agregados a los dos cuarteles jenerales me aseguran ser conformes a la verdad* ⁽²⁾. » I siendo relaciones pertenecientes al dominio público, mediante la prensa, no podian ser ignoradas por el señor Caivano, cuando iba en busca de documentos para escribir su historia sobre la guerra. Sin embargo, leemos en ella lo siguiente:

« Narraremos también que los chilenos para disculpar ante el mundo los excesos i los incendios de Chorrillos, proclamaron a los cuatro vientos que hallaron en Chorrillos fuerte resistencia, más aun que hubo allí una verdadera i sangrienta batalla; i no faltan en los diarios i en las historias chilenas las más imaginarias i prolijas descripciones de ella: es decir, distinguieron las

(1) Id. p. 921.

(2) SANTINI ob. cit. p. 183, Nota.

operaciones del 13 en dos diversos combates, que llamaron de San Juan i de Chorrillos. Mas esto, a más del natural orgullo del carácter chileno, se hizo principalmente para hallar un pretesto, cosa vieja para los hombres de aquel país, que fuera suficiente, sino para legitimar, para disculpar siquiera la incalificable conducta del ejército chileno. En Chorrillos no hubo resistencia, i mucho menos batalla ⁽¹⁾. »

Si los chilenos no son dignos de fe para Caivano, lo será por cierto el D.^r Santini, italiano, oficial de la marina neutral i, por lo mismo, imparcialísimo en sus apreciaciones. Dejemos, pues, la palabra a este distinguido escritor, quien después de haber descrito la victoria de las armas chilenas en la sangrienta batalla de San Juan, nos describe el combate que tuvo lugar en Chorrillos.

« La acción, dice él, parecia terminada a las 7 A. M., cuando poco a poco empezó a oirse un fuego de fusilería, débil al principio, pero cada vez más nutrido en dirección de Chorrillos. Entre tanto las granadas lanzadas desde el fuerte situado en la cima de la altura, que sobresale al mar; llamada *Salto del fraile*, acojian a las primeras fuerzas chilenas, que se acercaban a Chorrillos por el camino de San Juan. Efectivamente, se supo en el cuartel chileno que algunos miles de

(1) CAIVANO, *Storia*, Parte I, p. 488.

hombres del ejército enemigo, separados en la fuga de la masa principal, se hallaban en las habitaciones de Chorrillos i en el elevado Morro. I se añadía que el mismo Dictador Piérola estaba al frente de aquellos batallones, animándolos a la resistencia. Mientras el señor Piérola en la fuga se habia adelantado a su ejército i se habia guardado mui bien de hallarse en un lugar de peligro. Entonces las fuerzas chilenas, rendidas ya por el cansancio, fueron enviadas al ataque de Chorrillos con aquel cierto desorden con que iban bajando de las demás alturas, de donde habian desalojado al enemigo, arrojándolo a la llanura. El ataque emprendido en esta forma i en un terreno boscoso, que el Estado Mayor chileno no habia podido reconocer, no tuvo aquel empuje i aquella unidad, que habia hecho irresistible el de las primeras horas de la mañana. El duelo de artillería entre las piezas de campaña de los dos regimientos chilenos i los cañones de grueso calibre de las baterías peruanas, *apoyadas por el fuego de fusilería sostenido desde las ventanas de las casas de Chorrillos*, duró hasta cerca del mediodía, cuando las fuerzas peruanas, estrechadas por el incansable enemigo, renunciaron a la resistencia i, arrojando acá i allá las armas, diéronse a desordenada i precipitosa fuga ⁽¹⁾. »

(1) Ob. cit. p. 186.

En Chorrillos, pues, hubo un verdadero combate, i su destrucción fué en parte consecuencia del incendio que comunicaron a las habitaciones las granadas de la artillería chilena, lanzadas contra enemigos que se defendían en las casas de la ciudad. Hemos dicho *en parte*, porque hallamos en las relaciones de correspondientes que estaban presentes a aquel drama de horror, que muchas casas fueron incendiadas por los soldados chilenos, ciegos de furor i de venganza. I veamos el motivo.

Hemos dicho en otro lugar como Piérola había dispuesto en los alrededores de las líneas fortificadas de Chorrillos i Miraflores un sembrado de bombas explosivas, dispuestas a estallar a la menor pisada del soldado. Esta noticia, que tomamos antes del libro del señor Caivano, la vemos hoy confirmada en las citadas relaciones; las que revelan además que los peruanos, no perdonando ningún medio, por desleal que fuera, para conseguir una victoria sobre las armas chilenas, habían puesto torpedos en las mismas cerraduras de las puertas de las casas, donde se habían en cierto modo atrincherado para fusilar a mansalva a cuantos soldados pasasen por aquellas calles. Estos bárbaros medios de destrucción produjeron sensibles pérdidas; pues, muchos soldados de los que marchaban sobre Chorrillos perecían o quedaban heridos por la explosión de las bombas, i

los que forzaban las puertas para desalojar a los enemigos de sus escondrijos, quedaban quemados i muertos en el umbral por el estallido de aquellas armas cobardes. Acontenció también que penetrando las tropas en el interior de las casas, quedaban hechas el blanco del plomo enemigo disparado por soldados que, subiéndose a los techos, habían destruido las escaleras, a fin de que los chilenos no pudiesen llegar hasta a ellos. En consecuencia, no es difícil imaginar como aquellos soldados, ardiendo de rabia, no hallasen medio más eficaz para vencer aquella imprudente resistencia sino incendiando la casas i haciendo a esos voluntarios sitiados víctimas de las llamas.

Ocupada la ciudad de Chorrillos después de una resistencia tenaz, superados los muchos medios de muerte de que hicieron bárbaro uso los peruanos, tomadas las casas a viva fuerza i con el sacrificio de la vida de mucha tropa, en medio del furor de la lucha, no causa ninguna maravilla que las casas que escaparon de las bombas de la artillería i del furor de los vencedores, fuesen saqueadas i destruidas por soldados ciegos de venganza; como no sería de extrañar que después de las privaciones de una larga campaña en aquellos arenosos desiertos, i después de una gloriosa victoria conseguida en el combate más sangriento de aquella guerra, las tropas chilenas supieran aprovechar de las despensas bien surtidas de esa

voluptuosa morada, i más de uno pagara con exceso el tributo a Baco, hasta comprometer la proverbial disciplina del ejército.

El señor Santini nos traza también a grandes pinceladas el cuadro doloroso de aquella tremenda jornada.

« La pequeña cabeza del Dictador Piérولا, dice, creyó haber inventado una gran máquina de guerra sembrando las cercanías de las trincheras i los pasos inevitables de bombas automáticas, escondidas bajo la arena, cuya explosión debia causarse por la presión del pié. Semejante arbitrio, sobremanera desleal i reprobado por las reglas de la guerra, según los cálculos de Piérولا, de Echeñique i de otros pretorianos de la Dictadura republicana, debia ser fatal al ejército chileno. El cual, en verdad, solo tuvo que lamentar de tal estratajema las bajas de unos cincuenta hombres entre muertos i heridos; pero sacó de él la relativa justificación de las deplorables represalias i de los excesos que en la noche los soldados embriagados i sin freno alguno perpetraron en Chorrillos con perjuicio de tantos inocentes i con mengua del nombre chileno, bajo otros aspectos altamente respetable. Así que la rica i elegante morada de Chorrillos, *en donde las granadas de las batallas de la mañana habian causado muchos incendios*, en la tremenda noche del 13 al 14 de enero de 1881 fué casi completamente destruida

por el furor de la soldadezca ebria de victoria i de licores; harta de vino, pero hambrienta aún de represalias. El día siguiente Chorrillos no ofrecía sino un montón de escombros i centenares de cadáveres carbonizados. Parecía una hoguera inmensa. ¡Horrores de la guerra ⁽¹⁾! »

¿I cuando desaparecerán del mundo tales horrores, abandonando para siempre la guerra, esta barbarie civilizada, que desmiente solemnemente los nombres de progreso i de civilización, de que se muestra tan hufano nuestro siglo? ¿Cuando desaparecerán las grandes contradicciones, que aquel bárbaro sistema hace tanjibles en medio de la sociedad? Observad.

Cae enfermo un niño, inútil todavía a la sociedad; un viejo, cuya existencia es penosa hasta a si mismo; un malvado, que escandaliza con obras reprobables a los pueblos que le rodean: i hé aquí a los facultativos devanarse los sesos para salvarles la vida, o al menos prolongarla por algunas horas. ¡Mui bien!... En un lugar se manifiesta la epidemia; i hé aquí que los gobernantes se ponen en zozobra, todas las autoridades despliegan una actividad febril para impedir su difusión, mientras las naciones limítrofes adoptan las más rigurosas medidas para alejarla de sus pueblos. ¡Perfectamente!... El temblor azota una provincia, un

(1) SANTINI, pag. 187.

pueblo; i por todas partes se oyen gritos de dolor, mientras la caridad mediante jenerosas ofrendas hace visibles los vínculos de fraternidad, que unen a la familia humana. ¡Magnífico!... ¡I despues por una lonja de bárbaras tierras, por el orgullo de una vana preponderancia, por un capricho necio e injustificable, se arrastran a los campos de batalla ejércitos numerosos, se esponen a una muerte desapiadada millares de ciudadanos, se hacen asesinar a los mejores hijos de las naciones!

¡Contradicción vergonzosa, que mueve irresistiblemente el corazón a maldecir a aquellos gobernantes que, sordos a la idea de Dios i de Relijión, de rectitud i de justicia, dóciles tan solo a la voz de innobles pasiones, arrastran a sus pueblos a los horrores de la guerra, haciendo de las naciones un teatro espantoso de sangre i de muerte, de miserias i de lágrimas!...







CAPÍTULO VIII.

Número de los combatientes en todas las batallas



EL señor Caivano afirma: « De ambas partes, Perú i Chile, se ha procurado siempre en sus diversas narraciones aumentar enormemente las fuerzas del adversario: nosotros empero, guiados por noticias más ciertas i seguras, podemos garantizar la exactitud de las cifras asignadas a los respectivos ejércitos ⁽¹⁾. » Mas esas cifras son siempre favorables a los peruanos: los chilenos en cada batalla habrían aplastado al adversario bajo el peso de fuerzas superiores.

Por esto nosotros hemos terminado el Capítulo Sesto concediendo jenerosamente a Caivano que

(1) *Storia della guerra d'America*, Parte I, p. 469, Nota.

en todos los combates los chilenos hubiesen sido más numerosos que los aliados; pues, aun suponiendo que así fuera, quedaria siempre intacta la fama del valor indomable de los soldados chilenos, quienes han tenido que atacar a pecho descubierto a sus enemigos, escondidos en los reductos, en las trincheras, en las fortificaciones, en las fortalezas. Hoi empero podemos mostrar hasta que punto fuimos pródigos de jenerosidad, siendo que los aliados, sea en los combates navales, sea en los de tierra tuvieron siempre superioridad numérica.

Las primeras operaciones tuvieron lugar en el mar; pues antes que los ejércitos pudiesen avanzar en el territorio enemigo, era indispensable que una de las flotas de los dos beligerantes desapareciera de las aguas del Pacífico. Pues bien, en los combates navales, que se efectuaron en aquel mar, si se exceptua el combate del Monitor peruano con los dos blindados chilenos, en todos los demás los peruanos fueron inmensamente superiores, como se verá por el breve bosquejo que damos con toda verdad e imparcialidad.

Combate de Chipana, abril 12 de 1879.

La cañonera chilena *Magallanes*, buque de madera, con un cañon de a 115 i 3 de a 70, ⁽¹⁾ tuvo

(1) Respecto de los datos de los armamentos de las naves hemos creído conveniente atenernos a la historia de Caivano.

orden de partir de Antofagasta i reunirse con la división que bloqueaba el puerto de Iquique. En su viaje se encontró con dos buques peruanos, la *Unión* i la *Pilcomayo*: la *Unión*, corbeta de madera, con 12 cañones de a 70; la *Pilcomayo*, cañonera también de madera, con 6 cañones, dos de a 70 i cuatro de a 40.

Combatieron, pues, dos naves contra una; diez i ocho cañones contra cuatro. Después de una hora de lucha con fuerzas tan desiguales, la *Unión* i la *Pilcomayo* abandonaron el campo para correr de prisa a la dársena del Callao i encomendar a los peritos las serias averías que les causó la proeza de Chipana, mientras la *Magallanes* llegaba a su destino salva i gloriosa.

Combate de Iquique, mayo 21 de 1879.

El segundo combate fué el de Iquique, ya narrado en el Capítulo Quinto. Dos buques peruanos, el Monitor *Huáscar* con cañones de a 300, i el blindado *Independencia*, con 14 cañones, dos de a 150 i doce de a 70, atacaron dos frágiles naves de madera: la *Esmeralda* con cañones de a 68, i la *Covadonga* con dos únicos cañones de a 150.

Las noticias de la batallas i sus resultados nos han sido proporcionadas parte por el *Boletín de la Guerra*, i parte por otras correspondencias mui autorizadas.

El resultado de tanta disparidad de fuerzas fué admirable, como hemos ya recordado. La *Esmeralda* después de una resistencia heroica de cuatro horas i media contra el Monitor enemigo i las tropas de tierra; después de haber visto asesinada la mayor parte de su tripulación, antes que arriar su bandera i rendirse al adversario, se fué a pique con su bandera en el mastil al tercer golpe de espolón. « La *Covadonga* navegando con hábil maniobra a inmediaciones de la costa, por su poco calado se introdujo en tales lugares que atrajo a seguro naufragio al incauto blindado peruano (*Independencia*) ⁽¹⁾. » Así que Chile perdió la *Esmeralda* por el heroísmo de sus marinos, i el Perú perdió la *Independencia* por la impericia de sus tripulantes.

2º Combate de Iquique, julio 10 de 1879.

El tercer combate tuvo lugar en las altas horas de la noche en las mismas aguas de Iquique entre el Monitor *Huáscar* i la *Magallanes*, cuyas fuerzas ya conoce el lector. El comandante de la cañonera chilena, señor Latorre, estaba demasiado confiado en su buena estrella, cuando tuvo el arrojo de esponer su buque de madera a los gruesos cañones de a 300 i al espolón del Monitor peruano.

(1) SANTINI, *Viaggio della « Garibaldi. »* p. 168.

El contra-almirante peruano en medio de la oscuridad de la noche, que no permitía distinguir bien las naves, tomó la *Magallanes* por el blindado chileno *Lord-Cochrane*, i su primera maniobra fué la fuga; mas reconocido el buque que le perseguía, volvióse contra él con todo el furor del fuerte que se ve amenazado por el débil. Siete veces el *Huáscar* acometió a la *Magallanes* con su espolón, mas siempre inutilmente, mediante las hábiles maniobras de la afortunada cañonera. Entre tanto de ambas partes se sostenía un fuego tan reñido de fusilería i ametralladoras, que en menos de una hora los marinos chilenos dispararon sobre los enemigos 2400 tiros de fusil i 360 de revolver; hasta que disparado por la *Magallanes* su cañon de a 115 a veinte i cinco metros de distancia de su enemigo, éste abandonó inmediatamente su actitud belicosa i emprendió la fuga, siempre perseguido por la *Magallanes*.

El *Cochrane*, que se hallaba a algunas millas de distancia, al oír los tiros de cañon creyó que los buques chilenos hacían fuego sobre los enemigos de Iquique, que habrían intentado aplicar algún torpedo a las naves bloqueadoras, como había acontecido otras veces. Para cerciorarse dirigióse a toda máquina hácia el lugar del combate. Cuando llegó era ya tarde: el *Huáscar* había desaparecido entre las sombras de la noche.

Combate de Angamos, octubre 8 de 1879.

El cuarto combate naval fué el de Angamos entre el *Huáscar* i los dos blindados chilenos *Lord-Cochrane* i *Blanco-Encalada* ⁽¹⁾.

En este combate, debemos confesarlo, los chilenos tuvieron superioridad de fuerzas, si se considera que fué empeñado entre dos acorazados contra uno, entre doce cañones contra dos. Sin embargo, no debe ocultarse una circunstancia mui interesante. « Atendida su naturaleza de Monitor, dice Caivano, el *Huáscar* era tan bajo que, a escepción de la torre, se levantaba apenas unas cuantas pulgadas sobre la superficie de las aguas ⁽²⁾. » En consecuencia, añadimos nosotros, a escepción de la torre, presentaba a los cañones enemigos apenas unas cuantas pulgadas de blanco, mientras él con sus dos cañones de a 300, colocados en torre jiratoria podia herir con ventaja los altos costados de los blindados chilenos. I esta, come se ve, fué para el Monitor una compensación no despreciable.

Además, cuando el *Blanco* llegó al lugar del combate, hacia ya una hora (desde las 9 hasta las 10 A. M.) que el *Cochrane* batia a su adversario con ventajas tan tremendas que, como na-

(¹) Algunos pormenores de este combate se hallarán en el Capítulo siguiente.

(²) *Storia* cit. Parte I, p. 253.

rraron despues los prisioneros del *Huàscar*, a los primeros tiros bien dirijidos de aquel blindado, quedaba dividido en dos pedazos el infeliz contra-almirante peruano, el 1.º i 2.º comandante perdian la vida, i un gran número de los tripulantes era despedazado. De manera que aún sin la cooperación del *Blanco*, que duró solo cincuenta minutos, el *Huàscar* habria sido batido por una sola nave chilena.

Combate de Arica, febrero 27 de 1880.

Restaurado el *Huàscar* de las averías sufridas en el combate de Angamos, tomó de nuevo el mar con la bandera chilena, destinado a hostilizar a sus antiguos dueños.

En febrero sostenia el bloqueo de Arica con la *Magallanes*; i habiéndose acercado para reconocer los fuertes del Morro, se le hizo fuego con los cañones de aquella fortaleza i de los demás fuertes de la ciudad, como también de la batería flotante *Manco Capac*. El comandante del *Huàscar*, señor Thomson, no tardó a responder a aquella provocación, sosteniendo el combate por muchas horas. El bravo Thomson con otros diez de la tripulación fueron muertos, i otros quedaron heridos.

Mas ¿de cual parte estaba la superioridad de las fuerzas? El *Huàscar* con dos únicos cañones

de a 300 i la *Magallanes* con un cañon de a 115 i tres de a 70, como hemos notado más arriba, tuvieron el arrojo de arrostrar un combate encarnizado contra el Monitor *Manco Capac*, armado con cañones de a 500, i contra los formidables fuertes de Arica, que tenian más de treinta cañones ⁽¹⁾.

Los comentarios al lector.

Otros combates fueron sostenidos por la escuadra chilena contra los fuertes del Callao, i en alguno de ellos el valeroso Condell sobre el *Huáscar* se acercò hasta 200 metros a las fortalezas de aquel puerto; mas siendo imposible cualquier parangón entre las naves chilenas i las fortalezas enemigas, no nos detendremos a describirlas. Daremos más bien una idea de las batallas campales.

El señor Caivano despues de haber hecho notar que el Dictador del Perú, celoso de su autoridad, dejó al país en la inacción i alejó del mando a los hombres más importantes, por temor que, distinguiéndose en alguna acción de guerra, pudiesen en peligro su poder, escribe estas significantes palabras:

« Todo debía inclinarse ante las absurdas exigencias de la ambición i de la vanidad del Dictador: i fueron estos los principales i verdaderos

(1) SANTINI, Ob. cit. p. 170.

factores de las *fáciles* victorias de Chile, de Tarapacá en adelante; como otras causas no muy diferentes i siempre provenientes de hechos extraños de Chile, habían sido las que hasta entonces lo habían favorecido ⁽¹⁾. »

Quien favoreciera verdaderamente a Chile en los combates navales, lo habrá deducido sin mucho esfuerzo el inteligente lector: la serenidad, el arrojo, el heroísmo, fueron los verdaderos factores de las gloriosas victorias obtenidas por la marina chilena sobre la flota enemiga. Pues bien, la abnegación, el valor, el heroísmo, fueron también los verdaderos factores de los espléndidos triunfos, que las armas chilenas obtuvieron sobre los ejércitos aliados. Pudiéramos demostrarlo hasta la evidencia con documentos oficiales reproducidos en el Boletín de la guerra; mas para dar otra prueba de nuestra imparcialidad, creemos mejor transcribir las descripciones del distinguido señor Santini, quien por haberse hallado con su *Garibaldi* más cerca de los beligerantes en la mayor parte de las batallas, i revistiendo por lo mismo el carácter de testigo casi presencial, tiene derecho de ser creído con preferencia a cualquier otro escritor. De los rasgos de las narraciones del citado Santini se desprenderá también que las victorias conseguidas por las milicias

(1) *Storia* cit. Parte I, p. 450.

chilenas no fueron fáciles, como quiere Caivano; pues, los chilenos a más de haber sido casi en todas las batallas inferiores en número a los aliados, se han hallado siempre en posiciones mui desventajosas, lo que hará resaltar más i más su heroico valor.

Batalla de Pisagua, novembre 2 del 1879.

El señor Caivano escribe en su historia que 10,000 chilenos atacaron a Pisagua, que estaba defendida tan solo por *novcientos* aliados. Mas el Jeneral peruano, Buendia, en su parte oficial asevera: « Novecientos noventa hombres componian toda la resistencia (de Pisagua)..... Despues de siete horas de resistencia i de combate heroico sostenido por las fuerzas del ejército boliviano i por los nacionales del Perú, acordamos con el señor Jeneral Villamil retirarnos con nuestras fuerzas, convencidos de que era inútil continuar la resistencia con 900 hombres contra 4,000 que habian ya desembarcado, sin contar con las poderosas reservas que mantenian los buques... ⁽¹⁾ »

Así que, por confesión del Jeneral enemigo, no fueron ya diez mil, sino *cuatro mil* los chilenos que atacaron a los *novcientos noventa* aliados. El combate se hubiera sostenido en las proporciones de cuatro contra uno i, en consecuencia, la su-

(1) *Boletín* p. 484.

perioridad numérica estaria de parte de los chilenos. Mas esta superioridad desaparece cuando se considera lo que hemos dicho en el Cap. Sexto, es decir, que las tropas chilenas tuvieron que efectuar el desembarco bajo el mortifero fuego de los enemigos escondidos entre las rocas de la montaña; que llegados a la ribera en tan críticas condiciones tuvieron que dar el asalto a las posiciones enemigas situadas en una alta montaña de tres mil pies de elevación sobre el nivel del mar i cortada a pico sobre el mismo, marchando además sobre aquellas escarpadas cuestas cubiertas de arena i, por lo mismo, movibles bajo las plantas del soldado. De estas formidables posiciones los chilenos podian ser rechazados solo con que los aliados hubiesen hecho uso de las piedras: sin embargo, desalojaron al enemigo i le obligaron a la fuga.

« Pisagua, dice Santini, estaba defendida por buena parte del ejército aliado Perú - boliviano, a las órdenes del Jeneral en jefe Buendia. Las tropas chilenas apoyadas por la artillería de la escuadra iniciaron el desembarco, i las primeras que saltaron a tierra se abalanzaron con tal empuje sobre el enemigo, escondido primero en la playa, i en seguida atrincherado sobre alturas formidables, casi a pico sobre el mar, que le obligaron a huir por los senderos de la montaña ⁽¹⁾. »

(1) SANTINI, *Viaggio della « Garibaldi »,* p. 168

Batalla de San Francisco, noviembre 16 de 1879.

« Las tropas chilenas mandadas por el Jeneral Erasmo Escala, se pusieron inmediatamente en marcha de combate, superaron mil dificultades en medio de arenosas montañas, i el 16 de noviembre se encontraron con el ejército enemigo en San Francisco, consiguiendo sobre el mismo completa victoria, tanto más notable, cuanto que los chilenos eran *poco más de 5,000 hombres* de todas las armas de frente a casi 9,000, *entre peruanos i bolivianos*, quienes dejaron en su poder gran cantidad de armas, de heridos i prisioneros ⁽¹⁾. »

Batalla de Tarapacá, noviembre 27 de 1879.

« Despues de la derrota sufrida en San Francisco, el ejército aliado Perú-boliviano se replegó sobre Tarapacá, i estaba ya en aquellas cercanías en número de cerca de 6,000 hombres, cuando el día 27 de noviembre fué atacado por los chilenos *casi dos veces inferiores en número*, sufriendo por consiguiente pérdidas inmensas, mas al mismo tiempo causando al enemigo tantas bajas, que éste, no pudiendo aprovecharse de su superioridad, tuvo que batirse en retirada hacia Arica ⁽²⁾. »

(1) SANTINI, p. 169.

(2) Id. ib.

Batalla de Los Ángeles, marzo 22 de 1880.

« Las primeras tropas chilenas que partieron de Pacocha, marcharon sobre Moquegua, donde hicieron un ingreso triunfal, pues los peruanos se habían apresurado a abandonarla, concentrándose en una formidable posición llamada *Los Ángeles*, que elevándose sobre la ciudad, domina también los caminos entre Arequipa i Tacna, i es la llave de la provincia entera. *Los Ángeles* es una posición tan importante, que por algunos es llamada *Las Termópilas del Perú*. Los chilenos comprendieron la necesidad de apoderarse de ella, i se abalanzaron a la atrevida empresa con tal empuje, que despues de algunas horas de combate, sostenido *trepando como cabros sobre aquellos precipicios a pico*, la tuvieron en su poder ⁽¹⁾. »

Batalla de Tacna, mayo 27 de 1880.

« El objetivo de los chilenos era Arica; mas para llegar allá era menester abrirse el camino por Tacna, ante la cual se había llevado el grueso del ejército aliado Perú - boliviano en número de cerca 12,000 hombres.

(1) SANTINI, p. 174.

« Los chilenos (en número de 13,000 ⁽¹⁾) atendían constantemente a organizar su plan de batalla en medio de las privaciones del desierto, hechas más sensibles por las enfermedades, que hacían víctimas e inutilizaban a los hombres, de los que un solo transporte, el *Itata*, llevó a Valparaíso más de 900, dos o tres días antes de la batalla... ⁽²⁾

« En la mañana del 26 el ejército peru-boliviano estaba formado sobre una cadena de colinas al frente de Tacna, i cerca de sus trincheras dividido en tres alas....

« Cerca de las ocho de la mañana la artillería peruana rompió el fuego a la distancia de 3,500 metros sobre la infantería chilena, que avanzaba en guerrilla i en columnas hacia las alturas atrincheradas, ocupadas por el enemigo. Poco después contesta la artillería chilena con tiros tan ciertos, que en una hora redujó al silencio a aquella parte de la artillería peruana... A las doce el combate era mui reñido: los peruanos i bolivianos firmes en sus trincheras diezmaban con fuego de fusilería a los batallones chilenos que, no obs-

(¹) Id. p. 173-74.

(²) En esta batalla los chilenos habrían sido superiores en número a sus enemigos como en mil hombres, si las enfermedades no hubieran diezmado a los batallones, por lo cual fueron remitidos en gran número a los hospitales de Valparaíso i de Santiago.

tante, avanzaban siempre atacando a la bayoneta cuando estaban cerca de una trinchera..... A la una i media los peruanos i bolivianos, desmoralizados i derrotados, abandonaban completamente hasta las últimas de sus magníficas posiciones de la izquierda i del centro, que los chilenos ocuparon a paso de carga. El fuego no venia ya sino del ala derecha, mandada por Montero, mas ésta también, una vez atacada, huyó desordenadamente por el único camino que quedaba a sus espaldas, dejando los heridos, armas i municiones en poder del enemigo ⁽¹⁾. »

Batalla de Arica, junio 7 de 1880.

« A los peruanos les quedaba todavía la fortísima plaza de Arica, la cual, aunque solo defendida por poco más de 2,000 hombres, se presentaba como un baluarte formidable, esperanza para los peruanos, i terrible espectro para los chilenos. Los chilenos no ignoraban la dificultad de la empresa, a la cual tenian que marchar sobre un terreno minado de dinamita...

« El 6 el bombardeo fué sostenido principalmente por la escuadra, sobre la cual el fuego de los fuertes se dirijia con mucha viveza. En la mañana del 7 el fuego de artillería sobre la

(1) Id. p. 176 i sig.

plaza fué simultaneo por mar i por tierra; mas poco despues el 3º de linea, roto el fuego de fusileria contra el fuerte de la ciudad, se abalanzó sobre el a la bayoneta, quedando de los peruanos. 450 muertos i los demás heridos i prisioneros... Al mismo tiempo el 4º de linea mandado por el teniente coronel San Martin, atacó las formidables fortalezas del Morro, que también fué tomado a la bayoneta, quedando muertos Bolognesi i Moore, el desgraciado comandante de la *Independencia*, despues de una heroica resistencia ⁽¹⁾. El bravo coronel San Martin fué muerto por muchos proyectiles en el acto que marchaba al ataque al frente de sus tropas. A las 7, una hora apenas de principiado el ataque, la bandera chilena flameaba victoriosa en todos los fuertes de Arica. Todos los que, como yo, conocen a Arica i saben cuan formidable posición es especialmente el Morro, a pico por mar i por tierra, se asombran como los chilenos en menos de una hora pudieron apoderarse de ella i cargar a la bayoneta por aquellos enriscados precipicios, que son capaces de agotar hasta las fuerzas de las bestias. Todos creian que, por

(1) Habiendo efectuado el ataque de las fortalezas de Arica solo el 3.º i 4.º de linea (*Boletín de la guerra* p. 748) esto es, 1800 hombres, que componian aquellos dos regimientos, se desprende claramente que, según Santini, los chilenos fueron inferiores en número a los peruanos.

pequeño que fuera el número de los defensores, el Morro especialmente se habría sostenido por muchos días, tanto más cuanto que la facilísima defensa natural estaba reforzada por buenos cañones i por obras de fortificación. Desde aquella altura las piedras hubieran sido una arma formidable.

« En el ataque de Arica los chilenos tuvieron 340 bajas, es decir 140 muertos i 200 heridos: los peruanos tuvieron 700 muertos, 150 heridos i 600 prisioneros, sin contar a los fujitivos, a quienes en gran parte fué cerrado el camino por la caballería ⁽¹⁾. »

Batalla de San Juan, enero 13 de 1881.

« La reorganización del ejército chileno i los preparativos para una expedición sobre Lima se hicieron con prontitud: por otra parte el Perú reclutava también nuevos batallones i con obras de fortificación preparaba la defensa de la capital.

« Como a la mitad de noviembre de 1880 el ejército chileno de expedición, en número de cerca de 25,000 hombres, se hallaba en los campamentos de Tacna i Arica, mientras treinta a treinta i cinco naves de transporte, muchas de ellas a vela

(1) Id. p. 179 i sig.

reclutadas en el comercio i que debian ser remolcadas por los vapores, estaban listas para embarcarlo en el puerto de Arica...

« El ejército peruano abandonaba sin seria resistencia la linea altamente estratégica del valle de Lurín, donde hubiera podido hostilizar con ventajas i disputar el agua al ejército invasor, que desembarcaba con lentitud en medio de serias dificultades. Tan cierto es lo que afirmamos que el ejército chileno se quedó allí hasta el 12 de enero de 1881, reuniendo víveres, municiones i elementos de movilización, preparando i reconociendo los caminos i las posiciones enemigas, i disponiéndose mui despacio al ataque de las fuertes lineas fortificadas, que los peruanos habian establecido a cinco o seis millas al norte de Lurín entre Chorrillos i Monterico Chico, tras de las cuales estaban formados en batalla *30,000 soldados del ejército activo i de la reserva.*

« La primera linea de defensa, que el reconocimiento mostró a los chilenos, ocupaba la cumbre de un cordón de cerros, que se estienden desde el Morro Solar hacia el oriente i el norte hasta más allá de San Juan, i de aquí de nuevo a oriente en dirección a Tebes i Monterico Chico. Ella se componia de parapetos formados con sacos de arena, detrás de los cuales se defendia la infanteria sin peligro de ser ofendida, i delante de estas trincheras estaban cavadas acá i allá una

o dos hileras de fosos. Como 100 piezas entre cañones i ametralladoras estaban en batería sobre esas formidables posiciones.

« Contra esa linea marchó el ejército chileno en sus tres divisiones, con 70 piezas Krupp i algunas ametralladoras, al mando del Teniente Jeneral Manuel A. Baquedano, en la tarde del 12 de enero de 1881.....

« Los peruanos, al amanecer viendo al enemigo que avanzaba, rompieron el fuego de su derecha sobre la primera División chilena, la que poco despues se hallaba empeñada en un vivo combate de fusilería i de artillería, que se estendia rápidamente hácia el centro. A las 6 de la mañana, una hora despues de los primeros tiros, la primera División chilena habia ganado terreno a la estrema derecha enemiga i se sostenia bien al centro; mientras la segunda División, que por dificultades imprevistas habia tenido que retardar su marcha, llegaba al frente de San Juan i, sin vacilar un instante, su primera Brigada mandada por el coronel Gana avanzó con sus tres regimientos desplegados en batalla, al mismo tiempo que la artillería de campaña del primer regimiento seguia el movimiento hácia adelante. Despues de una hora de vivísimo fuego los regimientos Buín i Esmeralda ganaron las alturas de frente a San Juan; mientras las tropas de la primera División coronaban la serie de montes fortificados de la derecha enemiga, i

el regimiento Chillan de la Brigada del coronel Barbosa, segunda de la segunda División, obligaba al enemigo a desalojar todas las posiciones de la derecha. De este modo la línea peruana cedía completamente de sur a norte, dejando en el campo muchísimos cadáveres i abandonando al enemigo casi toda su artillería. En ese instante los regimientos de caballería *Carabineros de Yungai i Granaderos a caballo* se lanzaron a toda carrera sobre los fujitivos, en los que hicieron estragos. I fué tal el empuje de estas terribles cargas, que los dos regimientos llegaron dos leguas más allá del campo de batalla. El coronel Bulnes al frente de su regimiento fué más afortunado que el coronel Yavar, el cual al lanzarse valerosamente a la carga con sus granaderos, fué muerto por un balazo en la frente ⁽¹⁾. »

Batalla de Miraflores, enero 15 de 1881.

La batalla que tuvo lugar en Miraflores principió con una sorpresa desleal, como hemos narrado en el Capítulo Sexto. Allí verá el cortés lector los pormenores de esta batalla: aquí solo repetiremos algunas palabras del señor Santini, para completar el cuadro que vamos haciendo.

« Los chilenos se apresuraron a contestar el

¹⁾ Id. p. 183 i sig.

fuego en medio de ese desorden, que causa necesariamente una sorpresa durante un armisticio, i más bien con desventaja, por la falta de plan, de manera que el Jeneral Baquedano confesó más tarde a nosotros extranjeros como aquella batalla se habia ganado tan solo por la valentía de los oficiales i de los soldados. La linea peruana se batia toda defendida por trincheras i parapetos, i no se mostraba al enemigo sino detrás de cinco reductos armados con cañones i ametralladoras, de donde salia un fuego mortífero. La tercera División chilena fué la primera en sostener el terrible choque *de no menos de 15,000 peruanos*, que le causaron pérdidas iumensas, mayores aun por el desorden con que tuvieron que batirse; pero mantuvieron sus posiciones sin retroceder un paso ⁽¹⁾. »

Formado este cuadro con las imparcialísimas narraciones de un oficial neutral, podemos deducir con razón que las victorias alcanzadas por el ejército chileno no fueron *fáciles*, como ha afirmado Caivano; pues, no puede llamarse fácil una victoria en la que es derrotado un enemigo superior en número, atrincherado en posiciones formidables i atacado a pecho descubierto. Una

(1) Id. p. 189.

victoria conseguida en tales condiciones es fruto de un valor indomable, de un heroísmo extraordinario: es premio de los valientes, que llevan por su divisa *Dios i Patria: ¡ Victoria o muerte!*

I esta gloria fué conquistada por el ejército chileno al precio de una disciplina admirable, de inauditos sacrificios, de proezas estupendas. « Es innegable, terminaremos con el señor Santini, que el soldado chileno, lo mismo que el oficial, es harto superior al peruano por valor, arrojo, disciplina, agilidad, robustez, donaire i, enfin, por todas las cualidades militares. Nuestro teniente de navío Ghighiotti, que seguia las operaciones en el Estado Mayor chileno, aseguraba no haber visto jamás retroceder a las tropas por mortífero que fuera el fuego ⁽¹⁾. »

La sublime consigna del héroe de Iquique estaba cumplida: - *¡ Un chileno no se rinde! - ¡ Victoria o muerte!*

(1) p. 190.





CAPÍTULO IX.

El espíritu de Prat en sus enemigos

Los peruanos en una campaña de continuas derrotas i de vergonzosas fugas, pueden enorgullecerse de una gloria: la muerte del valiente i noble Grau. Es un justo homenaje, que no puede negarse al invicto contra-almirante.

Despues del fracaso de la *Independencia*, que un ciego error llevó a los arrecifes de Punta Gruesa, mientras perseguia a la Covadonga⁽¹⁾, Grau con su Monitor habia quedado solo contra dos poderosos blindados enemigos, que le perseguian sin descanso. Fiado en la velocidad de su nave, que lo salvaba siempre de un en-

(¹) Véase Cap. VIII, p. 144.

cuentro con sus enemigos ⁽¹⁾, hizo proezas de astucia i de estrategia; con las cuales, desorientando a sus perseguidores, llevaba pertrechos de guerra i otros socorros a aquellos puntos, de donde se temia un desembarco o un ataque. Esta habilidad le mereció la admiración i el aplauso de sus mismos adversarios. Mas no podia durar por mucho tiempo; pues el dia en que el continuo ejercicio disminuyera la velocidad de su nave, los blindados enemigos le darian caza sin remedio, i entonces tendria que poner punto final a sus correrías.

En efecto, en la expedición que hizo a Arica, contra su voluntad, en vista del mal estado a que estaba reducido el *Huáscar*, se vió perseguido por el blindado *Blanco* i por la goleta *Covadonga*; i mientras a toda fuerza de máquina pensaba salvarse, como otras veces, con la fuga, vió a distancia el otro acorazado *Cochrane* que, acompañado de las pequeñas naves *O'Higgins* i *Loa*, se dirigia a toda máquina contra él para impedirle la retirada. Garcia y Garcia, comandante de la corbeta peruana *Unión*, que acompañaba al

(1) « Perdida la *Independencia* la balanza de la fuerza marítima se inclinó a favor de Chile, el cual para apresurar con buen éxito las operaciones de la guerra, comprendió la necesidad de batir el *Huáscar*, que a su vez evitaba encontrarse con los blindados enemigos *Blanco* i *Cochrane*. »

SANTINI, *Viaggio della « Garibaldi »* p. 168.

Monitor, vió ofrecérsele una magnífica ocasión para cubrirse de gloria, combatiendo valientemente, como combatió el ilustre Prat en su frágil *Esmeralda*; mas era demasiado necesario a la patria (!), i, fiel a sus antecedentes, en vez de prodigar su vida, ayudando a su Contra-almirante, fué pródigo de carbón, dándose a una fuga tan precipitada, que en vano intentó alcanzarlo la *O' Higgins* que lo persiguió a toda máquina.

El *Huáscar*, en medio de los dos blindados, se puso en son de combate. Según las relaciones oficiales de los peruanos, a los primeros tiros del *Cochrane*, Grau coronaba gloriosamente su misión muriendo como militar valiente al pie de su bandera; un tiro maestro del *Cochrane* perforaba la torre del Contra-almirante, quedando éste tan horriblemente mutilado, que dejó solo parte de las piernas, i el cuerpo se perdía en las olas del mar ⁽¹⁾. En pos de él se siguieron en el cruento sacrificio el primero i segundo comandante, i solo despues de una lucha tenaz de hora i media se obtuvo la rendición del *Huáscar*.

Una prueba elocuentísima del valor del invicto Grau i de la tripulación del *Huáscar* en aquel combate la tenemos en las palabras del señor

(1) « El valeroso Almirante Grau sobre el *Huáscar* fué hecho pedazos por un proyectil del *Cochrane*, i casi todo su cuerpo fué lanzado al mar por el mismo proyectil.

SANTINI, p. 142.

Latorre, comandante del *Cochrane*, a quien es debido principalmente el triunfo de aquel combate; siendo que el *Blanco* solo a última hora tomó parte en la lucha. Él en el parte oficial que dirigió al Almirante de la escuadra, justo i noble como era, se hizo un deber en afirmar que « el enemigo arreó definitivamente su bandera, despues de una resistencia que enaltece el valor de los señores Jefes, oficiales i tripulación del Monitor *Huáscar*. »

Mas aquí se ofrece mui espontanea una reflexión. Es una verdad innegable, confirmada por los hechos de la larga guerra, que los peruanos no llevan en sus venas sangre de valientes. Si esceptuamos la audacia de Villavicencio que forzó el bloqueo de Arica, pasando en medio de la escuadra enemiga para llevar pertrechos de guerra a aquella fortaleza, las hazañas principales de los marinos i de los soldados peruanos han sido la dispersión i la fuga: firmes en sus puestos cuando han podido hacer uso de las armas de fuego desde los parapetos, las trincheras i fortificaciones, nunca han opuesto al enemigo vigorosa resistencia, disputándole el campo palmo a palmo, o rechazándolo con la bayoneta. Quisiéramos decir lo contrario para ahorrar a un pueblo tamaña vergüenza; pero tratándose de hechos presenciados por millares de testigos, cualquiera afirmación en contrario seria una vil adulación.

Pues bien, siendo Grau peruano i, por lo mismo, formado de la misma tímida pasta, ¿como no se rindió inmediatamente al verse rodeado por enemigos, que no habrían de ahorrarle la derrota, i opuso más bien tanta resistencia? Los valientes se forman en la escuela de los valientes, bajo la disciplina de maestros, que no solo dictan frias teorías, sino que infunden el valor con la poderosa fuerza del ejemplo, en medio de los peligros i de los horrores de las batallas. Si Douglás se lanzó contra los saracenos en lo más recio de la lucha i arrostró intrépido la muerte, fué solo despues de haber lanzado en medio de los enemigos el corazón del valeroso Bruce, que hasta aquel momento llevara en su pecho, acompañando aquel acto con las espresivas palabras: «Anda tu primero a la lucha, como acostumbrabas en vida, i Douglás te seguirá o morirá.»

Pues bien, Grau tuvo una célebre escuela en la rada de Iquique; tuvo un célebre maestro en el ilustre Prat; tuvo ejemplos de extraordinario valor en la tripulación de la *Esmeralda*: i él, verdadero marino, animado por aquellos sentimientos de nobleza, de que dió repetidas pruebas, debia necesariamente llevar grabado en su mente el ejemplo de su Maestro; debió sentir en su espíritu el espíritu de Prat, en su corazón el ardor de los valerosos i el deseo de hacerse inmortal como aquél.

En efecto, desde el día del memorable combate de Iquique, en todos los círculos, en toda conversación de personas inteligentes se hacia el pronóstico del fin del Contra-almirante peruano. Grau, se decia, tendrá la prudencia de evitar un combate con los blindados enemigos; pero el día en que se vea obligado a aceptarlo, resistirá como valiente i morirá como héroe. No podia razonarse de otra manera; la *Esmeralda*, vieja corbeta de madera, opuso una resistencia de cuatro horas i media a su fuerte Monitor; la tripulación de la *Esmeralda* se hizo matar en gran parte, i los que escaparon de aquella carnicería, en vez de rendirse preferian ahogarse: él con su poderoso Monitor al frente de los acorazados chilenos debia resistir valientemente hasta buscar la muerte en las olas del mar: lo contrario habria sido una vergüenza indigna de un militar pundonoroso.

El presajio no pudo ser más justo, ni más terrible su cumplimiento. Grau, como hemos dicho, moria a los primeros tiros del *Cochrane*; i si las balas enemigas hubiesen respetado por más tiempo su existencia, Grau, no vacilamos en afirmarlo, no habria arreado su bandera, i antes de entregar la nave al enemigo, la habria hecho saltar prendiendo fuego a la santa bárbara. Su fin fué trágico por la mutilación de su cuerpo, del que dejó solo las piernas: como si quisiera decir

a sus compatriotas: Vuestra principal estrategia es huir ante el peligro: os lego, pues, las piernas, mas el corazón, que lleva grabada la imagen de un héroe, lo entrego al mar, encargando a las olas que lo lleven sobre la gloriosa *Esmeralda*, que fué para mí escuela de heroísmo.





CAPÍTULO X.

Los soldados chilenos con los enemigos en el campo de batalla

No es tan solo Caivano el que afirma que « la mayor parte del ejército chileno se quedaba en el campo de batalla ocupada en degollar a los heridos del ejército enemigo ⁽¹⁾ » sino varios diarios de las Repúblicas, que rodean a Chile, desposando la causa de los vencidos, como Catón que *creyò más simpática la causa de los vencidos que la de los vencedores*, ⁽²⁾ hicieron una propaganda de odio contra aquella República, la cual se había hecho culpable del raro delito de haber sabido vencer a sus enemigos; i entre las acciones detestables que achacaron a los

(¹) CAIVANO, *Storia della guerra d'America*, Parte I, p. 393.

(²) *Victrix caussa Diis placuit, sed victa Catoni.* — LUCANO, Ph. 1, 128.

soldados chilenos, no faltó la crueldad de estos para con los heridos. Aquellos diarios empero no inventaban, sino que hacían eco a las correspondencias peruanas: i es sabido que esas producciones no eran hijas de la verdad, sino partos monstruosos de enemigos, que, incapaces de conquistarse gloria con las armas, se esforzaban en eclipsar al menos las repetidas glorias de sus adversarios mediante correspondencias calumniosas. Mas, sea como fuere, ellos fueron jenerosos para con los vencidos i excesivamente severos para con los vencedores.

Los desgraciados merecen lástima; merecen por lo menos que los espectadores de sus infortunios no hagan más acerbo su dolor con la insensibilidad, i menos con los escritos: es un sentimiento de humanidad. El que ve a un infeliz que, reo de enormes delitos, es condenado por la lei i llevado al último suplicio, siente gran congoja en su corazón, i hasta una lágrima humedece sus mejillas: en su movimiento espontáneo en cualquiera que encierre en su pecho un corazón de hombre. Mas ¿es justo i razonable que al demostrar aquel acto de humanidad, se ahoguen en el pecho todos los demás sentimientos que son igualmente atendibles en tales casos? Porque nosotros lloramos por la suerte desgraciada de un criminal condenado a muerte por delitos que anatematiza la relijión i la sociedad, ¿podemos con justicia levan-

tar gritos de indignación contra los jueces que, guardianes de la lei, se han visto en la dura necesidad de aplicarla?

Para ser, pues, compasivos no se debe ser injustos; i se comete la más grande injusticia al condenar, como se ha hecho, la conducta de los soldados chilenos para con los vencidos, si no se atiende a los antecedentes que han influido poderosamente en semejante proceder.

Nosotros, como se ve, no negamos que algunos soldados hayan cometido excesos, i aun tenemos motivos para creer que se hayan cometido muchos, atendida la índole del soldado chileno, el cual, según hemos oído narrar en Chile, se enfurece de tal manera en los campos de batalla, que a veces desconoce hasta la voz de sus superiores; decimos empero que no por esto debe presentarse al mundo como ejemplo de crueldad. Si los excesos que se cometen por la soldadeca en tiempo de guerra fuesen suficientes para excitar a los hombres contra las naciones i señalar a sus súbditos como animales feroces, el mundo no sería sino una morada de mónstruos: porque toda nación tiene negras páginas en su historia. ¡I ojalá esto fuese solo en tiempo de guerra i contra enemigos! ¡Mónstruos más crueles son los que despedazan a sus mismos hermanos i desgarran el seno de la madre patria! I si quisiéramos recordar ejemplos espantosos, los ten-

dríamos con profusión en el mismó Perú, en sus continuas revoluciones, en los asesinatos sucesivos de sus presidentes, en las ferocidades cometidas con los Gutierrez, asesinados, colgados sus cadáveres en la torre de la Catedral, quemados en seguida en la pública plaza en medio de los gritos de júbilo infernal de aquellas fieras en figura humana: mas sin necesidad de alejarnos mucho de la civilizada Europa; ¡he ahí la Francia, la *grande nation*, con las barbaries del 1793 i 1870; he ahí la España con las carnicerías del 1835; ved también a nuestra Italia con las hazañas de las soldadescas garibaldinas i con las no menos célebres de los valientes de la brecha de Porta Pia; por último, palpitantes están las atrocidades perpetradas en Bélgica por los famosos socialistas, que en pocos dias destruyeron establecimientos de primer orden i atentaron contra la vida i los bienes de los mejores ciudadanos.

Admitidas, pues, las crueldades de las tropas chilenas con los enemigos, habrian hecho mucho menos de lo que han perpetrado ciudadanos i soldados de las naciones que se arrojan el derecho de ser consideradas como maestras de civilización. Mas, demos un paso más adelante: supongamos como ciertísimos hechos más crueles de los que se les atribuyen, i preguntemos: ¿Porqué los soldados chilenos fueron tan crueles con los enemigos? Recordaremos algunos hechos, despues

de los cuales dejaremos que los lectores imparciales decidan si los militares más civilizados i morales del mundo habrian sido más jenerosos que los chilenos en las circunstancias en que estos se encontraron.

Cuando se supo en Lima que el Gobierno de Chile habia intimado la guerra al Perú, en los balcones del palacio de los antiguos Vireyes se oyó la voz del Presidente Prado, quien, haciendo eco a los gritos de esterminio i muerte que lanzaba un pueblo enfurecido contra Chile, juraba que llevaria al enemigo *una guerra tremenda*; i pasando de las amenazas a los hechos, decretó la espulsión de los chilenos del territorio peruano ⁽¹⁾. No fué menester más para que el pópulo hiciera alarde de sus malos instintos contra los millares de chilenos esparcidos por aquella República. Los numerosos obreros de las minas de Tarapacá, de Mejillones i de otras partes, que formaban la gran mayoría de los trabajadores, para substraerse al odio del pueblo i escapar de la muerte, tuvieron que huir abandonando sus intereses, acumulados con grandes sacrificios. No tuvieron mejor suerte los propietarios que tenian sus negocios en Lima i en otras ciudades, viéndose obligados a dejar sus fortunas i hasta su familia los que estaban casados con mujeres pe-

(1) *Boletín de la guerra*, p. 63 i sig.

ruanas. Callaremos por pudor los excesos vergonzosos que se cometieron con mujeres chilenas, que no tuvieron tiempo para ponerse en salvo de la chusma enfurecida ⁽¹⁾. Pues bien, todos aquellos obreros, que despues de haber sido tratados tan bárbaramente fueron desterrados del Perú, se engancharon en el ejército que llevó la guerra a los peruanos ⁽²⁾. Ahora, aquellos hombres que habian sido perjudicados en sus bienes, ultrajados en sus personas i en las de sus conciudadanos, ¿podian no estremecerse al verse en presencia de sus verdugos i no aplicarles el merecido castigo?

No basta. El trecho de camino que llevaba a la fortaleza de Arica estaba sembrado, como hemos dicho, de minas de dinamita, dispuestas de tal manera que debian hacer saltar en el aire a todo el ejército invasor. El coronel Lagos creyó prudente hacer sa-

(1) « Al momento de la declaración de la guerra en Lima estalló un malentendido entusiasmo popular, i la plebe no perdonó ni a las respetables señoras chilenas, esposas de peruanos o de extranjeros, quienes solo por medio de la fuga pudieron librarse de escandalosas escandecencias, contra las cuales protestaron las personas de buenos i honrados sentimientos de la capital. »

SANTINI, *Viaggio della « Garibaldi »*, p. 128.

(2) « Una buena parte de los soldados chilenos se reclutó entre aquellos laboriosos obreros de Chile, que trabajaban en el Perú, donde sufrieron miles afrentas, i de donde fueron espulsados con modales nada humanos, cometiéndose por los peruanos la enorme falta de proporcionar al enemigo un precioso contingente de combatientes. »

SANTINI, *Ib.*

ber al coronel Bolognesi, comandante de aquella plaza, que si daba fuego a esas minas i diezmaba a sus regimientos con un arma tan vil i cobarde, no dejaría un solo peruano con vida, si la suerte le hubiera asistido en la atrevida empresa. No fué oído, porque la dinamita hizo estragos en los asaltantes ⁽¹⁾. Ahora bien, ¿los chilenos victoriosos podían ser más jenerosos que sus enemigos, quienes, por su parte, habían tentado destruirlos con aquella arma infernal?

No basta. Se ha dicho que los excesos cometidos por las milicias de Chile tuvieron lugar en los combates que se siguieron después de la carnicería de Tarapacá. Recordemos, pues, aquella jornada tristemente célebre.

Derrotado en la batalla de *San Francisco* el ejército aliado, se desmoralizó i dispersó de tal manera, que los bolivianos se retiraron desordenadamente a la Paz ⁽²⁾, i los peruanos huyeron a Tarapacá para renunciar con el resto del ejército en la fortaleza de Arica. El primer pensamiento de los chilenos fué seguirlos, intimarles

(1) « Uno de los fuertes hizo explosión en el momento de una carga a la bayoneta, i fueron víctimas de ella chilenos i peruanos. »

SANTINI, p. 180.

(2) « Apenas notaron la derrota, apenas se apagó el entusiasmo de la lucha, los restos del ejército boliviano tomaron desordenadamente el camino de su país, arrastrando consigo al Jeneral Campero, Presidente provisorio de Bolivia i Jeneral

rendición i, limpiado aquel territorio de todo enemigo, seguir avanzando. Al efecto fué enviada una pequeña división de 2,500 hombres entre caballería e infantería con algunas piezas de artillería de pequeño calibre. Mas cuando creían hallar un reducido número de enemigos, se vieron al frente de 6,000 soldados⁽¹⁾, que habían sido provistos de municiones por la división Rios, llegada de Iquique el día anterior.

Para formarse una idea exacta de la crítica situación de la división chilena, es menester advertir con Caivano que la pequeña aldea de Tarapacá está situada al fondo de un estrecho valle, cuya mayor anchura llega apenas a un quilómetro, entre dos cordones de escabrosos i escarpados cerros. Ocupada por enemigos la cumbre de aquellos cerros, podían fusilar a mansalva a cualquier ejército, que tuviera la desgracia de introducirse por aquel profundo canal⁽²⁾.

La desgracia tocó a la pequeña división chilena. Cansada por muchos días de marcha por

en jefe de los ejércitos aliados; i éste por más que trabajara para restablecer entre ellos el orden i la disciplina, solo alcanzó a juntar algunas diezmadas compañías de soldados, con cuya ayuda se esforzó para moderar hasta donde pudo los numerosos excesos de los desbandados i las desenfrenadas exigencias de los demás.»

CAIVANO, Ob. cit. Parte II, p. 89.

(¹) SANTINI, p. 168.

(²) *Storia ecc.* Parte I, p. 342.

desiertos intransitables, envuelta a su arribo por densa niebla que le impedía observar lo que pasaba entorno suyo, sin tener tiempo para descansar algo o proveerse al menos de agua, fué sorprendida por el enemigo, el cual, ocupando los cerros, hizo caer sobre el ejército chileno un granizo de plomo. El resultado de aquella acción no podía ser dudoso, porque, como hemos observado hasta aquí, el chileno ni retrocede, ni se rinde. El más terrible enemigo que enfurecía contra aquellos infelices era la sed; de manera que buscaban donde refrescar al menos las fáuces, corriendo como ciervos sedientos a un cercano riachuelo, en donde quedaban muertos, fusilados por los enemigos⁽¹⁾. No obstante, la lucha fué sangrienta i terrible: el regimiento 2º de línea, mandado por el coronel Ramirez, hizo prodijios de valor, quedando casi enteramente sacrificado, víctima de su arrojo. Por lo mismo muchos fueron los muertos i numerosos los heridos, que quedaron en el campo de batalla.

Pues bien, las crueldades, los actos de la más feroz barbarie cometidos por las tropas peruanas

(1) « El cansancio i la sed se iban apoderando de aquellos bravos con una especie de frenesí, i no eran pocos los que en medio del fuego bajaban como locos a la planicie, donde llovían de todas partes las balas enemigas, i se tendían a beber. Muchos fueron muertos allí antes de haber logrado su intento. »

Boletín de la Guerra, p. 489.

en aquella triste jornada, no pueden leerse sin horror. Para dar al menos una idea de ellos, baste saber que el comandante Ramirez, el héroe entre los héroes de aquel combate, mientras estaba tendido en el campo por sus muchas heridas, fué ultimado por un oficial peruano con tiros de revolver; que más de ochenta heridos i otrostantos muertos, que ocupaban una casita i sus alrededores, formando una barrera de cuerpos humanos, fueron quemados por esos canibales, quienes, prendiendo fuego a la casa, hicieron de aquellos infelices presa espantosa de las llamas. Muchos, i entre ellos el comandante Ramirez, quedaron carbonizados en medio de los *chilcales*, entre los cuales yacian moribundos, pues los peruanos por un colmo de ferocidad pegaron fuego a aquellas plantas ⁽¹⁾. I no faltaron correspondencias, que leimos en Chile, en las que se aseguraba haber sido amontonados muertos i heridos i empapados con parafina, a fin de que ardiesen más fácilmente. Vive aun un ilustre testigo, el Mayor Necochea, quien, a más de catorce heridas recibidas parte en la lucha, i parte mientras yacia moribundo, puede mostrar al mundo civilizado las quemaduras, como monumento irrefragable de la crueldad de los soldados peruanos, i como atenuante de las represalias que

(1) *Boletín de la guerra*, p. 493.

tomaron las tropas chilenas con aquella raza de enemigos ⁽¹⁾.

No basta. Se recordará la traición de que fué víctima el ejército de Chile en Miraflores ⁽²⁾. Pactado solemnemente el armisticio por empeños del Cuerpo diplomático, los chilenos, descansando en la buena fe de sus adversarios, habían armado pabellones i atendían a prepararse el rancho, mientras el Jeneral en jefe, rodeado por su Estado Mayor i por los oficiales de las Marinas neutrales, agregados al mismo, recorría su campamento. De repente se rompe el fuego en toda la línea peruana, i jefes, oficiales i soldados chilenos se hallan envueltos en un torbellino de balas, i en medio de un desorden i confusión sin igual. Si el valor hubiese abandonado por un momento a las milicias chilenas, los campos de Miraflores habrían sido su cementerio; mas haciéndose superiores a sí mismas, pudieron acercarse a sus armas, formarse en batalla i lanzarse intrépidas hasta las trincheras enemigas. Ahora bien, ¿quien osaría pretender que los chilenos, despues de alcanzado

(1) « Es indudable que algunos de los heridos peruanos fueron ultimados con golpes de bayoneta en las diversas batallas, mas no es menos cierto que los peruanos en Tarapacá se mancharon con las mismas barbaries, de manera que los más terribles de los soldados chilenos eran los que combatieron en esa batalla i ardian de venganza. »

SANTINI p. 181.

(2) Véase Cap. VI, p. 110.

al felón enemigo, arrojaran las armas para entretenerse con él en caricias i cumplimientos?

Otro recuerdo i basta. La escuadra chilena en pocos dias vió desaparecer de las aguas del Pacífico el crucero *Loa*, i la goleta *Codavonga*, por medio de torpedos aplicados a aquellas naves mientras sostenian el bloqueo de dos puertos peruanos. Juntamente con las naves pereció la mayor parte de las tripulaciones, sin que los peruanos espusieran, aunque de lejos, la vida, como dice Santini ⁽¹⁾. Se dirá que estas son estratajemas de guerra; sea, con tal que se añada ser vilísimas estratajemas, especialmente por el modo con que aquellos torpedos fueron aplicados por los peruanos; pero esto no podrá conseguir que un ejército, el cual ve despedazados de tal manera a sus compatriotas, se resigne hasta refrenar los arranques del corazón i ahogar en su pecho todo arrebato de venganza.

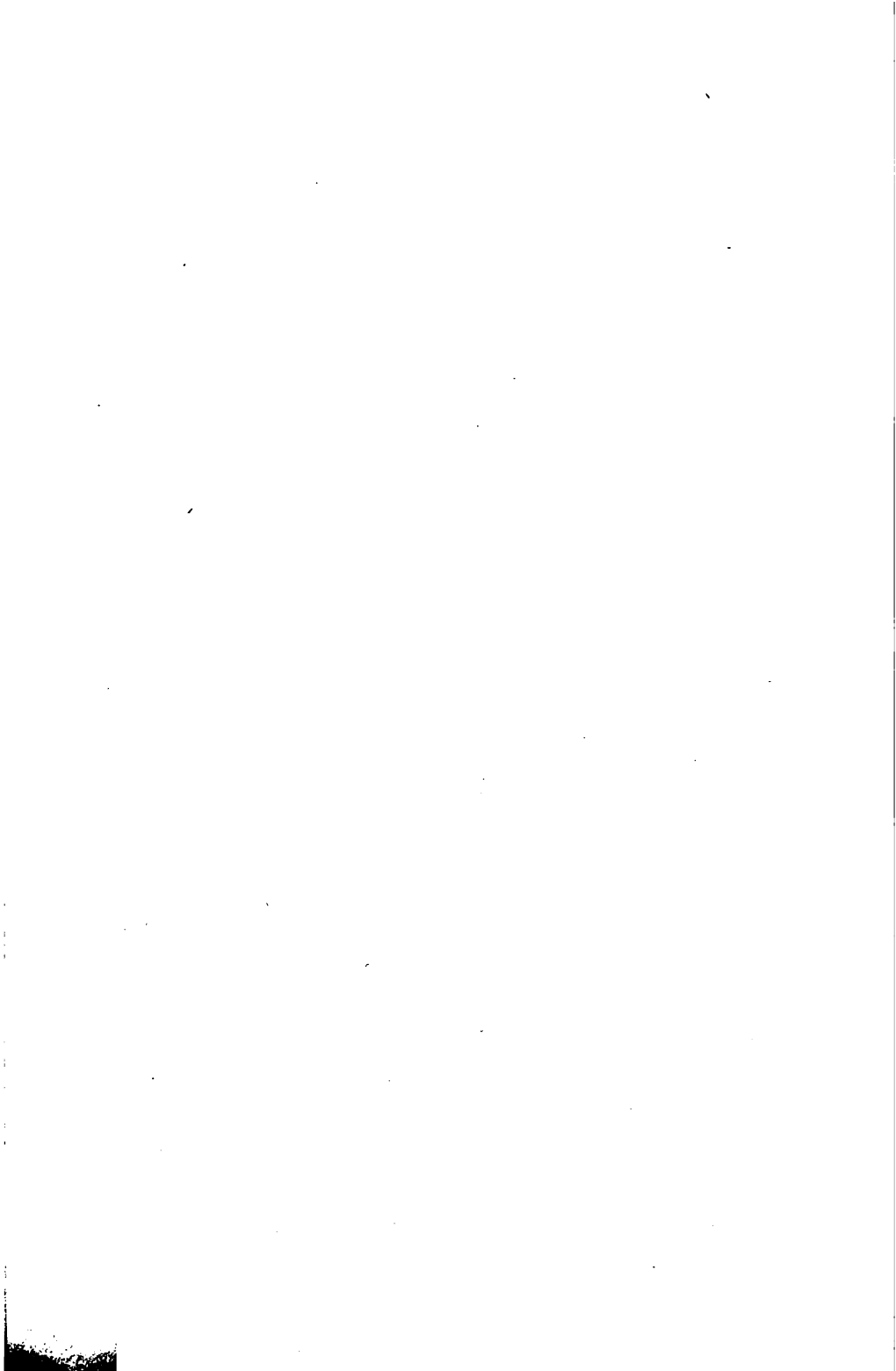
Despues de estos hechos i de otros que seria mui largo enumerar, prediquese en hora buena

(1) » Yo hablé ya de aquella trama salvaje, que echó a pique un bellissimo transporte chileno en el Callao i causó la muerte de 150 entre oficiales i tripulantes (V. cap. XIII.), sin que un solo peruano hubiese espuesto, aunque de lejos, la vida: i pocos dias despues la goleta *Covadonga* fué victima de igual atentado i de semejante destrozo. Aquel destrozo perpetrado a traición habia exasperado profundamente el espíritu de los chilenos, i no podia menos de ser orijen de trístisimas consecuencias para los peruanos. »

SANTINI, p. 182

la jenerosidad para con los vencidos i procure el que lo pueda su realización. Sí; la jenerosidad debe ser la principal virtud del militar despues del combate, como debe serlo el valor en el momento de la lucha. Teorías son estas mui bellas por cierto, como que son inspiradas por los más tiernos sentimientos de humanidad; pero cuanto más bellas son, tanto es más difícil ponerlas en práctica, si se considera cuales son en ciertas circunstancias las inclinaciones del corazón humano. Cuando el vencido se ha hecho reo de crueldades, de traiciones i de barbarie, con espulsiones violentas, con sevicias inhumanas, con armas cobardes, i el vencedor ha sido privado de la serenidad de la mente i de la compasión del corazón, ¿qué otra cosa puede esperarse sino venganzas, estragos, horrores i muerte?







CAPÍTULO XI.

Las conferencias de Arica

DERROTADO el ejército Perú-boliviano en la batalla de Tacna, caída la fortaleza de Arica después de un asalto atrevido a la vez i glorioso, una sola voz resonaba de un ángulo a otro de la República chilena: ¡A Lima! a Lima! Esto se repetía a coro por los diarios de todos los colores; esto se declamaba en el Congreso por los diputados de todos los partidos, i esto se oía en los círculos de los ciudadanos de cualquiera condición: ¡A Lima!

I este arranque de todo un pueblo hacia la Capital enemiga no era inconsiderado e indiscreto como el que emitía otro pueblo en la ebriedad

de un loco orgullo: brotaba del deseo vivísimo de poner un término a los infortunios de la guerra mediante la rendición de la Capital; salía espontáneo de la convicción unánime de que aquella meta se alcanzaría sin grandes sacrificios, con un último esfuerzo de aquellos soldados, que de Antofagasta a Arica habían hecho una marcha triunfal. Repetidas batallas sostenidas por mar i por tierra habían revelado bastante que las tropas chilenas eran mui superiores a las de su enemigo: el combate titánico de Iquique, la heroica lucha de Tarapacá, el atrevido asalto de Arica, las victorias conseguidas en Dolores i Tacna sobre un enemigo superior en número i fortificaciones, todo decia a grandes voces que el ejército aliado era impotente para hacer frente al empuje irresistible del soldado chileno. Además, la última derrota sufrida en Tacna por el ejército Perú-boliviano, en el cual descansaban las más lisonjeras esperanzas, debía haber infundido necesariamente un pánico indecible en el desbandado ejército, i manifestado a los hombres cuerdos cuan ridículo sería acariciar por el momento la idea de un desquite sobre el invencible enemigo. En consecuencia, era razonable aprovechar todas las ventajas que ofrecían las actuales circunstancias, esto es, cojer aquel momento de espanto i de desorden, acelerar enérgicamente las operaciones contra la capital, antes que sus gobernantes

tes tuvieran tiempo de reorganizar el ejército e impedir el paso con grandes fortificaciones, i de este modo acelerar el fin de una guerra, que costaba ya a ambas partes numerosas i preciosísimas vidas.

Mas, mientras todos pensaban en una pronta expedición a Lima, la República de Estados Unidos ofreció a los beligerantes sus buenos oficios de mediación i de paz. Aceptar aquella mediación era lo mismo que regalar al Perú un tiempo mui precioso para que procurara a la capital todos los medios de defensa, desde que todos preveían los resultados de tal mediación. No se trataba de un asunto de fácil solución: para que la mediación fuera ofrecida i aceptada por las tres Repúblicas con todas las formalidades indispensables en hechos tan solemnes; para que los respectivos Gobiernos nombraran sus plenipotenciarios, i éstos, separados por larga distancia, llegasen al lugar convenido, i allí trataran con calma diplomática un asunto tan serio, fueron necesarios dos largos meses. Se desprende de la nota del señor Osborn, Ministro norte-americano cerca del Gobierno chileno, en la que se ve claramente que él desde agosto de 1880 se presentó al Presidente de la República chilena para ofrecer en nombre de su Gobierno sus buenos oficios ⁽¹⁾, sin

(1) *Boletín de la guerra*, p. 779.

embargo, las negociaciones no principiaron antes del 22 de octubre i terminaron el 27 del mismo mes.

Aquí creemos hacer cosa agradable al lector ofreciéndole un bosquejo de las Conferencias, que al efecto tuvieron lugar en la rada de Arica, a bordo de la nave norte-americana *Lackawanna*.

Se abrieron, como hemos dicho, el día 22 de octubre de 1880, i eran presididas por el señor Osborn, acreditado cerca del Gobierno de Chile, acompañado por los señores Christiancy i Adams, ministros norte-americanos, acreditados el primero cerca del gobierno del Perú, i el segundo cerca del de Bolivia.

Los Plenipotenciarios de las tres naciones beligerantes fueron:

Por la República de Chile, los señores Euljio Altamirano, Eusebio Lillo i coronel don José Francisco Vergara, Ministro de Guerra i Marina;

Por la República del Perú, los señores Antonio Arenas i Aurelio Garcia y Garcia;

Por la República de Bolivia, los señores Mariano Baptista i Juan Crisóstomo Carrillo.

El señor Osborn en un hermoso discurso de apertura manifestó cual fuese el propósito de la actitud asumida por el Gobierno de los Estados Unidos en aquellas circunstancias. Aquel Gobierno tenia un interés profundo por el bienestar de las tres Repúblicas beligerantes, ya que siem-

pre habia seguido con atenta mirada los esfuerzos que habian hecho para mantenerse a la altura de los progresos de la civilización, era pues natural que deplorara profundamente la existencia del estado actual de guerra i anhelara por su terminación; i suplicaba encarecidamente a los señores Representantes para que trabajasen con anhelo para conseguir la paz, esperando, en nombre de su Gobierno, que sus esfuerzos los conducirian a tan feliz resultado.

Hablò en seguida el señor Altamirano, quien despues de agradecer a los dignísimos Representantes de la Unión Americana los nobles i desinteresados esfuerzos para poner término a los sacrificios de la guerra, manifestó que las circunstancias le imponian como deber indeclinable buscar el procedimiento más adecuado para alcanzar aquel fin, i, en consecuencia, habia creido necesario agrupar en una minuta las proposiciones que, según sus instrucciones, debian formar la base del tratado, a fin de que, considerándolas en conjunto, pudieran los Excelentísimos Representantes del Perú i Bolivia indicar si podrian abrirse las discusiones sobre esas bases.

Las proposiciones contenidas en la minuta eran las siguientes:

« **Primera.** — Cesión a Chile de los territorios del Perú i Bolivia que se estienden al sur de la Quebrada de Camarones i al oeste de la

línea que en la Cordillera de los Andes separa al Perú i Bolivia hasta la Quebrada de Chacarilla, i al oeste también de una línea que desde este punto se prolongaría hasta tocar en la frontera Argentina, pasando por el centro del lago de Ascotán.

« **Segunda.** — Pago a Chile por el Perú i Bolivia, solidariamente, de la suma de veinte millones de pesos, de los cuales cuatro millones serán cubiertos al contado.

« **Tercera.** — Devolución de las propiedades de que han sido despojados las empresas i ciudadanos chilenos en el Perú i Bolivia.

« **Cuarta.** — Devolución del transporte *Rimac*.

« **Quinta.** — Abrogación del Tratado secreto celebrado entre el Perú i Bolivia el año 1873, dejando al mismo tiempo sin efecto ni valor alguno las gestiones practicadas para procurar una Confederación entre ambas naciones.

« **Sesta.** — Retención por parte de Chile de los territorios de Moquegua, Tacna i Arica, que ocupan las armas chilenas, hasta tanto se haya dado cumplimiento a las obligaciones a que se refieren las condiciones anteriores.

« **Sétima.** — Obligación de parte del Perú de no artillar el puerto de Arica quando le sea entregado, ni en ningún tiempo, i compromiso de que en lo sucesivo será puerto exclusivamente comercial. »

Concedido a los Plenipotenciarios del Perú i Bolivia el tiempo necesario para considerar las proposiciones presentadas por los Representantes de Chile, la segunda Conferencia fué convocada el día 25 de octubre.

I primero habló el señor Arenas, Representante del Perú, diciendo que estudiadas las condiciones bajo las cuales el Gobierno chileno creía poder llegar a la paz, le habían causado una penosa impresión, porque ellas cerraban la puerta a toda discusión razonada i tranquila; que la primera de ellas, especialmente, era un obstáculo insuperable en el camino de las negociaciones pacíficas; que aunque Chile hubiera obtenido ventajas en la presente guerra, ocupando militarmente a consecuencia de ellas algunos territorios del Perú i Bolivia, sin embargo, aquella ocupación no era un título de dominio; que tal doctrina, sostenida en otros tiempos i en lejanas rejiones, era incompatible con las bases tutelares de las instituciones republicanas. « La República peruana, añadió, por sus ideas dominantes, por los principios que profesa i por los sentimientos que animan a todas sus clases sociales, no puede absolutamente consentir en que se le despoje de una parte de su territorio, i menos aún del que constituye en la actualidad la fuente principal de su riqueza. Por lo cual, si se insiste en la primera base, presentándola como condición indeclinable para llegar

a un arreglo, la esperanza de la paz debe perderse por completo. »

El señor Altamirano, Plenipotenciario chileno, espuso que no acertaba a explicar la impresión, que le habia causado el notable discurso del señor Arenas, porque despues de ese discurso toda esperanza de paz inmediata se habia perdido.

« No recordará, dice, el orijen i las causas de esta guerra, ello podria traer recuerdos i recriminaciones dolorosas; pero sí deja constancia de que su Gobierno ha sostenido que no le son imputables los hechos que han puesto en armas a tres naciones que debian ser hermanas i que hoi derraman a torrentes la más preciosa sangre de sus hijos.

« Aceptando la guerra como una necesidad dolorosa, Chile se lanzó a ella sin pensar en los sacrificios que le imponia, i por defender su derecho i el honor de su bandera, ha sacrificado a sus mejores hijos i gastado sin tasa sus tesoros.

« En esta situación, su Gobierno ha aceptado con sinceridad la idea de poner término a la guerra, siempre que sea posible llegar a una paz sólida, reparadora de los sacrificios hechos i que permita a Chile volver tranquilo al trabajo, que es su vida. Su Gobierno cree que para dar a la paz estas condiciones, es indispensable avanzar la linea de frontera. Así procura compensar en parte los grandes sacrificios que el país ha hecho

i asegurar la paz del porvenir. — Esta exigencia es para el Gobierno de Chile, para el país i para los Plenipotenciarios que hablan en este momento en su nombre, indeclinable, porque es justa.

« Los territorios que se estienden al sur de Camarones deben en su totalidad su desarrollo i su progreso actuales al trabajo chileno i al capital chileno. El desierto habia sido fecundizado con el sudor de los hombres de trabajo, antes de ser regado con la sangre de sus héroes. — Retirar de Camarones la bandera i el poder de Chile, seria un abandono cobarde de millares de ciudadanos i renovar, reagrándola, la antigua e insostenible situación..... »

A continuación tomó la palabra el Plenipotenciario boliviano, señor Baptista, quien despues de haber espresado que los Plenipotenciarios de Bolivia se hallaban en perfecta conformidad con las esplicitas declaraciones del señor Arenas sobre el punto fundamental de adquisición de territorio, llámesele avance, cesión, compensación o conquista; despues de haber recordado brillantemente el desarrollo de la vida política de la América, esclama: « No depositemos en su seno una causa perpétua de malestar. No fijemos en las fronteras de sus Repúblicas poderes suspicaces i celosos que se estén espionando recíprocamente i absorbiendo para sus ejércitos i sus armadas, aumentados incesantemente la sávia de sus pueblos.

La expansión propia nuestra, a la que tenemos derecho, es la de la industria, la de la comunicación, la del capital fecundo, en lo que se estenderá más el pueblo que tenga más poder. Vencidos i vencedores sufriríamos igualmente en un estado anormal, que deja para los unos el sordo trabajo de desquite i para los otros el esterelizador i costoso de impedirlo. El comentario del señor Altamirano para fundar la necesidad de su primera proposición quedaria satisfecho con ventaja con la investigación de otro medio que me permito indicar como simple consideración mia, personal. Declaro francamente que deben reconocerse i aceptarse los efectos naturales del éxito. En el curso de esta campaña corren las ventajas de parte de Chile. Tomaríamos nuestras resoluciones en la serie i en el sentido de los acontecimientos bélicos ya consumados. Podria, pues, decirse que hai lugar a una indemnización en favor de Chile. Posea como prenda pretoria el territorio adquirido i búsquense medios equitativos que satisfagan con los productos fiscales de ese mismo territorio las obligaciones que pudieran imputárseles. Este procedimiento resguardaria i garantizaria los intereses de todos i se complementaria con otros que asegurasen satisfactoriamente la propiedad i las industrias de Chile.... »

El señor Altamirano replicó que la combina-

ción propuesta por el señor Baptista era deficiente e inaceptable. « Es bien triste — dijo al concluir — tener que resistir a llamamientos como los que acaban de hacernos los señores Arenas i Baptista; pero si el adelanto de las fronteras es obstáculo insuperable para la paz, Chile no puede, no debe levantar ese obstáculo. »

El señor Garcia y Garcia, peruano, hizo presente que no habria pronunciado una sola palabra despues de los brillantes conceptos emitidos por sus colegas, los señores Arenas i Baptista, que todo lo esplican i abarcan en defensa de los incommutables derechos del Perú i Bolivia, si ciertas doctrinas que acaba de desarrollar el señor Altamirano, no hicieran indispensable una rectificación que el prestigio de América reclama.....

« No le es posible, dice, pasar por alto uno de los fundamentos que el señor Altamirano alega, como título singular para el dominio que Chile pretende obtener sobre los territorios de Tarapacá. Recuerda que el Plenipotenciario de Chile sostuvo que siendo chilena la totalidad de la población de esa provincia, así como fueron chilenos los capitales i brazos que formaron sus industrias, es a ellos a quienes corresponde su posesión territorial. Prescinde de la estención de totalidad que el señor Altamirano ha dado a sus palabras, porque siendo totalmente contrarias a los hechos, no cree que pretenda sostenerla, ni

haya abrigado esa intención; no silenciará, sin embargo, la expresión de natural sorpresa que le ha causado oír tan extraño razonamiento a una persona, cuya ilustración i elevada talla política le hacen una figura americana, que siempre se ha complacido en admirar....

« Aplaude, finalmente, la rectitud de miras en que, como no ha podido dejar de suceder, abunda el señor Baptista; pero, juzgando indispensable dar a esas ideas una forma, por decirlo así, tangible, que lleve a los hombres desapasionados que contemplan a estas Repúblicas, el convencimiento de nuestra buena fe, que satisfagan el decoro común, i oculte las exajeraciones que surgen en los respectivos paises, propone: — que todos los puntos de esas diferencias, a que el señor Baptista ha hecho alusión, i que se precisarán en discusiones posteriores, sean sometidas al fallo arbitral e inapelable del Gobierno de los Estados Unidos de la América del Norte; pues a ese gran papel lo llama su alta moralidad, su posición en el Continente, i el espíritu de concordia que revela por igual a favor de todos los paises beligerantes, aquí representados. »

El señor Vergara dijo que sin entrar en las diversas consideraciones espuestas por el señor García y García por creerlo enteramente innecesario, solo se ocuparía de la proposición de arbitraje que se presentaba al debate, para de-

clarar perentoriamente, en nombre de su Gobierno i de sus colegas, que no lo aceptaba en ninguna forma.

« Chile, añade, ha profesado siempre una decidida predilección por este racional i equitativo procedimiento para resolver las cuestiones internacionales, tanto por considerarlo como el más conforme con las tendencias de la civilización moderna, cuanto porque es el que más conviene a sus propias tendencias. Testimonio de ello ha dado en todos sus desacuerdos con otras naciones i mui especialmente en la cuestión que ha traído la presente guerra. Antes de empuñar sus armas i de apelar a la fuerza, propuso reiteradas veces que se entregara a un árbitro la decisión de la desavenencia. Su voz no fué oída i mui a su pesar se vió arrastrado a la guerra.

« Lanzado Chile en esta vía, que le ha impuesto enormes esfuerzos i sacrificios, ha conseguido colocarse con los triunfos repetidos de sus armas en la ventajosa posición que le permite exigir una paz que le garantice el porvenir i le compense los daños que ha recibido i los sacrificios que se ha impuesto. Así como ha corrido todos los riesgos de la guerra, esponiéndose a las desastrosas consecuencias de los reveses de la fortuna, así también debe aprovechar su incuestionable derecho para hacer valer las ventajas que le dan la prosperidad de los sucesos.

« Chile busca una paz estable, que consulte sus intereses presentes i futuros, que esté a la medida de los elementos i poder con que cuenta para obtenerla, de los trabajos ejecutados i de las fundadas esperanzas nacionales. Esa paz la negociará directamente con sus adversarios cuando estos acepten las condiciones que estime necesarias a su seguridad, i no hai motivo ninguno que lo obligara a entregar a otras manos, por mui honorables i seguras que sean, la decisión de sus destinos. Por estas razones, declara que rechaza el arbitraje propuesto. »

El señor Lillo, chileno, se asocia de lleno a su colega para rechazar el arbitraje, diciendo que acepta i comprende el arbitraje cuando se trata de evitar una guerra, i es ese el camino más digno, más elevado, más en armonía con los principios de civilización i de fraternidad, que deben tomar los pueblos cultos; principalmente los que por sus antecedentes i sus estrechas relaciones forman una sola familia; pero el arbitraje tuvo su hora oportuna, i esa por desgracia ha pasado para las negociaciones de paz que hoi nos ocupan.

« El arbitraje despues de la lucha i despues de la victoria no puede ser una solución aceptable para Chile. ¿Qué iria a pedir al árbitro? ¿Que estimase los sacrificios hechos por Chile en una guerra a que fué provocado? que pusiese el precio a la sangre de sus hijos? que calou-

lase las indemnizaciones debidas a sus esfuerzos? ¿que fuese a prever todo lo que necesita en el porvenir para no encontrarse en la dolorosa situación de tener otra vez que tomar las armas en defensa de su tranquilidad i de sus derechos? Soluciones semejantes, despues de victorias costosas i sangrientas, solo puede i debe darlas la nación que ha consumado con fortuna tan grandes sacrificios.....

« El arbitraje, i el arbitraje en manos de la gran Nación que es modelo de las instituciones republicanas, seria siempre aceptado por Chile con popular aplauso; pero pasó el momento oportuno, i en estas circunstancias el consentirlo seria para su país un acto de vacilación i de debilidad, que nadie podria ya aceptar..... »

El señor Carrillo, boliviano, espuso: « Aunque las terminantes declaraciones que se han hecho sobre la principal de las proposiciones presentadas, dejen casi estinguida la esperanza de una solución pacífica, sin embargo, es tan grande la idea, tan grande el interés de las cuestiones sometidas a los acuerdos de esta respetable asamblea de Plenipotenciarios, que considero indispensable ver si es posible aún encontrar una fórmula de aceptable solución.....

« La única objeción que se ha propuesto contra el arbitraje consiste en que, en concepto del señor Lillo, la República de Chile no puede per-

mitir que la sangre de sus hijos i sus sacrificios sean tasados por un tercero. No hallo bastante solidez en este razonamiento. La palabra misma empleada, *tasar la sangre*, no es a mi juicio la más propia. El juez árbitro en su alta imparcialidad apreciará las exigencias de la República de Chile en atención a sus sacrificios, a la sangre derramada i a las ventajas obtenidas hasta aquí en su acción bélica. Si estas exigencias son justas; si la sangre derramada confiere derechos a un beligerante para alcanzar concesiones; si la seguridad de la paz demanda sacrificios de los otros Estados hasta la modificación de sus fronteras internacionales; i si todo esto es conforme con los derechos de la guerra, la potencia amiga, constituida por la común confianza en tribunal arbitral, lo decidirá así: su resolución consultará lo más equitativo i lo más conveniente al restablecimiento de una paz duradera. Si este precedente es digno para todos, no hai razon para dudar que el juez árbitro consideraria los intereses de Chile en el estado en que actualmente se halla la guerra. Esta decisión vendria de las altas rejiones de la imparcialidad, seria la palabra serena, emanada de la justicia, i traeria consigo la conciliación i la verdadera paz, demasiado honrosa para Chile i aceptable sin humillación para las otras Repúblicas.

« Si el arbitraje fuese adverso a los intereses

de Bolivia i del Perú, si por esto medio se declarase la necesidad de concesiones territoriales, las Repúblicas aliadas, aún en ese caso, se resignarian a ello, en respeto a esas supremas justicias de las Naciones.

« Por primeza vez, i despues de una guerra de más de un año, demasiado prolongada para Repúblicas nuevas que sacrifican su población i sus recursos, se ha invocado por una Nación americana la voz de la razón, en lugar de la fuerza, para resolver la cuestión del Pacífico. El único medio que queda es el arbitraje; con él pueden salvarse los intereses americanos i las instituciones republicanas.

« Del fondo de la Europa, donde frecuentemente cambian las fronteras internacionales en contradicción a los progresos del derecho, donde una raza o una potencia domina hoi a otra para ser perturbada a su vez mañana; desde allí, las más altas intelijencias, los pensadores más notables ven a la América como la verdadera patria del derecho, de la igualdad i de la fraternidad de los pueblos. Desde aquel continente viene la inmensa luz del progreso i de la justicia a realizarse sin obstáculo en América.

« La República de Chile, que ha alcanzado antes que las demás, un progreso notable i que por lo mismo está llamado a ponerse al frente de este movimiento, ¿ introduciria en la política ame-

ricana las prácticas que en la Europa se imponen por razones adversas al progreso?...

« La proposición de mi colega, el señor Baptista, ha sido espresada como opinión particular; de mi parte la apoyo i me persuado que en obsequio de los grandes intereses internacionales, seria aprobada por el Gobierno de mi patria. Así, la renuevo en esta forma: *statu quo* del territorio ocupado por las fuerzas de Chile, mientras la decisión del tribunal arbitral propuesto sobre todo los desacuerdos..... »

El señor Osborn creyó oportuno, como también sus colegas, hacer constar que el Gobierno de los Estados Unidos no buscaba los medios de hacerse árbitro en esta cuestión... i aunque no dudaba que su Gobierno consentiría en asumir el cargo en caso de que le fuese debidamente ofrecido, sin embargo, convenia se entendiera distintamente que sus Representantes no solicitaban tal deferencia. »

El señor Altamirano replicó..... « Resistir a una indicación de arbitraje, negarse a aceptar un juez tan altamente colocado i tan noblemente inspirado como el Gobierno de los Estados Unidos es mui doloroso para él i sus colegas, i lo será indudablemente para su Gobierno.

« Es preciso, pues, dejar bien establecido que el arbitraje es la bandera que Chile ha levantado siempre en sus cuestiones internacionales,

sobre todo, es indispensable recordar que para evitar esta guerra sangrienta ofreció también apelar a los jueces antes que a la espada. Entonces era el momento, i es bien deplorable que no se hubiese aceptado.

« Según el señor Carrillo, si esta Conferencia terminara aceptando el arbitraje, se daría un día de gloria a la América e inaugurarían para el porvenir una política culta, elevada i noble. Él piensa como su Excelencia, tratándose de levantar el arbitraje a medio único i obligatorio para dirimir diferencias entre naciones; pero si en el caso actual fuera aceptado por los Plenipotenciarios de Chile, serían justamente acusados i justamente condenados en su país como reos de abandono de deberes i casi de traición a los más claros derechos e intereses de su patria. »

Así terminó la segunda Conferencia.

La tercera, que tuvo lugar el día 27 de octubre, fué mui breve, porque en ella los Representantes de las tres Repúblicas beligerantes se ocuparon en ratificar brevemente sus convicciones, espuestas ampliamente en la segunda Conferencia. Insistiendo los Plenipotenciarios chilenos en la primera condición, i habiendo rechazado el arbitraje propuesto, no quedaba sino la continuación de la guerra.

El señor Osborn, deplorando profundamente, así como sus colegas, que la Conferencia no hu-

biera dado los resultados pacíficos i conciliadores que se tuvieron en vista, declaró cerrada la Conferencia ⁽¹⁾.

Entretanto, ¿que cosa habia hecho el Dictador peruano en el tiempo transcurrido desde la última derrota de su ejército hasta el dia en que, fracasadas las negociaciones de paz, Chile se determinó a enviar sus tropas contra la Capital enemiga, lo que no se efectuó antes del 15 de noviembre, esto es cinco meses despues de la batalla de Tacna? Desplegó toda la actividad de que era capaz para formar un ejército que pudiese hacer frente a las tropas chilenas, que se preparaban a dar el golpe postrero a la desgraciada nación; puso en obra toda su enerjía para defender a Chorrillos i Miraflores con fortificaciones verdaderamente formidables. Lo vemos confirmado por un testigo ocular, señor Perolari-Malmignati.

« En dos líneas más o menos paralelas, dice él, i distantes una de otra como una hora de camino, estaban formadas las milicias peruanas. El ejército propiamente dicho, compuesto de diez i nueve mil hombres, en el que casi todos los soldados eran indios puros, se estendia sobre la primera línea de cuatro a cinco millas entre Cho-

(¹) *Boletín de la guerra*, p. 823 i sig.^a — *Memoria de Relaciones Exteriores* de 1881, p. 69 i sig.^a

rrillos i Tebes. El Morro Solar que domina Chorrillos i que, estando al sur del mismo, era el más cercano al enemigo, formaba con su batería como la cabeza de una terrible serpiente, que impedía enteramente el paso a los chilenos. Formidable era la primera línea de defensa de los peruanos, no lo era menos la segunda, sobre la cual estaban formados los cinco o seis mil hombres de la Reserva, especie de guardia nacional de Lima, encerrados en fortines separados, mientras los demás estaban acampados tras de trincheras o de muros con troneras ⁽¹⁾. »

De esta manera el ejército chileno al marchar contra Lima halló el castigo de la jenerosa aquiescencia de su Gobierno al aceptar una mediación, que le ponía en la dura necesidad de favorecer los aprestos del enemigo i de renunciar a las indiscutibles ventajas de una pronta expedición, reclamada por todo el país. Chile empero con su acto jeneroso dió una prueba elocuentsima de la nobleza de los sentimientos de sus gobernantes, i manifestó una vez más cuán digno sea del respeto i de la simpatía de todo hombre imparcial i honrado.

(1) *Il Perù e i suoi tremendi giorni*, p. 305.







CAPÍTULO XII.

El progreso de la América Meridional



EL notable discurso pronunciado por el señor Carrillo en las Conferencias de Arica contiene algunas frases, que nos ofrecen la ocasión de dirigir algunas palabras a los que, no conociendo la América sino por las declamaciones entusiastas de ciertos fanáticos, que a su vez no tienen de ella más noticias que las que han sacado de algún libro parcial o de algún artículo de diario, la levantan al cielo, presentándola como modelo de progreso, de libertad i de fraternidad; i, maldiciendo las instituciones monárquicas, desean para sus países las dulzuras i la felicidad de las Repúblicas americanas. « Del fondo de la

Europa, esclama el señor Carrillo,... las más altas inteligencias, los pensadores más notables ven a la América como la verdadera patria del derecho, de la igualdad i de la fraternidad de los pueblos. Desde aquel continente viene la inmenza luz del progreso i de la justicia a realizarse sin obstáculo en la América ⁽¹⁾. »

Al leer estas pomposas palabras se creeria escuchar a los exploradores de la tierra prometida, i cualquiera se sentiria tentado a esclamar con los entusiasmados hebreos: *¡vamos i gozemos de ella!* Mas ¿es real tanta delicia de derechos, de igualdad, i de fraternidad? ¿Es cierto que la luz del progreso i de la justicia, huyendo escandalizada de las playas europeas, vaya a buscar su desarrollo i su beatitud en las Repúblicas americanas? Se verá facilmente con algunos razgos de historia.

Hace más de dos tercios de siglo que la América Meridional se emancipó de sus conquistadores, i formó una agrupación de pequeñas Repúblicas, que gozan al verse sentadas al lado de las naciones independientes. Ellas desde el principio de su autonomía se consagraron con toda sus fuerzas a conseguir aquel progreso i civilización, que desde mucho tiempo formaban el orgullo de

(1) *Boletín*, p. 829.

las potencias europeas, i que eran la constante aspiración de sus pueblos. No siendo ya delito dedicarse a las ciencias, se implantaron florecientes universidades i se abrieron múltiples escuelas. Los puertos, libres del monopolio, vieron las banderas de todas las naciones, i los comerciantes acudieron en gran número para establecer en las ciudades i hasta en los pueblecillos ricos negocios, grandes almacenes, surtidos de las más apreciadas manufacturas del viejo continente. La moda de París no tardó en ofrecer sus lisonjeros atractivos, i los figurines para cada estación recibieron un culto increíble no solo de la aristocracia, sino hasta de la clase más modesta de la sociedad. Las ciudades, tan separadas entre sí, vieron desaparecer las distancias con los prodijios del vapor. El telégrafo brindó su rápida velocidad para el más pronto despacho de los intereses generales. La agricultura tuvo un desarrollo asombroso mediante las máquinas más perfectas. Las artes tuvieron sus cultores, aunque escasos, atendida la indolencia propia de aquellos climas enervantes; el ansia del saber halló su desahogo en un diluvio de libros de todas las doctrinas, importados por los mercaderes de la moral pública; la libertad de pensar i escribir sin reserva fué proclamada cual dogma, i hé aquí que la América, copiando lo bello i lo deforme, lo bueno i lo malo del viejo continente, mui pronto se vió co-

locada al nivel de las naciones europeas, si es que no las haya sobrepujado en muchas cosas.

Mas, los espacios destruidos, las barreras aterradas, las distancias salvadas, el comercio ampliado, las ciencias cultivadas, la agricultura floreciente, las artes ejercitadas, la libertad sin limites, ¿son acaso los únicos elementos que constituyen el progreso, la civilización, la santa patria de la fraternidad i del derecho, tan decantados por algunos grandes hombres de aquellas rejiones? A fin de que ellos tengan derecho a esa gloria, es necesario, a nuestro juicio, que se hagan servir a la verdadera felicidad de los pueblos, i no vayan separados de la cordura i honradez de los gobernantes, de la moralidad i patriotismo de los pueblos, del amor fraternal de los ciudadanos i todos, unidos en santa concordia, aspiren a la consecución del bien común. Si progreso quiere decir marchar adelante, se irá realmente adelante, cuando los gobernantes, que dirijen los destinos de la nación, se informen en el deseo de la prosperidad de los súbditos, i no hagan de la banda del poder el instrumento del despotismo i de la tiranía, ni la conviertan en vara mágica para improvisar colosales fortunas con perjuicio del público erario. Se irá adelante, cuando en la elección de los empleados no busquen esos seres degradados, cuyo único mérito es la condescendencia servil a sus deseos i caprichos, sino solo a los

que por su virtud hayan sabido elevarse a la altura de aquella dignidad, que los hace apreciables a sus subalternos i merecedores de los empleos que ocupan. Se irá adelante, cuando los hombres de valer que, como faros luminosos, guían a las clases inferiores de la sociedad, inspirados en el santo amor de patria, ahoguen en el pecho aquellas innobles pasiones de rivalidad, de ambición i egoismo, por las cuales suelen arrastrar a los pueblos a sangrientas luchas, con mengua del honor i con daño de los intereses de la nación; i cooperen poderosamente a fin de que sean elevados al poder solo los verdaderos servidores del país. Se irá adelante, cuando los ciudadanos que con sus votos designan al hombre que debe ser revestido de la suprema dignidad o de la representación de la República, pesen desinteresadamente los méritos de las personas más eminentes, que hayan conquistado el común aprecio con virtudes i obras no mentidas, i rechazen a aquellos traficantes depravados, que ponen en subasta los derechos de los ciudadanos para comprar sus conciencias, para envilecer sus sentimientos i reducirlos a la condición de viles jumentos. Se irá adelante, cuando el gobierno i el pueblo se constituyan dóciles discípulos de aquella Religión sagrada, sin la cual toda rémora es inútil, todo esfuerzo es ineficaz; pues siendo ella la única que posee el secreto de abatir el sensualismo, el

interés i el orgullo, triple concupiscencia que ajita a los pueblos ⁽¹⁾, i de infundir en la vida social la caridad, la pureza i la humildad; por ella los gobernantes sentirán inflamar sus corazones de amor paterno hácia los súbditos, quienes a su vez corresponderán con afecto filial; por ella los ciudadanos, ahogando en el pecho el interés particular, el necio orgullo, las mezquinas rivalidades i el egoismo destructor, se darán el ósculo de aquella santa fraternidad, que solo puede formar de todas las clases sociales una verdadera familia de hermanos.

Sin todo esto los nombres pomposos de progreso i de civilización, de fraternidad i de igualdad son un sarcasmo lanzado al rostro de pueblos imbéciles; son una ironía, que solo podrá excitar la compasión de los hombres inteligentes i honrados. «Es cosa mui clara, dice el reinante Pontífice Leon XIII, que la civilización no tendrá sólidas bases, si no está fundada sobre los eternos principios de la verdad i sobre las inmutables reglas de la rectitud i de la justicia, i si una sincera caridad no enlaza entre sí los ánimos de todos, dirijiendo suavemente los recíprocos deberes ⁽²⁾. »

Pues bien, ¿es esta acaso la civilización de que

(1) Epist. I, Joan. II.

(2) Encíclica del 21 abril de 1878.

gozan las Repúblicas americanas? ¿Es esta la inmensa luz del progreso i de la justicia que se realiza sin obstáculo en la América? ¿Es esta la fraternidad que, unida al derecho i a la igualdad, ha escogido para su morada aquellas regiones, las que, a juicio del señor Carrillo, forman la envidia de la Europa? Para aseverarlo sin temor seria menester arrojar a las llamas la historia de más de sesenta años de revoluciones, de guerras fratricidas, de horrores i de barbarie, con que aquellas Repúblicas han escandalizado al viejo mundo.

En primer lugar, casi en la jeneralidad de esas Repúblicas falta aquella libertad, que « consiste en el estado en que todo ciudadano puede ejercer sus derechos »; i entre estos ocupa un lugar preferente la libertad de sufragio. Es derecho del ciudadano republicano poder dar libremente su voto a aquel candidato, que su conciencia le sujere como el más digno para ocupar el sillón presidencial o un asiento en el congreso: i este derecho es pisoteado de una manera escandalosa por esos declamadores de libertad i de progreso. De donde se origina aquella serie de guerras civiles, que en esos países son periódicas, como las estaciones del año.

En efecto, es suficiente la elección del nuevo Presidente para que se presenten muchos aspirantes al *honor* de la suprema dignidad de la Re-

pública, i cada uno rodeado por buen número de fautores, cuyos esfuerzos son engrosar las filas del partido, organizando clubs, reuniéndose en *meetings*, propagando diarios, prometiendo recompensas, comprando votos, levantando a las estrellas a su predilecto, que presentan a la muchedumbre como el único amigo del pueblo, el único protector de la libertad, el solo salvador de la nación, el criador prodijioso de la prosperidad universal; i al mismo tiempo precipitando al abismo al adversario, a quien regalan con profusión los títulos más oprobiosos: se publica la historia de sus antepasados, los defectos comunes se exajeran hasta la hipérbole, las faltas más ocultas se revelan hasta el escándalo, la vida íntima es llevada a la plaza, nada se perdona, todo se sacrifica para levantar al candidato sobre las ruinas de la fama i de la reputación del adversario. Con estos preparativos, del todo inciviles i en nada morales, se llega al día de la elección. Muchos de los aspirantes, previendo su impotencia de frente a sus rivales, declinan el *honor*, que por entonces reciben en dinero, quedando los más atrevidos, los más poderosos, los más favorecidos, que sostienen su aspiración hasta el último tentativo, buscado casi siempre en la suerte de las armas. Los ciudadanos, divididos en partidos, se despedazan recíprocamente para elevar al individuo de su predilección, i muchas veces a un ambicioso, que en

pago de su cooperación armada les ha prometido pingües recompensas.

I no se crea que, por ser Repúblicas, falte en ellas el heredero necesario del poder, como se ve en Europa el heredero lejítimo de la monarquía. El Gobierno, al acercarse el término de sus poderes, designa a la criatura, que ha de recoger la herencia, i prepara el camino para alcanzar la deseada meta con todos los medios, que son aconsejados por la libertad americana. Como operación preparatoria, de la cual principalmente depende el éxito, se procede al nombramiento de las autoridades de las Provincias, de las ciudades i hasta de las aldeas, escojidas esclusivamente entre el gremio de los partidarios del Gobierno, con la misión de conquistar las conciencias de los electores mediante todas aquellas caricias de que abunda la autoridad que tiene en sus manos la fuerza; esto es, alejan del mando a los hombres que huelen a honradez i legalidad, i los sustituyen por los que han dado pruebas de una conciencia poco escrupulosa; ¡i cada cual puede imaginarse con cuantas bendiciones de los ciudadanos se realiza tal cometido! El Gobierno quiere a toda costa el triunfo de su candidato; luego para él todos los medios son lícitos, con tal que se alcance el fin. Por consiguiente, adulteraciones en las listas de los mayores contribuyentes, ilegalidades en la formación de las mesas receptoras,

vejaciones de los electores contrarios, laceraciones de los registros en que figure mayor número de adversarios, prestidigitaciones asombrosas en las mismas urnas, desaparición de los votos al tiempo del escrutinio, cambio total de los resultados finales, amenazas i promesas, injurias i lisonjas, dinero i balazos, todo se pone en juego para satisfacer la omnipotente voluntad del Gobierno.

Lo que se practica en la elección del Presidente, se repite en la de los senadores i diputados; aunque no siempre con aquel encarnizamiento con que se combate, hasta el derramamiento de sangre, por el honor presidencial.

Como es natural, no siempre los pueblos se resignan a ver atropellados sus derechos por la fuerza, ni burladas sus aspiraciones, especialmente si ven puesto sobre el candelero a algún individuo en quien pueden fundar lisonjeras esperanzas en favor del pueblo i de la nación; o si un ciudadano poderoso por prestigio i por fortuna ha atraído un gran partido mediante el irresistible talismán del interés. En este caso se ofrece el espectáculo de un verdadero campo de batalla entre gobiernistas i opositores, entre partido i partido, i allí, más que la voluntad i los derechos del pueblo, se impone el derecho del más fuerte, la voluntad del más pródigo, el capricho del más prepotente. I he aquí al pueblo arrastrado a buscar en la suerte de las armas el triunfo de sus princi-

prios, la observancia de la lei, el respeto a su libertad; he aquí a los hijos de una misma madre asesinarsen recíprocamente para sostener las más de la veces los caprichos de un déspota o de un ambicioso; he aquí a los ciudadanos envueltos en una guerra fratricida para saciar la codicia de algún hambriento de metal, que está vinculada a la esperanza de los intereses de partido; he aquí, en suma, a las Repúblicas americanas empeñadas en dar a la Europa elocuentísimas pruebas de la libertad, de la justicia i de la fraternidad, que saben regalar a sus pueblos: ¡he aquí de que manera la inmensa luz del progreso alcanza su *benéfica* realización en la América!

Se creeria exajeración lo que vamos diciendo si no nos lo probase la historia de aquel continente.

« Desde 1821 hasta hoidia - escribe del Perú el señor Perolari - i precisamente en el mismo período en que el Piemonte no tuvo sino tres soberanos, el Palacio del Gobierno albergó unos sesenta Jefes de la República, sin contar cinco Consejos de gobierno. I no es esto todo. Es necesario añadir que de aquella inmensa lista de Jefes del Estado, apenas siete u ocho llegaron lejitimamente al poder ⁽¹⁾. » En otro lugar escribe: « Un notable escritor peruano recordaba que las revoluciones

(1) *Il Perú e i suoi tremendi giorni*, p. 77.

desde 1854 hasta 1867, costaron al Perú, en trece años solamente, cerca de seis mil muertos i ciento treinta i seis millones de pesos. Añádase lo que costaron las revoluciones anteriores a tal periodo i sus consecuencias, i tendremos una suma del todo inverosímil ⁽¹⁾. »

Esto mismo vemos confirmado por un diario de París. « El Gobierno (del Perú), dice, es republicano democrático, pero en realidad, la historia de aquel país no ha sido otra cosa que una anarquía militar continuada. Ninguna institución, ninguna carta fundamental, ningún sistema ha podido funcionar durante diez años sin que un soldado descontento no juzgase a propósito derribar al gobierno para inaugurar un nuevo régimen. Esta serie de revoluciones ha traído a la hacienda pública i a la industria perturbaciones que han causado serios detrimentos a la prosperidad de la república. El Perú, cuyo nombre es todavía para muchos sinónimo de riqueza, es hoy uno de los países más pobres del mundo ⁽²⁾. »

I para dar una prueba, como suele decirse, de palpitante actualidad de lo que afirmamos, recordaremos que desde el principio de la guerra chileno-peruana (febrero de 1879), hasta el tratado de paz con el Perú (octubre de 1883) el poder de esta

(¹) Id. p. 130.

(²) *Revue de France*, agosto 15 de 1880.

República pasó por las manos de *cuatro* Presidentes i un Dictador. En efecto, al tiempo de la declaración de la guerra dirijia los destinos del Perú el Jeneral Prado; pero como la fortuna no le sonreía, i sus tropas pasaban por una *Via-Crucis* de continuas derrotas, los oportunistas hallaron en la desgracia la ocasión favorable para efectuar un cambio de gobierno i, derribando al Presidente, lo sustituyeron por D. Nicolas Piérola. Prado se refugió en París, i Piérola, para dar mayor firmeza a su autoridad, proclamó la Dictadura. Duró su reinado hasta la aparición de las tropas chilenas a la Capital, que fué en enero de 1881. El Dictador en vez de esperar con valor al enemigo vencedor para negociar con él un tratado de paz i ahorrar a la patria mayores desgracias, abandonó a Lima a su propia suerte, i huyó al interior de la República, llevándose en el bolsillo los poderes dictatoriales. El pueblo no toleró esta nueva estratajema diplomática i, en consecuencia, derribó al Dictador i lo sustituyó por el señor García Calderón. Éste no fué más afortunado que sus antecesores; pues en lugar de buscar todos los medios para convocar una asamblea nacional que, en unión con el Gobierno, viniese a pactos con el Gabinete chileno, lisonjeado por el favor de un Estado poderoso, fomentó la resistencia a las condiciones impuestas por el vencedor; i el Gobierno de Chile, viendo

en ese Presidente el más fuerte obstáculo para negociar la paz, le quitó del medio llevándole a Chile en calidad de prisionero. Quedó entonces como Vice-Presidente el Contra-Almirante Montero; el cual por seguir una política que no satisfacía las exigencias del momento, fué destituido. Habiendo quedado de nuevo sin cabeza aquella desventurada República, el Jeneral Iglesias fué proclamado Presidente por el partido más poderoso i sensato, mientras el Gabinete chileno le dispensaba favor i protección. Mas Iglesias fué combatido por el Jeneral Cáceres, el que añadió los horrores de la guerra fratricida a los desastres de la guerra extranjera; siguiendo así la historia de infortunios i de lágrimas, que empezó con la proclamación de la independencia de aquella República, se repitió sin cesar por la larga serie de sesenta i más años i, a lo que parece, durará *in saecula saeculorum*.

Lo que se afirma del Perú en materia de revoluciones, puede decirse igualmente de Bolivia.

El egregio escritor de la *Storia della Guerra d'America* en el Capítulo Tercero de la segunda Parte, publicada últimamente, hace un cuadro espantoso de las vicisitudes revolucionarias de aquella desgraciada nación. Remitiendo a la citada Obra al lector que deseara más pormenores, aquí nos esforzaremos por dar alguna idea de ellas.

Emancipada Bolivia de la España, fué llevado

a la Presidencia el mismo Jeneral Sucre, que al frente de sus batallones habia combatido por la independencia: éste, sin embargo, la aceptó solo por dos años. En este tiempo tuvieron lugar, una tras otra, tres revoluciones, en una de las cuales Sucre recibió una grave herida en un brazo.

Retirádose Sucre de la Presidencia, el Congreso nombró Presidente al Jeneral boliviano Santacruz, que se hallaba en misión diplomática en Chile; pero antes de volver a la patria para hacerse cargo de la Presidencia, hubo una nueva revolución, por la que fué elevado al poder el Jeneral Blanco. Hacia apenas cinco dias que éste habia ocupado el sillón presidencial, cuando fué derribado i asesinado vilmente en el fondo de una cárcel.

Entonces se proclamó Presidente a Santacruz, quien por espacio de diez años tuvo sujeta la hidra revolucionaria, la que « se levantó de nuevo terrible i espantosa en 1839. »

« Desde esta época hasta 1849, la República, ajitada por un continuo movimiento revolucionario, tiene uno tras otro *cinco* distintos Presidentes. »

De 1849 a 1855 gobernó el Jeneral Belzú « venciendo i ahogando todavía en jérmen en medio de su tiranía popular, en *siete años* en que tuvo las riendas del Estado, *treinta i cuatro* revoluciones. »

A Belzú sucedió el Jeneral Córdova, quien « en menos de dos años tuvo que combatir, una tras otra, seis revoluciones distintas. »

Seguida la narración en este tono lúgubre i desgarrador, el egregio señor Caivano hace el epílogo con las siguientes palabras que traducimos fielmente:

« En todo tiempo i sea cual fuere el partido político dominante, Bolivia, desde el primer momento en que quedó árbitra de sus destinos, ofrece siempre hasta el año 1880, menos raras excepciones, el desgarrador espectáculo de una lucha reñida i casi siempre desleal en los medios para disputarse el poder, que no se desea ni se conserva sino para satisfacer las siniestras ambiciones i los mezquinos intereses personales de éstos o de aquéllos. Los sagrados principios de orden, de justicia, de legalidad, de verdadero i bien entendido interés nacional, no se invocan sino como simple pretesto para la revolución, para olvidarlos i pisotearlos apenas se alcanzan a agarrar las anheladas riendas del Estado. Ningún pueblo hizo gala de tantas i tan distintas Constituciones como Bolivia; mas ninguna de ellas fué jamás respetada i obedecida: la guerra civil, siempre viva, siempre gigantezca, siempre terrible, se ajita en todo tiempo entre el despotismo i la tiranía ⁽¹⁾. »

(1) Ob. cit. p. 81.

De las demás Repúblicas puede afirmarse lo mismo. En efecto, pasando en silencio las habituales revueltas del pasado, como también los gobiernos de los Francias, de los Rosas i de los Lopez, que dejaron en el Paraguai i en la Argentina un nombre espantosamente célebre por despotismo i tiranía, i limitándonos solo a los hechos más recientes, baste saber que la República del Ecuador vió a su Presidente, al buen Garcia Moreno, asesinado en la puerta del templo, i aquel que recojió la herencia del delito fué a su vez combatido por una poderosa revolución i derribado de la presidencia. En la Argentina el Presidente Roca inauguró su poder en medio de los desórdenes de la guerra civil. I casi para ahorrarnos el trabajo de hacer una detallada reseña de las demás Repúblicas, el telégrafo se encargó de anunciar que Barrios, Presidente de Guatemala, « publicó un decreto con el cual proclamó la unión de la américa central, que formaria una República única, de la que Barrios asumiria el mando militar supremo; » que en consecuencia de ese curioso decreto, cuatro Repúblicas, esto es, San Salvador, Honduras, Costa-rica i Nicaragua, que vieron amenazada su autonomía, corrieron a las armas para resistir a la *modesta* pretensión de Barrios; que los dos ejércitos se encontraron en Chalchuapa, donde despues de un encarnizado combate, Barrios fué muerto i ahogó en su sangre la ambición de verse proclamado dictador.

Hai mas todavía. Despues que el Jeneral Zaldivar, Presidente de San Salvador, al frente de sus tropas hubo derrotado a los enemigos de la independencía de la patria, por toda recompensa el Jeneral Menendez intentó hacerse proclamar Presidente; de manera que despues de la guerra con el extranjero se envolvió aquella República en las calamidades de la guerra civil.

Las Repúblicas de Colombia i de Venezuela, de Méjico i del Uruguai no quisieron ser menos que las demás; i el mismo telégrafo nos ha anunciado que ellas también estuvieron envueltas en los horrores de las guerras intestinas.

Despues de estos hechos de historia contemporánea, de historia del dia, podríamos preguntar al Plenipotenciario boliviano: ¿Es esa la luz del progreso i de la justicia, que se realiza sin obstáculo en vuestras rejiones? ¡El progreso en naciones, donde un Presidente levanta ordinariamente su solio sobre los cadáveres de millares de ciudadanos, i se sienta en él amenazado continuamente por la espada de Dámocles! La justicia en países, donde impera en todo su repugnante aparato el derecho de la fuerza! La igualdad en rejiones, donde no se pesan los méritos de los más dignos, sino que se miran las promesas del mayor postor! El derecho en Repúblicas, donde los ciudadanos ven inmolar a su vista las constituciones i las leyes! La fraternidad, en fin, entre

pueblos, donde con espantosa frecuencia se arman hermanos contra hermanos, para buscar en guerras fratricidas la solución ordinaria de las más vitales cuestiones de la patria.....!

¿I las más altas inteligencias, los pensadores más notables de Europa sueñan con las delicias de las instituciones republicanas? ; Pobres pensadores, infelices inteligencias, que se deleitan en la sangre de los hermanos, en los infortunios de los pueblos, en la ruina de las naciones! Mas, no; «Desafío a los más convencidos i encarnizados republicanos, Fortis i Cavallotti, Saffi e Bordari, i otros por el estilo, a que permanezcan en sus principios despues de haber estudiado concienzudamente la vida política de estas Repúblicas. No harian esperar mucho talvez la publicación de trabajos, que podrian, más o menos, titularse: *Confesiones o desilusiones de un Republicano*⁽¹⁾.»

Mas, debe hacerse una excepción en favor de Chile. I a fin de que por esta excepción no se nos tilde de parcialidad, dejamos la palabra a los dos distinguidos escritores italianos, Perolari i Santini.

«Chile, dice el primero, dió el ejemplo verdaderamente único entre las Repúblicas americanas de un Estado ordenado i tranquilo, donde la Constitución quedó siempre la misma, i los hom-

(1) SANTINI, *Viaggio della « Garibaldi »*, p. 128.

bres políticos se sucedieron regularmente en el poder, i murieron de muerte natural. Lo curioso es que estas envidiables condiciones le fueron reprochadas por algunos de sus turbulentos vecinos. Uno de ellos, por ejemplo, nos hace notar que mientras todos los pueblos americanos vivieron en medio de luchas intestinas, para resolver los grandes problemas de la conciliación entre el orden i la libertad, i del establecimiento de la democracia sobre sólidas bases, Chile, gobernado oligárquicamente, quedó adormecido en profundo letargo ⁽¹⁾. »

« Aunque las victorias de Chile hayan de atribuirse en su actuación al valor i al patriotismo de sus soldados, añade Santini, sin embargo, deben juzgarse en orden a ideas superiores, que reflejan el recto criterio de gobierno i la educación política, que las habian preparadas. La moderación en la forma republicana, amoldada a la constitución monárquica, moderación que en Chile ha sido hasta ahora la barrera insuperable para las revoluciones, que nunca prevalecieron en aquella nación, mientras destruyeron al Perú, he aquí la inmensa ventaja sobre el enemigo i, en consecuencia, el gran secreto de las victorias chilenas. En Chile la elección i la sucesión a la Presidencia de la República se efectúa de la manera más tran-

(1) *Il Perù e i suoi tremendi giorni*, p. 274.

quila i legal, aun en las circunstancias más críticas, como las de la última guerra. En efecto, terminados, despues de las victorias de Lima, los poderes del Presidente Pinto, se convocaron regularmente los comicios, de donde salió *aquel eminente hombre de Estado, cual es Santamaria*, no desconocido en Europa, donde representó dignamente a su país en distintas ocasiones, aunque al principio tuviese como rival el mismo Jeneral Baquedano, adornado con la aureola de tantas victorias i sostenido por el partido conservador, sin embargo, tuvo que declinar la candidatura en vista de la espresa voluntad del pueblo, el cual aunque respetuoso i entusiasta para con el vencedor de tantas batallas, no se resignó a verse gobernado por los militares. Los primeros que se pronunciaron contra la candidatura Baquedano fueron los mismos militares, que amaban i respetaban al Jeneral, que los habia conducidos a espléndidos triunfos ⁽¹⁾. »

Aquí empero, siempre en obsequio de la verdad i en prueba de nuestra imparcialidad, i a fin de que no frunzan las cejas los mismos chilenos, viene oportunamente el ; *unicuique suum* !

En Chile no se deploran las revoluciones i guerras civiles, como en las demás Repúblicas americanas, i lo hemos dicho mui alto en el curso

(1) SANTINI, ob. cit. p. 201.



de este escrito; mas en las elecciones no faltan las ilegalidades i las supercherías, como en otras partes. ⁽¹⁾ Si esto no suscita guerras intestinas, es debido principalmente a la gran moralidad del pueblo, i, más que todo, a la relijiosidad i patriotismo de aquel partido, que sacrifica con placer los más caros intereses, antes que ver a la patria arrastrada a las calamidades de una guerra fratricida.

¡Loor a tan beneméritos ciudadanos!

(¹) Una prueba tremenda de lo que decimos es la sangre derramada en las elecciones de los diputados de Santiago (¡última proeza de *aquel eminente hombre de Estado, cual es Santamaria!*) que tuvieron lugar el 15 de junio de 1886. Al leer aquella triste noticia primero en los telegramas i despues en *El Chileno*, se nos vino espontánea la exclamación: ¡Qué los chilenos al volver del Perú ricos de gloria, habrán traído en su corazón la epidemia revolucionaria, que hace estragos en los pueblos peruanos!.....





CAPÍTULO XIII.

Los chilenos no han sido vándalos ni bárbaros



la noticia de que las tropas chilenas marchaban sobre Lima, se apoderó de los habitantes un espanto indecible, que aumentó sobremanera cuando, desembarcadas sin resistencia en Lurín, se avanzaron hacia las fortificaciones de San Juan i Miraflores, que formaban la última barrera que las separaba de la capital enemiga. Todos, peruanos i extranjeros, se alejaban apresuradamente de la ciudad amenazada, refugiándose en las naves neutrales, cuyos comandantes se vieron en grandes apuros para llevar a tantas personas a lugares que no estuviesen espuestos a los horrores de la guerra.

El que dijo: *Mentid, mentid, porque algo siempre queda*, dió un infame consejo que, por desgracia, encierra una gran verdad; pues, la maledicencia, la mentira, la calumnia, son tan inmundas, que al tocar aún al alma más inmaculada, siempre dejan en ella los vestijios de su fealdad. ¡Tan potentes son estos mónstruos del abismo, nacidos de la envidia vil i repugnante en los brazos de satanás! Sin embargo, ¡son mui bien acogidos en todo tiempo en el seno de la sociedad! Mas ¿que diremos en tiempo de guerra? « En tiempo de guerra, mentiras como tierra, » es una verdad pasada ya en proverbio popular, i confirmada por las noticias inexactas, contradictorias, falsas i calumniosas, de que se hace alarde en aquellos críticos momentos, usándose de ellas contra el belijerante que es menos pródigo de metal con los órganos de publicidad; contra aquél que no busca una fama vana i ficticia, sino sólida i real, seguro que la verdad tarde o temprano ha de triunfar, apareciendo entonces tanto más fúljida, cuanto más se habia trabajado por oscurecerla.

Los chilenos al marchar sobre la capital del Perú, iban precedidos por la terrible fama de crueldad i de vandalismo, merced al esfuerzo del diarismo peruano, que desde el dia de la declaración de la guerra inició i siguió con un tesón digno de mejor causa la propaganda de denigrar las tropas chilenas, arrojando sobre ellas toda

clase de embustes i vilipendios. Los modales civiles i caballerosos, que acompañan ordinariamente la defensa de una buena causa, se hubieran buscado en vano en aquellos escritores, que rebosaban tan solo de ciego odio i de furibunda venganza contra las *hordas araucanas*, que osaban pisar el suelo peruano i atentar a la humillación de la antigua reina del Pacífico. I cuando la escuadra chilena estableció el bloqueo de los puertos peruanos; cuando para hacerlo más efectivo encendió o destruyó los medios de embarco, i contestó con los cañones de sus buques a las tropas que opusieron resistencia, se fulminaron contra los chilenos insultos tan violentos i embustes tan desfachatados, que difícilmente se hallará algo de semejante en las historias de las guerras.

Según aquellos escritores, los chilenos, incapaces de medir su valor con los *invencibles* marinos peruanos, solo desahogaban su encono contra lugares indefensos i contra inermes poblaciones: por eso habrían bombardeado a Pisagua, aunque no hubieran hallado la menor resistencia; por eso habrían incendiado a Mollendo, aunque no hubiera habido la más insignificante escaramuza; por eso habrían impuesto fuertes contribuciones de guerra a los pacíficos pueblos de la Provincia de Moquegua; por eso habrían llevado la devastación al litoral del Norte, arrasando al suelo las gran-

des fábricas de azúcar; por eso, en fin, cuales caníbales, se habrían gozado en atormentar a pueblos aterrorizados, sin conmoverse a los gemidos de los niños, a las lágrimas de las doncellas, a las súplicas de los ancianos: en suma, cualquier lugar que fuese pisado por la planta del soldado *araucano*, habría dejado la terrible huella de su crueldad i de su barbarie.

Estos embustes acompañados por los más violentos vilipendios formaban el argumento cotidiano de aquel diarismo furibundo; i estos vilipendios i embustes se prodigaban en los telegramas dirigidos a Europa, i formaban la parte más interesante de las circulares trasmitidas por el Gobierno peruano a sus Encargados cerca de las naciones extranjeras: i se repitieron con tanta insistencia i con tal apariencia de verdad, que más de un diario serio fué engañado, i clamó con palabras enérgicas en contra de los chilenos, a quienes regaló los nombres de vándalos i bárbaros.

No perderemos tiempo en recordar los telegramas con que en todo encuentro se proclamó una victoria para los peruanos⁽¹⁾. ¡Qué victorias

(1) Para dar al menos una idea, traduciremos el telegrama que leímos en un fragmento de diario hallado por casualidad en el convento de Artena en el mes de julio de 1886.

«*América*. — Comunican de Valparaiso, via Lisboa, noviembre 14 (de 1880?): Un parte recibido hoi confirma la voz de una derrota sufrida por los chilenos. Despues de una re-

tan orijinales! Toda batalla era coronada por un nuevo triunfo de las armas de los aliados; i estos bienaventurados, jenerosos hasta lo increible, dejaban el campo a los enemigos, retirándose a todo escape por el camino más espedito, i de jenerosidad en jenerosidad, de carrera en carrera, llegaron a abrir a los chilenos las puertas de la Capital, dándoles amplia licencia de imponer a la alianza la lei del vencedor! Daremos si una idea de los escritos peruanos al tiempo de la guerra, copiando algunos trozos, no de la pública prensa, sino de la Circular que el Ministro, Pedro José Calderón, dirijió a sus Agentes diplomáticos cerca de las Cortes estranjeras, despues del fracaso de las Conferencias de Arica.

« Nosotros, dice él, hemos ido, hasta donde el honor i la dignidad lo permitian, sofocando nuestros justos resentimientos i la lejítima indignación

ñida resistencia, 1500 chilenos con cañones, municiones, armas i bagajes, se rindieron a los aliados en Guipulgoa cerca de Loa. El comandante chileno Muro cayó al frente de sus soldados. »

¿ Quién dudaria de la derrota sufrida por las tropas chilenas al verla anunciada desde Valparaiso, puerto de Chile? Sin embargo, es esta unas de las tantas mentiras colosales i descaradas, que se han publicado en Europa por medio de telegramas fabricados por los enemigos de Chile. El único transporte chileno que cayó en poder de la escuadra peruana con un buen número de caballería fué el *Rimac*; i esto sucedió contra la voluntad del ilustre comandante Bulnes, quien, oido el parecer de sus oficiales, que reunió en consejo, tomó la estóica resolución de abrir las válvulas del buque para echarlo a pique antes que rendirse al enemigo: lo que por otra parte no pudo

que el vandalismo chileno ha excitado i exacerba, ahora mismo, en la conciencia nacional....

« Todo lo que ha habido de inhumano, desastroso i abominable en la presente lucha, i cuanto tendrá que acontecer hasta su definitivo éxito, será, exclusivamente, imputable a la República de Chile, que se ha dejado arrastrar por las más innobles i degradantes pasiones, cuya satisfacción no considera plena sino con el completo esterminio de sus adversarios, que contempla fácil en medio del vértigo que la sangre inocente derramada por sus desleales armas i sus propias depredaciones e iniquidades le han causado....

« Así se explica que... trajese la devastación i la ruina a los departamentos indefensos de nuestro litoral del norte, destruyendo en un instante

realizar por circunstancias, que seria mui largo narrar. Fuera de este hecho, jamás una parte, aunque insignificante, del ejército chileno se ha rendido a los aliados, i desafiamos a cualquiera a desmentirnos con documentos fehacientes.

El señor Santini también ha escrito en su Obra a p. 191:

« Para formarse una idea del mentir descarado del señor Piérola i de su Gobierno, baste saber, entre otras cosas, que despues de la derrota sufrida por los peruanos en San Juan i Chorrillos, se telegrafió hasta donde se pudo (i talvez hasta a Europa) una victoria de estos i la muerte de 9,000 chilenos, lo que, según el telegrama, habia impelido al Jeneral Baquedano a pedir la paz. I este era un telegrama oficial, que llevaba también estas palabras: *Nuestro ejército queda intacto: intacto aquel ejército, que habia perdido ya 80 piezas de artillería i habia dejado en el campo una gran cantidad de muertos, de heridos i prisioneros!* »

monumentos de inapreciable valor, levantados por la moderna industria i cuya desaparición cede en perjuicio del comercio i del progreso jeneral del mundo.....

« Chile, al tornar sus armas contra el Perú, de quien le constaba no tener para defenderse más que su valor i su conjénita hidalguía, se forjó la ilusión de humillarlo i conculcarlo sin grandes esfuerzos ni sacrificios. Desesperado i frenético por el desengaño, recrudeció i llevó más allá de lo inconcebible, aún para los que conocen el carácter de esa nación, sus bárbaras hostilidades.

« Nada ha sido parte a detener la mano de nuestros desaforados enemigos. Ni lo indefenso de las poblaciones, ni la inocencia de las víctimas, ni el pudor de las mujeres, ni la debilidad de la infancia, ni la veneración de la ancianidad, ni el valor infortunado, ni las condiciones de la agonía, ni el sagrado carácter de la neutralidad, ni el más sagrado aun de las ambulancias, en cuyo recinto han sido asesinados, sin piedad, nuestros heridos de la alianza, ni la santidad de los templos: en suma, ningún respeto divino i humano, incluso él de la propia honra, ha sido poderoso para volver a Chile, en la actual guerra del Pacífico, al seno de la civilización cristiana, en donde, despues de lo referido, es lícito dudar si realmente estuvo alguna vez, a pesar de su vanistorio i de sus decantados progresos.

« Repleto de odio i de envidia contra el Perú, cuya superioridad no puede desconocer sin borrar la historia i sin ahogar la voz de una fama que ha pasado a proverbio universal; ébrio de sangre i devorado por la hidrópica sed de nuestras fabulosas riquezas, proclama el asalto a esta capital, que considera como el último baluarte de la defensa del Perú....

« ... Sea. Que venga, no como imagina, a terminar, sino a comenzar la guerra. — La sangre jenerosa que el Perú ha vertido en ella a torrentes, comenzará a ser fecunda. El culto, absolutamente desinteresado, que rinde al honor, sin que le arredren las inmolaciones de todos los demás bienes, que considera secundarios, le merecerán el galardón de sus armas. Sus héroes de hoy renovaràn la epopeya de sus héroes de ayer, i la corona de un triunfo definitivo, tanto más espléndido, cuanto habrá sido más costoso, ceñirá su altiva e inmaculada frente ⁽¹⁾. »

¡ Cuántas caricias se regalan a una nación enemiga en una circular destinada al extranjero, esto es, en un documento diplomático, que debería llevar el sello de la cultura, i mostrar al menos un razgo de la *conjenita hidalguía* peruana! Imagine, pues, el que lo pueda a que extremos llegarían otros

(1) *Boletín de la guerra del Pacífico*, p. 831 i seg.

escritores que se dirijian no a ajentes diplomáticos, sino a sus mismos conciudadanos, para excitar en ellos el odio contra el enemigo invasor. No debe negarse que si los soldados del Perú hubiesen tenido en los campos de batalla un gramo de aquel coraje, de que hicieron alarde sus escritores en los recintos de sus gabinetes; si hubiesen sabido manejar la espada con la habilidad con que manejaron la pluma, del ejército chileno no habria quedado un solo soldado para llevar a la patria la infausta nueva de su ruina.

Se nota una diferencia mui notable en la prensa i en la diplomacia chilenas, las que a la nobleza de los sentimientos supieron unir admirablemente la moderación de la forma; i para que el parangón sea más plausible, opondremos a los documentos peruanos el lenguaje de los militares, en quienes se supone ordinariamente más fiereza i menos cumplimientos.

Mas, antes creemos aquí llegada la ocasión de decir algo sobre los bombardeos ilegales, sobre los incendios i depredaciones, que se dicen perpetrados por las tropas chilenas, i a los que se hace alusión en la circular susodicha.

La guerra es un terrible azote, que no circunscribe sus horrores a los campos de batalla, donde son llevados al matadero los mejores hijos de las naciones. En la guerra se juega una gran carta sobre la cual està puesto el honor i la vida de una

nación; i en vista de tan vitales intereses toda medida menos enérjica se creeria quizá una debilidad reprensible, una traición imperdonable, un delito de lesa patria. Así que hostilizar al enemigo, empobrecerlo sin compasión, humillarlo i oprimirlo por todos los medios, son los hechos ordinarios que registran las historias de todas las guerras, en aquellas mismas naciones que se jactan de imprimirles cierto carácter de humanidad, si es posible semejante lenguaje al tratar de acciones que son por sí mismas inhumanas i bárbaras. De aquí, pues, los sitios de las ciudades, en que se ven espuestos a los horrores del hambre adversarios i neutrales; de aquí los bloqueos de los puertos, donde se ve perjudicado el comercio i la industria de los enemigos i de los amigos; de aquí los bombardeos, en que se ve amenazada la vida del soldado i del niño; de aquí las contribuciones, en que està comprendido el partido de la paz i el de la guerra, de aquí, en una palabra, las miserias i las lágrimas, a que se ve condenada toda clase de ciudadanos. Para evitar tamañas desventuras un solo remedio es eficaz: desterrar del mundo esta suprema injusticia que se llama guerra; hacer que la fuerza del derecho prevalezca sobre el derecho de la fuerza, esto es, conducir de nuevo a los gobiernos i a los pueblos a las santas reglas del cristianismo, que son justicia i caridad. *! Unicuique suum!* i la guerra

desaparecerá de la tierra ⁽¹⁾. Mientras no se realice en la sociedad esta gran perfección, se deplorarán siempre las funestas consecuencias de la guerra, i no podian menos de deplorarse en la guerra del Pacífico.

Los belijerantes del Pacífico, chilenos i peruanos, teniendo en las estensas costas sus ciudades i su principal comercio, las hostilidades por ambas partes se limitaron por muchos meses al largo litoral. La guerra principió en el mar i allí se mantuvo por algún tiempo entre la escuadra chilena i la peruana: una i otra disputábanse el dominio del Pacífico, i una u otra debia desaparecer antes que los ejércitos pudiesen entrar en acción. De ahí es que los buques chilenos i peruanos hostilizaban recíprocamente los territorios enemigos, causándose todos aquellos daños, que creian más conducentes a la realización de sus

(1) Habiamos escrito estas palabras, cuando se nos mostró el *Popolo Romano* de 23 do Agosto de 1886, i en él leimos con grato placer la siguiente noticia:

« Lo sociedad de la paz i la asociación internacional del arbitraje han encargado al profesor Leon Levi, nuestro connacional residente en Londres, de preparar un proyecto relativo a la constitución de un « Consejo de alta Corte de arbitraje internacional », al que en lo futuro deberian someterse las cuestiones capaces de promover una guerra internacional, a fin de que excójitase los medios más oportunos para impedirla, ecc. ».

¡ Quiera Dios que los nobles esfuerzos de esas sociedades sean coronados de un éxito favorable i, desterrada la guerra, se alcance un progreso verdaderamente digno de este nombre !

propósitos. En los puertos destruyeron las lanchas, los botes, los muelles, para hacer más difícil un embarco o desembarco de soldados; en los pueblos i ciudades destruyeron los ferrocarriles, las máquinas, las estaciones, para impedir el transporte de las tropas; en los puntos de más importancia establecieron el bloqueo, i por el interceptaron las entradas de aduana, que formaban los principales recursos del enemigo, impidiendo a la vez toda clase de provisiones, para obligarlo a la rendición por medio del hambre i de la escasez de las cosas más necesarias a la vida; mientras por mar iban cazando las naves mercantes. Ahora bien, o las poblaciones se resignaban a soportar pasivamente aquellas operaciones hostiles, i entonces, cumplida esa destrucción limitada, se dejaban en paz sus personas, sus casas i propiedades; o hacían frente a los enemigos i oponían resistencia, i en este caso los buques de guerra contestaban con la boca de sus cañones.

El parte oficial del señor Grau, contra-almirante peruano, confirma lo que hemos aseverado. Él, hechas sus escursiones en las costas de Chile con el Monitor *Huáscar* i con la corbeta *Unión*, comunica al Director de la guerra los pormenores siguientes:

« En armonía con las instrucciones i órdenes que recibiera de V. E. para buscar i hostilizar al

enemigo en las costas del sur, junto con la corbeta *Unión* i al mando de ambos buques, tengo el honor de elevar al conocimiento de V. E. el presente parte, sobre el resultado de mi comisión.....

« En las primeras horas del día 16 i a veinte millas de tierra, encontramos varios buques mercantes de vela. Mientras yo reconocia alguno de ellos, ordené que hiciera lo mismo la *Unión* con el que tenia más próximo.

« Del examen efectuado por la corbeta, resultó que el buque era la fragata *Adelaida Rojas*, cargada de carbón chileno, i que enarbolaba indebidamente la bandera nicaragüense, i se le despachó al Callao, para que fuese juzgada por el tribunal respectivo, con dotación de la misma corbeta.

« En la mañana del 20 i frente a Chañaral, se capturó por la *Unión* el bergantín *E. Saucy Jack*, cargado de cobre i en las mismas condiciones del anterior buque, por lo que se le despachó al Callao con igual objeto.

« Como en estos momentos salia de Chañaral con destino a Caldera el vapor inglés *Santa Rosa*, mientras yo reconocía el puerto ordené a la *Unión* que continuara inmediatamente su marcha al referido puerto para llegar antes que el vapor i ver si se podia capturar algún transporte enemigo.

« Una vez en el puerto, notifiqué al jefe militar de la plaza que iba a proceder a la destruc-

ción de las lanchas, *haciéndole responsable de las represalias que pudiera tomar en caso de que se me hostilizara.*

« Así se hizo con todas ellas, *sin que se pusiera la menor resistencia.....*

« En la mañana del 21 entré a Huasco i, como en Chañaral, destruí todas las lanchas, mientras igual operación practicaba en Carrizal-bajo la Unión.....

« La corbeta entró en la misma tarde al puerto Pan de Azucar i rompió todas las lanchas que allí existían..... ⁽¹⁾ »

De la relación que antecede se desprende a las claras el grave daño causado a Chile por la escuadra peruana, ya capturando las naves mercantes cargadas de carbón de piedra i de metales, que importaban injentes sumas, ya destruyendo todas las barcas que hallaron en los puertos mencionados. Sin embargo, los chilenos no soñaron regalar a los marinos i soldados peruanos los títulos oprobiosos de vándalos i de bárbaros: habían hecho uso de un derecho de guerra, i nada había que decir. Del mismo documento se desprende también la prudencia de las poblaciones chilenas al sufrir resignadas los perjuicios que recibían del enemigo i al evitar las represalias,

(1) *Boletín de la guerra*, p. 304.

que les fueron amenazadas en caso de atreverse a oponer la menor resistencia.

Pues bien, lo que hizo la flota peruana en el litoral chileno, hizo la escuadra chilena en el litoral peruano; mas los peruanos fueron escasos de aquella prudencia de que hicieron gala los pueblos de Chile. En efecto, cuando los marinos chilenos se acercaban a la playa de los distintos puertos enemigos para notificar a las autoridades la destrucción de los botes i de los otros medios de embarco, fueron recibidos a balazos; lo que hizo necesarias las represalias, que llevan consigo semejantes imprudencias. Ellos hicieron el blanco de sus tiros a los marinos que se acercaban a la ribera, i los buques de guerra apuntaban sus cañones sobre los soldados i sobre los pueblos, que no supieron aconsejarles la resignación indispensable, cuando no se poseen los recursos suficientes para rechazar al enemigo con alguna probabilidad de buen éxito.

Esto sucedió en Pisagua, con las agravantes circunstancias siguientes. Llegados a aquel puerto los buques chilenos, las mujeres con sus niños se refugiaron en el Consulado inglés, donde a la sombra de la bandera amiga estaban a salvo de cualquier atentado que pudiera amenazar la población. Mas los soldados peruanos para fucilar a mansalva a los chilenos, que osaran acercarse a la playa para destruir las embarcaciones, hi-

cieron de los alrededores del dicho Consulado su campo de operación, pensando talvez que en obsequio de la habitación del representante de una gran nación, serian respetados por las balas enemigas. El Cónsul les echó en cara con palabras enérgicas tan ciega imprudencia, por cuya causa harian que el Consulado fuese el principal blanco de los cañones enemigos: imprudencia tanto más lamentable, en cuanto comprometia la vida de débiles mujeres i de inocentes niños, que habian buscado en aquella casa protección i amparo. Mas, obstinados en sus insanos propósitos, rompieron el fuego contra los chilenos, quienes por su parte no tardaron en responder a su loca provocación; de manera que, apuntando en dirección al Consulado inglés, de donde partia el fuego más vivo, luego se vieron envueltos en la catástrofe peruanos i neutrales, soldados, mujeres i niños. Estas noticias nos constan no tanto por las correspondencias chilenas como por la relación de un diario de New York, reproducida en el *Boletín de la guerra* ⁽¹⁾.

Si, pues, en aquella acción se bombardeó un pueblo indefenso sin atender «ni a la inocencia de las víctimas, ni al pudor de las mujeres, ni a la debilidad de la infancia, ni a la veneración de la ancianidad, ni al sagrado carácter de la neutra-

(1) P. 285.

lidad », como declama el Ministro Calderón, no fué por instinto de barbarie i de vandalismo, sino por el de la propia conservación; i la grave responsabilidad de aquel hecho no puede echarse con justicia sobre la escuadra chilena, que solo defendió a sus marinos; sino que cae sobre los soldados i pueblo de Pisagua que, rompiendo el fuego sobre los chilenos, provocaron las represalias. Aconteció en Pisagua i en otros lugares algo parecido a lo que el historiador alemán, Weber, narra de Ablis, pueblo situado en la línea del ferrocarril entre Vendome i Tours. Un escuadrón de húsares, salidos para buscar vituallas, fué asaltado por los franco-tiradores, i casi todos quedaron muertos o heridos. « Los alémanes entonces, para castigar a los habitantes, que acusaban de haber cooperado a la agresión, pegaron fuego a la infeliz ciudad. La Europa neutral lanzó gritos de horror por la barbarie alemana, mas los prusianos respondieron no haber sido los primeros en perpetrar actos nefandos ⁽¹⁾. »

Mollendo no fué más afortunado que Pisagua; aunque la desgracia de aquel pueblo se debió más bien a la inclemencia de los elementos, que a la voluntad de las milicias chilenas. Éstas, lo recordaremos una vez más, limitaban sus operaciones a la destrucción de los medios de embarco o

(1) *Storia contemporanea*, pág. 743.

de transporte, comprendidas las estaciones i las máquinas de los ferrocarriles. Ahora bien, pegado el fuego a la estación, un viento mui fuerte lo propagó rápidamente a las demás habitaciones, causando en pocas horas gravísimos perjuicios, i reduciendo el templo a un montón de escombros i de ceniza. I he aquí para el Ministro peruano un nuevo motivo para clamar contra los bárbaros i sacrílegos chilenos, que en su furor no respetaban « ni la santidad de los templos. »

Aquel Ministro en la recordada circular afirma, entre otras cosas, que la barbarie chilena penetró hasta en los recintos de las ambulancias, « asesinando sin piedad a los heridos de la alianza. » El diplomático de Lima quizo sin duda conmover al mundo i atraer a su causa las simpatías de las naciones, tocando las fibras más delicadas del corazón humano al mostrar a los heridos degollados sin compasión en las ambulancias, que son consideradas como asilos sagrados e inviolables; mas las naciones no se mueven con relaciones inexactas. Él repitió las correspondencias poco escrupulosas de la prensa, la cual desde la batalla de Pisagua, que fué el primer encuentro de los dos ejércitos, clamó contra la soldadesca chilena, a la que acusó de los bárbaros excesos de no haber dado cuartel a los vencidos i de haberse enfurecido contra los heridos; i para hacer casi incontestables aquellas ca-

lumniosas aserciones, apeló al testimonio del canónigo peruano, señor Perez, jefe de la ambulancia de Pisagua. Nosotros hemos dicho ya bastante en otro capítulo sobre este triste argumento; mas para desmentir victoriosamente aquellas aseveraciones nos es grato estampar aquí la palabra autorizada de aquel distinguido sacerdote, el cual no toleró que la calumnia se abrigase a la sombra de su persona.

En efecto, habiendo leído el señor Perez una relación del corresponsal peruano en campaña, creyó su deber rectificar esas noticias, sirviéndose para ello de *E. Mercurio*, uno de los diarios más acreditados de Valparaíso. He aquí, pues, los trozos más indispensables de aquel interesante documento.

« Señor Editor de *El Mercurio* de Valparaíso :

« Por casualidad he visto la relación que el corresponsal del *Comercio* en campaña hace de la toma de Pisagua por el ejército chileno; i como en esa reseña he leído cosas que se relacionan con mi persona i con la ambulancia Arequipa que dirijo, me veo en la ineludible necesidad de rectificar los hechos i de decir francamente, como testigo presencial, todo lo que ha acaecido en el campamento del Hospicio, sin que la política militante se mezcle en mi sencilla relación.

« No es cierto, pues, todo lo que se refiere en esa exajerada correspondencia, que si es autén-

tica, puede mui bien agriar los ánimos de los combatientes, i esponerlos a injustas represalias.

« Como sacerdote i como testigo presencial de los hechos, me permitiré sin pasión política i con la frialdad que produce el yelo de los años, hacer una relación concienzuda de lo que he visto.....

« Serian las tres de la tarde cuando se presentaron en el campamento cinco soldados chilenos, que perseguian a los bolivianos que aun le hacian resistencia de detrás de los ranchos. Estaba yo en mi cuarto i mis empleados curando a los heridos en el hospital, cuando saqué la cabeza i vi que estos soldados apuntaban i hacian fuego sobre el hospital. Temeroso de que matasen a los heridos i empleados, enarbolé una bandera blanca i salí del cuarto. Los soldados que se hallaban a más de una cuadra de distancia, al ver la bandera me llamaron. Yo, aun cuando las balas atravesaban en todas direcciones, salvé la distancia i logré llegar sin novedad donde ellos estaban, con mi bandera en una mano i mi Santo Cristo en la otra.

« Los soldados me preguntaron quién era, les contesté que era sacerdote, que estaba a cargo de un hospital, les mostré mi corona, i ellos, jenerosos, aunque ébrios con el furor del combate, me dijeron que me retirara, que nada tuviese que temer. Con esta confianza me regresé a la ra-

mada de mi cuarto. Mas, a poco, estos mismos soldados, cuyos nombres recordaré siempre con gratitud, se convirtieron en mis protectores; se vinieron a mi ramada, donde les di agua i lo que pude.....

« Cuando la tropa armó pabellones, todos los jefes i oficiales se vinieron a mi ramada; les ofrecí el frugal alimento que mi sirviente habia podido preparar i estuvieron en mi cuarto hasta más de las diez de la noche.

« En la mañana del 3, el señor coronel Arteaga me visitó i me llenó de confianza. A las once me mandó con el teniente Lopez i un piquete de soldados a recojer los heridos de la cuesta, que habian permanecido toda la noche i parte de la mañana tirados en el campo.....

« Bajé esos arenales i precipicios hasta Pisagua, sostenido por el brazo del teniente Lopez, i recojiendo los heridos que encontramos en nuestro tránsito. — A las diez de la noche volvimos a Hospicio en el tren.

« Los pobres heridos del hospital no tenían agua ni alimento, i hubo dia que lo pasaron con una taza de té.

« ¡Gracias al jeneroso i noble Jeneral Escala, que nos proporcionó carne, arroz i algunos otros recursos, que aliviaron nuestra situación en esas críticas circunstancias!

« Yo siempre conservaré con gratitud el re-

cuendo de ese respetable i virtuoso Jeneral, de quien recibí favores i atenciones mui cordiales; lo mismo que del Ministro de la Guerra señor Sotomayor, de su digno hermano, del señor coronel Arteaga i de todos i cada uno de los jenerosos jefes i oficiales del Ejército, entre quienes he vivido por el espacio de ocho dias.....

« Es esta, señor Editor, la verdad pura i lo que realmente ha sucedido en la toma de Pisagua.

« Valparaiso, noviembre 18 de 1879.

« JOSÈ DOMINGO PEREZ. ⁽¹⁾ »

A esto pudiéramos añadir que los chilenos fueron tan jenerosos para con los heridos enemigos que ofrecieron sus buques para llevarlos a otras partes, como sucedió de Arica a la Magdalena con el buque chileno *Loa*, aquel mismo *Loa* que poco despues fué echado a pique en la rada del Callao mediante un torpedo, que le fué aplicado pérfidamente por los gratísimos peruanos; mas es suficiente lo que hemos dicho hasta aquí para dar al menos una idea de la falsedad de las aseveraciones de la prensa i de la diplomacia de Lima; es bastante el testimonio de un digno sacerdote peruano, a fin de que se conozca

(1) *Boletín de la guerra*, p. 447.

que las declamaciones del Ministro de Pièrola están en choque con la verdad, i pasamos a otra cosa.

Profanos, cuales nos confesamos, en el arte de la guerra, no sabemos que cosa establecen los códigos de la misma respecto de las propiedades de los enemigos; ignoramos si esté o no en el derecho de un belijerante imponer a los habitantes fuertes contribuciones, i en caso de resistencia castigarlos con la destrucción de sus propiedades i otras penas. Mas, ateniéndonos al simple sentido común, se nos ofrecen espontáneas estas sencillas consideraciones. La guerra exige grandes gastos; i sin muchos millones ni podrán hacerse los indispensables aprestos bélicos, ni ponerse en pié de guerra un ejército numeroso, ni mantenerlo en condiciones de hacer frente al enemigo con alguna esperanza de victoria. Una nación pobre se halla en la imposibilidad de sostener una guerra por mucho tiempo. Pues bien, arrancar al adversario los recursos necesarios, reducirlo a la estrechez de la miseria para abreviar la lucha, nos parece la razón de las contribuciones que se imponen a los enemigos con las amenazas i que se exigen por la fuerza. Por esto vemos que las requisiciones e impuestos se han adoptado en toda guerra, i ellos han formado aun en los pueblos más civilizados uno de los medios comunes para hostilizar al enemigo.

I a la verdad, limitándonos tan solo a la guerra franco-prusiana, leemos en la historia de Weber: « En octubre los regimientos de caballería se dirigieron al sur para reconocer el terreno entre el Sena i el Loira, i ejecutar requisiciones » (p. 743). « Al mismo tiempo este jeneral se dirigió de Troyes hácia Sens i Nemours al oeste, imponiendo requisiciones » (p. 744). « Impuestos i préstamos proporcionaban el dinero necesario para las necesidades de la guerra; i los jenerales franceses i alemanes parecían rivalizar para imponer requisiciones. » (p. 745) « Los alemanes se apoderaron de otras armas enemigas, i pasando el Rin hicieron muchos prisioneros, mientras con requisiciones en la rica ciudad proveyeron a las necesidades del vestuario i de las vituallas » (p. 747).

Si, pues, los chilenos impusieron contribuciones i efectuaron requisiciones en el territorio peruano, hicieron uso de un derecho que se ve sancionado por la práctica de las guerras modernas. Mas para conocer mejor el fin que aconsejó al Gobierno chileno esa clase de hostilidades, es menester recordar una circunstancia mui interesante.

Las espediciones chilenas en el litoral peruano del norte principiaron en setiembre de 1880, es decir, casi dos años despues que aquellas Repúblicas estaban envueltas entre los horrores de la guerra. Despues de los varios combates navales quedaba destruido el poder marítimo del Perú, i la ban-

dera chilena se paseaba como señora en las aguas del Pacífico; ya se habían medido las fuerzas de los ejércitos chilenos con las de los aliados, i en las batallas de Pisagua, de Dolores, de Tarapacá, de los Ángeles, de Tacna i de Arica, la Fortuna se declaró chilena, i las tropas peru-bolivianas fueron derrotadas i dispersadas; el estado financiero del Perú era tan deplorable que el *Sol* apenas se avaluaba en diez centavos; el crédito en el extranjero era nulo, atendidas las enormes deudas contraídas i los habituales desórdenes de aquel pueblo desventurado. En esta situación lagrimosa, sin recursos de ninguna especie, era ya tiempo de que aquella República se resignara a su suerte desgraciada i, poniendo término a la guerra aun a costa de cualquier sacrificio, se dedicara a la regeneración de sus pueblos i a la reorganización de aquel desordenado país.

Este loable propósito debía proclamarse por los gobernantes, i a la consecución del mismo debían dirigirse las aspiraciones i los esfuerzos de todas las personas influyentes de la sociedad peruana. Mas, por desgracia, no sucedió así: antes en la propaganda de resistencia a las condiciones chilenas se distinguieron, si no todos, al menos la mayor parte de los hombres más notables de la capital, los más ricos i grandes capitalistas de la República, esto es, aquellos que con su influjo hubieran podido facilitar las negociaciones de paz

i abreviar las desventuras de su patria. Hacer sentir a éstos las terribles consecuencias de la guerra hubiera influido quizás para conducirlos a más sabios consejos; tocar la bolsa privada con fuertes contribuciones, hubiera sido talvez más eficaz que la pobreza del público erario i la pérdida del crédito nacional. Esto pensaban sin duda los gobernantes chilenos, i tenemos una prueba de ello en la Circular del Ministro de Chile a sus Encargados de Negocios cerca de las cortes estranjeras.

« Chile, dice el Ministro, por su parte, ha procurado dar a la guerra el carácter más humano posible. Arrastrado a ella a consecuencia de las continuas violaciones de los tratados i de la existencia del pacto secreto que el Perú i Bolivia negociaron en su contra, precisamente cuando finjian las relaciones más estrechas i fraternales; Chile, contra cuya existencia se conspiraba, se ha propuesto como regla de conducta el respeto de los intereses neutrales i no hacer al enemigo más daño que el estrictamente necesario para compelerlo a poner término a una lucha que es ya impotente para continuar.

« Consecuente con esta regla, la escuadra i el ejército de Chile, victoriosos en todos los encuentros, jamás atacaron hasta setiembre último los intereses de los particulares enemigos, limitándose a destruir en el litoral peruano todos los recur-

sos que podían servir para la prolongación estéril de la guerra.....

« Si desde setiembre último se ha introducido alteración en la regla respecto de los particulares, ello ha sido la consecuencia indispensable del firme propósito del Gobierno de poner fin a la guerra, debilitando por todos los medios lícitos que estén a su alcance, a un enemigo tenaz que, impotente para ponerle término por su parte, no ha querido comprender, a pesar de sus derrotas desastrosas, que ha llegado el momento de resignarse a su suerte... ⁽¹⁾. »

Que el ejército expedicionario en la Provincia de Moquegua i en el litoral del norte fuera fiel a la regla de conducta trazada por el Ministro chileno a sus Agentes, se desprende de la siguiente nota dirigida al Prefecto de la Provincia invadida por el coronel D. Patricio Lynch, Jefe de aquella expedición.

« Eten, setiembre 24 de 1880.

« *Señor Prefecto :*

« Honrado por mi Gobierno con el mando de una división del ejército de la República, con el objeto de hostilizar con ella el territorio del departamento de Trujillo i de destruir las fuerzas

(1) *Boletín de la guerra* p. 810.

que en él existen, tengo el honor de poner en conocimiento de V. S. que he dado principio a las operaciones que se me han encomendado, ocupando la provincia de su mando.

« Tengo el propósito, señor Prefecto, de observar los más benévolos usos de la guerra en provecho de las poblaciones que no hagan resistencia i que acepten de buen grado los requerimientos i contribuciones que les imponga en beneficio del mantenimiento i conservación del ejército de Chile, que ocupa una considerable parte del territorio peruano.

« Para facilitar el cumplimiento de mi propósito, atendiendo con él a los sentimientos de humanidad que presiden en el derecho moderno a los actos de la guerra, desearia que se conservaran en sus puestos las autoridades civiles de la administración regular de este departamento.

« Si se realizaran mis deseos, puede V. S. contar con la seguridad de que las propiedades públicas i privadas i la vida normal de los habitantes no correrán el menor riesgo con el tránsito de las fuerzas de mi División por el territorio del departamento de Trujillo.

« En el caso contrario, me veré en la dolorosa necesidad de hacer uso de la guerra i de apelar a la destrucción de la propiedad pública i privada, para compeler a las poblaciones a la satis-

facción de las contribuciones i requerimientos que les exija.

« A este respecto, debo además prevenir a V. S. que castigaré con la más rigurosa severidad todo acto de insidia, sea que ella se refiera a la aplicación de dinamita en los ferrocarriles, o de materias explosivas ocultas en lugares donde acampen o transiten las fuerzas de mi mando.

« Como norma a este respecto, tengo el propósito de hacer fusilar a tres ciudadanos peruanos por cada soldado que pierda por tales medios insidiosos.

« Espuesto así el objeto de mi ocupación i los principios a que someteré mi conducta, requiero, por el intermedio de V. S., a la provincia de su mando, por el pago de la cantidad *de ciento cincuenta mil soles* que le impongo como contribución de guerra, que deberá ser pagada en plata, pastas metálicas o especies trasportables a la costa, en el término de 48 horas.

« Para reunir la cantidad mencionada, puede V. S., en unión con el municipio, determinar la forma de su repartición entre los habitantes que poseen bienes en la provincia, prefiriendo en el mayor gravamen a los ciudadanos acaudalados ⁽¹⁾. »

Podrá clamar quien quiera contra la barbarie i el vandalismo chileno; mas despues de la lec-

(1) *Boletín de la guerra*, p. 861.

tura de la nota que precede es forzoso confesar que la conducta de los Jefes de las tropas chilenas se inspiró en los más elevados sentimientos de civilización i de humanidad; i el que no quiera negar absolutamente un tributo a la razón i a la justicia, debe necesariamente convenir que nada de bárbaro i de vándalico entró en los propósitos del Gobierno i de las milicias de Chile. La misión cometida a la expedición Lynch fué batir las fuerzas peruanas, que se encontrasen en la provincia del litoral del norte, e imponer al mismo tiempo contribuciones de guerra a los ricos propietarios, de que abunda aquel territorio, con el propósito espreso i terminante de no causar otro daño a las propiedades de los habitantes. La destrucción fué amenazada, pero simplemente como consecuencia de la resistencia de las poblaciones a las requisiciones impuestas.

Debemos añadir además que los chilenos no fueron tan inexorables, de manera que exijiesen siempre enteras i en el término fijado las sumas requeridas; pues, cuando las autoridades u otras personas respetables elevaron a conocimiento de los Jefes chilenos la imposibilidad de reunir la cantidad impuesta, no se les negó la próroga del tiempo i aun la disminución de la suma. En efecto, leemos en la correspondencia de la expedición a Moquegua i en el parte mismo del Jefe de las tropas chilenas, señor Salvo, que fué re-

querida a la ciudad una contribución de *cien mil soles*, que despues, en consideración del estado angustioso i poco florido de la población, fué reducida a *sesenta mil* ⁽¹⁾.

Con tales espediciones se puso, como suele decirse, el dedo en la llaga; i los pueblos levantaron sus clamores al cielo, resonando dolorosos e incesantes al oido de los directores de la pública cosa. Estos comprendieron el perjuicio de esa clase de hostilidades; pues, aquellas sumas que hubieran podido servir a la patria en peligro i suplir el vacio del erario, aprovechaban al enemigo, que sostenia los gastos de la guerra con la bolsa del adversario. La lección era tremenda i hacia urgente una medida providencial; i la ocasión se presentó mui propicia; pues, mientras las tropas chilenas ejecutaban sus operaciones en aquellas provincias, en Arica se hacian jestioness para llegar a un acuerdo i terminar la guerra, cuyos resultados podian preverse por los hombres más inespertos. Mas esa ocasión se despreció: Chile, victorioso en todos los combates, quizo imponer, como era natural, la lei del vencedor, declarando que la cesión a Chile de una parte del territorio del Perú i de Bolivia era la base inamovible de todo acuerdo, i los Plenipotenciarios de estas Repùblicas rechazaron aquella pro-

(1) *Boletín*, p. 844.

puesta como contraria a los intereses de sus países, como hemos visto en el Capítulo undécimo. Perdida la esperanza de oponerse a las tropas chilenas en la ejecución de las hostilidades que acabamos de expresar, el Dictador peruano, enérgico e ingenioso hasta lo increíble, emanó un decreto graciosísimo, con que prohibió severamente a los propietarios del litoral del norte pagar las contribuciones impuestas por el enemigo invasor. Aquel decreto habria debido excitar hilaridad i nada más; porque en la disyuntiva de verse despojados de una parte de sus riquezas o de ver destruidas sus propiedades, la elección era mui sencilla, no obstante lo decretado por el Dictador. Mas, por desgracia, aquella prohibición fué escuchada más que las amenazas del enemigo, i las contribuciones fueron negadas por varios propietarios i precisamente por los más ricos. ¿Se forjarían quiza la ilusión de que la enerjía del Dictador detendría la mano del enemigo i éste, espantado por aquellas palabras retumbantes, se resignara a volverse chasqueado, ahorrando la amenazada destrucción? ¡Se engañaron los infelices! la dinamita mostró mui luego su terrible poder, i las grandes fábricas de azúcar, fuentes inagotables de riquezas i verdaderos monumentos del arte moderna, fueron arrasadas al suelo, mientras los sembrados eran entregados a las llamas!

¿A quién es debida la responsabilidad de tanta ruina? ¿al vandalismo chileno? ¡no! ¡La gravísima responsabilidad cae sobre esos gobernantes imprudentes que, incapaces de rechazar al enemigo con la fuerza, creyeron amedrentarle con pomposos decretos, que solo sirvieron para fomentar la pertinacia de sus súbditos, para exacerbar siempre más a los enemigos i para precipitar la ejecución de los castigos amenazados!

Lo confirma el Ministro chileno en la Circular recordada: « Las hostilidades desplegadas por Chile en el litoral enemigo son de la exclusiva responsabilidad de los que les han dado lugar, resistiéndose al pago de contribuciones de guerra excesivamente moderadas, impuestas por las fuerzas ocupantes en ejercicio de un perfecto derecho consagrado por la práctica de todos los países ⁽¹⁾. »

La escuadra chilena efectuó algunos bombardeos en el litoral enemigo, como los de Chorriillos, Ancón i Chancaí; i siendo dirigidos sobre pueblos desprovistos de fortalezas i de grandes ejércitos, podrian a la simple vista justificar los clamores del Ministro Calderón sobre las devastaciones perpetradas por los chilenos; mas los hechos no deben narrarse a medias, ocultando precisamente la parte que hace escusables ciertas medidas estremas.

(1) *Boletín de la Guerra*, p. 810.

Hacia dos meses que por orden del Gobierno chileno se habia establecido el bloqueo en el puerto del Callao, cuando el 3 de Junio de 1880, un grave desastre contristó a la escuadra chilena i a la neutral, que fué espectadora. Mientras el crucero *Loa*, que estaba de guardia en ese dia, reconocia una balandra que a velas desplegadas se avanzaba al mar sin que nadie la dirijiese, i hacia descargar los comestibles de que estaba provista, estalló un torpedo que estaba oculto en la misma, i la nave chilena en cinco minutos se fué a pique, con la pérdida del Comandante i de ciento diez i ocho entre oficiales i marinos, que parte fueron muertos por esa arma desleal, i parte perecieron en las olas del mar. Pocos salvaron la vida recojidos con gran cuidado por la *Garibaldi* i por otros buques neutrales i chilenos que acudieron presurosos al lugar del desastre ⁽¹⁾.

(1) Los botes de la *Garibaldi* salvaron al teniente 1.º, señor Señoret i a otros cuatro individuos de la tripulación.

El señor Señoret haciendo una mención especial del cariño de que fué objeto de parte de los oficiales de la corbeta italiana, escribió en su relación estas testuales palabras, que copiamos del *Boletín de la guerra del Pacifico*, p. 723.

« Me tocó en suerte ser recojido con cuatro individuos de la tripulación por los botes de la corbeta italiana *Garibaldi*, i me hago un deber de estampar aquí la espresión de mi más vivo reconocimiento por las atenciones de que fui objeto de parte del señor comandante i oficiales de ese buque. »

Hemos leído con verdadero placer que el Gobierno de Chile, siempre agradecido a los abnegados servidores de su país sin

No se habían calmado todavía los ánimos, exacerbados, por la primera traición, cuando en el mes de setiembre del mismo año en el puerto de Chancai se lamentó la pérdida de la Covadonga mediante una estratagemma semejante a la primera.

El Almirante chileno, exacerbado por la matanza de sus marinos i por la pérdida de dos buques de guerra, i especialmente de la *Covadonga* que era considerada por el pueblo de Chile como reliquia preciosa, intimó a las autoridades del Callao que en castigo de la felonía con que habían atacado la escuadra de su mando, entregaran inmediatamente los buques peruanos *Unión i Rimac*: en caso de resistencia bombardearía a Chorrillos, Ancón i Chancai. La respuesta del Dictador,

distinción de nacionalidades, decretó una medalla de oro a aquel distinguido comandante, señor Morin: e igual honor ha decretado al egregio señor Santini, 1º médico cirujano de la corbeta, al señor Cognetti, cirujano 2º de la misma, i al señor Calcagno primer cirujano del R. Crucero italiano *Cristoforo Colombo*, por los importantes servicios prestados con loable abnegación a los heridos de las últimas batallas.

Estos honoríficos dones, mientras revelan la gratitud proverbial de los gobernantes de Chile, i hacen públicos los servicios altamente filantrópicos i desinteresados de los oficiales de la marina italiana en la guerra del Pacífico, desmienten solemnemente algunos escritores franceses, (cuyas obras tenemos a la vista) los que, ¡siempre franceses! parece que no saben ensalzar a sus connacionales en aquellas circunstancias, sino imponiéndose la ingrata i repugnante tarea de denigrar a los marinos italianos. Es inútil: los discípulos del patriarca de Ferney no pueden olvidar el lema de su maestro: *Calomnies!.....*

que fuè interpelado, fuè espresada en la forma injuriosa i provocadora, que hemos notado hasta aquí, esto es: « Teniendo en las mismas aguas a los buques peruanos *Unión i Rimac*, puede V. S. venir a tomarlos, si le acomoda.... — El hundimiento de esta nave (*la Covadonga*) llamado por V. S. alevosa celada, no ha sido màs que la condigna pena que reciben los salteadores en mar i en tierra: ser castigados por su propio crimen⁽¹⁾. » En vista de tan sangriento insulto los chilenos bombardearon por varios dias seguidos las fortalezas del Callao i la dàrsena donde estaban refugiadas las naves sosodichas, protegidas por los cañones de los fuertes, i haciendo experimentar a los pueblos amenazados los terribles efectos de las represalias, provocadas con tanta imprudencia.

Dados estos breves detalles sobre la expedición del ejército chileno en el litoral del norte i sobre las operaciones de la escuadra, para mostrar siquiera las causas que dictaron esas enérgicas medidas; mencionado, aunque de vuelo, el lenguaje exagerado e incivil del Ministro del Perú i las diatribas de la prensa de Lima, es justo que el lector conozca el lenguaje de los hombres de Chile, i haga el parangón; i a fin de que, como hemos dicho ya, el contraste sea más plausible, dare-

(1) *Boletín de la guerra*, p. 779.

mos la preferencia a las proclamas de los Jenerales del ejército, opondremos la palabra del militar a la notas oficiales del diplomático.

Llegados a Paracas los buques chilenos, que llevaban la primera Division, destinada a abrir la marcha hácia las fortificaciones de San Juan, se leyó a las tropas la siguiente proclama:

« ¡Soldados de la primera División!

« El ejército encargado por Chile de resguardar su honor i su derecho va a comenzar su tercera i última campaña contra los enemigos de la patria.

« A vosotros ha tocado el honor de formar la vanguardia de las fuerzas chilenas.

« En pocas horas más vuestras plantas victoriosas hollarán el suelo de una de las más hermosas i ricas comarcas del Perú, i os encontrareis instalados firmemente como señores a pocas jornadas de la ciudad de Lima, centro de la resistencia i de los recursos postreros del enemigo, que el ejército chileno tiene encargo de rendir i someter.

« ¡Soldados de la primera División!

« Antes de que hayan trascurrido muchos dias habrán acudido a sosteneros i acompañaros en el avance contra la orgullosa i muelle ciudad de los vireyes vuestros compañeros de la segunda i tercera División.

« Antes de muchos dias, el poderoso ejército que ha hecho surgir del suelo el patriotismo inquebrantable de la nación chilena se hallará

unido i en aptitud de marchar con paso rápido a poner a la guerra un término digno de los sacrificios i las glorias de Iquique i de Pisagua, de Angamos i de San Francisco, de Tarapacá, de Tacna i de Arica.

« Entre tanto, la primera División vivirá de los abundantes recursos que le brinda la fértil rejión enemiga que pronto ocupará; i su Jeneral, lo mismo que el Gobierno i el país, esperan de élla que mientras llega la hora de los combates, sepa dar al ejército ejemplos de disciplina, de moralidad i de cultura.

« Nada de destrucciones insensatas de propiedad, que a nadie aprovechan i que redundarian en esta ocasión en daño de nosotros mismos. Nada de violencias criminales contra personas indefensas e inofensivas. El ejército de Chile se halla obligado por la grandeza de sus hechos pasados a manifestarse tan humano en el campamento como es irresistible en el campo de batalla.

« Soldados: en víspera de nuevos esfuerzos i de nuevos triunfos, os saluda a nombre de la nación chilena i del Gobierno,

« Vuestro Jeneral ⁽¹⁾. »

Los peruanos han proclamado a los cuatro vientos que las tropas chilenas fueron hordas de vándalos.

(1) *Boletín*, p. 872.

dalos i de bárbaros; mas, ¡seamos justos i razonables! Si un Ministro del Perú en una Circular destinada al extranjero, en una nota diplomática, en uno de esos documentos que suelen redactarse en términos medidos i con frases calculadas, arroja sobre Chile el diluvio de insultos, que hemos notado más arriba; i esto cuando Chile era ya dueño de las aguas del Pacífico, cuando ya habia batido al enemigo en todos los combates i se disponia a dar el último asalto a las fortificaciones peruanas, ¿que lenguaje habria debido usar un Jeneral del ejército victorioso, un Jeneral chileno que, no obstante la jenerosidad de su Gobierno, vió a su patria arrastrada a la guerra i puestos en grave riesgo su honor i su vida; un Jeneral, que ha espuesto su pecho al plomo enemigo i ha visto caer a su lado amigos queridos i millares de conciudadanos amados; un Jeneral, que lleva a sus milicias a más terribles peligros i a sacrificios más cruentos, atendidas las formidables fortificaciones del adversario; un Jeneral, en fin, que anima a sus tropas a dar valerosamente el último ataque a un enemigo, que, a más de haber sido la causa funesta de tantos afanes i de tantas lágrimas, se atreve a calumniar a sus milicias e insultar a su patria? Cualquiera esperaria un lenguaje feroz, como la indignación que ajitaria su pecho. No obstante, en la proclama que hemos copiado nadie habrá hallado una simple

frase, una sola palabra, que revele venganza, ferocidad, barbarie.

Luego los chilenos no son bárbaros; porque los bárbaros no acostumbran un lenguaje tan noble i jeneroso, como el que resalta en el documento que antecede; porque la conducta de los bárbaros no se inspira en sentimientos de tanta magnanimidad, como aquellos de que hicieron gala los hijos de Chile. Resuenan todavía en nuestra mente las entusiastas palabras que el señor Carlos Castellón, entonces Intendente de Chillán, pronunció en el acto de entregar al párroco de aquella ciudad el precioso estandarte conquistado en el asalto de Arica. « El rei de los Hunos, exclamaba, se gloriaba de que no volveria a levantarse la yerba de los campos donde ponía la uña su caballo. Pero, lejos de eso, Chile ha probado que se concilian bien el valor heroico del soldado con la educación política del ciudadano de una república, i tras la roja huella que con su propia sangre i con la sangre del enemigo va dejando nuestro ejército, ha ido el soldado de la paz levantando las obras de la civilización moderna. »

I con razón; pues aquellos hombres que supieron infundir tan nobles sentimientos en el corazón de sus tropas i conducir las a espléndidas victorias, supieron a la vez gobernar las ciudades ocupadas con jenerosidad i moderación admirables; aquel ejército que brilló por su moralidad

i disciplina en los campamentos i dió pruebas de extraordinario valor en todos los combates, admiró al mundo por su digna comportación cuando entró triunfante en las ciudades enemigas.

Una prueba elocuentísima la tenemos, entre otras, en el ingreso triunfal en la Capital enemiga. Una traición sin ejemplo habia comprometido seriamente el éxito de la última batalla, empeñada casi a las puertas de Lima⁽¹⁾; i cualquier ejército, a pesar del respeto que puede imponer el Cuerpo diplomático, en esas circunstancias habria adoptado las más terribles represalias, haciendo pagar mui caro a los habitantes de la Capital la felonía de sus defensores. Sin embargo, el ejército chileno, sobre el cual se agotó el diccionario de los insultos i de las calumnias; el ejército chileno, que fué presentado a las naciones como hordas de vándalos i de bárbaros, dió ejemplos de tanta magnanimidad que admiraria sin duda a sus mismos enemigos.

Los dos testigos oculares, muchas veces citados, nos dirán cual fué la conducta del ejército chileno el día de su ingreso triunfal en la Capital enemiga.

« La conducta de las tropas chilenas al entrar en la vencida Lima es superior a su fama, dice Santini. Los chilenos entraban en Lima no solo sin actitud de provocación, sino con un porte que

(1) Véase Cap. VI. p. 110.

no parecia de vencedores: entraban silenciosos, ordenados, sérios, modestos, tomando directamente el camino de sus cuarteles ⁽¹⁾. »

« El ingreso de las tropas chilenas, añade Malmignati, fué admirable por orden, disciplina i dignidad. No hubo un grito, ni un jesto. Parecian batallones que volvian de las maniobras. Lo que hacia más viva impresión era el talante marcial i europeo de los chilenos, tan distintos, sienta decirlo, de los soldados indios del Perú, que aunque vestidos i armados a la europea, parecian, por lo jeneral, marmotas. « Estos son hombres como nosotros », exclamó un marinero de la *Garibaldi* al ver a los soldados chilenos. Esta exclamación esplicaba las victorias de Chile ⁽²⁾. »

Despues de este hecho elocuentísimo, confirmado por dos testigos oculares, con que se corona lo que hemos dicho hasta aquí, la buena reputación del ejército chileno queda ilesa. Un esplendor más fúljido lo recibirá de la noble proclama que el Jeneral en Jefe dirijió a su ejército en la misma Lima. Aquella proclama, escrita cuando el corazón estaba todavía exacerbado por la desleal traición, ya recordada, debia espresarse con palabras de fuego. Pues bien, lea el lector honrado i dé su fallo imparcial:

(1) *Viaggio della « Garibaldi »*, p. 199.

(2) *Il Perú e i suoi tremendi giorni*, p. 313.

« Hoi, al tomar posesión, en nombre de la República de Chile, de esta ciudad de Lima, término de la gran jornada que principió en Antofagasta el 14 de febrero de 1879, me apresuro a cumplir con el deber de enviar mis más entusiasmadas felicitaciones a mis compañeros de armas por las grandes victorias de Chorrillos i Miraflores, obtenidas merced a su esfuerzo i que nos abrieron las puertas de la capital del Perú.

« La obra está consumada. Los grandes sacrificios hechos en esta larga campaña obtienen hoi el mejor de los premios en el inmenso placer que inunda nuestras almas cuando vemos flotar aquí, embellecida por el triunfo, la querida bandera de la patria.

« En esta hora de júbilo i de expansión quiero también deciros que estoi satisfecho de vuestra conducta i que será siempre la satisfacción más pura i más lejitima de mi vida haber tenido la honra de mandaros.

« Cuando vuelvo la vista hácia atrás para mirar el camino recorrido, no sé que admirar más; si la enerjia del país que acometiò la colosal empresa de esta guerra o la que vosotros habeis necesitado para llevarla a cabo. Paso a paso, sin vacilar nunca, sin retroceder jamás, habeis venido haciendo vuestro camino dejando señalado con una victoria el término de cada jornada. Por eso, si Chile va a ser una nación grande, próspera,

poderosa i respetable, os lo deberá a vosotros.

« En las dos últimas sangrientas batallas, vuestro valor realizó verdaderos prodijios. Esas formidables trincheras que servian de amparo a los enemigos, tomadas al asalto i marchando a pecho descubierto, serán perpetuamente el mejor testimonio de vuestro heroismo.

« Os saludo otra vez, valientes amigos i compañeros de armas, i os declaro que habeis merecido bien de la patria.....

« Palacio de gobierno, Lima 18 de enero de 1881.

« MANUEL BAQUEDANO. ⁽¹⁾ »

Concluiremos este capítulo con las palabras del egregio Santini: « No se puede menos de aplaudir esta proclama, en la que, a diferencia de las indecentes diatribas peruanas, se debe reconocer, unida a la sublimidad de los patrióticos sentimientos, la mui laudable ausencia del insulto al enemigo ⁽²⁾. »

No: ¡los chilenos no han sido vándalos ni bárbaros!

(¹) *Boletín*, p. 972.

(²) *Ob. cit.* p. 201.





CAPÍTULO XIV.

Conducta del pueblo chileno con sus enemigos.

PUEDE creerse talvez que en vista del tratamiento indigno que recibieron los chilenos en Lima i en todo el territorio peruano al tiempo de la declaración de la guerra, igual suerte tendrian los peruanos en el territorio chileno. Es esta una consecuencia lejitima, porque es natural en el hombre, cuando no es dirigido por la relijion i por la sana política, vengar las ofensas de sus connacionales en los compatriotas de los ofensores. Es una lógica indigna, no hai duda, pues es altamente injusto que a pacíficos ciudadanos que viven en suelo extranjero se hagan responsables de lo que han cometido en otras

partes sus conciudadanos; el hecho empero es innegable por el inicuo instinto de las represalias.

Las demostraciones que tuvieron lugar en varias ciudades de Italia contra los franceses por las ofensas inferidas en Marsella a la Colonia Italiana despues de los hechos de Túnes; las demostraciones que se repitieron en el mismo Chile contra los italianos por los famosos batallones, que se decia haber sido encontrados entre las filas del ejército peruano, para callar de hechos análogos acontecidos en otras naciones, nos confirman esta triste verdad.

Sin embargo, en Chile se dió un ejemplo de tan extraordinaria jenerosidad para con los enemigos, que llamó la atención de todos los estranjeros, los que le dieron por ello públicas pruebas de admiración. En el largo período de la guerra los peruanos residentes en Chile han gozado de aquella seguridad i de aquella paz, que dispensa a todo estranjero esa hospitalaria República⁽¹⁾. Solo en la ciudad de Concepción hubo una demostración de alguna docena de rotos contra el fotógrafo Palomino, peruano, el que la provocó imprudentemente con palabras ofensivas en con-

(1) « Se debe confesar en obsequio de la verdad que en Santiago durante la guerra han vivido familias peruanas, a las cuales no se ha inferido el menor insulto. »

SANTINI, *Viaggio della « Garibaldi »* p. 182.

tra de Chile; demostración de cuatro gritos que, sin embargo, fué reprobada por los periódicos i por toda la sociedad de aquella culta ciudad. Ha sido tan proverbial la jenerosidad del pueblo chileno hácia sus enemigos, que la viuda del Contra-Almirante Grau para instruir i educar a sus hijos los mandó a los Colejios de Valparaiso.

A fin de que se conozca hasta donde llegó la nobleza de los sentimientos del pueblo chileno, bastaria saber que la noticia de la muerte de Grau levantó un grito de dolor en toda la República. Grau, como hemos dicho en otro lugar, marino de bellissimo corazón, remitió a la viuda del ilustre Prat los objetos que éste llevaba consigo al momento de su heroica muerte, acompañándolos con la carta cortés, que hemos reproducido en otro Capítulo; i desde ese momento Grau ocupó un lugar preferente en el corazón de todo chileno.

De aquí el sincero dolor por la noticia de su muerte. Este sentimiento se manifestó por la prensa de todos los colores i en las circunstancias más solemnes; i el señor Carlos Castellón (que más tarde fué Ministro de la Guerra) hablando en la plaza de Concepción a un auditorio justamente entusiasmado por la captura del *Huáscar*, que dejaba a la escuadra chilena el dominio del Pacífico, no vaciló en afirmar que la copa de la más pura alegría que en aquel mo-

mento embriagaba todo corazón; estaba amargada por una gota de hiel por la muerte del ilustre Grau, quien por sus nobles acciones se había hecho digno enemigo de Chile.

De esto puede deducirse cual tratamiento dispensaría a los prisioneros el pueblo chileno. Llegados a la capital i alojados en magníficos cuarteles, muchos de la sociedad de Santiago los visitaron con tierno afecto, como si fueran sus mismos soldados, les hicieron regalos i fueron prodigos hasta de dinero, llevando tan allá su jenerosidad para con esos infelices, que algún diario creyó hacer una suave reprensión; porque con tantas demostraciones de bondad pudieran creer como merecido por sus acciones lo que no era sino efecto de natural compasión.

I mientras la sociedad de Santiago hacia verdadera gala de nobleza, el Gobierno preparaba para morada de los prisioneros la ciudad de San Bernardo, que entre todas las poblaciones de la Provincia de Santiago es la que goza de mejor temperamento, i como tal es un lugar de recreo de la aristocracia de la capital.

¡Qué contraste entre los sentimientos del pueblo peruano i los del pueblo chileno! Los peruanos arrojan de su suelo a pacíficos chilenos con la pérdida de sus bienes i con peligro de su vida, los chilenos los consienten en sus ciudades i les prodigan toda clase de atenciones; la prensa

de Lima ha osado negar el innegable heroismo de Prat i de la tripulación de la *Esmeralda*, los chilenos dan público testimonio del valor de Grau i de los marinos del *Huáscar* i se entristecen por la muerte de aquel simpático Contra-almirante; los peruanos relegan a los prisioneros chilenos a lugares inhabitables, los chilenos los acogen con excesiva jenerosidad i escojen para su residencia uno de los lugares más amenos de la República.

Esto habla demasiado alto a favor o en contra de una nación: esto dice que deberán pasar todavía algunas jeneraciones antes que el Perú llegue al grado de civilización, que Chile ha alcanzado.

Hoi que vemos reproducidos en el Boletín de la guerra los entusiastas artículos de la prensa chilena, que hemos recordado más arriba, juzgamos mui oportuno copiar algunos trozos, i reforzar nuestras imparciales aserciones.

Cuando el hilo eléctrico comunicó la rendición del *Huáscar* i se creyó que Grau fuese prisionero de Chile, se espresaron hácia aquel distinguido Contra-almirante los más tiernos sentimientos de simpatía i respeto; los que se cambiaron en gritos de dolor i amargura universal, cuando se anunció que habia muerto en el combate.

El Estandarte Católico, octubre 8.

« El comandante del *Huáscar*, el comodoro Grau, es nuestro prisionero. Pero el cumplido caballero, el pundonoroso adversario de Chile, puede estar seguro de que al pisar nuestras playas no hallará en ellas enemigos que insulten su desgracia, sino manos afectuosas que estrecharán la suya con las efusiones de sincera amistad. Chile no será para él la tierra de la cautividad i del ostracismo, sino una segunda patria donde hallará hospitalidad benévola i consideraciones i respetos dignos de su valor i de sus distinguidas prendas personales. Séanos permitido olvidar al enemigo para saludar en él al honorable huésped que pisa el suelo chileno.....

« P. S. Escrito lo anterior, el último telegrama nos comunica la dolorosa nueva de que el comodoro Grau ha muerto valerosamente en el combate. Si, creyéndolo vivo, le ofrecíamos cariñosa hospitalidad que le hiciera olvidar su condición de prisionero, sabiendo que ha muerto como mueren los valientes, le ofrecemos en nuestra tierra honrosa tumba para sus restos mortales. I digámoslo con franqueza, en medio de las santas expansiones del patriotismo que celebra glorioso triunfo, la noticia de la muerte del bizarro comandante enturbia nuestro gozo i hace mezclarse un jemido a los gritos de nuestro entusiasmo. Que su memoria sea respetada i venerada. »

Las Novedades, octubre 8.

« Son las cinco de la tarde i en este momento se nos asegura que partes llegados al gobierno dan la triste noticia de la muerte del contra-almirante Grau.....

« Grau ha muerto en el campo del honor; ha dejado en la demanda su vida, i ante esa consideración, el respeto es nuestro primer sentimiento. Ante una tumba que se abre para sepultar a un hombre i sobre cuya losa cae una hoja de laurel, las almas capaces de comprender la inmolación de una existencia, se descubren i pasan.....

« Para el Perú, Prat continua siendo un ser vulgar.

« Para Chile, Grau merece las consideraciones de un valiente.

« Esta es la línea que separa a Chile del Perú. »

El Ferrocarril, octubre 9.

« El tipo más brillante i caballeroso de nuestros enemigos, el audaz comandante Grau i sus tenientes, encontrando honrosa tumba en la nave capitana, i el resto de la tripulación rendida en leal combate, al amparo ya de la jenerosa protección de nuestra bandera.

« Respeto al noble vencido i sus dignos compañeros de gloria i de infortunio. Honor a Grau i a los valientes que han secumbido en gloriosa lid i que legan a su patria una página de honra i de imperecedero recuerdo.

« Honra i gloria a los felices vencedores que con la misma certera mano que hicieron zozobrar i caer a la nave capitana, recojen los restos gloriosos de los vencidos i les preparan honrosa i veneranda sepultura.

« El pueblo de Chile saluda este golpe inmortal de gloriosa fortuna, con el entusiasmo levantado i viril de los grandes pueblos.

« A los gritos de entusiasmo i de justa alegría patriótica, solo se ha mezclado el sentimiento sincero i profundo por el trájico fin de los valientes que, como Grau, han sucumbido a la inelencuencia de la fortuna adversa..... »

El Independiente, octubre 9.

« Creemos hacernos intérpretes de los sentimientos de este noble país, manifestando la dolorosa impresión que nos ha causado la muerte del hábil i caballeroso comandante del blindado peruano, que en cumplimiento de su deber, ha sucumbido batiéndose con un valor digno de mejor causa. El contra-almirante Grau era un adversario digno de medirse con los que han tenido la fortuna de vencerlo; i Riveros i Latorre, haciéndole cumplida justicia, se honran a sí mismos i honran al país cuya bandera han sabido llevar a la victoria. »

La Patria, octubre 9.

« Intérpretes del sentimiento nacional en el día de la victoria i del regocijo público, falta-

riámos a la verdad i seríamos injustos con el país si no consignásemos aquí el hecho evidente de que la alegría chilena ha sido, en parte, enturbiada por la trájica suerte que ha cabido al noble caudillo de mar, a quien a tocado cubrir, durante seis meses, desde la torre del *Huáscar*, la integridad i la honra militar de la nación peruana. La muerte de don Michel Grau a bordo de la nave que supo hacer tan respetable, mediante su pericia, su actividad i su valentía, i en medio de la tempestad de fuego i hierro que formaban sobre él las baterías de nuestros blindados, ha coronado una de las bellas carreras de marino i de soldado. En donde quiera que la bravura i el cumplimiento de los deberes para con la patria sean una relijón, el nombre i los hechos del comandante peruano del *Huáscar* serán honrados; i no serán, nó, manos chilenas las que pretenderán, en la hora del triunfo, arrancar una sola de las hojas de la corona del héroe enemigo. »

El Diario Oficial, octubre 9.

« La resistencia del *Huáscar* ha sido digna del valor de sus vencedores, i el gobierno de la República, interpretando fielmente los tradicionales sentimientos del pueblo chileno, ha ordenado que se hagan al cadáver del contra-almirante Grau todos los honores a que tiene derecho el enemigo que cae valientemente al pié de su bandera. »

Coronaremos estas noticias añadiendo el telegrama del Ministerio, al que se refiere el *Diario Oficial*.

« Al Jefe de la escuadra, don Galvarino Riveros.

« Santiago, octubre 8 de 1879.

« Según la relación de usted, el almirante Grau ha muerto valientemente en el combate.

« Cuide usted que su cadáver sea dignamente sepultado, de manera que jamás se dude de su autenticidad.

« Será devuelto al Perú cuando lo reclame.

« El pueblo, obedeciendo a sus tradiciones, se hace un deber en prestar homenaje al valor i a la honradez.

« Preste usted cuidadosa atención a los heridos i prisioneros.

Domingo Santa Maria. - Miguel Luis Amunátegui. - Augusto Matte. - José A. Gandarillas ⁽¹⁾. »

(¹) *Boletín de la Guerra del Pacífico*, p. 360 i sig.





CAPÍTULO XV.

Los chilenos i los italianos

UNA aserción mui seria contiene la historia de Caivano respecto de los neutrales, quienes en la larga guerra no solo habrian recibido perjuicios en sus fortunas, sino también en sus personas, i en tales vejaciones las principales victimas habrian sido nuestros connacionales, domiciliados en el Perú.

Nosotros, desprovistos, como estábamos, de los necesarios documentos, en la primera edición nos servimos de las mismas aseveraciones de Caivano; pues, vimos que, aun admitidas como exactas, no perjudicarian al buen nombre del ejército chileno. Ni negamos los daños materiales, ni

los ultrajes que se decían inferidos a los neutrales; puesto que unos i otros son inevitables en la guerra, como se desprende no solo de la historia, sino del simple sentido común. Ni los bombardeos, ni las luchas furibundas, ni otras terribles circunstancias dejan a los guerreros la suficiente serenidad para distinguir propiedad de propiedad, persona de persona. Se habrá establecido sabiamente por el derecho de jentes que se respeten los lugares sobre los cuales se ve flamear una bandera amiga o una enseña que señale los establecimientos que están puestos al amparo de la Cruz Roja; pero pueden ocurrir complicaciones fatales que dicten por el momento medidas aparentemente crueles, mas indispensables para el desenvolvimiento de las operaciones. Sirva para todo ejemplo el bombardeo de Estrasburgo, ya mencionado, donde no se perdonó ni a los hospitales, ni a los templos, ni a los niños i ancianos, por las razones ya dichas. Mas, sin que nos estendamos demasiado en reflexiones jenerales, los reclamos de las potencias neutrales despues de cualquiera guerra para la indemnización de los perjuicios; la actitud de las naciones europeas que quieren ser indemnizadas por los daños causados en el bombardeo de Alejandría, son pruebas manifiestas de que las bellas teorías del derecho internacional no siempre pueden llevarse a la práctica con aquella

deseable precisión con la cual fueron ideadas i prescritas.

Añadimos empero que en las correspondencias e historias de la guerra del Pacífico hubo buena dosis de exajeración, aun en lo que se relaciona con nuestros connacionales, con todo que han sido, según Caivano, el principal blanco del odio i de la venganza de la soldadezca chilena. I al afirmar esto nos fundamos también en la palabra autorizada del Ministro italiano, que dió de ello solemne testimonio en pleno Congreso, contestando a las interpelaciones que se le dirijieron sobre las exajeradas crueldades i sobre las decantadas carnicerías de los súbditos italianos.

I que el Ministro no anduviese errado i tuviese más bien exactas noticias de sus Cónsules cerca de las naciones belijerantes, se desprende de la siguiente narración del señor Santini:

« El 16 (diciembre de 1880) zarpamos hácia el sur para socorrer a nuestros connacionales: el dia siguiente por la mañana tocamos en Cerro Azul, el 18 llegamos a Tambo de Mora, donde estaban ya los chilenos. Visitamos el campamento recibidos con las más esquisitas atenciones, i el Jeneral Villagran nos invita a su cuartel jeneral. Una comisión de italianos, de la cual forma parte un sacerdote, viene de Chíncha para obsequiar al Comandante. Interrogados si tienen motivos de querrellarse contra los chilenos, i se desean en caso

afirmativo que el Comandante haga a éstos sus representaciones, contestan no tener motivos de quejarse, mientras por otra parte tenían que prepararse para defenderse de los *montoneros* peruanos, quienes, según su costumbre, huían al acercarse el enemigo, i, salido éste, volvían a saquear a los inermes i especialmente a los extranjeros ⁽¹⁾. »

Sin embargo, no sería de maravillarse si, entre tantos extranjeros que pueblan las ciudades peruanas, la Colonia Italiana hubiese sufrido más que los demás las consecuencias de la guerra.

La Colonia Italiana del Perú tiene en su seno personas mui respetables, entre las que brilla, como el sol entre los astros menores, el docto Raimondi, honor i gloria de la Colonia i de Italia. Es la más numerosa de las Colonias extranjeras i ha tenido siempre fama de laboriosidad i honradez. Estas cualidades fueron confesadas por el mismo diario chileno la *Actualidad*, el cual despues que las tropas chilenas ocuparon el Callao, pudo con razón afirmar que los chilenos simpatizaban luego con los italianos, porque encontraban en ellos los mismos hábitos de trabajo i de sacrificio, con que se distingue la población de Chile.

A estas cualidades debe añadirse que ellos

(1) *Viaggio della « Garibaldi »*, » p. 163.

consagrados exclusivamente al trabajo, dejan que los hijos del país resuelvan sus cuestiones i resisten con dignidad a cualquiera lisonja o atractivo. I a la verdad, cuando los gobernantes del Perú intentaron arrastrar a la Colonia Italiana a tomar parte en la guerra; cuando cierto italiano dejenerado, olvidando su deber, quizo hacerse el eco de las sujestiones gobiernistas hasta cometer la desvergüenza de arengar a algún grupo de desocupados, la Colonia supo responder con el merecido desprecio a las lisonjas de la autoridad i a las fanfarronadas de aquel charlatán asalariado. A esto contribuyó eficazmente la actitud enérgica del señor Viviani, Ministro italiano en Lima, quien con notas dirigidas a la Sociedad de Beneficencia i al Cuerpo de Bomberos, recordaba a la Colonia el estrechísimo deber de guardar la más rigurosa neutralidad, protestando que él negaría toda protección a cualquier italiano, que se hiciera culpable de infracción i comprometiera el buen nombre italiano.

No obstante estos hechos, que llegaron a ser de público dominio mediante los diarios más acreditados del Perú i reproducidos en Chile, la propaganda de odio contra los italianos quizo seguirse a toda costa. Los italianos formados en batallones-se decia en Chile-esperaban a las tropas chilenas en las fortificaciones de Chorrillos i Miraflores; así que no solo contra los peruanos,

sino también contra tropas extranjeras se debían dar las últimas batallas. Estos cuentos publicaban los diarios con el acostumbrado *se dice*, para ponerse en salvo de la responsabilidad; esto se repetía en los círculos, i esto repercutía, como eco funesto, en las filas del ejército chileno. Nada más falso i calumnioso, como fué atestiguado más tarde con documentos incontestables, publicados en el mismo diario *La Actualidad*; pero al mismo tiempo nada más oportuno en esos momentos para formar sobre aquellos pacíficos extranjeros una atmósfera de antipatía i de odio. ¿Qué extraño, pues, que los italianos del litoral peruano estuviesen espuestos a funestas consecuencias i fuesen tratados como enemigos? La culpa recae, más que sobre las tropas chilenas, sobre esos malvados que, enemigos sistemáticos de Italia, emprendieron la repugnante misión de calumniar a toda una Colonia i hacer abominable el nombre italiano ante la sociedad chilena.

I no fueron tan solo los italianos residentes en el Perú los que sufrieron los deplorables efectos de tan descaradas calumnias, sino que también la Colonia Italiana de Chile por muchos días fué hecha el blanco de los insultos más villanos. ¿Que culpa habrían tenido los italianos residentes en Chile, si sus connacionales en el Perú se hubiesen hecho realmente reos de infringida neutralidad? La nación había protestado por medio

de su representante en Lima, que no reconociera por italiano al que violara sus prudentes medidas; por consiguiente, dado aún que patriotas dejenerados perpetrasen cualquier atentado, el nombre italiano estaba puesto a salvo de toda responsabilidad. Mas no sucedió así; pues, publicado imprudentemente un telegrama, en que se aseveraba falsamente que entre las filas del ejército enemigo se habia encontrado un batallón de italianos, que fué esterminado, la Colonia Italiana fué hecha el blanco de insultos i bajezas las más repugnantes de parte de ciertos periódicos que, debemos confesarlo en obsequio de la verdad, no son la flor del diarismo chileno.

Lo que sufrirían en esos momentos los verdaderos amantes de nuestra patria, es fácil imaginarlo. Respecto de nosotros podemos asegurar que, al leer en un periódico de Chillan un artículo incalificable, se nos abrió una herida en el corazón. Amábamos a Chile con todos las fuerzas del alma; habíamos cantado repetidas veces con entusiasmo verdaderamente chileno las glorias de sus hijos; i al ver insultados sin escepción a todos los hijos de Italia en las columnas de aquel mismo diario, que habia publicado nuestros pobres elogios, nos sentimos acibarados por una amargura indecible.

Si manifestamos estas miserias en prueba de imparcialidad i casi para desahogar algo la con-

goja de nuestro corazón, debemos declarar también que la prensa seria se mantuvo en la esfera de aquella dignidad que forma su gloria; que la sociedad culta no aprobó las bajezas del populacho; que el pueblo sensato, en fin, no desmintió en esa crítica circunstancia los sentimientos de nobleza i de jenerosidad, que son en él proverbiales: porque el pueblo sensato, la sociedad culta i la prensa seria comprendian mui bien que si hubiera sido razonable alguna demostración hostil contra extranjeros en el curso de la guerra, no debia dirigirse nunca contra los italianos por los ficticios batallones de Miraflores, sino contra súbditos de otras naciones, que causaron a Chile daños positivos i serios.

En efecto, ¿quién fué el que proporcionó al Perú todo el armamento, que arrojó sobre los hijos de Chile fuego, esterminio i muerte? No fueron los italianos, sino los súbditos de la nación que no conoce compromiso más solemne que el que le inspira el *dios-Sterling-pounds*. ¿Quién fué el que se enroló a la escuadra peruana, que tantos perjuicios causó a las costas i a los marinos de Chile? No fueron los italianos, sino los súbditos de las naciones predilectas, que reciben las más tiernas simpatías de aquella sociedad. ¿Quién fué el que se constituyó el brazo fuerte del Presidente Calderón, i se puso, como obstáculo importuno, en el camino de las negociaciones favorables a Chile?

No fueron los italianos, sino los súbditos de una nación, a la cual se prodiga toda clase de atenciones. Sí: varios capitanes de los vapores ingleses fueron denunciados por los diarios de Chile como infractores de neutralidad i, por lo mismo, como fautores de la causa peruana; más de treinta marineros ingleses i alguna docena entre franceses, alemanes, griegos i nicaragüenses, fueron encontrados sobre el *Huáscar* cuando cayó en poder de la escuadra chilena, como puede verse en la lista de prisioneros reproducida en el *Boletín de la Guerra* ⁽¹⁾; un Ministro norte-americano, señor Hurlbut, se declaró el protector de los enemigos de Chile, manifestando a las claras que se opondría a las pretensiones chilenas de anexarse una parte del territorio ocupado. De manera que la cesión del territorio de Tarapacá, que en las Conferencias de Arica fué presentada por los plenipotenciarios chilenos como condición indeclinable para llegar a un acuerdo, por ser dicha cesión lo que podía « compensar en parte los sacrificios hechos i asegurar la paz del porvenir », era contrastada por el Ministro de los Estados Unidos, quien declaraba en nombre de su Gobierno que se hubiera opuesto enérgicamente a todo desmembramiento del territorio del Perú.

¡ Esto es algo más serio que los batallones imaji-

(1) Paj. 371.

narios! Sin embargo, jamás se dirigió a estos caballeros una palabra ofensiva. ¿Con cual justicia, pues, se invehía contra inofensivos italianos? ; Esto pensaron las personas inteligentes i cuerdas, i reprobaron indignadas las bajezas de los descamisados!

Aquí se nos ofrece la ocasión de añadir algunas noticias sobre nuestra Colonia de Chile. Para Chile no ha habido hasta el año pasado una línea de vapores italianos, como para el Plata; por consiguiente no ha habido tampoco esa abundancia de emigrantes que suele llegar en todos los vapores al Brasil, a Montevideo i a la Argentina: emigrantes reclutados por agentes especiales entre los campesinos i artesanos para el cultivo de los campos i otras obras manuales, quienes, por lo mismo, forman una mayoría, que no es, ni puede ser modelo de instrucción i de educación, i, en consecuencia, no es, ni puede ser la flor de nuestra patria. ¿Quién puede maravillarse u ofenderse por esta franca i naturalísima aserción? ¿Desde cuando los campesinos i obreros han constituido la flor de las naciones? ¿Desde cuando los cultivadores de los campos, los artesanos i obreros se reclutan entre los príncipes i marqueses, entre los condes i eminentes caballeros? ¿No sabemos acaso que « bajo las esferas que ruedan, ante el aire que circula, ante el pajarillo que vuela, el pez que nada, el caballo que salta, la abeja

que melifica, el castor que fabrica, la hormiga que trasporta ⁽¹⁾ », solo los ricos i nobles han hecho monopolio del *dolce far niente*?

Sin embargo, si la mayoría de las colonias sudichas es formada por aquella clase de individuos, se debe confesar también que son numerosos i mui distinguidos los italianos que en esas rejiones tienen posición elevada i honran la patria por su instrucción, su educación, su fortuna, su cultura, su ingenio i, en fin, por todas aquellas cualidades, que adornan a las personas bien nacidas.

No habiendo para la República de Chile emigración directa de nuestros connacionales, la Colonia Italiana es la menos numerosa de las que existen en las Repúblicas mencionadas; pues no llegan a Chile sino los que, contando con mayores recursos, pueden sostener con su bolsa el costoso viaje al Pacífico i conservar los necesarios medios para dedicarse desde su llegada a algún negocio que les proporcione lo necesario para vivir. No serán, es verdad, descendientes de Rothschild, mas son individuos que han podido desembolsar una cantidad para pagar el costoso viaje de Europa a Chile; i conservar el dinero no solo para mantenerse, sino para abrir negocios que, por pequeños que sean, llámense aún *pulperías*, hacen siempre necesarias sumas considerables. Por con-

(1) Alimonda.

sigüiente, creemos que en Italia podrian llevar mui bien la corbata, i con un derecho mucho más lejítimo del que ostentan en la rica América ciertos *caballeros* improvisados, cuyos problemáticos patrimonios se reducen a la elegante corbata.

Se nos perdone este pequeño desahogo. Un tipo curioso, según todas las apariencias harto orijinal, para hacer cierta *réclame* a nuestro opúsculo, traducido al castellano i publicado sin nuestra intención ni autorización, se permitia propalar por medio de una hoja suelta en la culta ciudad de Valparaíso, como el autor en el capítulo octavo hubiese hecho justicia a Italia i a Chile: que los chilenos sabrian de allí en adelante quien en Italia llevaria la corbata i quien no llevaria ⁽¹⁾. No ad-

(¹) El capítulo VIII de la primera edición contiene más o menos lo que decimos en el presente. No lo reproducimos literalmente, porque en algunos puntos no fuimos suficientemente esplicitos, i esto fué causa de que las intelijencias limitadas no comprendieran el verdadero espíritu de nuestras palabras, i algunos no mui afectos a los italianos hallaran allí un vasto campo para lucir su antipatía. En ese lugar hablando *en jeneral* de los emigrantes, que parten en todos los vapores para la América Meridional, i estando a las relaciones de la prensa de nuestro país, decíamos que no son la flor de Italia; que es pobre jente sin instrucción i sin educación; que son infelices connacionales que se aventuran en esas rejiones llenos de ilusión, i no encuentran sino desengaños mui amargos, ecc. Pues bien, lo que nosotros dijimos en plural de las colonias italianas de toda la América, refiriéndonos a la mayoría i nunca a la totalidad, i haciendo por lo mismo *mui laudables escepciones* (*lodevolissime eccezioni*), el traductor de nuestro opúsculo, sea por

vertía el buen hombre que la corbata no siempre es el signo específico de la nobleza, de la opulencia i de la honradez: mientras no son pocos los que en lugar de la corbata merecerían una sogá al cuello, i otros, que sin corbata se consagran al trabajo, serían dignos de un collar de perlas; pues es sabido *que con el trabajo se reina*; porque « el trabajo proporciona la felicidad, los mejores goces, la satisfacción del deber cumplido, las dulzuras de un reposo merecido, i es el condimento del placer, el remedio para todo sufrimiento ⁽¹⁾. »

A nuestra Colonia de Chile no le faltan por cierto aquellas cualidades que la hacen acreedora al respeto i a la benevolencia de los pueblos en que viven. La honradez, la laboriosidad i los hábitos de una vida ordenada i pacífica, son dotes que en once años de permanencia en aquella República hemos podido reconocer con complacencia en nuestros connacionales. Jamás se han deplorado en Chile esos tristes casos, que los diarios cuentan de otros lugares. La música, la medicina, la arquitectura i las artes tienen también entre aquellos

inadvertencia, sea por otros motivos, lo singularizó en la Colonia de Chile, adulterando además un sinnúmero de frases i de palabras. I esto dió margen al vendedor del opúsculo para emitir las apreciaciones mencionadas, con las que no hizo por cierto un regalo mai agradable al autor.

(1) DUCHESNE DE SAINT-LEGER, *Filosofía per tutti*, Vol. I.º p. 271.

colonos eminentes cultores, que se han hecho acreedores a la admiración i a los aplausos de las personas honradas e intelijentes, que se hacen un deber en reconocer el mérito en donde se encuentre. Los distinguidos artistas Savelli, Ducci, De Petris, Bagolini i otros muchos no necesitan de nuestros pobres elogios: los reciben a profusión de la intelijente sociedad de Chile, que rinde un verdadero culto al arte musical. Son harto conocidos también los distinguidos médicos señores Ramognini, Dallera, Mazzei, Bixio i otros, cuyos nombres sentimos no recordar. La magnífica fachada, la soberbia torre, el artístico coro de la iglesia franciscana de San Felipe ⁽¹⁾, atestiguan la pericia del valiente arquitecto Provasoli. Los hermosos trabajos de los templos de la Recoleta Dominica i de los Agustinos de Santiago, come también de los Capuchinos de Concepcion i del Colejio franciscano de

(¹) Estas hermosas obras son debidas al celo incansable del Mui R. P. Isaías Nardocci, Comisario Jeneral de los Misioneros franciscanos de Chile, honor de la Provincia Seráfica i gloria del nombre franciscano: misionero docto i virtuoso, que, abandonando en la flor de la vida el patrio suelo, i viviendo consagrado con edificante abnegación al bien de los pueblos de aquella República, ha revelado siempre el gran secreto de hacerse apreciar i amar por cuantos tengan la felicidad de tratarle.

No es de admirarse. Platón ha dejado escrito que la virtud tiene tan poderosos atractivos, que si se ofreciera a la contemplación de los hombres bajo formas materiales, todos la seguirían como locos, enamorados de su belleza.

¡El M. R. P. Nardocci posee, pues, los encantos de la virtud!

Chillan, dan fe de la maestría de los estucadores romanos Pedro Carlucci i Ángel Armezzani. La escultura tiene, especialmente en Valparaíso, notables artistas, entre los que se distiguen los Benvenuto. La pintura de decoración se ejercita con admirable perfección por los hermanos Colombo, i son prueba de ello, entre otras muchas obras, los hermosos altares del templo franciscano de San Felipe. Añádanse a estos los nombres de ricos i honrados comerciantes, como los señores Rondanelli, Solari, Gervasoni, Minetti, Devoto, Schiattino, Sanguinetti, Roncagliolo i otros que formarían una larga lista, i se verá con cuanta razón hemos afirmado que nuestra Colonia de Chile es merecedora de aquellas atenciones, que no se niegan jamás a personas distinguidas por nacimiento, por ingenio, por fortuna, por honradez i laboriosidad: nos es conocido el aprecio que les dispensa la culta sociedad.

Si no se tributa a los nuestros toda la simpatía i deferencia, que se prodiga a otros extranjeros, i especialmente a los súbditos de la poderosa Inglaterra, debe atribuirse a su modo de ser i de pensar. Recordamos haber leído en Chile una correspondencia de París del conocido *Juan de la Roca* (Q. E. P. D.), en la que haciendo eco a las cuestiones debatidas por el diarismo chileno sobre la nacionalidad de los colonos, que debían introducirse en Chile para poblar los campos de la araucanía, i caracterizando a los individuos

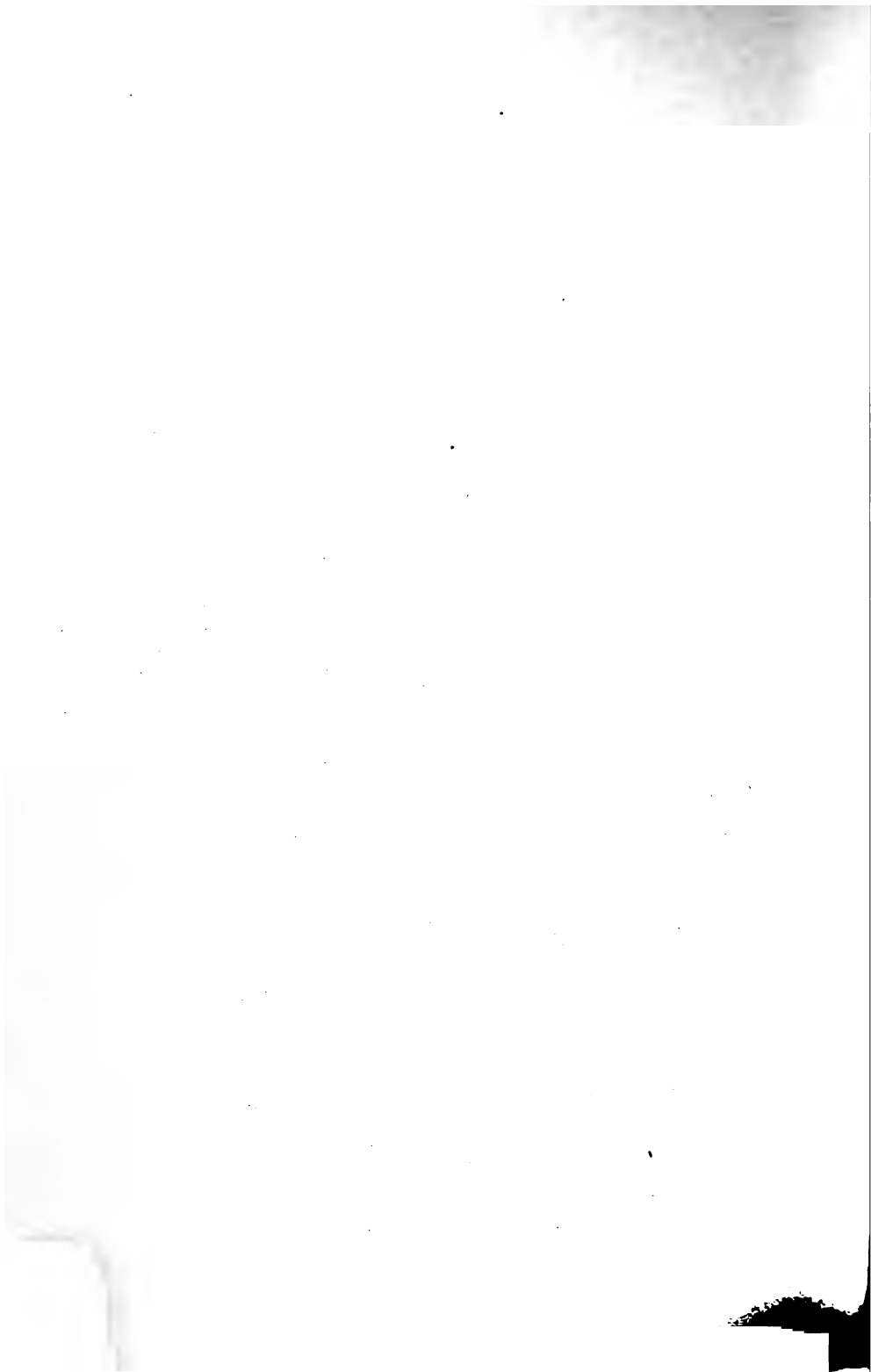
de las diversas naciones, decia de los ingleses : « Los ingleses de dependientes que son en su país, si van a otras partes pretenden ser dueños. » Pues bien, esta metamórfosis para la cual muestran rara habilidad los habitantes de la nebulosa Albión, es mui difícil para los que no han aprendido el arte de la transformación i que, a despecho de las ganas del mundo que se complace en verse engañado, se obstinan en ofrecerse a la sociedad como los ha fabricado la fortuna.

La mayoría de nuestros colonos pertenece a este jénero. Persuadidos los nuestros de que no todos pueden haber tenido su cuna dentro del *cuerno de la abundancia*; convencidos de que el brabajo honrado nunca ha sido un delito entre los pueblos civilizados, i que más bien es lo que ennoblece a la raza humana, se presentan a los pueblos extranjeros como fueron en su país. Si ricos, no hacen ostentación de sus haberes con lujo inmoderado; i si pobres, no se amilanan, porque hallan en el trabajo los medios para sustentar la vida. En nuestra permanencia en Chile hemos visto repetidas veces a las puertas de nuestros conventos irlandeses descalzos, haraposos, hambrientos, que buscaban un pan para desayunarse o un harapo para cubrirse; mas no hemos visto nunca un italiano en aquel deplorable estado de indijencia. Se procurarán lo necesario para la vida con grandes sacrificios, entre trabajos i

fatigas inauditas; pero el pan que comen está perfumado por la honradez. Pues bien, ¿quién querrá despreciarlos solo porque los ve con las manos encallecidas i con la frente bañada de sudor?

Sin embargo, es necesario desengañarse. No está en el hombre cambiar las tendencia de la sociedad. En el mundo se ofrecen con harta frecuencia estas escenas desgarradoras: un hombre puede ser tan honrado como se quiera, mas si él no se presenta al público con una bonita corbata i con vestido de caballero; si él no forma bajo sus piés un pedestal de oro para colocarse al nivel de la elegante sociedad, no podrá aspirar a otras atenciones, que a las que están reservadas a la pobreza.







CAPÍTULO XVI.

Chile despues de la victoria



El valor de los militares chilenos es un hecho experimentado no solo en la guerra presente, como resulta de lo que hemos narrado, sino atestiguado en toda la historia de Chile, i lo vemos reconocido también en un sensato artículo de *El Siglo* de Montevideo ⁽¹⁾. Se habrá puesto en duda la habilidad i pericia de sus Capitanes, pero nunca el valor, el arrojo de sus soldados.

I en cuanto a la pericia de los Capitanes chilenos, ¿es realmente cierto que hayan sido « pusilánimes e incapaces de con-

(1) « El señor Caivano (dice aquel artículo) atribuye la victoria de Chile única i esclusivamente a la decadencia del Perú i a la incapacidad de Piérola. Nada quiere conceder a la

cebir i llevar a cabo el más sencillo plan de batalla » como dice Caivano ⁽¹⁾ ?

Esta inculpación no la hemos leído tan solo en la historia del señor Caivano, sino que los mismos diarios de Chile han criticado repetidas veces a los Jefes del ejército. El tiempo de guerra es el más a propósito para aquellos escritores que tienen la ingrata misión de llenar cotidianamente las columnas de los diarios: en aquellas circunstancias la materia es abundante i mui propicia la ocasión para lucir su habilidad. Lejos de los horrores de la guerra, puesta a salvo la piel de los ataques enemigos, a la sombra de los gabinetes de estudio i rodeados de diarios i libros, talvez adversarios, pero inofensivos e inertes, pueden trazarse cómodamente magníficos planes de batalla, i en seguida censurar a su antojo

pericia i al valor indomable de los chilenos. Esto no es justo. Los chilenos pueden haber sido feroces e implacables, pero han dado muestras inequívocas de ser valientes i patriotas. Todos los hechos de la campaña - ¿ decimos la campaña? - todos los hechos de la historia de Chile están pregonando la capacidad i el talento de sus hombres de estado i el valor indomable del pueblo. No hai derecho para decir que los soldados chilenos solo son valientes cuando ven en derredor una masa de fuerza compacta i numerosa, despues de haber leído episodios como el de un pequeño destacamento de chilenos que cercado en una casa por fuerzas peruanas mui superiores, se dejó abrazar pereciendo todos ántes que rendirse. »

Reproducido por *El Mercurio* el dia 27 de Enero de 1883.

(¹) Ob. cit. I Parte, p. 240.

a los que no los ejecutaron con perfección. Mas en el campo de batalla, en vista del lampo del cañon, bajo granizos de plomo, en medio de los estragos de la metralla, es cosa mui distinta: hai tanta diferencia entre lo primero i lo segundo como entre hablar de muerte i morir.

Por otra parte, si los Capitanes chilenos hubiesen sido realmente ineptos, no seria para ellos mucha vergüenza. Pues, los buenos jenerales no se forman en los colejios, ni pueden adquirir la verdadera ciencia en los ejercicios militares, donde nadie les contrasta el campo, ni diezma sus tropas con la metralla: los jenerales se forman en los campos de batalla en medio de los horrores de la lucha. Ahora bien, Chile, como hemos dicho, es la única República de la América Meridional que respira entre los perfumes de la paz. ¿Qué maravilla, pues, si sus oficiales, instruidos cuando se quiera en la ciencia militar, no hayan llevado a la práctica con mayor brillo los conocimientos teóricos adquiridos en los libros i en los Colejios?

Vergüenza grande ha sido sin duda la de los jenerales i oficiales del Perú i de Bolivia, quienes en las revoluciones en que han estado continuamente envueltos, han podido obtener conocimientos prácticos; sin embargo, en la larga guerra del Pacífico no han sabido llevar sus ejércitos a la más insignificante victoria, i toda su estrategia,

despues de alguna resistencia, ha sido dispersión i fuga.

Mas, lo repetimos, ¿se ha probado realmente la impericia de los Jefes i oficiales chilenos? Dejando a los instruidos en la ciencia militar las doctas i brillantes disertaciones, nos permitimos afirmar que la habilidad i la pericia de los Jefes en los campos de batalla se reducen a disponer sus ejércitos de modo que, derrotado al enemigo, conduzcan a los suyos al triunfo; i es un hecho demostrado en la presente guerra que en todos los combates el ejército chileno ha derrotado al enemigo, ha ocupado sus posiciones, se ha apoderado de sus ciudades, i, pasando intrépido por sobre las trincheras, sobre las minas, sobre las fortificaciones, ha entrado triunfalmente a la capital enemiga i ha impuesto la lei del vencedor: luego tenemos derecho para deducir que los Capitanes chilenos han sido eminentemente peritos.

Sin embargo, el ejército al partir para el campo de batalla no iba confiado tan solo en su valor, en su disciplina i en la pericia de sus Jefes: pericia, disciplina i valor que de nada sirven, cuando Dios que preside i dirige las acciones de los hombres, no los hace dignos de su protección, ni les dispensa la victoria. « No es ni la multitud ni la fuerza lo que da la victoria en las batallas, - decia Jenofonte a los jefes del ejército grieco; - pero si los enemigos no pue-

den oponer resistencia a los que van al ataque fortalecidos por la confianza en los Dioses ⁽¹⁾. »

Si las sagradas páginas no nos enseñaran esta verdad, bastarían los grandes ejemplos que nos ha transmitido la historia de la humanidad. I para recordar uno, ningún ejército fué más valiente i disciplinado que aquel que fué llevado a cien victorias por el jenio extraordinario de Napoleon I; sin embargo, se dispersó como polvo al soplo de aquel Dios, que tiene en su diestra el engrandecimiento i la humillación de las naciones ⁽²⁾. »

Por esto los soldados chilenos se cobijaron bajo la protección del Dios de los ejércitos, entrelazando la bandera de la patria con el estandarte de la religión, simbolizado en el santo escapulario de la Virgen del Carmen, Protectora de las armas chilenas. Aun más, quisieron que todo rejimiento fuese acompañado por un capellán, a fin de que les hablara en nombre de Dios al principio de las batallas i robusteciera su valor con los acentos de la religión, i aquel ministro del Señor fuese su ángel consolador cuando heridos i moribundos inmolarían su vida en las aras de la patria.

Si la historia de las guerras no hubiese dejado monumentos imperecederos para recordar a la pos-

(¹) Anábasis, Lib. III, c. I.

(²) Lib. I. de los Reyes, c. 2, V. 7.

teridad que los hombres más religiosos han sido ordinariamente los más valientes, nos bastaría la historia de la guerra del Pacífico para demostrarlo hasta la evidencia, i desmentir a los escritores ateos e incrédulos, que quieren hacer ver en los ministros de la Religión, en los capellanes del ejército un espantajo para acobardar a las tropas.

Entre tantos hechos importantes de que hemos tomado nota en la citada guerra, uno ha sido la actitud del clero chileno i la del clero peruano. Los sacerdotes chilenos desde el principio de la guerra abandonaron los regalos de la vida, las comodidades de la propia casa i las dulzuras del patrio suelo para ir a participar de los sacrificios i privaciones de sus soldados en el clima pestífero de los arenosos desiertos del Perú, o a dividir con ellos el fastidio de los bloqueos i los peligros de los combates en las naves de guerra; i allí con palabras llenas del celo i patriotismo mantenían siempre vivos en el corazón de los soldados la abnegación i el valor. Al contrario, ¿que cosa hizo el clero de Lima? Habrá sido celoso, no lo dudamos, en las iglesias i en los hospitales, mas en los campos de batalla se ha distinguido por la casi total ausencia.

Caivano nos habla de « una inmensa falanje de clérigos i frailes, que apestaron el ejército, desalentando i acorbando a los soldados con

su predicación ⁽¹⁾. » Esta falanje empero, si realmente la hubo, nos la presenta solo a última hora, en los extremos esfuerzos del Dictador para rechazar al enemigo, en las postreras batallas de San Juan i Miraflores, esto es, a la puerta de la casa. Si aquella *falanje* se hubiera encontrado en otros combates lejos de la Capital, la explicación de las derrotas hubiera sido más breve i sencilla para Caivano. El que para negar el valor de los chilenos busca un pretexto en toda derrota de las fuerzas peruanas; de manera que en Pisagua fué por el gran número de los enemigos, en San Francisco por la traición de Daza, en Tarapacá por falta de municiones i viveres, en Tacna por el propósito de Piérola de abatir a Montero, en Arica por la gran cooperación de la escuadra chilena, en San Juan por la insuficiencia de las fortificaciones, i en Miraflores, a más de la mala disposición de las tropas, por el desaliento de los soldados causado por la predicación de los capellanes, lo hubiera dicho todo en pocas palabras, esto es, *por haberse contagiado el ejército con aquellos desafortados clérigos i frailes*.

Si en los ejércitos ha habido contagio de clérigos i frailes, esta *desgracia* la ha sufrido el ejército i la escuadra chilena; siendo mui pocos los

(1) Obra cit. Parte I. p. 455.

rejimientos i naves de guerra que no llevaban su capellán. Pues bien, ¿cual fué el resultado de semejante contajio? En Pisagua, en San Francisco, en Tarapacá, en Tacna, en Arica, en San Juan, en Chorrillos i en Miraflores, lo mismo que en toda batalla naval, las tropas chilenas derrotaron al enemigo i quedaron dueñas del campo. Desde Antofagasta a Lima las milicias de Chile han hecho una continua marcha triunfal, recojiendo palmas i laureles. Tal es el contajio que llevaron a los militares los clérigos i los frailes: ¡confianza en Dios i, en consecuencia, valor, heroismo, victoria!

Si de Dios tomaron impulso para combatir valerosamente, a Dios tributaron los homenajes de su reconocimiento despues de haber conseguido la victoria; i a semejanza del pueblo de Israel, que desde las riberas del mar rojo magnificaba al Señor por el triunfo obtenido sobre el injusto perseguidor, en todas las catedrales, en las parroquias i en las iglesias de regulares entonábanse a Dios sonoros cánticos de bendición i alabanza.

I fué verdaderamente conmovedor ver entre los levitas un nuevo Moises, digno del antiguo por su dignidad, por su fe i por su piedad, en la veneranda persona del D.^r Salas, obispo de *Concepción*. Aquel ilustre Prelado, que era incansable en el desempeño de su ministerio, mientras animaba a los párrocos con tiernas circulares, a fin de que en medio de las tribulaciones que atravesaba la

Patria avivasen en los pueblos la fe i la confianza en Dios, hacia imprimir *El Guerrero cristiano*, en que hacia resaltar los deberes del soldado cristiano en tiempo de guerra, i distribuia gran número de ejemplares al ejército para que conformase su conducta a aquella hermosa doctrina. I en seguida a la noticia de los triunfos de los soldados de su patria, olvidado de su ancianidad, con el entusiasmo de la más florida juventud, reunia al pueblo en la catedral, i con su proverbial elocuencia le demostraba la grandeza de los beneficios que la Providencia le dispensaba, conmoviéndole hasta las lágrimas de ternura i de gratitud.

Mas para conocer en todo su esplendor con que perfección los chilenos cumplieron el deber de gratitud hacia el supremo dispensador de tantas victorias, basta ver los trofeos que han suspendido en los muros del santuario. A semejanza de David, que despues de haber triunfado de Goliath, colgó en el templo del Señor aquella espada con que habia cortado la cabeza del blasfemador de Dios, el pueblo chileno colocó en las catedrales de Santiago i Concepción, en las iglesias parroquiales de Valparaiso, de Chillán ⁽¹⁾ i de otras partes las

(1) En la iglesia parroquial de Chillán fué colocado el rico estandarte, que se arrebató al enemigo en el atrevido asalto de Arica. Pertenecia al batallón *Iquique*, que hacia parte de los defensores de aquella plaza, i es precioso por el trabajo i por los materiales con que se ha hecho. De un lado lleva el

banderas i estandartes conquistados en sangrientas batallas, para recordar a las jeneraciones futuras el valor de sus soldados i la visible protección de Dios.

Otro monumento imponente del reconocimiento de Chile hácia Dios se ha dedicado de una manera poética en la cordillera de Chillán. En la cresta de la alta montaña que sirve de fondo a las pintorescas Termas, se ve escrito en grandes caracteres el nombre de *Dios*: como si se hubiera querido recordar a los hombres, que así como aquel Nombre adorable, estampado en aquella altura, domina las demás montañas i las llanuras i se muestra a todas las jentes, así aquel Ser supremo domina el mundo i se manifiesta a las criaturas por el fulgor de sus obras. Pues bien, al

escudo peruano i en el otro el *Sol*, emblema de los antiguos habitantes del Perú, ambos bordados con oro purísimo.

Aquel estandarte fué regalado por el Gobierno a la ciudad de Chillán, en obsequio a su ciudadano el Coronel D. Pedro Lagos, que dirigió la batalla de Arica i llevó a sus valientes a una gloriosa victoria. La Municipalidad i pueblo reconocidos quisieron que aquella reliquia se colocara en el templo del Señor, en testimonio de su gratitud al supremo dispensador de la victoria. El autor no solo estuvo presente a la imponente i tierna ceremonia, que con este motivo tuvo lugar, sino que, invitado cortésmente por el mismo Coronel Lagos, predicó un discurso de circunstancia que, a petición de los amigos, fué publicado en la Tipografía del *Nuble*, i por jenerosa benevolencia del Director, D. Carlos Gasmurri, fué obsequiado a los numerosos suscritores de aquel acreditado periódico. Hoi lo reproducimos como apéndice de este libro en recuerdo de aquel día memorable.

piè de aquel santo Nombre, que estampó la mano del creyente, unos patriotas escribieron el nombre de *Prat*. ¡Feliz idea! A la vista de aquel nombre querido el chileno no solo recuerda al héroe de Iquique, que abrió la serie de triunfos i de glorias, sino que recuerda también que aquel valor heroico solo fué posible en un hombre sostenido por la mano de Dios, i, en consecuencia, tributa al mismo tiempo un doble homenaje de reconocimiento: a Dios, que fué el dispensador de las victorias; a *Prat*, que fué el instrumento de la Providencia.

El mismo liberalismo, que por otra parte es tan contrario a tales prácticas religiosas, porque cree poseer el secreto de ser fuerte sin Dios, tuvo que renunciar a sus necias teorías i asociarse al movimiento de la mayoría del pueblo católico i reconocido; i el señor Altamirano el día solemne en que llegó a Valparaíso el ejército victorioso, dando la bienvenida a aquellos valerosos, que habían sostenido tan alto el honor de la nación, en el ímpetu de su elocuencia fascinadora, en un arranque del corazón, exclamaba: Corramos al templo para humillar ante el Dios de los ejércitos esa bandera, que no se ha humillado ante los enemigos.





CAPÍTULO XVII.

La mujer chilena



Más grave es la ofensa que se dirige no tanto a la nación chilena, cuanto a la verdad, cuando con tanto desplante se asegura que sus mujeres, envidiando a las de Lima la bondad, la belleza i las gracias, aconsejaron a los propios soldados la destrucción de Chorrillos i de Lima ⁽¹⁾.

Creemos superfluo refutar esta gratuita aserción, porque despues de los hechos que hemos narrado, queda hecha la apolojía de la mujer chilena. I a la verdad, si, según la sentencia de Jesù Cristo, por los frutos se conoce el árbol, cualquiera al co-

(1) CAIVANO, Ob. cit. Parte I, p. 182.

nocer la moralidad del pueblo chileno, al observar los sentimientos de nobleza que lo adornan, al admirar el heroísmo legendario de que ha dado espléndidas pruebas, llevará el pensamiento a las sabias maestras, que han sabido formar semejantes discípulos.

En efecto, las virtudes cívicas i morales, que forman el decoro de los individuos i el más sólido sostén de las familias i de la sociedad, no se infunden en el corazón del hombre con los frios preceptos de un maestro, no; es la madre, iniciadora del porvenir, la que los comunica con la leche, los nutre con la enseñanza i los fortalece con el ejemplo: i cuando la leche brota de pechos inflamados de amor santo, cuando las enseñanzas son inspiradas en las doctrinas del Evangelio, cuando los ejemplos esparcen el perfume de las virtudes cristianas, el porvenir venturoso del hijo está asegurado i la sociedad se regocija. Es la madre la que, como ángel de la familia, cubre con sus alas la querida prole, estudia sus inclinaciones, cuenta los latidos de su corazón, escudriña los más secretos movimientos de su alma, i, amante más que nadie de la felicidad de su hijo, lo educa, lo guía, lo dirige con aquella dulzura i tino, cuyo secreto solo la madre conoce, i graba tan profundamente en aquel tierno corazón, los jérmenes de la relijión, de la virtud i del patriotismo, que en vano se esforzará en

arrancar la mano cruel de las sectas antisociales, de la incredulidad i de la irreligión⁽¹⁾.

¡Con que perfección han cumplido esta sublime misión las mujeres chilenas. En Chile no falta, por desgracia, la tremenda moda del liberalismo volteriano, que ha inficionado todas las naciones: allí también se hallan incrédulos, i no escasean en las aulas de la Universidad i de los liceos, donde a veces se han avergonzado de enseñar a los alumnos el catecismo de la religión; allí también circulan en abundancia libros impíos i obscenos, que perverten las inteligencias i corrompen los corazones de la juventud inesperta; allí también la prensa, abusando de la libertad i prostituyendo su misión, llega a menudo a los excesos de la licencia, atacando la religión que es base de todo bienestar. Si, pues, no obstante esta propaganda, que hace sin descánso el jenio del mal, se conserva en la inmensa mayoría de la población la religión, la moralidad i las virtudes cívicas, es suma gloria de las mujeres chilenas, que poseen la cordura de salvar a los hijos haciéndolos robustos en la fe, i tienen la enerjía de conducirlos a la práctica de los deberes religiosos i sociales acompañándolos en los tortuosos senderos de la vida con la luz de sus consejos i previniéndolos con la fuerza del buen ejemplo.

(1) DE MAISTRE.

Mujeres de tanta virtud i de cordura no común ¿podían abrigar en el corazón una mezquina rivalidad, que las impulsara a aconsejar a los soldados la destrucción de las ciudades, el estermio de sus enemigos?

Hacer guerra a la mujer, aunque sea con la pluma, lo hemos creído siempre obra indigna de un hombre que aprecia su dignidad. Si no fuera por esto de buena gana señalaríamos al señor Caivano las mujeres, que habrían sido capaces de dar tales consejos. ¿Conoce Ud., quisiéramos decirle, a aquellas mujeres que no han sabido formar una jeneración de hombres morales i patriotas? ¿Conoce bien a aquellas mujeres, que en cien ocasiones han influido en la política de su país, en los resultados de las discusiones del Parlamento, en los mismos actos del Gobierno? Hé ahí, pues, las mujeres dignas de tales consejos.

Los consejos que dieron las mujeres chilenas al ejército al abandonar el patrio suelo fueron admirables, como tierna i sublime fué su misión en el curso de la guerra. Hemos recordado que el pueblo chileno es eminentemente relijioso; de ahí es que en los cuarteles, donde se adiestraban en la disciplina militar, no se oía tan solo la voz del capitán, sino que resonaba también la del sacerdote. Pues, siendo cosa mui sabida que el militar es tanto más valiente al frente del enemigo, cuanto más arraigado está en su corazón el

convencimiento del deber que Dios i la Patria imponen al ciudadano en tiempo de guerra; siendo cosa mui cierta que el soldado cuanto más se halla libre del pecado, que hace temible la muerte, tanto más pródigo es de su vida, se dieron a la mayor parte de las tropas ejercicios espirituales, ya sea para recordarles los deberes cristianos i militares, ya sea para prepararlos a recibir dignamente el pan de los fuertes, que debia ser su principal escudo de defensa. Pues bien, el dia en que las tropas recibian a Jesús Sacramentado, las señoritas de la aristocracia de la Capital les distribuian el escapulario de la Virgen del Carmen, Patrona del ejército. Lo mismo se repitió también en las demás ciudades de la República.

Ahora, ¿quién no ve que aquella ofrenda era más elocuente que cualquier consejo? Ellas cubrian el pecho de los defensores del derecho i de la dignidad nacional con el estandarte de aquella Réina, que en las sagradas pájinas es llamada terrible como un ejército formado en batalla, a fin de que combatiendo a la sombra de aquella celestial bandera, i al lado de aquella poderosa Soberana, cosechasen a manos llenas preciosas coronas; armaban a sus soldados de aquel broquel impenetrable, que defenderia sus corazones del miedo i de la cobardía, que son más temibles que la metralla enemiga; les regalaban una insignia religiosa, que tuviera siempre fijo en su mente

aquel ser supremo, el cual si es Dios de los ejércitos, es también padre de bondad i de amor: por consiguiente, si confiados en Él debían esperar un seguro triunfo, llevados por su protección a la victoria, debían tratar a los vencidos con jenerosidad de hermanos.

Esto hizo en aquellos momentos solemnes el bello sexo de Chile. I cuando el ejército con la mirad fija en la bandera de la patria i con el pecho guarnecido con aquella impenetrable coraza, daba el último abrazo a los suyos i el último adios al suelo natal, las madres, las hijas, la esposas, las hermanas de aquellos militares, con los ojos bañados en lágrimas, se reunían en el templo de Dios, i allí bajo el trono de la divina Protectora, espuesta a la pública veneración, desahogaban sus corazones con fervorosas oraciones, que llevadas al seno de Maria por el Ángel de Chile, i por Ella al trono del Eterno, volvían al alma de aquellas piadosas el consuelo i la esperanza, i preparaban para los hijos los laureles de la victoria.

A los piés de la Virgen bendita hallaban las virtudes que son tan necesarias en tiempo de guerra. A cada batalla llegaban noticias portadoras de dulces alegrías i de inmenso dolor: los triunfos se sucedían a los combates; pero aquellos triunfos se escribían con la sangre de sus hijos, se compraban con la vida de víctimas queridas,

que enlutaban tantos hogares, que dejaban tantas viudas desoladas, tantos huérfanos abandonados, tantos ancianos privados del sostén de su vejez. Mas a los piés de Maria brotan fuentes de celestial resignación i de sublime caridad: desde aquel trono partia la inspiración de aquellas patrióticas instituciones, que estaban llamadas a mitigar los estragos de la guerra. Así las principales damas de la capital fundaban la *Protectora*, esto es una institución en que debían brillar la caridad, la filantropía, el amor patrio de todas las clases de la sociedad: en que debía darse una prueba más solemne del hermoso corazón del pueblo chileno: pues, con jenerosas ofertas, en las que se admiró una gara de emulación, se socorrió a las madres, a las viudas, a los ancianos, a todo infeliz que hubiese tenido la desgracia de perder un deudo querido ⁽¹⁾. I a fin de que nada

(1) « La mujer chilena, dice el señor Santini, sin ir al campo de batalla, fué uno de los más poderosos elementos de guerra material i moral.

« Son las señoras de la alta sociedad las que inician i llevan, como vulgarmente se dice, viento en popa ricas suscripciones, que ejecutan conciertos de beneficencia, que imponen i exigen pingües contribuciones mediante los bazares, en los cuales se entra pagando solo veinte centavos, i se sale con un ramillete que puede costar sesenta pesos.....

« Desde el día en que el Gobierno chileno prohibió sabiamente que los soldados llevaran sus mujeres al campamento, para no condenarlas — como sucede a las esposas de los soldados peruanos i bolivianos — a sepultar a los muertos o a morir

faltase en aquel arranque de patriotismo, el celoso sacerdote D. Ramón Ángel Jara formaba el *Asilo de la Patria* para recibir a los huérfanos de los defensores de la misma i asegurar su educación i su porvenir.

Debiéramos recordar también la abnegación de las señoras i de las doncellas más delicadas en servir i curar a los heridos, que desde los campos de batalla se remitían a Chile; siendo la satisfacción más grata para aquellas buenas señoras dar una prueba de su reconocimiento a los invictos defensores de su honor, mientras las que no tenían la suerte de servirles personalmente, se de-

se de hambre, en las chilenas se ha encendido más i más el entusiasmo guerrero.....

« Puede uno no participar del exceso de su entusiasmo, pero es forzoso inclinarse admirado delante de aquellas niñas hermosas, amantes i amadas, que renuncian, talvez para siempre, a los felices momentos de un amor envidiado, i lanzan a sus prometidos al campo del honor para defender la patria amenazada. Los prometidos de las señoritas más hermosas i elegantes de Santiago i Valparaiso fueron los primeros en ofrecer a la patria su tributo de sangre.....

« Por lo demás, el mejor lado de este entusiasmo exagerado era el que se relacionaba con la pública caridad. La obra santa de la filantropía derramaba a profusión sus beneficios i socorría con celo jeneroso a las consecuencias de la guerra. Los heridos fueron acojidos espléndidamente i atendidos con afectuoso cuidado, viéndose la caridad abrazar con igual cariño amigos i enemigos; pues, se prestaban a los peruanos i bolivianos los mismos cuidados que a los chilenos. El Comité de la Cruz Roja habia plantado allí también su benéfica bandera, i prestaba, como en todas partes, espléndidos servicios..... »

Viaggio della « Garibaldi », p. 94 i sig.

dicaban a proveer cuanto se necesitaba para la cura de los heridos, efectos que remitían en abundancia a las ambulancias i a los hospitales; mas creemos suficiente lo que hemos dicho hasta aquí, para dar una idea siquiera del carácter religioso, caritativo i patriótico de la mujer chilena i de sublime misión en la pasada guerra, para deducir con toda seguridad que corazones tan nobles i virtuosos no podían abrigar el odio miserable e indigno, que con tanta injusticia se les atribuye ⁽¹⁾. »

Los chilenos - queremos repetirlo una vez más - no han fundado su grandeza en las mezquinas ambiciones del poder, ni su prosperidad en las

(1) « El señor Caivano ha ofendido gratuitamente a las damas chilenas, afirmando que azuzaban en Santiago y en Valparaíso a los rotos para que fueran a destruir a Lima i a Chorrillos, porque estaban devoradas de envidia contra de las limeñas, reconociendo que éstas son más bellas, más buenas y más graciosas que ellas.

« Una historia en que esto se escribe no es una historia imparcial. No es lícito al historiador denigrar de este modo al bello sexo de un país. Conocemos a las limeñas: las hemos visto de cerca. Es justa la reputación de gracia i de belleza que han conquistado. Pero para elojiar a las limeñas no hai necesidad de deprimir injustamente a las santiaguinas i a las porteñas del Pacífico, entre las cuales se encuentran con frecuencia magníficos tipos de hermosura escultural. Mas injusto es todavía, si cabe, atribuir a la jeneralidad de las damas chilenas sentimientos ruines que no han mostrado ni tendrían tampoco razón para abrigar. »

Editorial de *El Siglo* de Montevideo, reproducido en *El Mercurio* de Valparaíso el 27 de Enero 1883.

especulaciones de una política de revueltas: ¡gloria a las mujeres chilenas, que han sabido inspirar en los corazones de sus hijos las delicias de la vida pacífica i el amor al trabajo, que son las verdaderas fuentes de riquezas duraderas!

Los chilenos, arrastrados a una guerra fratricida, contestaron al llamamiento de la patria amenazada con jenerosidad i enerjía: ¡gloria a las mujeres chilenas, que han sabido encender en los corazones de sus hijos el puro amor de la patria i el verdadero interés de sus conciudadanos!

Los chilenos en los campos de batalla han admirado al mundo con un valor lejendario: ¡gloria a las mujeres chilenas, que han infiltrado en los corazones de sus hijos aquella relijión que hace despreciable la vida, cuando su sacrificio es necesario para sostener los verdaderos derechos de la patria!





CAPÍTULO XVIII.

Negociaciones de paz con el Perú



AUNQUE el hombre no sea el descendiente del mono, como blasfema la escuela de Darwin, sino la criatura privilegiada que salió de las mismas manos del Eterno, vivificada con un suspiro de su corazón, no obstante, se descubre en él una inclinación irresistible a imitar. El hombre es un ser imitativo: i sus primeras lecciones no son sino los ejemplos de sus educadores: sus primeras obras en el teatro del mundo no son sino la reproducción de lo que ha visto i contemplado en sus mayores.

Lo que se ve en los individuos, se observa también en las naciones. Las pequeñas naciones

se miran en las grandes, i de sus ejemplos se sienten impelidas a la imitación, se ven tentadas a remedar. I la Francia es siempre la preferida en la elección de los ejemplos que han de seguirse: desde el figurín de la moda hasta la forma del pensamiento, todo se espera de la *gran nacion*, que es considerada cual matrona educadora de las demás niñas, que están siempre pendientes de sus labios, siempre colgadas de su basquiña. Algo, en verdad, ha enseñado a sus discípulas, mas ¡qué diluvio de males les ha regado! Pero aquí ponemos punto....

Cuando la Francia, años ha, derrotadas en todos los encuentros sus milicias por las tropas alemanas i perdida la esperanza de una posible *rèvanche*, tuvo que humillarse a la Prusia i pedir la paz, el altivo Julio Favre pronunció esta sentencia que encontró muchos admiradores: *Ni una pulgada de nuestro territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas*; sentencia empero que no conmovió al «hombre de fierro», i los diplomáticos franceses, acostumbrados a dictar leyes a las naciones i dirigir sus destinos, tuvieron que inclinarse a las condiciones irrevocables del vencedor, desmembrar el territorio de dos ricas provincias, ceder algunas fortalezas i desembolzar la miseria de cinco mil millones de francos.

Pues bien, en el Perú, a tantos miles de leguas de distancia de la Francia, hizo eco la pa-

labra de Favre; i cuando esa República, destruido ya su poder marítimo por la escuadra chilena, derrotada la flor de sus ejércitos en seis batallas, oyó de los Plenipotenciarios chilenos la base de las condiciones para arribar a la paz, esto es la cesión a Chile de una parte de territorio, se contestó remedando la energía i las palabras del diplomático francés: *Ni una pulgada de nuestro territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas*. I para que aquella doctrina tuviese una orijinalidad propia i una aplicación del todo peruana, fué acompañada por las curiosísimas instrucciones siguientes, que el Jefe supremo del Perú dictó a sus Plenipotenciarios destinados a las Conferencias de Arica: La vencida Alianza aceptaría la paz del victorioso Chile con tal que éste desocupara inmediatamente los territorios del Perú i de Bolivia, ocupados despues de sangrientas batallas; restituyera las dos naves peruanas *Hudscar* i *Pilcomayo*, capturadas en leales combates, i pagara además la indemnización de los daños causados a la Alianza i los gastos de una guerra temerariamente injusta ⁽¹⁾.

(1) Circular del Ministro chileno, reproducida en la Memoria de 1882.

« Los plenipotenciarios del vencido, dice Santini, no solo pretendían la restitución del territorio conquistado i de las naves de guerra capturadas en batalla, sino que se permitían exijir una indemnización por los daños sufridos por el Perú i Bo-

¡El vencido se daba tonos de vencedor e imponía la lei! Aquellas propuestas, si es que fueron indicadas, habrán hecho reir hasta las anclas del buque, sobre cuya cubierta fueron formuladas!

Fracasadas las negociaciones de Arica, se siguieron las terribles batallas de San Juan, Chorrillos i Miraflores, en las cuales ambas partes tuvieron pérdidas tan numerosas que, considerado el número de los belijierantes, nos resistimos a creer que haya sucedido en otras guerras algo parecido. En efecto, Chile victorioso, sobre 25,000 soldados, tuvo *cinco mil cuatrocientas cuarenta i tres bajas*, entre muertos i heridos, i entre ellos más de *trecientos* entre jefes i oficiales; i el Perú, sobre 30,000 hombres, tuvo no menos de 12,000 bajas, dejando en poder del enemigo 222 cañones, 19 ametralladoras, 15,000 rifles de diversos sistemas, más de 4,000,000 de tiros i una buena cantidad de pólvora i de dinamita ⁽¹⁾.

Desaparecido en Miraflores el último resto del ejército peruano, entrado el vencedor triunfante en la capital enemiga, la guerra debia considerarse como terminada, i un tratado de paz debia obligar al enemigo a abandonarla. La Francia,

livia, bajo el gracioso i burlesco pretexto de que Chile habia intimidado la guerra i, por lo mismo, estaba obligado a pagar los gastos de ella aun a los vencidos. »

Ob. cit., p. 183.

(1) Parte del Jeneral en Jefe al Ministro de la Guerra, publicado en el *Boletín de la guerra*, p. 981.

justamente altiva, no hubiera permitido que un solo soldado alemán pisara las calles de París, si para ahorrarse esa pasajera humillación, no le hubiera sido exigida la fortaleza de Belfort; pero lo obligó a abandonar lo más pronto no solo la capital, sino el suelo francés. Las condiciones impuestas por el Gabinete prusiano fueron tan terribles, que aquel grande hombre, Thiers, profundamente conmovido, ni aun pudo comunicarlas a la asamblea nacional; mas era indispensable inclinarse a las circunstancias i poner un término a la guerra a costa de cualquier sacrificio. Esto hizo la Francia: aquel pueblo que, bajo los golpes de la fortuna adversa, tenia el consuelo de recibir de todas partes las expresiones de la más sincera simpatía; aquel pueblo, que por el crédito que gozaba en el mundo, reunió en poco tiempo muchos millones; aquel pueblo, en fin, que deseaba inmolarse en masa para salvar el honor i el prestigio de la patria.

Mas el Perú no era la Francia, ni Piérola era Thiers. Los diplomáticos de Lima que remedaron la altivez de Favre, no tuvieron igual valor para arrostrar la resignación de Thiers; i al ingreso del ejército chileno en Lima las autoridades tomaron el camino de la montaña, llevándose en el bolsillo los poderes dictatoriales, i dejando aquella ciudad a la merced de los facciosos, quienes no queriendo ser menos de los comunistas de París, repitieron sus excesos de vandalismo, de horror i de sangre.

Con la fuga de las autoridades, se oponía al victorioso Chile una resistencia de nuevo jénero, sin considerar que tan curiosas estratagemas irritarian siempre más al enemigo i ocasionarian a los vencidos mayores desventuras. ¿Que cosa podia esperarse de ese nuevo sistema de pelear? El Peru - vale la pena de recordarlo una vez más - habia visto desaparecer todos los medios de leal resistencia al enemigo : de su flota no quedaba un solo bote, porque los buques que escaparon del cañon chileno fueron quemados por los mismos peruanos en la rada del Callao, a fin de que no cayesen en poder del vencedor; del ejército solo quedaban algunos grupos de soldados desmoralizados, incapaces ya de combatir con el siempre victorioso chileno; los recursos internos estaban agotados, porque el pueblo habia dado hasta las joyas más queridas para sostener los gastos de la guerra i pagar las contribuciones del enemigo; el erario nacional estaba exhausto, i el papel moneda, como hemos dicho en otro lugar, estaba tan depreciado, que el *Sol* apenas se avaluaba en diez centavos; el crédito en el extranjero era enteramente nulo, atendida la enorme deuda *de trecientos millones de soles* de que estaba gravada aquella infeliz República ⁽¹⁾; en suma, sin escuadra, sin ejército,

(1) Circular del Ministro chileno a sus Encargados en el extranjero, enviada el 24 de diciembre de 1881.

sin armas, sin dinero, sin crédito i sin valor, era mui razonable que se viniera a pactos con el vendedor: era prudente sacrificar una lonja de territorio, aunque fuera el más precioso, i consagrarse con todas las fuerzas a la rejeneración del pueblo, « siguiendo los senderos del trabajo, del orden interno, de la justicia, de la economía i de todas las virtudes », como gritaba en la Asamblea de Cajamarca un diputado peruano.

¡Pero nó! El Dictador, lo hemos dicho, abandonó la capital, mostrando con el hecho que por nada estaba dispuesto a terminar la guerra i resignarse a la suerte. ¡En enero de 1881, no podia aun ponerse fin a una guerra iniciada en febrero de 1879! Es cierto que manifestó su deseo de entrar en negociaciones con Chile mediante el Cuerpo Diplomático de Lima, i cuando los Plenipotenciarios chilenos rechazaron ese medio mandó con el mismo objeto a sus representantes; mas al mismo tiempo dirijia una circular al dicho Cuerpo Diplomático, en que, esplicando a su modo los últimos desastres de las armas peruanas, arrojaba sobre el pueblo i sobre el ejército chileno las más odiosas invectivas ⁽¹⁾. ¡No era ese el modo de buscar una conciliación con un enemigo potente i victorioso!

Por otra parte, el pueblo peruano, que habia

(1) *Memoria de Relaciones Exteriores*, 1881, p. 15, i sig.

aceptado en críticos momentos la Dictadura del señor Piérولا, con la confianza de verse conducido a alguna victoria i ver reparados los pasados desastres, estaba ya cansado de su Dictador, que no habia hecho más que seguir arrastrando a la patria a la vergüenza i a la ruina, i espresó su voluntad de derribarle del poder para sustituirle por otro ciudadano que tuviera suficientes dotes para salvar a la patria de mayores infortunios. Así que, reunidos en asamblea los notables di Lima, nombraron Presidente provisorio del Perú al señor José Francisco Calderón. Piérولا entonces dictó un decreto en el cual conminaba con penas mui severas a las personas que osasen reconocer otra autoridad que no fuera la suya, amenazándolos aún con la pérdida de sus propiedades.

El Ministro de Estados Unidos, señor Hurlbut, confirma lo que vamos diciendo en una nota dirigida al señor Garcia y Garcia, secretario jeneral del Dictador.

« Es entendido, dice, que el Perú es una república rejida por una Constitución que debe ser la lei suprema.

« Apoderarse el señor Piérولا del mando supremo i arrogarse una autoridad que la Constitución desconoce, fueron actos revolucionarios i atentatorios al acatamiento debido a la lei.

« La manera violenta i compulsiva como esa

revolución se llevó a cabo, le imprimió el carácter de un crimen contra la libertad. La dictadura fué una pura tiranía, autocrática i despótica en su plan, en su título i en sus actos.

« El pueblo del Perú, abrumado por una guerra de invasión, se sometió a esa autocracia creyendo que ella lo conduciría a la victoria.

« Las naciones extranjeras la reconocieron como un gobierno *de facto*, pero jamás aprobaron su origen i su sistema.

« En lugar de la victoria, la dictadura condujo a desastrosas derrotas, i el Dictador se fugó de la capital.

« El pueblo del Perú no ha tenido desde entonces oportunidad para espresar libre i abiertamente sus deseos i simpatías.

« La Asamblea Nacional no tiene con arreglo a la Constitución el derecho de existir i sus resoluciones no tienen más valor legal que el de la opinión emitida por cualquier número igual de ciudadanos privados.....

« Por esta razón me veo, con el más grande pesar, obligado a decir a Ud. que los recientes decretos espeditos en Ayacucho, respecto de las personas i propiedades de los que no reconocen al señor Piérولا, son inhumanos i bárbaros i colocan por sí mismo al Gobierno que emplea tales medios fuera del pálido de la lei.....

« Un Gobierno fuerte i apoyado en la acción del

pueblo, jamás apela a semejantes medios de crueldad i devastación.

« Tales medidas compelen a todos los Gobiernos civilizados a mirar con reprobación las autoridades que las practican ⁽¹⁾..... »

Siendo esta la opinión de los diplomáticos extranjeros i de las personas influyentes de la sociedad peruana respecto de la dictadura del señor Piérola, su Gobierno no ofrecia las necesarias garantías para gestionar con él las negociaciones de paz. Cualquier tratado hubiera encontrado la reprobación de la mayoría de la República, la cual vió siempre en la dictadura una usurpación de poder, que solo toleró para no envolver a la patria en guerras civiles en momentos en que necesitaba de todas sus fuerzas para combatir al enemigo invasor. Por consiguiente, el Gabinete chileno creyó prudente esperar que se organizara un Gobierno en conformidad a la Constitución de la República, i se convocara un Congreso nacional, que sancionase solemnemente los tratados de su Gobierno. Mas la organización de un gobierno serio era una esperanza que no podia acariciarse por el momento.

Causa honda pena el estado infeliz al cual se vió reducida en aquellas circunstancias la desgraciada República peruana. Humillada por conti-

(1) *Memoria de Relaciones Exteriores*, de 1882. p. 8.

nuas derrotas, empobrecida por los gastos de la larga guerra, desacreditada en el extranjero por las habituales revueltas i por las enormes deudas, ella ofrecia el espectáculo de un enfermo en su última agonía, cubierto de harapos i solo digno de lágrimas. La contemplaron los neutrales i, movidos de sincera compasión, se empeñaron para salvarla de su total ruína, interponiéndose como mediadores de paz cerca del victorioso enemigo, i dándole de esta manera elocuentes pruebas de leal amistad, de interés no mentido. Esto hicieron los amigos, informados en nobles sentimientos, mientras sus hijos, ajitados por las habituales ambiciones, parecían esforzarse en consumir el sacrificio de la madre patria. La voz de los verdaderos patriotas, que llamaban entorno suyo a los dispersos hermanos, se perdía entre los gritos de las pretensiones personales; i en esos solemnes momentos, en que debían ahogarse dentro del pecho la ambición i el egoísmo, se vió el espíritu de la discordia apoderarse de los ánimos sembrando tal desorden entre los hombres influyentes de ese país, que causa a la vez compasión e indignación. Piérola dictaba decretos severos para conservarse en el poder i una agrupación de fautores sostenía sus pretensiones. Los notables de Lima eligieron a Calderón como Presidente provisorio, mas su autoridad, hecha sospechosa i perjudicial al vencedor, cesaba despues

de brevisima vida. Se apeló entonces al Vice-Presidente Montero; pero siguiendo éste una política dudosa, sin iniciativa i sin la energía propia de las circunstancias, fué reprobado i derribado del poder. Se proclamó en seguida el Jeneral Iglesias, que gozaba de mayor prestigio entre los suyos i los enemigos; mas el Jeneral Cáceres al frente de un buen número de soldados le disputaba el mando. En suma, se veia una porfia de necia ambición, en la cual los que estaban llamados a salvar al país, se disputaban, más que un fantasma de poder, el cadáver de la patria, los harapos i las lágrimas de sus conciudadanos. ¡Miseranda condición de un pueblo, que vive olvidado de los deberes del verdadero patriotismo!

Aquí creemos oportuno añadir algunos detalles a lo que repetidas veces hemos indicado mui a la lijera.

Los notables de Lima elijieron por mayoría de votos al señor José Francisco Calderón como Presidente provisorio, con la facultad, o mejor dicho, con la condición de convocar lo más pronto la asamblea nacional para tratar con el vencedor de armisticio o de paz ⁽¹⁾. Las Provincias empero no respondieron a la invitación del Presidente, como era de esperarse de la abnegación de todos

(1) Actas de la elección, reimpresas en el *Boletín de la guerra*, p. 1086.

los partidos; i él por su parte inició una propaganda de resistencia entre los peruanos más acaudalados, tentando todos los medios para frustrar las pretensiones de los chilenos de anexarse absolutamente la Provincia de Tarapacá. Antes bien espresó a las claras que habria tolerado más bien hacer del Perú una colonia de los Estados Unidos, que ceder a Chile una pulgada de territorio. Al efecto pidió el apoyo del Ministro norteamericano, señor Hurlbut, ofreciéndole en compensación de su protección el puerto de Chimbote, como estación naval de la gran República. Ese Ministro no tardó en declararse fautor de la causa peruana, prometiendo un eficaz apoyo para resistir a las condiciones del vencedor.

Esto se revela claramente en la carta siguiente, que ese diplomático dirigió a los notables de Lima i que vemos publicada en la Memoria del Ministerio de Relaciones exteriores de 1882:

« A pedimiento de Uds. hago las siguientes declaraciones:

« 1.^a Los Estados Unidos de América están firmemente en favor de la cesación de hostilidades entre Chile i el Perú, i del pronto restablecimiento de la paz.

« 2.^a Son decididamente opuestos a toda desmembración del territorio del Perú, escepto con el libre i pleno consentimiento de esta nación.

« 3.^a Son de opinión que Chile ha adquirido como

un resultado de la guerra el derecho de indemnización por los gastos de guerra, i que el Perú no puede rehusar el pago. »

Cualquiera notará a primera vista la aberración deplorable de los gobernantes del Perú. Ellos que se oponían tenazmente a la cesión de territorio reclamada por el vencedor como derecho de guerra, ofrecían espontáneamente a otra nación un puerto interesante, en compensación del simple apoyo para resistir a las condiciones del adversario.

Debemos hacer constar empero que el Gobierno de los Estados Unidos fué enteramente ajeno a las jestionés de su Ministro; i con ese tacto político de que goza merecida fama, reprobó las intrigas de su representante i dejó que los beligerantes arreglasen sus intereses como mejor les pluguiera ⁽¹⁾.

El Gabinete chileno no había reconocido el gobierno del señor Calderón, como no lo reconoció el Cuerpo Diplomático de Lima, escepto el Ministro norte-americano ⁽²⁾. I las autoridades chilenas, que observaron las tendencias hostiles del Presidente provisorio, le habían prohibido el ejercicio de toda autoridad en los territorios ocupados por sus armas. Mas él no solo ejercitaba los actos

(¹) *Memoria de Relaciones Exteriores*, 1883, p. XI.

(²) Id. de 1882, p. 19.

de supremo mando contra las órdenes de las autoridades militares, sino que atizaba al pueblo fomentando en él la confianza de ver burlados los esfuerzos de Chile mediante la protección de un Estado poderoso. Por consiguiente, viendo en él un obstáculo funesto para facilitar el término de la guerra, le quitaron del medio, llevándolo a Chile como rebelde a las autoridades de la capital i prisionero de guerra.

Entre tanto se prolongaba indefinidamente la triste situación. Los caudillos de las dispersadas tropas peruanas seguían disputándose el mando supremo, sin esperanza de que renunciaran a sus aspiraciones i cooperaran a la unificación del país; muchas de las personas aristocráticas de Lima i de las Provincias soñaban con las utopías de una intervención extranjera, que arreglase a su modo las condiciones de la paz: Chile por otra parte mantenía en el estenso litoral peruano i en la capital enemiga un ejército numeroso, cuya mantención importaba injentes i continuos gastos, mientras la salud de las tropas, acostumbradas al clima benigno de Chile, sufría los efectos del temperamento malsano del eterno verano del Perú.

Ahora nosotros preguntaríamos al más entrañable amigo del Perú: ¿que cosa debía hacer el vencedor para sacudir al pueblo peruano del profundo letargo, en que se complacia verse abandonado? No querrá pretenderse que Chile, en vista

de las dificultades de tratar con un gobierno serio, formara la resolución de abandonar los territorios ocupados, contento de las glorias del triunfo i satisfecho con los laureles de la victoria. Ejemplos de tanta magnanimidad son desconocidos en las historias de las guerras. Es demasiado reciente el ejemplo de la Prusia que quizo como indemnización de guerra buena parte del territorio francés i cinco mil millones de francos en dinero. ¿I lo que fué juzgado lejítimo derecho de guerra entre naciones que se dicen maestras de civilización, debia considerarse una pretención exajerada i cruel en América, como quizo insinuar un Plenipotenciario en las Conferencias de Arica? La descendencia de Chile se habria podido llevar a lo más hasta renunciar a la primera de sus condiciones, esto es, a la desmembración del territorio enemigo, i aceptar en dinero las indemnizaciones: ya que toda la dificultad para arribar a un inmediato acuerdo se limitaba a la oposición del pueblo peruano a la cesión de la Provincia de Târapacá, como fué declarado desde las Conferencias de Arica. I el señor Trescot, enviado extraordinario de los Estados Unidos para ofrecer por tercera vez los buenos oficios de mediación, insinuó al Ministro chileno semejante medida; mas ella habria sido reprobada por todo Chile, no porque, aspirando desde mucho tiempo a la posesión de la misma, debia aprovechar

de las ventajas de una guerra afortunada para arrebatarla al enemigo, como dice Caivano, sino porque con esa renuncia habria sacrificado cientemente los intereses i los ciudadanos chilenos. Lo manifestó con razones mui convincentes el Ministro de Chile en una de las conferencias que tuvo con aquel diplomático.

« El señor Trescot, dijo el Ministro chileno, ha podido comprobar, por los datos que le suministren sus propios compatriotas, que las siete u ocho décimas partes de la población de Antofagasta i Tarapacá, es chilena; que otra décima parte es cosmopolita, i que solo una décima parte es boliviana en Antofagasta, o peruana en Tarapacá.

« Estos hechos permiten apreciar con exactitud el valor de la exigencia que Chile sostiene pidiendo la cesión de Tarapacá.

« El Perú no puede ofrecer a Chile seguridades de pago tratándose de una fuerte indemnización de guerra. Carece absolutamente de crédito, i no habrá estado alguno que se sustituyera su fiador. Si lo hubiere, seria para servir intereses que nos le harian sospechoso. Pero en fin, seria humanamente posible que pudiera darse alguna caución para la indemnización de guerra. ¿Podria ofrecérsela suficiente para la futura seguridad del Estado i de los chilenos radicados por el trabajo en Antofagasta i Tarapacá ?....

« Si Chile devolviera a Bolivia i al Perú los territorios de Antofagasta i Tarapacà, entregaria sus poblaciones, chilenas en casi su totalidad, al dominio de las autoridades peruanas, es decir, el vencedor entregaria al vencido el dominio de poblaciones chilenas por el capital, por el trabajo, por el número mismo de ellas. No hubo Estado alguno de la tierra que cometiera tal debilidad. Chile, señor Trescot, no incurrirá en ella, i estoi seguro de que los estadistas de Washington, lo mismo que usted, nos harán el honor de creer que podríamos hacer sacrificios de dinero, pero jamás el de nuestros propios nacionales ⁽¹⁾..... »

No pudiendo Chile por estas razones renunciar a sus justas exigencias, por otra parte, no habiendo la más remota esperanza de que el pueblo peruano solicitara la formación de un gobierno serio, que suscribiese las condiciones invariables del vencedor, por más que las autoridades militares tuviesen el propósito de imprimir a la guerra el carácter más humano posible, se hacia indispensable tentar un medio que sacudiera la apatía de las personas influyentes de esa sociedad, i las obligara a reconocer la necesidad de terminar una lucha sobre manera perjudicial a ambos beligerantes. Haciéndoles experimentar inmediatamente las funestas consecuencias de la

(1) *Memoria de Relaciones Exteriores*, 1882, p. 28.

guerra, les hubiera revelado quizá que con oponer al enemigo una resistencia pasiva, con irritarle mendicando apoyo i protecciòn entre las grandes Potencias en asuntos de esclusiva pertenencia de las partes, ni se favorecerian sus intereses particulares, ni se procuraria el verdadero bien de la patria. En consecuencia, las autoridades chilenas instaladas en la Capital impusieron una contribuciòn de un *millòn de soles* a los departamentos de Lima i Callao, repartidos entre los mayores propietarios con una cuota de *veinte mil* pesos fuertes por cada uno; con el propósito de seguir imponiendo todos los meses esa *friolera* en proporciòn de los bienes de los ciudadanos, con la amenaza de proceder a la destrucciòn de las propiedades i otros apremios personales si no pagaban en el tiempo fijado la cuota impuesta ⁽¹⁾.

¡Para sacudir el indiferentismo de ese pueblo el interés privado pudo más que las desventuras desgarradoras de su propia patria! « No seria fácil, decia el Ministro chileno, dar un idea clara del angustioso clamor con que fué recibida esta medida i de los desesperados esfuerzos e infinitos resortes puestos en juego para escapar a sus efectos. Pero fue mantenida con fria firmeza i no tardó en celebrarse un arreglo con el Gobierno

(1) *Boletín de la Guerra*, p. 810.

que en ese entonces trataba de organizarse en Lima, por el cual quedaba responsable del pago del millón de pesos, debiendo entregar en breve plazo una fracción de doscientos mil ⁽¹⁾.

Chile, pequeña nación por el número de sus habitantes, pero grande por las proezas de sus soldados, respetada por el crédito de que gozaba en el extranjero, admirada por las virtudes cívicas que son el adorno de los pueblos morales, pacíficos i laboriosos, apelando a una política prudente a la vez que enérgica, pudo evitar la injerencia de las naciones europeas i americanas en el conflicto del Pacífico, i vindicar sus derechos de vencedor. Por consiguiente, desvanecida en los ánimos de los peruanos la utopía de una intervención extranjera, se hallaron aislados al frente del victorioso enemigo, quien, cansado de derramar por más tiempo la sangre de sus hermanos i prodigar sus tesoros, ansioso de poner fin a una lucha demasiado larga para naciones jóvenes, apeló a las medidas extremas para hacer sentir al testarudo adversario todo el peso de su imprudente resistencia.

Mas no era esto lo más grave de la situación por que atravesaba el Perú. Si las autoridades chilenas, haciendo uso de un lejítimo derecho de

(1) *Memoria del Ministerio de la Guerra de 1881, publicada en el Diario Oficial.*

guerra, imponían contribuciones en los departamentos de Lima i Callao i en otros territorios del estenso litoral, ocupados por su ejército, los caudillos de las desbandadas tropas peruanas rivalizaban con los chilenos en los lugares separados del teatro de la guerra, despojando sin piedad a los pueblos, i sembrando en todas partes la desolación i la miseria. Ellos, con los soldados desbandados, emprendieron, cada uno por su cuenta, la guerra de *montoneros*, molestando acá i allá al enemigo con insignificantes escaramuzas, i robando al mismo tiempo a los pacíficos ciudadanos, sin pararse en actos nefandos ni perdonando a nacionales, ni a extranjeros. En verdad el caso no era nuevo; pues en tiempos menos críticos las autoridades peruanas de Tacna habían dado el feo ejemplo de imponer a los extranjeros de esa ciudad una contribución forzosa de *cien mil soles*, obligando a los neutrales a sacrificar su dinero, reunido con tantas privaciones i fatigas, i a pagar un tributo a la imprevisión de los directores de la guerra i a las disipaciones de los hombres de gobierno ⁽¹⁾. Sin embargo, aquella contribución tenía siquiera las apariencias de legali-

(1) En la lista de los contribuyentes designados por el Prefecto de Tacna, se encuentra el señor Juan Raffo, (que en ese entonces era Ajente Consular de Italia) por la suma de 2,500 *soles* (*Boletín*, p. 644.) De lo que se desprende que si los chile-

dad, siendo considerada como deuda nacional, que se pagaría en tiempos más propicios, mientras los impuestos con que se gravaban las poblaciones de las demás provincias peruanas i a los comerciantes extranjeros por los *héroes de la montaña*, tenían todo el carácter de bandolerismo, tanto más odioso i repugnante, en cuanto se ejercía bajo la máscara del patriotismo, mientras servía únicamente para satisfacer las personales ambiciones de los Caudillos i para saciar turbas de facciosos, que a la sombra de la bandera de la patria servían admirablemente al propio interés. Lo decía con palabras de fuego un diputado peruano en la asamblea de Cajamarca, como lo hemos indicado en otro lugar: « ¿ Quienes son, esclamaba, los partidarios de la guerra a toda costa?... son los hambrientos de metal, que con el pretexto de continuar las hostilidades, roban impunemente a los pueblos inermes para improvisarse una fortuna ». Esto mismo repitieron otros diputados, como tendremos ocasión de verlo luego.

Prolongar esta tristísima situación era lo mis-

nos imponían contribuciones a sus enemigos, los peruanos no perdonaban ni a los representantes de los gobiernos amigos.

Igual cosa se repitió más tarde con otros Cónsules de Italia por los Jefes de las tropas irregulares i especialmente por el coronel Mas: lo que dió margen a serios reclamos de parte del Ministro italiano en Lima, a quien ese *soldado* contestó con un lenguaje no mui cortés, es decir, podemos decirlo ya, *peruanamente*.

mo que arrastrar a la patria a segura ruina. Por esto los hombres cuerdos, los patriotas no fementidos, que sentían resonar a sus oídos los gritos dolorosos de sus conciudadanos, abandonados a la merced de traficantes de oficio, creyeron llegado el momento de arrostrar con valor las iras de esos Caudillos ambiciosos i proveer a los intereses de la patria humillada por el extranjero i desgarrada por sus hijos. En consecuencia, tomaron la resolución de reunirse en asamblea en la ciudad de Cajamarca, convocados para ello por el Jefe político del Norte, el Jeneral Iglesias: aquel Iglesias, cuya voz tenía un eco poderoso entre sus connacionales, habiendo pertenecido al número de los pocos, que en los momentos de prueba cumplieron espléndidamente con su deber.

I aquí creemos mui oportuno dar una idea de los sentimientos que animaban en esas circunstancias a los representantes de una gran parte de la República peruana, copiando algunos trozos de sus patrióticos discursos.

El señor Urteaga despues de estigmatizar con duras palabras la degradación moral del pueblo, causa principal de los vergonzosos desastres sufridos por las milicias peruanas, esclama:

« Ha llegado para nosotros a ser un imposible la continuación de la guerra; necesitamos paz para restituirnos a nuestro antiguo prestigio; necesitamos paz, porque necesitamos una jeneración

libre, que se eduque en la escuela de la austeridad, de las costumbres sencillas i de las virtudes puras; la necesitamos para formar ciudadanos laboriosos, instruidos, productores, que remplacen nuestras riquezas perdidas, para que se pueblen los talleres, para que la ociosidad i el vicio desaparezcan; para que, en fin, amanezcan para la patria días más felices. »

El señor Hernandez añade: « Creo sinceramente, i lo llevo declarado bien alto, que si aspiramos a la rejeneración del Perú sobre la base de su estrecha unificación, es necesario sacudirnos de toda pasión mezquina, olvidar para siempre nuestras disensiones internas, levantar un muro de granito entre el pasado i el porvenir, i marchar entusiastas por el sendero rehabilitador, con una sola i común aspiración: la salud i el engrandecimiento de la patria.....

« Felizmente hasta ahora no se ha levantado en el seno de la asamblea una sola voz en favor de la continuación de la guerra, lo que me prueba no solo el buen sentido de mis honorables colegas, sino la opinión uniforme de los pueblos que representan. En efecto, los pueblos del Perú están al presente convencidos, aunque a costa de lecciones mui duras, primero: de que sus gobernantes les han hecho el juguete de sus ambiciones o las víctimas de su estulticia; segundo, de que no hai esperanza posible de reparar por medio de las

armas los desastres sufridos; i por último, que es preciso ceder al enemigo un pedazo de territorio a fin de sacudirnos de su yugo que nos deshonra, i dedicarnos a reparar nuestros graves errores del pasado, fundando una nueva patria vigorosa i honrada para nuestros hijos.....

« *Abandonados a nuestra propia suerte*, solos debemos salvarnos. Vencidos despues de agotar todos los medios de defensa i el honor a salvo, cedamos a las imposiciones de la victoria en cuanto sean compatibles con la dignidad de la desgracia, única de que podamos hacer gala.....

« Sin duda la Providencia, para sacudirnos *de la orjia de medio siglo*, i *presentarnos en todo su horror nuestra conducta pasada*, ha permitido que pesasen de una vez tantas calamidades sobre nuestro pais. Resignémonos, pues, a sus designios, i que la dura lección nos sirva de eterna experiencia.

« Sí, honorables representantes ; es preciso reconocer que así como sobre nuestras cabezas lucen los astros, en el fondo de los acontecimientos está Dios ⁽¹⁾. »

Seguida la discusión en este tono lastimero i desgarrador; concordes i unánimes todos en reconocer la necesidad de terminar la guerra i ve-

(1) Reproducidos en *El Mercurio* de Valparaíso en enero de 1883.

nir a pactos con el vencedor, se puso en votación el primer Artículo del proyecto que dice:

« La soberana asamblea del norte se decide por la paz inmediata con la República de Chile, siempre que las condiciones impuestas por el vencedor no sean tales que amenacen la independencia nacional, ni cieguen en lo absoluto las fuentes de su rejeneración. »

La votación fué nominal; i así como en el acto de la misma casi todos los diputados expresaron su voto en conceptos mui elocuentes que, al revelar el estado de los ánimos, son el eco de la opinión dominante de la mayor parte de las provincias i la confirmación de todo lo que hemos afirmado, creemos conveniente reproducir algunos, copiándolos literalmente:

« *El señor Manuel Francisco Burga.* — Sí, excelentísimo señor, porqué ya no estamos en la época de los milagros para resuscitar muertos. Sí, porque como hombre de orden i sobre todo de corazón patriota, quiero que para siempre desaparezcan los pretextos de los demagogos: quiero paz para que yo i mis conciudadanos nos consagremos al trabajo. »

« *El señor Mariano Burga.* — Sí, excel. señor. Estoy por la paz: 1.º, porque ella es el único bálsamo para curar las heridas de la patria, ocasionadas por tanto logrero político que desvirtuando el sentimiento del patriotismo han explo-

tado en su beneficio el sudor i la sangre de los pueblos; 2.º, porque signada la paz, el Perú, horrorizado de su pasado, trabajará incesantemente por la mejora de su porvenir, haciendo que las instituciones sean respetadas, que los derechos del ciudadano no sean hollados, que la lei no sea letra muerta, i que bajo su protectora sombra renazca el amor al trabajo i al cumplimiento del deber; 3.º, porque tengo fe en que, si mi desgraciada patria abjura de sus errores i se sacude de sus estravíos, alcanzará algún día, con la realización de sus grandes destinos, las grandes reparaciones a que tiene derecho. »

« El señor Cruz J. Novoa. - Si, porque no puedo permanecer indiferente a los sufrimientos de mi patria, que por más de tres años experimenta los reveses del infortunio, i ha recojido como consecuencia el pan de las lágrimas i ha respirado el aire infestado de una guerra, que si en su orijen fué racional, legal i necesaria, ahora, tal como nos encontramos, es caprichosa i de todo punto perjudicial a la misma autonomia nacional, por la impotencia física i moral en que actualmente nos hallamos. »

« El señor Hernandez. - Sí, excelentísimo señor. Como lo he dicho antes de ahora, la mejor guerra que a Chile podemos hoy hacer es suscribir la paz sin pérdida de momento. Hagamos el doloroso sacrificio del presente con ojos i corazón atentos al porvenir. »

« *El señor Iglesias.* - Sí, excel. señor, porque lo demandan las lágrimas, el luto, la orfandad, que ya han perdido la esperanza de la venganza i de la restauración, por ahora, de la gloria nacional.

« Sí, porque perdimos los recursos del Perú para la guerra; entre los términos de la dolorosa disyuntiva, es forzoso el de la paz.

Sí, porque la paz la desean los pueblos, persuadidos de que, hasta ahora, *los caudillos de la guerra indefinida han hecho esto materia de mercancia i de particular conveniencia.*

« Sí, estoi por la paz, porque en las ocasiones de las exigencias de la patria no formé en el número de los indolentes. »

« *El señor Jerónimo Zevallos.* — Estoi por la paz, porque es el único medio de conservar lo que nos queda de nación, i porque aunque podríamos reunidos obtener la victoria, *no es fácil la amalgamación de partidos que nos abrumen, i que vienen esterminando al país desde años atrás* ⁽¹⁾.

Para realizar la paz tan ardientemente anhelada, aquella asamblea con un noble Manifiesto hizo un llamamiento a las demás provincias de la República, a fin de que enviasen a sus diputados i uniesen sus esfuerzos a los de la gran mayoría del país para poner un término a las

(1) Publicados en *El Mercurio*.

calamidades de la guerra. Al mismo tiempo revestían al Jeneral Iglesias de la autoridad de Presidente provisorio con amplios poderes de tratar con el enemigo i volver a la desgraciada patria la deseada paz, i con ella la tranquilidad i el reposo. Mas, ¡quién lo creyera! El infortunio no estaba harto todavía de azotar a ese pueblo infeliz! Los hijos aun no habían saciado su crueldad contra la propia madre!

Se ha dicho que Chile, negándose a negociar la paz con el Dictador i con los diferentes Gobiernos que se improvisaron en el Perú, lo hizo con el propósito premeditado de prolongar la guerra para abatir siempre más al enemigo i reducirle a tal estado de decadencia i de miseria de quitarle toda esperanza de una pronta rejenación. Esto mismo afirmó el ex-secretario jeneral del Dictador, señor Garcia y Garcia, en una carta publicada en el *Times* de Londres, en la que, como siempre, prorumpe en toda clase de vilipendios en contra de Chile⁽¹⁾. Pero despues de la simple,

(1) Reproducida por *El Mercurio* en el mes de junio de 1883.

En esa correspondencia entre los delitos que el señor Garcia y Garcia dice perpetrados por los chilenos en Lima, hace mención de grandes robos cometidos en la biblioteca nacional, en la universidad, en el observatorio astronómico, ecc.

Deseando conservarnos en los límites de la más rigurosa imparcialidad, debemos confesar que Garcia en este punto se ha acercado mucho a la verdad. No hai duda que su relación reboza de exajeración i de odio, no puede negarse empero que

más imparcial, esposición de los hechos del presente capítulo, cualquiera habrá comprendido de que parte estuvo la responsabilidad de la prolongación de las negociaciones de paz; es decir, de parte de los peruanos que ningún esfuerzo hicieron para organizar un gobierno serio, que ofreciera las necesarias garantías. I no son los chilenos los que esto aseveran para engañar, como se ha dicho, la pública opinión: los mismos diputados de la mencionada asamblea, en quienes es forzoso admitir un conocimiento perfecto de las cosas de su país, lo estamparon en el Manifiesto que dirigieron a los pueblos de la República en los siguientes inequívocos términos:

« Librados los últimos combates en los campos de San Juan, Chorrillos i Miraflores contra

en Lima hubiesen realmente algunos de los desórdenes por él anunciados. En Chile no se hizo un misterio de ello: antes los diarios más acreditados se hicieron un deber en denunciarlos, protestando solemnemente en nombre de toda la nación contra tales abusos, que comprometían el buen nombre chileno. La conducta de las autoridades civiles i militares i de las milicias chilenas en toda ciudad ocupada; el ingreso pacífico i noble de las mismas en Lima, cuando estaba vivo todavía el ardor de la lucha, les había conquistado admiración i gloria, como hemos visto en el Cap. XIII; era pues para todos muy doloroso que la merecida fama se tentara eclipsar por la codicia de esos individuos, que en Chile, como en todas partes, están siempre listos para llevar a la práctica las teorías del oportunismo.

Sea como fuere, nos lisonjamos que nuestro egregio compatriota Caivano, con aquel tacto finísimo que nos hacemos un

el enemigo extranjero, i habiendo sido el resultado otra vez adverso a las armas de nuestra patria, despues de los sangrientos desastres recibidos en las crudas batallas de Pisagua, San Francisco, Tacna i Arica, principiaron los pueblos a tener serios temores por la pérdida de su soberanía, de su personalidad política i aun por su propia deshonra, tanto más cuanto que llegaron a comprender que el gobierno de la Dictadura no se cuidaba en tan críticas i premiosas circunstancias de salvar el país por medio de oportunas i prontas capitulaciones en el mismo campo de batalla, *no obstante la ocasión propicia que no pudo o no quizo aprovechar, sino que, siguiendo el propósito de continuar dictatorialmente una guerra sin elementos i sin tregua*, abandonò las fuerzas que le quedaban en pié, i la capital de

deber en reconocer en una persona culta, como él, no se hará el eco de las quejas de Garcia i C.º para clamar, según su costumbre, contra toda la nación chilena. I esto, en primer lugar porque de esos desórdenes no puede hacerse responsable toda aquella sociedad, i en segundo lugar porque, digámoslo francamente, para ciertos italianos a la última moda algunas materias son demasiado vidriosas: podrian por lo menos esponeerse a una reprimenda de parte de los extranjeros, que no ignoran las pasadas i actuales proezas de los rejeneradores de Italia, los que se desahogan, no contra enemigos, como hicieron lo chilenos, sino contra aquellos pacíficos ciudadanos, cuyo único delito es llevar una divisa, que no entra en los figurines de moda de los nuevos amos, i cuyos servicios en favor de la patria son proclamados por sus mismos perseguidores.....

la república fué ocupada por el vencedor el 17 de enero de 1881. Tan significativo i de tamaña importancia fué este abandono para el enemigo victorioso que desconoció absolutamente la autoridad nacional del Dictador, negándose por lo mismo a estipular con sus enviados ulteriores negociaciones respecto a la suerte futura del país.

« En semejante conflicto i ansiosos los pueblos vencidos de procurarse el más pronto i eficaz remedio para el desahogo de sus angustias en tan deplorable como desolada situación, aceptaron un gobierno provisorio establecido del modo posible con el carácter constitucional, para que, sin pérdida de momento, entrase en arreglo de paz con el vencedor, como el único medio adecuado para la salvación jeneral.

« Pero, desgraciadamente para todo buen peruano, fracasaron por completo esas esperanzas de los pueblos, *porque el jefe del gobierno provisorio no llenó la delicada e interesantísima misión que tenia aceptada*, SIN EMBARGO DE HABERSE MANIFESTADO QUIESCENCIA DE PARTE DEL VICTORIOSO.

« Tampoco fué más afortunado el contra-almirante Montero que le sucedia en el mando con el carácter de vice-presidente, *porque es público i notorio a los departamentos del norte que ese mandatario adoptó i siguió observando cierta política dudosa que no era de paz ni de guerra*,

revelando más bien una conducta meramente expectativa i dejando a estos pueblos en una situación indefinida i sumidos en la más completa anomalía respecto a su porvenir político; se ausentó hacia la parte del sur, quedando el norte aislado i entregado a su propia suerte.

« ¿Qué hacer, pues, en semejante estado de cosas? Los pueblos de esta parte del norte consultan, por tal motivo, su modo de ser político, con el firme propósito de poder arribar al fin que tanto han ansiado, buscando los medios convenientes para conseguirlo, es decir, la paz con Chile ⁽¹⁾. »

Luego no fueron los chilenos, sino los mismos gobernantes del Perú los que opusieron continuos obstáculos a la consecución de la paz, para lo cual el Gabinete de Chile se mostró siempre jeneroso i aquiescente. I ¡nótese bien hasta donde llega la desventura de los pueblos en quienes el egoismo i las mezquinas pasiones pueden más que el honor de la patria i el jeneral interés de sus connacionales! Hemos oído los gritos angustiosos de los verdaderos patriotas, que en su nombre i en el de las Provincias por ellos representadas, espresaron en Cajamarca el común deseo de terminar la guerra, i los justos temores que desgarraban su corazón a la idea de prolongar la miseranda condición, a la cual estaba reducida la

(1) Reproducido por *El Mercurio*, en el mes de enero de 1883.

patria. Esos sentimientos informados en el más ardiente patriotismo, habrían debido obtener la adhesión de todo peruano, i todos, depuestas las proverbiales rivalidades i las aspiraciones de partido, habrían debido estrecharse al lado de la madre patria, enjugar sus lágrimas, curar sus heridas, infundirle nuevas esperanzas i volverla a la vida. ¡El que no se conmueve a la vista de su madre, despojada, envilecida, ensangrentada, moribunda, no es hijo, es una fiera! Sin embargo, este espectáculo aterrador ofrecieron muchos hijos degenerados del desgraciado Perú. Nada fué bastante para volver en sí a esos hombres sin corazón, quienes al frente de algunos millares de soldados seguían sembrando por todas partes miseria i lágrimas, i amenazando al que osara aceptar las condiciones del vencedor i firmar la paz.

Si los chilenos hubieran deseado realmente el estado de guerra, como medio para anonadar enteramente a sus enemigos, habrían permanecido indiferentes en vista de tales intestinas discordias, las que, más bien que perjudicar al ejército de ocupación, aumentaban sin medida los males que sufrían las poblaciones peruanas. Percibiendo los chilenos las entradas de aduana en todos los puertos, manteniendo al ejército con la bolsa del adversario mediante requisiciones e impuestos, podían quedar a la defensiva, dar a los *montoneros* tremendas lecciones, como habían hecho todas las

veces que se habian puesto a tiro de sus fusiles, i dejar que los peruanos atendiesen a sus propios males. Mas nó; Chile deseaba, no menos que el Perú, el término de la lucha ya demasiado larga, no solo por los hábitos de su vida pacífica; no solo porque estaba cansado de sacrificar a sus hijos, sino porque esos soldados que debia mantener en el territorio enemigo, eran tantos obreros laboriosos que faltaban a sus fábricas i a sus campos, i, por consiguiente, la agricultura i la industria sentian necesariamente los efectos de la deficiencia de aquellos brazos robustos, que hacian producir en todo tiempo riquezas, prosperidad i vida. Bajo este aspecto las facciones rebeldes del Perú, que retardaban con sus amenazas las negociaciones de paz, se constituian en seres perjudiciales a la patria i al enemigo. El ejército chileno, pues, se veia forzado a batirlos i barrer así con los únicos obstáculos que se interponian a la realización del común deseo de Chile i de la mayoría del Perú. Batido el ejército irregular de Cáceres, que mantenía las poblaciones en continua alarma; destruidas las fuerzas que, encerradas en la ciudad de Arequipa, formaban el último baluarte de la resistencia armada contra Chile, se hubiera dado el golpe decisivo para la unificación del Perú i, en consecuencia, para la terminación de la guerra.

Resuelto Chile a hacer este último sacrificio,

mandó dos cuerpos de ejército: uno contra las tropas irregulares, capitaneadas por Cáceres; otro contra las milicias regulares, encerradas en Arequipa, i vió espléndidamente coronados sus nobles esfuerzos. El ejército de Cáceres fué batido i dispersado en Huamachuco el 8 de julio de 1883, i la ciudad de Arequipa se rindió sin combate i sin resistencia al Jefe de las fuerzas chilenas ⁽¹⁾.

De esta manera Chile, destruyendo los últimos restos de sus enemigos armados, cooperó eficazmente i con sacrificio a la unificación del Perú, dió un solemne desmentido a sus calumniadores i se cubrió de la más espléndida gloria.

El Jeneral Iglesias libre de los rivales que le disputaban los poderes de que le habia investido

(1) El señor Caivano en la segunda parte de su Historia, p. 120, escribe lo que sigue:

« Despues de las batallas de San Juan i Miraflores, al Perú, ya sin Capital i sin Gobierno, no quedaba sino algún millar de soldados en Arequipa: i si el ejército chileno, lejos de dejarse amedrentar por la antigua fama conquistada por esa ciudad en el largo periodo de las guerras intestinas, se hubiese apresurado a apoderarse de ella — en lugar de hacer alarde de innoble valor por las indefensas aldeas i campiñas de las provincias limítrofes a Lima — la guerra habria terminado en el breve intervalo de algunos dias, ecc. »

I en la páj. 122 añade:

« Ya que Chile no supo aprovechar el momento en que todo lo habria favorecido para destruir hasta el último resto del poder militar del Perú, éste se fortificaba con noble orgullo en sus últimas trincheras (en Arequipa), para rechazar con desesperada resistencia el ignominioso tratado de paz que aquél queria imponerle ».

la asamblea de Cajamarca; sostenida su autoridad por las adhesiones espontáneas de todos los pueblos del Perú, en el mes de octubre de 1883 instaló su gobierno en Lima, de donde se había retirado el ejército chileno, i estipuló con Chile un solemne tratado de paz i amistad.

Las principales cosas estipuladas en el Tratado son las siguientes:

« La República del Perú cede a la República de Chile, perpétua e incondicionalmente, el territorio de la provincia de Tarapacá.

« El territorio de las provincias de Tacna i Arica continuará poseído por Chile i sujeto a la legislación i autoridades chilenas durante el término de diez años. Espirado este plazo, un plebis-

No alcanzamos a comprender como un hombre inteligente, cual es Caivano, que escribe su historia no solo para los italianos, que pueden mui bien ignorar los hechos, sino también para los americanos, que conocen perfectamente los acontecimientos, tenga valor de estampar en 1886 que Chile se *dejó amedrentar* por la antigua fama de los revolucionarios de Arequipa; que éstos — acumulados no despreciables elementos de defensa — se fortificaban para rechazar *con desesperada resistencia* el tratado de paz que Chile queria imponer, cuando es público i notorio, i el mismo lo confiesa (Parte II, Cap. X), que desde 1883 aquellos *valerosos*, solo con presentarse las avanzadas de la división chilena, aun antes que éstas hiciesen oír el *tono* de sus cañones, creyeron hacer cosa mui santa con poner a un lado el *noble orgullo*, cambiar el propósito de *una desesperada resistencia* en mansedumbre de corderos, rendir las armas i no molestar ni el olfato de los chilenos con el humo de la pólvora peruana.

¡Qué llegue a tanto la pasión!

cito decidirá, en votación popular, si el territorio de las provincias referidas queda definitivamente del dominio i soberanía de Chile, o si continua siendo parte del territorio peruano. Aquel de los dos países a cuyo favor queden anexadas las provincias de Tacna i Arica, pagará al otro diez millones de pesos.

« Los productos del guano de las covaderas en actual explotación, se distribuirá por partes iguales entre el gobierno de Chile i los acreedores del Perú, cuyos títulos de crédito aparecieren sustentados con la garantía del guano ⁽¹⁾. Los productos de la covaderas o yacimientos que se descubran en lo futuro en los territorios cedidos, pertenecerán esclusivamente al Gobierno de Chile. »

(1) El Gobierno de Chile con supremos decretos de febrero i marzo de 1882 habia declarado que compartiria con los acreedores del Perú los productos que se obtendrian de la venta del guano existente. De manera que esos acreedores, a quienes desde mucho tiempo se habia suspendido por los gobernantes peruanos hasta el pago de los intereses de sus capitales, vieron con satisfacción este acto espontáneo i jeneroso del Gobierno chileno, el cual remplazaba voluntariamente i solo para favorecer a los neutrales a un deudor insolvente. Por esto reunidos en Londres, se apresuraron a aceptar en todas sus partes las concesiones de los decretos suespresos, ratificando con esplicita aquiescencia los actos i las declaraciones administrativas que las habian acordado.





CAPÍTULO XIX.

La tregua indefinida con Bolivia



ALGUIEN estrañará que siendo Bolivia aliada del Perú i habiendo Chile llevado la guerra a ambas, hayamos hablado casi de paso de los bolivianos i nos hayamos ocupado largamente de los peruanos; mucho más si se considera que Bolivia fué la primera causa de la guerra, en la cual el Perú se vió comprometido casi para tomar la defensa de su aliada. Mas, bien considerado, mui poca parte activa tomó Bolivia en la guerra del Pacífico; i si el Perú se hubiese abstenido de intervenir, diremos mejor, si no hubiese tenido un secreto tratado de alianza con su vecina, la guerra habria terminado al comenzar.

I esto se verá claramente solo con dar una mirada al mapa. Pues, Bolivia tiene en las costas del Pacífico una pequeña estención, en la cual están el puerto de Antofagasta i otros puertos menores Cobija i Tocopilla, únicas salidas al mar que ponen a esa República en comunicación comercial con el resto del mundo. De este punto para llegar a la parte habitada de esa rejión, a más de la empinada cordillera de los Andes, se han de atravesar estensos i áridos desiertos, donde los candentes arenales queman el pié, mientras los ardientes rayos del sol abrazan el cráneo. Bolivia por mil razones se hallaba en la imposibilidad de poner en pié de guerra un ejército numeroso i hacer todos los aprestos, que son indispensables hasta para la más insignificante campaña ⁽¹⁾; pero dado aún que por un milagro de patriotismo hubieran surgido de ese suelo ejércitos i recursos para emprender una guerra, ¿como superar despues los graves obstáculos que encontraría en la cordillera i en el desierto? como

(1) « En Bolivia todo debia hacerse..... i ;con cuales elementos! — La gran necesidad del momento, para llevar adelante la guerra con Chile, era la creación de un ejército: i mientras, para callar lo demás, faltaban las armas, los recursos para comprarlas i los caminos para introducir las en el país; éste, pobre i en completa ruina administrativa i financiera, se hallaba en condiciones mui poco favorable para correr pronto en ayuda de su Gobierno. »

CAIVANO, *Storia della Guerra d'America*, Parte II, p. 101.

proporcionar a un ejército numeroso las necesarias vituallas para una marcha larguísima en lugares deshabitados? como proveerlo al menos de agua, de que están del todo desprovistos esos áridos parajes? como arrastrar la artillería por caminos intransitables, por donde apenas las mulas pueden aventurar el paso ⁽¹⁾? Semejante empresa habria desanimado no solo a Bolivia, sino a la más poderosa nación.

I no faltan hechos que confirman nuestras reflexiones. En efecto, nárrase en América que los bolivianos hicieron no se que afrenta a un representante de la altiva Inglaterra, la cual para obtener la debida reparación por el sufrido ultraje, envió a las costas del Pacífico una flota respetable con buen número de tropas para efectuar en caso necesario un desembarque i castigar al atrevido ofensor. Llegada al litoral boli-

(1) « Para bajar al mar élla (Bolivia) no tiene sino cuatro caminos: el primero por su territorio de Atacama con los puertos de Cobija i Antofagasta, en la actualidad en poder de Chile; el segundo, atravesando gran parte de la República Argentina para salir despues de un trecho mui largo al Rosario de Santa Fe sobre el Paraná; el tercero i cuarto atravesando el territorio del Perú para salir a los puertos de Arica i Mollendo. Caminos todos, con excepción del último, sobre manera escabrosos i difíciles, tan solo practicables, i con trabajo, por animales de carga entre los ásperos senderos de los Andes, donde no hai ni traza de camino afuera del que se ha formado naturalmente por el trajín de los animales. »

CAIVANO, ob. cit. Parte II, p. 26.

viano, donde solo se ofrecían a la mirada de los comandantes miserables habitaciones, sobre las cuales habría sido ridícula una demostración naval; visto el estenso e intransitable desierto que los separaba de los ofensores; convencidos, por consiguiente, de la imposibilidad de la empresa e impotentes para conseguir alguna reparación, se contentaron con imponer a aquella República el castigo de eliminarla de sus mapas i excluirla en cierto modo del número de las naciones civilizadas.

Se non è vero, è ben trovato, dice un refrán italiano; porque esta anécdota explica admirablemente la dificultad de llevar por esos desiertos no solo un ejército boliviano, pero ni aún él de la poderosa Inglaterra.

Pues bien, en tales condiciones, ocupado por las armas chilenas el puerto de Antofagasta con el resto del litoral, fortificadas las posiciones más estratégicas para estar preparado en cualquiera eventualidad, Chile podía estar seguro de que no iría de Bolivia ningún ejército capaz de echarlo del territorio conquistado. » Chile, dice Perolari, podía apoderarse del litoral boliviano sin temor de encontrar ninguna resistencia, i Bolivia, que estaba separada del enemigo por interminables desiertos, no habría podido arrojarle del territorio invadido ⁽¹⁾. »

(1) *Il Perù e i suoi tremendi giorni*, p. 274.

I que cuanto vamos diciendo sea de notoria evidencia, se desprenderá recordando de vuelo que Bolivia rotas las relaciones amistosas con Chile, por las razones espuestas en el Capítulo segundo, vió invadidos por el enemigo los puntos mencionados. Era su deber arrojar de allí al chileno, que ella consideraba cual injusto invasor. Ni a sus soldados les faltaba el valor; pues, a más de la fama de valentía de que goza el soldado boliviano, ha dado de ella inequívocas pruebas en los campos de batalla, i los chilenos se impusieron el deber de hacer justicia a sus adversarios, narrando admirados su serenidad i su intrepidez en el momento de la lucha, especialmente respecto de los *colorados de Daza*, que en Tacna consolidaron siempre más la conquistada fama de valerosos. Sin embargo, nosotros encontramos a los bolivianos solo en las batallas de Pisagua, San Francisco i Tacna. Despues de la derrota que sufrieron en este último lugar, como hemos ya recordado, ellos se retiraron desordenadamente a su patria por el camino más espedito, i, más cuerdos que su aliados, comprendida sin duda la inutilidad de cualquier esfuerzo para rechazar al enemigo, abandonaron la idea de tentar de nuevo la suerte de las armas, i dejaron a su aliado envuelto en los horrores de la guerra.

Por esto si el Perú no hubiera intervenido en el conflicto, la guerra entre Chile i Bolivia, co-

mo hemos dicho, hubiera terminado en el acto de declararse, i dado aún que tuviera lugar algún combate, no habria tenido las espantosas proporciones, que se lamentaron en el curso de la guerra entre los tres beligerantes. Conservándose neutral el Perú, Bolivia no habria podido procurarse los elementos de guerra del lado del Pacífico, ya en poder de Chile; para introducirlos del lado de la República Argentina, a más de las dificultades de realizarlo sin comprometer seriamente a esa nación, habria tenido los inconvenientes ya indicados para arrastrarlos hasta la costa; i así como, por lo que sabemos, es imposible la guerra moderna sin cañones i sin municiones, por consiguiente se habrian evitado las carnicerías, que se deploraron en el doloroso conflicto del Pacífico. Al contrario, teniendo el Perú una buena escuadra i un estenso litoral, era inevitable que experimentara directa i principalmente las consecuencias de la guerra, i probara, digámoslo francamente, a donde llevan ciertas alianzas con amigos, de quienes en caso de conflicto no pueden esperarse ni soldados, ni otra clase de socorros. « Encerrada (Bolivia) dentro de sus montes, dice Caivano, donde estaba segura de que nadie iria a buscarla, olvidó amigos i enemigos i la guerra misma, como si ésta en nada le interesara ⁽¹⁾.

(1) *Storia della Guerra d'America*, Parte I, p. 339.

Para ser más exactos debería añadirse que a Bolivia no faltaron los afectuosos recuerdos; i allí están para probarlo las circulares de sus Ministros, las notas oficiales, las columnas de los diarios, donde brillaban las promesas de invariable fidelidad, las protestas de participar de la suerte de su aliado, la renovación de leal amistad, los fuertes apretones de mano. « Bolivia, decia el Ministro boliviano al de Chile, no se resignaria a firmar la paz o la tregua, dejando abandonado al Perú al rigor de su propia suerte, cuya gravedad no puede ser mayor ⁽¹⁾. » ¡Estupendos arranques del corazón al otro lado de la cordillera de los Andes! Un emblema de semejante amistad nos parece verlo en las estampillas francesas: dos damas, sentadas a los dos extremos del globo, se estrechan afectuosamente la mano. Se hace alusión quizás a la fraternidad de la República francesa con sus hermanas de ultramar; mas, ¿no es cierto que son mui graciosos esos apretones de mano con un globo de por medio? ¡Quiera el cielo, que los republicanos prodiguen sus caricias solo a tan respetable distancia ⁽²⁾!

(¹) Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores de 1883, — *Documentos*, p. 189.

(²) Entendámonos: los republicanos, cuyas caricias aborrecemos i detestamos, son los descendientes en línea recta de los *bravos*, que en 1789 en Francia, en 1848 en Italia, ecc., entronizaron la plebe, i aplastaron todo lo que era virtud i hon-

Esta actitud meramente pasiva adoptada por Bolivia hacia suponer que tuviera el propósito de terminar de derecho un conflicto, que ya habia abandonado de hecho ⁽¹⁾; i no faltaron jestionos en ese sentido desde que gobernaba el Perú el contra-almirante Montero con el carácter de vice-Presidente provisorio. En ese tiempo un diplomático boliviano, señor Carrillo, instó al Gobierno peruano para que se pactara con el vencedor una tregua, que abriese el camino a un definitivo tratado de paz; pero nada consiguió, negándosele hasta el consentimiento de hacerlo independiente del Perú, como lo pedia aquel diplomático. Fué entonces cuando éste, al anunciar el término i el fracaso de su cometido, declaró en un documento solemne, que vió la luz pública, haber llegado el momento en que cada uno de los aliados recobrará su perfecta independencia i su completa libertad de acción para atender a sus propios derechos e intereses. Por esto el Senado boliviano en 1882 insinuaba al Gobierno el tratar con Chile de paz o de tregua, con la con-

radez, todo lo que no era chusma i canalla. ¡ Dios libre a la sociedad de semejantes caricias!

(¹) « He juzgado además que la alianza se ha roto de hecho i de derecho en batalla decisiva. Terminó en Tacna, no siendo Chorrillos i Miraflores sino la estéril i sangrienta confirmación de la ruptura de ese contrato ».

Nota del D.^r Baptista, boliviano, a su Gobierno, citada por CAIVANO en su *Storia*, Parte II, p. 177.

currencia del Perú, i aun sin ella, si las circunstancias así lo requieran.

Despues de estos hechos, que son del dominio público, es absolutamente injusta la inculpación de que « las aspiraciones de Chile respecto de Bolivia se dirijian principalmente a conseguir que ésta se retirara de la guerra, rompiendo su alianza con el Perú ⁽¹⁾ », o, en otros términos, que traicionara a su propio aliado, prescindiendo de él para llegar a un arreglo de paz o de tregua; i esto para que Chile pudiese más fácilmente arrastrar al Perú a aceptar sus pretensiones. I a fin de que el lector pueda formarse sobre este punto una idea exacta, haremos una breve esposición de los hechos.

Despues de varias e infructuosas jestioniones hechas en épocas diversas por agentes officiosos de Chile i Bolivia para llegar al ajuste de un pacto de tregua entre ambos paises, el señor Quijarro, Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, en nota del 14 de marzo de 1883, invitó al Ministro chileno a jestionar directamente con él para alcanzar la deseada paz, o al menos pactar una tregua; i con tal objeto insinuaba una conferencia en la cual deberian tomar parte los representantes de las tres Repúblicas belijerantes. El Gabinete chileno, que ya en otras ocasiones se

(1) CAIVANO, ob. cit. Parte II, p. 130.

habia mostrado sobre manera aquiescente en esta materia, no tardó en contestar que la propuesta del Ministro boliviano le era sumamente grata, siendo conforme a los deseos repetidas veces expresados de terminar la larga contienda i poner término a la guerra. Advirtió, sin embargo, que no existiendo en el Perú un Gobierno lejitimamente constituido, desde que los diversos ambiciosos, desparramados en puntos distintos, se disputaban el supremo poder, Chile no podia reconocer a ningún representante, que fuera enviado por esos gobernantes improvisados; pues, no teniendo ninguno de ellos una representación lejitima de su país, ninguno tendria por lo mismo los necesarios poderes para suscribir un tratado, ni estipular un pacto cualquiera. El pueblo peruano no sancionaria lo que acordara un representante que no fuera investido del carácter oficial.

En efecto, el desgraciado Perú en esos momentos atravesaba una deplorable situación; pues, la ciudad de Arequipa, donde se conservaba un resto del ejército regular, sostenia al señor Calderón; la Provincia de Cajamarca i otros departamentos favorecian al Jeneral Iglesias, mientras el Jeneral Cáceres al frente de algunos batallones combatia a todos i se arrogaba con las amenazas el supremo poder. Lo hemos dicho en capitulo anterior.

Pues bien, no habiendo en el Perú un Gobierno serio, que lo representara legalmente, somos de sentir que Chile tenía todas las razones para rechazar cualquier agente que quisiera proclamarse el portavoz de la República peruana: en consecuencia, si el Ministro chileno instaba al Ministro de Bolivia para tratar entre ambos Gobiernos una cuestión por la misma Bolivia propuesta, i escluyendo por entonces al Perú, no puede deducirse en buena lógica que quisiera arrastrarle a traicionar a su aliado.

Entre tanto en el Perú los acontecimientos iban desarrollándose de manera, que parecían venir en ayuda de los Ministros para facilitar las gestiones pendientes; pues, mientras ellos sostenían una viva correspondencia, ⁽¹⁾ insistiendo el boliviano en que se admitiera absolutamente a un representante del Perú, i rechazándolo el chileno por las razones espuestas, el ejército de Chile, capitaneado por el coronel Gorostiagá, batía en Huamachuco las tropas de Cáceres; i entonces libres los pueblos de las amenazas de ese hombre turbulento, que parecia complacerse en prolongar las desventuras de la patria, se pronunciaron en gran mayoría en favor del Jeneral Iglesias, reconociendo en él la autoridad de que le

(1) Esta correspondencia se encuentra en la Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, de 1883.

invistiera la asamblea de Cajamarca. Entonces el Ministro de Chile se dirigió al de Bolivia i, recordando los sucesos mencionados, le preguntaba si su Gobierno estaria dispuesto a admitir a un representante de Iglesias, reconocido cual lejítimo gobernante por la inmensa mayoría de la República peruana. « El Gobierno del Jeneral Iglesias, escribia el Ministro chileno, se presenta en condiciones que nos permiten esperar la realización del alto resultado a que propende la política de Bolivia ⁽¹⁾. »

El Ministro de Bolivia contestó que su Gobierno no aceptaria a un enviado del Jeneral Iglesias, porque, entre otras cosas, éste habia decidido tratar con Chile, no solo sin la concurrencia, mas aún sin el conocimiento de Bolivia. Con esta respuesta se desvanecieron una vez más las esperanzas de un arreglo entre esas dos naciones, no ciertamente por culpa del Gabinete chileno.

Que Chile tuviera sus simpatías para con el Jeneral Iglesias es un hecho notorio, i estamos seguros de que nadie querrá imputárselo a delito. Iglesias era el único individuo, que despues de haber cumplido su deber como buen militar en el campo de batalla ⁽²⁾, gozaba de las simpatías de

(¹) Nota del 7 de Agosto de 1883.

(²) El señor Caivano narrando la sangrienta batalla de *San Juan* nos describe con conceptos harto espresivos la actitud del valeroso Jeneral Iglesias. Hé aquí sus palabras:

la inmensa mayoría de sus conciudadanos, quienes no solo por la autoridad de que lo invistieron en Cajamarca, sino más aún por la espléndida votación con que le nombraron Presidente del Perú, manifestaron elocuentemente en cuanto aprecio tenían a ese digno patriota, i cuantas esperanzas fundaban en él. Resonaban aún en el corazón de los peruanos las solemnes palabras pronunciadas en plena asamblea por ese Jeneral: « Quiero la paz, esclamaba, porque la demandan las lágrimas, el luto, la orfandad, que ya han perdido la esperanza de la venganza i de la restauración, por ahora, de la gloria nacional: quiero la paz, porque la desean los pueblos, persuadidos de que, hasta ahora, los caudillos de la guerra indefinida han hecho esto materia de mercancia i de particular conveniencia: quiero la paz, porque en las ocasiones de las exigencias de la patria no formé en el número de los indolentes. »

« I lucha como bravo contra todo el ejército chileno que ya se ha reunido a la división Lynch: lucha en retirada con sus diezmados soldados hasta la cima del Morro Solar; i una vez allí, lucha siempre sin tregua i sin descanso, hasta las dos posmeridianas, hora en que cercado por todo el ejército enemigo fué hecho prisionero, en unión a todo el estado mayor i a todos los soldados que le quedan. No son entre todos sino 1800; los otros 2700 han muerto: han muerto batiéndose por nueve horas contra todo el ejército chileno, contra 20,000 i más hombres (!!!). Iglesias vencido i prisionero, fué el héroe de la jornada ».

Ob. cit. Parte I, p. 466.

Por consiguiente, veían en él al único ciudadano, que supo apreciar debidamente el estado aflictivo, a que habían arrastrado aquella infeliz República los traficantes de oficio, i tenía energía i voluntad para conjurar ulteriores infortunios, que pudiesen caer sobre sus propios conciudadanos. Veían en él al hombre, por decirlo así, providencial, que estaba destinado a reconciliar tres naciones, que desde cuatro años estaban arruinándose con guerras extranjeras i civiles, i volver a su patria la paz, el trabajo, la prosperidad. I un hombre de este temple merecía, en verdad, apoyo i protección.

De que Iglesias se decidiera a tratar con Chile sin la concurrencia de Bolivia solo podía deducirse, que cada uno de los dos beligerantes, el Perú i Bolivia, hacían uso de aquella completa libertad de acción para atender a sus intereses, que ya había proclamado el diplomático boliviano señor Carrillo, que fué confirmada por el Senado de la Paz i que estaba sostenida por una parte respetable de la sociedad; i en vez de mirar ese hecho como obstáculo para la realización de una conferencia, que llevara a un tratado de paz o de tregua, debía ser un poderoso estímulo para apresurarla. Mas, por desgracia, no sucedió así; resultando de ahí que, pactada la paz entre el Perú i Chile, Bolivia, que había hecho ostentación de fidelidad para con su aliado en pomposas no-

tas i solo con charlas, se halló sola de frente a Chile victorioso.

Estipulado el tratado de paz entre Chile i el Perú, era indispensable que Bolivia hiciera cualquier esfuerzo para llegar a la paz i proveer así a sus intereses. I, efectivamente, el Gobierno de la Paz envió con ese objeto a sus representantes a Valparaíso con plenos poderes para llegar a un arreglo.

Chile vencedor impuso, como era natural, sus condiciones al vencido; i la primera i fundamental fué la libre posesión de los territorios de Bolivia existentes en las costas del Pacífico, i ocupados por sus armas desde el principio de la guerra en 1879: es decir, Bolivia « estaba condenada a una perpétua clausura i a una existencia penosa, aun en medio de sus grandes elementos de riqueza », como dijo un Plenipotenciario boliviano en una de las conferencias que tuvo con el Ministro chileno.

Las bases que presentaba el Gabinete de Santiago tenían a primera vista algo de cruel, quitándose a esa nación la libre salida al mar, despojándola de los medios de comunicación i de comercio i llevándola a fabricarse con sus manos un cerco de fierro, lo que haría mui crítica la situación de esos pueblos. Mas, si bien se considera, Chile no podía obrar de otra manera sin comprometer ciertamente su independencia en la

nueva provincia anexada por el tratado de paz con el Perú, i sin dejar un perpétuo fómite de discordias.

En efecto, siendo Chile dueño de la Provincia de Tarapacá, cedida por el Perú como indemnización de guerra, i siendo ella limitrofe con el litoral boliviano, debia necesariamente procurarse el paso libre para sus nuevas posesiones, evitar hacerse tributaria de una nación extranjera i colocarse en una situación que, en caso necesario, le facilitara la defensa de esos lugares contra posibles tentativos de *révanche*.

Esto, si no nos engañamos, seria el fundamento de las exigencias de Chile: i aunque tales condiciones parecieran inaceptables de parte de Bolivia, sin embargo, le fué forzoso inclinarse a las circunstancias, i dejar para tiempos más propicios la solución definitiva de la árdua cuestión. « Para dar a Bolivia una salida al Pacífico, decia el Ministro chileno, solo se presentan dos caminos: o se rompe con ella la continuidad del territorio litoral de Chile, o se la fija en el extremo norte de ese mismo territorio: lo primero es para Chile absolutamente inaceptable, i lo segundo está por ahora fuera de la esfera de acción i de las facultades del Gobierno ⁽¹⁾.

(1) *Memoria de Relaciones Exteriores*, 1884.

Para mayor intelijencia de las palabras del Ministro chileno, se debe recordar lo que hemos dicho en el capítulo anteceden-

Ahora, no pudiendo Bolivia resignarse a quedar del todo privada de una salida al Pacífico; no pudiendo Chile por su propio interés otorgársela en los territorios adquiridos, ni más allá de los mismos, por las razones espuestas: por otra parte, sintiendo ambas Repúblicas una necesidad suma de suspender las hostilidades i vivir en buena armonía, arribaron a la loable resolución de pactar una tregua indefinida, que se firmó el día 4 de agosto de 1884 ⁽¹⁾.

te, es decir, que Chile por el tratado de paz con el Perú adquirió definitivamente la provincia de Tarapacá, i por diez años las dos provincias de Tacna i Arica. Espirado ese plazo, un plebiscito decidirá a cual de las dos Repúblicas deberán pertenecer. En consecuencia, hasta ese tiempo ni el Perú, ni Chile pueden disponer de esos lugares.

(¹) Ib. p. XXXIII.





CONCLUSIÓN



OLVAMOS la mirada hácia atrás.

Una contribución de *diez centavos* impuesta por el Gobierno de Bolivia por cada quintal de salitre de la Compañía Chilena de Antofagasta, fué ocasión de la larga i sangrienta guerra, que se inició en febrero de 1879 i terminó con el tratado de paz en octubre de 1883.

Una cuestión de límites era sostenida por Bolivia i Chile desde su emancipación de la España. Para resolverla pacíficamente se convino de común acuerdo: Chile, en ceder sus derechos, i Bolivia en compensación se obligaba con solemne tratado a no sujetar a nuevas contribuciones ni las personas, ni las industrias, ni los capitales chilenos.

Entre tanto el Perú i Bolivia celebraban en secreto un tratado de alianza ofensiva i defensiva. Desde ese momento empezó un sordo manejo contra la industria chilena, hasta que, declarando una agresión abierta, Bolivia en 1878 dictó una lei imponiendo *diez centavos* por cada quintal de salitre, que se esportara por los chilenos del territorio susodicho.

Aquel impuesto, a primera vista insignificante, hacia temer para el porvenir más graves vejámenes.

Con esa contribución se violaba abiertamente el tratado, i Chile reclamò.

Mas los reclamos del Gabinete chileno fueron desoidos; un arbitraje propuesto por Chile i previsto en el mismo tratado no fué aceptado. Entonces el Gobierno de Chile, ordenó que sus tropas ocupasen el territorio en cuestión, retrotrayendo las cosas al estado en que se encontraban antes del tratado.

Chile, pues, fué arrastrado a declarar la guerra a Bolivia, desde que ésta se mostró sorda a toda negociación pacífica i amistosa.

El Perú mandò cerca del Gobierno chileno un mediador de paz, i entre tanto hacia a toda prisa aprestos bélicos. En vista de semejante actitud, Chile exigió del Perú la declaración de neutralidad; mas no la obtuvo, desde que un tratado de alianza unia el Perú a Bolivia.

En consecuencia, Chile intimó la guerra al Perú.

Chile, pequeña nación con poco más de 2.000,000 de habitantes, declaró la guerra a dos naciones, cada una de las cuales era más numerosa que él; pues, Bolivia cuenta con más de *dos millones* de habitantes, i más de *tres millones* el Perú.

Como se ve, la guerra fué empeñada en las proporciones de *cinco* contra *dos*.

Si el número constituyera siempre la fuerza, Chile habria sido aniquilado por sus enemigos.

Mas, por lo que narra la historia i por lo que hemos observado en la guerra del Pacífico, el número no hace invencibles a los ejércitos. Casi en todas las batallas navales i terrestres los aliados Perú-bolivianos tuvieron una superioridad numérica i, sin embargo, fueron dispersados i vencidos ⁽¹⁾.

Lo que hace invencible a un ejército es el heroismo de los soldados que lo componen; es la ausencia del miedo, mediante la voluntad de sacrificar jenerosamente la vida por el honor i la salvación de la Patria.

Mas este espíritu de sacrificio que enjendra el heroismo, solo lo poseen aquellos pueblos, que teniendo estampado en su corazón *Dios* i *Patria*,

(1) Véase cap. VIII.

no se ruborizan de llevar a la práctica aquellas virtudes cívicas i cristianas, que solo la Religión sabe inspirar.

El pueblo chileno, en su inmensa mayoría, pertenece a esta clase afortunada. Teniendo arraigada en su corazón la Religión católica, si en tiempos normales dió pruebas de alta moralidad mediante la vida tranquila, laboriosa i pacífica, llevado al campo de batalla debia admirar al mundo con proezas extraordinarias, con un heroísmo lejendario.

Los héroes no se forman en las escuelas de la inmoralidad i del libertinaje: las sectas anti-religiosas i anti-sociales solo podrán regalar al mundo comunistas, socialistas i turbulentos revolucionarios; quienes, haciéndose a sí mismos desgraciados, procuran la ruina de la patria.

Los héroes dignos de este nombre glorioso los enjendra la idea del propio deber, informada en los principios de la Religión; el espíritu de sacrificio, obtenido cual gracioso don de Dios.

En esta escuela se educaron los héroes chilenos.

Entre los valerosos que conquistaron a la patria grandeza i gloria, admiramos algunas figuras gigantescas, que brillan en medio del coro de los héroes, como el sol entre las estrellas.

Descuella Prat, el héroe de Iquique, que abrió la historia de los hechos extraordinarios: está a

sulado el teniente Serrano, que siguió su ejemplo e imitó su arrojo ⁽¹⁾.

Mas Prat amaba a la Patria como saben amarla los verdaderos hijos de Dios. Dios era la luz de su pensamiento i la guía de todas sus acciones ⁽²⁾. No se avergonzaba en endosar los emblemas de su Relijión augusta, i ellos formaron la coraza que cubrió su corazón el día de su triunfo inmortal ⁽³⁾. Fué héroe, porque era religioso.

Serrano era católico práctico. Antes de aventurarse al mar, donde le esperaba una muerte gloriosa, fué encontrado por su párroco en las gradas del altar de la Virgen del Carmelo, protectora del ejército chileno.

- ¿Qué haces ahí, Serrano? le pregunta el sacerdote.

- ¡Me ofrezco a la Madre de Dios por la salvación de mi patria!

(1) Véase Cap. V.

(2) Recordamos haber leído en Chile una carta de la esposa de Prat, quien rogada por el insigne literato chileno señor Vicuña Mackenna que diera alguna noticia de la vida íntima del ilustre difunto, afirmaba, entre otras cosas, que Dios era el más bello ideal de su llorado esposo.

(3) Entre los objetos hallados en poder de Prat cuando, abordando el Monitor enemigo, encontró allí una muerte gloriosa, se notaban: *Una imagen del Corazón de Jesús, el escapulario del Carmen i una medalla de la Purísima*, como consta del inventario hecho por el mismo contra-almirante Grau, reproducido en el *Boletín de la Guerra*, páj. 229.

Se sacrificò valerosamente por la patria, porque habia aprendido a amarla a los pies de Dios.

Otra simpática figura resalta en el cuadro de los valientes chilenos: es el predilecto de la Fortuna, el temido espectro de la escuadra peruana, el vencedor del invicto Grau, el comandante Latorre. Mas Latorre, i los hechos no mienten, no pertenece a la secta de los enemigos de la Religión catòlica.

Sobre el puente de la *Magallanes*, que fué el primer teatro de sus triunfos, quizo que el capellán impusiera solemnemente a la tripulación el escapulario del Carmen, i previno a los demás con el ejemplo, recibéndolo de las manos del sacerdote con edificante respeto ⁽¹⁾.

Nada diremos del Almirante Riveros, que preparó el plan con que se dió la caza al *Huáscar*, i libró el mar de ese importuno enemigo. Se dice todo en afirmar que es católico práctico.

Pudiéramos seguir la larga série de tales hechos edificantes a despecho de los que creen haber hallado el secreto de ser fuertes sin Dios; que creen conquistar glorias a la patria pisoteando la Religión i despreciando las cosas santas.

(1) Esto nos fué asegurado en Chile i precisamente en los baños de Panimávida (en enero de 1881) por el distinguido Capellán del ejército en campaña, señor Marchant Pereira, quien afirmó haberlo sabido por el mismo Capellán de la *Magallanes*.

Nos limitaremos a decir, casi para coronar este modesto escrito con una verdad consoladora: Aquellos Jefes i oficiales que al frente de sus batallones saltaron los primeros sobre las trincheras enemigas, las bañaron con su sangre i allí sacrificaron jenerosamente la vida; aquellos soldados que soportaron toda privación, que arrojaron cualquier peligro, que desafiaron valientemente la muerte, que bajo un granizo de plomo no retrocedieron un paso, que señalaron cada jornada con una espléndida victoria, fueron, en su inmensa mayoría, hijos devotos de la Religión católica.

A la sombra de esta Religión aprendieron a amar a la patria i a sacrificarse por ella. Fueron valientes hasta el heroísmo, porque no se avergonzaron de confesar a su Dios i seguir las enseñanzas de su religión. Dios i Patria se entrelazaban admirablemente en su corazón.

La muerte no los espantaba; porqué con los ojos de la fe veían más allá de la tumba al Ángel de Chile mandado por Dios para premiar el cumplimiento de uno de los más sagrados deberes: el sacrificio de la vida en las aras de la Patria.

I en ejércitos así formados la victoria es la recompensa ordinaria. Lo hemos dicho en otro lugar: « Un pueblo moral, gobernado con sabias instituciones, amante del trabajo, observante de la religión e idólatra de la patria, no puede menos de

repetir los prodijios de valor que se narran en las antiguas historias de Grecia i de Roma. »

Los aliados fueron superiores en número, mas estaban faltos, sentimos decirlo, de aquellas ventajas morales, de que abundaron los chilenos.

Lo hace tanjible cuanto hemos dicho en el curso de este libro, fundados en la palabra autorizada de ilustres peruanos i en los testimonios imparciales de escritores neutrales.

La Providencia fué pródiga de sus dones hácia esas naciones; mas sus habitantes, lejos de aprovecharlos para hacer a la patria fuerte, grande i respetada, los hicieron objeto de conveniencias personales.

En vez de consagrarse al estudio i buscar en la aplicación un nombre laudable i una subsistencia honrada; en vez de procurar a la patria las dulzuras de la paz interior i, dedicándose al trabajo, buscar para sí mismos un patrimonio sin remordimientos i un pan endulzado por la honradez, prefirieron vivir de los bienes del estado, que disputáronse el uno al otro con la espada en la mano.

Las guerras civiles han sido el continuo azote de esos pueblos desgraciados.

I de pueblos crecidos en medio de las calamidades de las guerras fratricidas, sin hábitos de orden i de sacrificio; sin verdadero amor de patria, a la que se complacian ver envuelta en

perpétua anarquía; sin ningún interés para con sus conciudadanos, que estaban dispuestos a degollar por ventajas personales, era imposible esperar en los momentos de prueba un ejemplo de abnegación, un rasgo de valor.

No han faltado ilustres patriotas i valientes militares: los nombres de Grau, Bolognesi, Canevaro, Iglesias, Campero, Camacho i algunos más serán recordados con admiración; pero ¿de que sirve el sacrificio de unos pocos en medio de tan universal desmoralización de un pueblo?

El que siembra vientos, cosecha tempestades. « Errores i delitos han sido la semilla; errores i delitos debia ser la cosecha », decia a sus conciudadanos un diputado peruano. ¡Ojalá pudiera abrigarse al menos la esperanza de que se verán cumplidos los votos espresados por el diputado Hernandez en la citada asamblea de Cajamarca! « Si aspiramos, decia, a la rejeneración del Perú sobre la base de su estrecha unificación, es necesario sacudirnos de toda pasión mezquina, olvidar para siempre nuestras disensiones internas, levantar un muro de granito entre el pasado i el porvenir, i marchar entusiastas por el sendero rehabilitador, con una sola i común aspiración: la salud i el engrandecimiento de la patria. »

Mas « no estamos en la época de los milagros » exclamaba oportunamente otro peruano.

Despues de tantos desastres, despues de tan de-

plorable miseria, despues de tan acerbos desventuras, como aquellas por las que atravesó la nación peruana, se firmó la paz con Chile.

Los soldados chilenos regresaron a la patria soberbios por los laureles del triunfo i ricos de las ventajas de la victoria, i volvieron sin esfuerzo a los hábitos de la vida pacífica, consagrándose al trabajo.

Los soldados peruanos, cargados de deshonra i cubiertos de vergüenza, quedaron con la espada desenvainada, no ya contra el enemigo extranjero, que no supieron vencer, sino contra sus propios compatriotas, a los cuales siguieron despojando i desangrando, hasta que despues de repetidos combates entre las tropas del Gobierno i las del Jeneral Cáceres, éste pudo derribar del poder al señor Iglesias, haciéndose proclamar Presidente de la República.

Los comentarios al lector.

A nosotros no nos queda sino hacer el voto ardientísimo de que vuelvan en sí de una vez los dejenerados hijos del Perú, i cesen de desgarrar por más tiempo el seno de la patria, i se cumplan los deseos de los verdaderos patriotas, que la quieren próspera i vigorosa, « siguiendo los senderos del trabajo, del orden interno, de la justicia, de la economía i de todas las virtudes. »

Otro voto, que sale del fondo del corazón, hacemos también para el afortunado Chile.

La Religión, que es escuela de verdadera moralidad, ha infundido en el ánimo de sus hijos las virtudes cristianas i cívicas, que han hecho de ellos el modelo de las repúblicas americanas.

La religiosidad i moralidad de su pueblo han preparado las grandes victorias, que le han merecido entre las naciones un nombre inmortal.

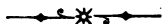
Dios, en cuyas manos está la humillación i el engrandecimiento de las naciones, le ha dispensado su protección, haciéndole superior a sus numerosos enemigos i conduciéndole a espléndidos triunfos.

¡Sea grato, pues, hácia aquella Religión sacrosanta, a fin de que esté siempre lejos de ese suelo querido el castigo de los ingratos!

¡Sea reconocido hácia Dios, para que sea siempre merecedor de la divina protección!



APÉNDICE



DISCURSO RELIJIOSO-PATRIÓTICO

PRONUNCIADO EN LA IGLESIA MATRIZ DE CHILLAN
POR EL MISIONERO FRANCISCANO

P. BENEDICTO SPILA

EN LA SOLEMNE RECEPCIÓN I COLOCACIÓN DEL ESTANDARTE PERUANO
el 9 de setiembre de 1890

SEÑOR INTENDENTE ⁽¹⁾:

« Si los hombres notables i sus hechos hacen la honra de su país, los hombres estraordinarios i sus acciones, no ya grandes sino sublimes, no pueden ser el patrimonio esclusivo de una nación; constituyen la gloria de la humanidad entera, que tiene el derecho de enorgullecerse con ellos. »

Son estas las hermosas palabras que pronunció vuestra señoría en una circunstancia solemne en la plaza de la culta Concepción ⁽²⁾.

Por eso, señores, en esta fiesta eminentemente patriótica, en que todo un pueblo, formando corona en torno de sus representantes, viene a humillar ante el Dios de los ejércitos ese trofeo, conquistado heroicamente en la gloriosa jornada de Arica; en un acto en que entusiastas patriotas, justamente

(1) El señor D. Carlos Castellón.

(2) El día en que se instalaron las planchas en la plaza i en las calles de la ciudad de Concepción, bautizándolas con los nombres de los héroes de las últimas batallas, el señor Castellón pronunció un magnífico discurso, del que tomamos las palabras citadas.

enorgullecidos, han excitado en todos los ánimos la más gratas emociones con elocuentes discursos, nadie estrañará que el último de los oradores sagrados, que habla una lengua que no es la suya, se atreva a dirijiros la palabra para cumplir con un honroso encargo. Porque hoi, si me es permitido hacer abstracción, no es el extranjero que paga una deuda sagrada, tributando el homenaje de sincera admiración a una familia de valientes; no es el chileno del más grande afecto que viene a depositar una humilde violeta a los piés de los héroes de su patria adoptiva: ni es solo el sacerdote de Cristo, cuya relijión le habilita para llamaros con el dulce nombre de hermanos, que levanta su voz para entonar un himno de gracias al Dador de todo bien por los singulares favores que ha dispensado visiblemente a esta nación predilecta. Es el hombre que no puede menos de inclinar su frente ante esos seres estraordinarios, que han glorificado su especie con una serie de estupendas hazañas que, como, el sol que alumbrá uno i otro hemisferio, al dar grandeza a este suelo querido, han comunicado la gloria al universo entero; es el miembro de la familia humana que viene a bendecir la memoria de esos guerreros invictos, que mediante el valor heroico con que han despreciado la vida i el arrojado admirable con que han arrostrado la muerte, han reivindicado los derechos de la humanidad i, destruyendo los absurdos principios de una turba de mónstruos que, en pleno siglo XIX, intentan resucitar al dios *Término* del paganismo i confundir con la materia el espíritu humano, predican elocuentemente sus supremos destinos que se coronan más allá de la vida.

Esto nos han afirmado los hechos sublimes que han hido sucediéndose en la guerra presente, desde el heroico combate de Iquique hasta el admirable asalto de Arica; esto nos repite ese bicolor humillado que se ofrece hoi al Dios de las victorias, i este hecho de eterna memoria me proporciona el sencillo argumento que pienso esponer con la brevedad posible, si os dignais escucharme con vuestra proverbial benevolencia: *Ese estandarte conquistado en Arica corona el heroismo del soldado chileno: ese heroismo del militar chileno es el testimonio inequívoco de su eminente relijiosidad.*

Señores: sin deteneros en la inculta forma de mi pobre pensamiento, atended, os suplico, a la expresión sincera de mi corazón.

Parece indudable que los pueblos han querido expresar sus aspiraciones en las figuras dibujadas en sus banderas o buscar un signo que, recordando las glorias de sus antepasados, fuese norma i estímulo para los descendientes. Así vemos que el pueblo de Israel imprimió en los estandartes de las cuatro tribus más insignes los símbolos misteriosos, que indicaran la misión sobrehumana que estaba encomendada a sus hijos (1); que los romanos con sus águilas imperiales revelaban ser ellos los raptos del orbe i los dominadores del mundo; que los franceses con su antiguo oriflama manifestaban la chispa de aquella estirpe guerrera; que todas las naciones, en suma, han levantado su especial insignia i, con sus colores i hasta con supersticiosos jeroglíficos, han reflejado los anhelos que abrazan sus pechos o han trazado a los que están defendidos por su sombra la senda del porvenir. ¿Quien al ver delineadas empinadas cordilleras en medios de una corona de laureles (2), no reconoceria los suspiros de un pueblo de elevarse por la fama de su valor hasta las nubes? ¿Quién al ver un sol, bordado con hilos de oro (3), no diria que aquella nación, como el astro del día, quisiera dar vida i belleza a los que sostiene su suelo? ¿Quién al ver una arjentada estrella en medio de un fondo azulado (4), no confesará que los ciudadanos que en ella se miran desean brillar siempre en el sereno cielo de la felicidad sin las tétricas nubes de degradantes delitos, que envilecen i matan a las naciones más civilizadas?

I es tanto el culto que se presta a ese emblema, que un insulto humillante inferido a ese pendón insensible se considera

(1) En A Lapide.

(2) Escudo boliviano.

(3) Escudo peruano.

(4) Bandera chilena.

como una sangrienta herida a la nación que representa. Por eso leemos que los descendientes de Jacob lo cercaron con los pechos robustos de sus intrépidos combatientes; que Constantino encomendó el sagrado lábaro a cincuenta de los más escogidos de sus lejiones; que todos los pueblos, en fin, en tiempo de guerra forman en su rededor una muralla de bayonetas. ¿Qué cosa más justa entonces que el regocijo de un pueblo que en leal batalla haya obtenido esa insignia como trofeo de verdadero triunfo? Es el testimonio elocuente que para conquistarlo ha desplegado un valor sin igual: no ese valor de que se hizo alarde en las quebradas de Tarapacá, cuando los enemigos de Chile, pasando sobre montones de cadáveres quitaron el estandarte del 2.º de línea, cortando la helada mano del valiente Barahona, que aun frío cadáver lo tenía estrechado, sino ese valor asombroso con que se arrancó del Morro de Arica el estandarte que tengo a la vista, i que, coronando los pasados triunfos, os da derecho de estampar sobre el escudo de vuestra patria el antiguo NON PLUS ULTRA.

¿Exajero yo acaso? No repito más bien, cual débil eco, la admiración de los más espertos marinos? Qué instrumentos bélicos ha inventado el ingenio humano, que no se hayan frustrado ante esos guerreros, que han resucitado la memorable consigna: *Vencer o morir*? Yo veo débiles barquichuelos que resisten a formidables monitores; no hablo del hecho heroico de la gloriosa *Esmeralda*, que basta por sí solo para dar a Chile envidiable grandeza; me refiero a la *Magallanes* que sostiene con el *Huáscar* serio combate, que da por curioso resultado la fuga del fuerte ante la irresistible energía del débil. Veo alturas inaccesibles como la de Pisagua, en que la naturaleza i el arte se ofrecian a porfia para que los hijos del Sol, una vez siquiera, conservasen entre el humo de la pólvora el brillo del que llaman su padre; mas vuestros soldados atacan al atrincherado enemigo con nuevo jénero de batalla, elevándose en el espacio sostenidos por sus bayonetas, e imposibilitados para hacer uso de sus armas, podemos decir, que lo derrotaron con presentar, cual seguro blanco, sus pechos descubiertos. Veo numerosos batallones en San Francisco i

Tarapacá: se diría con aquel antiguo espartano que vuestros soldados iban a batirse a la sombra de una nube de plomo; mas el número de los enemigos no sirvió sino para dar realce al heroísmo de un puñado de bravos. Veo cañones Krupp dispuestos a vomitar esterminio i muerte en los altos de Tacna, i en inatacables trincheras aguerridos soldados, que forman el orgullo de Montero i la esperanza sólida del jeneralísimo Campero; sin embargo, el chileno los acomete, los bate i destroza, i, cosechando a manos llenas fragantes laureles, dice una vez más a la desgraciada Alianza que el acero i la metralla no detiene el empuje de vuestros valientes; le confirma con la imponente voz del heroísmo que todo instrumento de guerra es inútil ante esos corazones blindados.

Para desconocer ese valor indomable que ostentan la escuadra i el ejército, que es igual en el grumete i en el almirante, en el recluta de un día i en el veterano esforzado, se necesitaria haber nacido bajo una atmósfera preñada de *camanchaca*. Sin embargo, ¿pronunciaré una proposición avanzada si os digo que ese estremado valor recibe su mayor lustre del heroísmo de los conquistadores de ese hermoso trofeo? Sé que las comparaciones son odiosas al tratar de militares que, colocados en el puesto de honor, todos saben cumplir con su deber; me es grato confesar que desde el desembarque de Pisagua hasta la batalla de Tacna, se han hido tejendo coronas todas preciosas i bellas; pero, en el asalto de Arica hai circunstancias especiales, que dan un gran realce al valor del chileno. Pues, a más del terrible monitor, dispuesto a diezmar las filas de vuestros batallones; de fosos i trincheras, que dejan impune al último resto del ejército enemigo; de grandes cañones montados sobre fortalezas inespugnables, que hacen temerario el acceso del hombre, vuestros valientes tienen que marchar sobre una simple capa de tierra, que los separa de un abismo horroroso.

¡Oh! ¿quién se atreverá a dar la voz de mando i lanzar a esos bravos a una segura destrucción? ¿Quién pretenderá del hombre que acometa a la muerte, que tiene sus fauces infestadas de dinamita?... ¡Denodados guerreros, que llevais en vues-

tras cien frescos laureles, hermoseados con la sangre de los héroes de Tacna, mirad, os lo ruego, el tricolor de la Patria, que jamás ha sido humillado por mano enemiga! Detenerse a la puerta de lo imposible todo hombre justo lo aprueba; evadir una arma alevosa, todo valiente lo aplaude; evitar estériles sacrificios la cariñosa patria lo pide! ¿No sentís que al estampido del cañon responde el estruendo de las minas? No veis mezclados con las ruinas los mutilados miembros de vuestros compañeros? ¡Detened vuestro arrojo temerario, i no se glorie la Alianza de vuestra honrosa hecatombe!.....

¡Un melodioso himno se entona!... es el himno de la Patria que hacen más bello los rívas entusiastas de los vencedores, que saludan el tricolor inmaculado que flamea sobre la cima del Morro, donde se ha arrancado ese estandarte de la Alianza!

¿Dónde está el coronel valeroso que en aquella memorable jornada dió el grito de mando i vió coronado su esfuerzo; que impulsó a un hecho de armas que le ha cubierto de gloria, para preguntarle: cuál fué el gran secreto, que llevó a tanto heroísmo a tus invictos campeones?, ¡Mas qué! ¿No lo dice elocuentemente la ceremonia sagrada que tiene conmovida nuestra alma? No lo anuncia ese trofeo de victoria que se ha humillado ante el altar del Eterno?

El grande Alejandro hizo levantar un altar para venerar el *Miedo* i suplicarle de hinojos que no se apoderase nunca del ánimo de sus conmlitones. El valiente Jefe de la expedición de Arica ¿que altar habia levantado para hacernos contemplar el raro espectáculo que ofrecieron sus leñones al sortearse la gloria de entrar primero en combate, buscando ansiosas el lugar del peligro i marchando alegres sobre un puente de dinamita, espuesta a estallar al tope de sus plantas? El altar que espanta el miedo e infunde el valor lo lleva en su alma el militar chileno. Éntrese en su corazón i se hallará allí fabricado por una mano maestra: se hallará en su centro la augusta imagen de la relijión, colocada por los cariñosos desvelos de su madre cristiana, i se verá en ella la inspiradora de su fortaleza heroica.

En efecto, el más grave deber que se ha impuesto al hombre social está espresado en una palabra sublime, que se imprimió en su corazón cuando el supremo Hacedor dirigió al semblante de nuestro progenitor el soplo de vida: *Amor*. I aunque el cumplimiento de este deber, sobre el cual descansa la moral cristiana i la felicidad de los pueblos, sea estensivo a toda la humanidad; sin embargo, exige su principal esmero lo que constituye la Patria; los que nacieron en el mismo suelo, que nos refrescó con sus áuras: a éstos debe dirigirse el amor más ardiente, so pena de hacerse acreedor a un anatema de muerte: *Qui non diligit manet in morte* (1).

Mas ¿dónde se inspirará el patriota para reducir a la práctica ese deber esencial? En esos héroes de novela, que por impúdico celo arrojan el guante de desafío; por una pasión de romance se destapan los sesos, por un despecho innoble se entregan desesperadamente a la muerte? El amor que la Patria exige, ¡oh no, no es el parto de supremas locuras! El amor que la Patria impone, es hijo de la religión, que aconsejando el sacrificio en cumplimiento de un deber, hace de la vida un inmaculado holocausto para el bien de sus conciudadanos. Solo cuando se ennoblece con esta idea es bello el sacrificio, dice un gran pensador. Por eso es bello el sacrificio de Codro, que muere por la prosperidad de Aténas; el de Leonidas, que se espone por la libertad de la Grecia; el de Curcio i Régulo, que se ofrecen por la salvación de Roma; el de Sansón, que se consagra a la muerte para sostener la fe de sus padres; el de todo los héroes, que registra con orgullo la historia sagrada i profana, inmolados solo por importantes deberes.

Pues bien, ¿no es esa la fuente del heroísmo del soldado chileno? El es religioso, desde que con la leche materna se infundió en su espíritu el amor a Dios i a su Patria. Alimentada su alma desde el albor de su vida con las máximas del Evangelio, su voluntad se doblegó con dulce violencia al cumplimiento de las obligaciones domésticas, i se abrió camino para

(1) Juan 15, 13.

facilitar la práctica de los deberes sociales; i asociándose la divina enseñanza que el *verdadero amante sacrifica su vida por el bien de su amado* al sublime ejemplo del Mártir del Gólgota, primer ejemplar del heroísmo cristiano, se colocaban en su seno los jérmenes de ese valor, que los ha hecho inmortales.

Por eso cuando he leído las hazañas de los soldados espartanos, entusiasmados por las palabras, de sus varoniles madres, no he podido menos de esclamar: ¿que portentos no hubiera obrado aquella raza belicosa si, en vez de supersticiosas arengas, hubiera oído el acento de la religión cristiana? Si en lugar de la consigna mundana, que les recordaban al entregarle el escudo: *Vuelve con él o sobre él*; hubieran oído las palabras solemnes que dirigió a Sinforiano su esforzada madre, al verle conducir al martirio: *Hijo, recuerda al Dios viro, i piensa que no vas a perder la vida, sino a cambiarla en otra infinitamente mejor* ⁽¹⁾? ¡Oh! hubieran efectuado los prodijios que ofrecen a la admiración del mundo los anales del cristianismo! Hubieran sido héroes admirables como los hijos de las venerandas matronas, que cubre con su manto estrellado el cielo chileno. ¡Hijos de la religión, que en el amor, que ella sola sabe inspirar, han aprendido esa fortaleza heroica que los ha hecho capaces de medir sus fuerzas con la misma muerte: *Fortis est ut mors dilectio*! ⁽²⁾. ¡Guerreros cristianos, que, al sacrificarse por el más sagrado de los deberes sociales, han retemplado su ánimo con la esperanza del más digno de los premios!

Efectivamente, señores, la esperanza de una digna recompensa es el estímulo del corazón humano en el camino de la vida; i ésta no puede ser la sola satisfacción del deber cumplido, como consta de todos los actos del hombre, sino algo que esté fuera del mismo, i adornado de tantos atractivos, de tan encantadora belleza, que impela la voluntad humana i la fascine de tal manera que le haga agradables los sacrificios más

(1) GENTILUCCI, *Il perfetto leggendario*.

(2) Cant. 8, 6.

cruentos. Lo confirma el apóstol san Pablo, quien para combatir varonilmente la buena batalla, tenia siempre presente la refulgente corona de la justicia: *Bonum certamen certavi... ideo reposita est mihi corona justitiae* (1).

¿Qué recompensas puede ofrecer la patria al jeneroso soldado, para que, sacrificando su vida, corte con intrépida mano las afecciones más caras i rompa sin piedad los idolos queridos que tiene levantados en el alma? He leído los premios que prodiga la patria a sus hijos valientes: recuerdo con grato placer que mientras ilustres municipalidades rendian el tributo de admiración a los batallones vencedores o se asociaban al dolor de los deudos desconsolados, el Gobierno ha abierto sus arcas para recompensar los sacrificios, haciendo menos sensible la pérdida de tantos seres amados, esforzándose en llenar con dinero aquel inmenso vacio que dejó el hijo, el esposo, el hermano; me complazco en repetir que un pueblo noble i jeneroso ha hecho un voto común de no olvidar los nombres que pronuncia el mundo con veneración i cariño, i de consignar al frio bronce el remedio para la ingrata memoria. Mas ¿es este el poderoso atractivo que ha llevado el soldado a la muerte? es este el único encanto que le ha hecho tener en menos la vida? ¡Oh! no mancilleis el sacrificio de vuestros ilustres soldados, llamándolos victima de un móvil innoble! ¡Conque el célebre Leonidas, que con un puñado de bravos fué a tejer con su vida el precioso manto que debia adornar a su Grecia, no fué impulsado sino por la sed de efimera gloria, para legar su nombre a la historia, para llevar su patria a la grandeza! Oidle hablar a los suyos, aunque en tono festivo, i descubrireis el secreto de su estupenda proeza: *Os convido a cenar esta noche con Plutón*. Aquellos guerreros que habian celebrado su muerte con fúnebre combate, que habian retemplado su valor con relijiosos sacrificios, volaban con el pensamiento al seno de sus dioses; aspiraban a una vida donde, según sus creencias, se divinizaban a los héroes; i no ponian su corazón en fútiles

(1) II. TIM. 4, 7.

honores ni su esperanza en los premios de la patria terrena, que suele pagar ordinariamente con ingratitud monstruosa. Dígalo Esparta, que solo mui tarde hizo grabar unos versos en el lugar del combate que la había cubierto de gloria.

El móvil principal que ha llevado a vuestros bravos a jenerosos sacrificios i les ha merecido fúlgidas coronas lo creo sobrehumano, señores. Formados en los preceptos sublimes del cristianismo que, llevados a la práctica, perfeccionan el espíritu humano; recordando la bella enseñanza, que repetian con lengua balbuciente en el regazo de la madre, que esta tierra, donde brotan a los piés del hombre punzantes espinas, es lugar de peregrinación i de prueba; que la patria terrena es como el vestibulo de la patria celestial, llevan en su alma la idea de la inmortalidad i, por lo mismo, sus anhelos son hácia aquella mención de delicias, donde se recompensa dignamente el sacrificio de la vida. Asi lo cantaba un nuevo Tirteo en el campamento de Tacna la víspera de la gran batalla:

«.....yo espero en Dios.
El me consuela en mis pesares
Con la esperanza de otro existir:
I, hoi que lo exige la Patria mia,
Puesto en sus manos, vuelo a morir (1).»

¡Soldados admirables, que como saben manejar con igual maestría el fusil i la lira, así han sabido unir maravillosamente la Religión i la Patria! Lo sabe Chile que los ha visto piadosos en el templo, incansables en el cuartel; con humildad a los piés del confesor, con intrepidez al frente del enemigo; llorando de ternura por los paternales consejos del sacerdote, sin derramar una lágrima bajo la cuchilla del cirujano; en suma, religiosos ciudadanos en tiempo de paz, denodados militares en tiempo de guerra.

He aquí, señores, porque se admira tanta valentía en vuestros soldados: son valientes; luego son religiosos. ¿Este sencillo

(1) Publicado en *El Nuevo Ferrocarril* el 23 de agosto de 1880.

argumento no se presenta a vuestro ilustrado entendimiento en toda su belleza i verdad? ¿Habrá un hombre de sana razón el cual se persuade que un soldado materialista, un militar sin la consoladora esperanza de la relijón, pueda aspirar siquiera a los honores del heroismo, de que han dado brillante prueba los vencedores de Arica? ¡Oh no! El que acercándose a un terreno minado, hubiera considerado su oscuro seno como término de los suspiros del hombre, el límite de las grandes aspiraciones del mortal, el abismo donde se anonadan los sacrificios sublimes de los jenios privilegiados, hubiera estrechado con efusión indefinible su cara vida material i no la habria espuesto a la suma desventura de la destrucción, que la misma naturaleza aborrece. El que, espuesto a volar por la explosión de la dinamita, se creyera condenado a una rejión que no encierra sino el inmenso vacío de la nada, sin una centella de luz que le muestre las bellezas de lo infinito, en vano le habriais estimulado al sacrificio de la vida con los lisonjeros nombres de gloria mundana e inmortalidad terrena: nombres pomposos, que no teniendo significado real fuera de Dios i de su relijón sacrosanta, no lo hubieran hecho desprenderse de una tierra, que forma su paraíso.

Mas estos no pueden ser nunca vuestros soldados, los hijos de madres chilenas, que han puesto en su alma el noble sello, que los habilita para todo lo grande, i de un modo tan indestructible, que se verifica en ellos lo que ha dicho un ilustre escritor: « Si la madre se ha hecho un deber de imprimir profundamente en la frente del hijo el carácter cristiano, puede estar segura que la mano de la incredulidad no lo borrará jamás ⁽¹⁾. » Puede acontecer que el ardor de juveniles pasiones, la disipación de la vida militar, la moda tremenda de aparecer lo que no son, hayan puesto un velo sobre ese signo venerando, estampado con los ardientes besos de la cristiana madre; mas en la hora del peligro, en el momento del sacrificio que la patria les ha exigido, esclamando con Lamartine: *¡O Dios de mi cuna,*

(1) DE MAISTRE.

sed vos el Dios de mi tumba! se han lanzado sin temor contra la muerte i han alcanzado sobre ella gloriosas victorias, como la del inmortal hijo de Chillan, San Martin, quien, llevando sobre las alas del heroismo a su intrépido rejimiento, ha coronado el valor indómito de sus conmlitones i, digno imitador de Prat i Serrano, ha dado mayor brillo a los sacrificios de Argomedo i Blanco, de Ramirez i Valdivieso, de Santa Cruz i Jarpa, de todos los valientes, en una palabra, que han llevado el nombre de Chile hasta la epopeya.

Ved, señores, con cuanta justicia se ha colocado ese estandarte en el templo santo. La ilustre Municipalidad, al hacer este acto religioso, se ha hecho el intérprete fiel, no tanto de los que disfrutan de las delicias de la victoria, sin haber sufrido las penalidades de la guerra, sino de los que están todavía ennegrecidos por el humo del cañon, que llevan en su cuerpo gloriosas cicatrices i en sus huesos las consecuencias de la árdua campaña; i al rendir el homenaje de gratitud a Dios, dispensador de las victorias ⁽¹⁾, levanta el monumento más digno al valor de sus soldados. Escribia un sarjento de Tacna: «Despues de algunas palabras que nos dirijieron nuestros capellanes, i despues de recibir sus bendiciones, recibimos orden de avanzar sobre las trincheras enemigas. Todos marchamos resueltos i alegres. Dios me ha tenido aparte de todos los peligros del combate ⁽²⁾. » Es esta, señores, la espresión unánime de vuestros soldados. I bien, si Dios, en quien vuestros bravos han puesto su confianza, es el que los ha sostenido en los peligros del combate; si Dios ha infundido en sus pechos la alegría en presencia de la muerte, dad a Dios el honor i la gloria: *Soli Deo honor et gloria* ⁽³⁾; i al pagar una deuda sagrada, legais un gran precepto a la jeneración venidera.

El invicto Josué, haciendo colocar en el campamento de Jericó las doce piedras que habia hecho sacar del Jordán, dijo

(1) II Machab 13. 21.

(2) Carta del Sarjento Caro; publicada en *El Telégrafo* del 20 de agosto de 1880.

(3) I Tim. 1.

a su pueblo: « cuando mañana os preguntaren vuestros hijos ¿qué significan estas piedras? les direis: para que reconozcan los pueblos de la tierra la mano fortísima del Señor, i vosotros temais a vuestro Dios en todo tiempo ⁽¹⁾. » Del mismo modo cuando esa juventud, que está llamada a renovar la sociedad i a perpetuar vuestras glorias, sea preguntada por sus tiernos niños: ¿Qué significa ese estandarte peruano colocado en el templo de Dios? No solo les contestarán con una palabra autorizada: « esa bandera es el fruto del valor del intrépido rejimiento 4.º de línea que constaba en gran parte de soldados de esta provincia, i que, mandado por el valiente hijo de Chillán, San Martín, se distinguió más en el asalto de la plaza de Arica ⁽²⁾, » sino que: ese trofeo es la prueba inequívoca del heroísmo admirable del militar chileno i el testimonio elocuente de su religiosidad: sed vosotros como ellos religiosos ciudadanos, i sereis como ellos valientes militares.

(1) Josué IV.

(2) Nota del Ministro de la Guerra al coronel Lagos, publicada en *El Nuble*.



IL PADRE SPILA

di G. B. B. B.

Il Padre Spila è un uomo di una vita cristiana italiana, di una vita che ha fatto di lui un uomo di una vita italiana, di una vita che ha fatto di lui un uomo di una vita italiana, di una vita che ha fatto di lui un uomo di una vita italiana.

Il Padre Spila è un uomo di una vita cristiana italiana, di una vita che ha fatto di lui un uomo di una vita italiana, di una vita che ha fatto di lui un uomo di una vita italiana, di una vita che ha fatto di lui un uomo di una vita italiana.

Il Padre Spila è un uomo di una vita cristiana italiana, di una vita che ha fatto di lui un uomo di una vita italiana, di una vita che ha fatto di lui un uomo di una vita italiana, di una vita che ha fatto di lui un uomo di una vita italiana.

Il Padre Spila è un uomo di una vita cristiana italiana, di una vita che ha fatto di lui un uomo di una vita italiana, di una vita che ha fatto di lui un uomo di una vita italiana, di una vita che ha fatto di lui un uomo di una vita italiana.

L'Espresso, Roma, 27. Novembre 1986.

Il Padre Spila, con tutta la sua vita, ha fatto di lui un uomo di una vita italiana, di una vita che ha fatto di lui un uomo di una vita italiana, di una vita che ha fatto di lui un uomo di una vita italiana, di una vita che ha fatto di lui un uomo di una vita italiana.

primitissime della storia, viaggiatore, colonizzatore, missionario della civiltà sempre ed in ogni parte del mondo, ha ricambiato ognora del suo meglio i benefici della ospitalità; nobilmente così potendo sdegnare la taccia, oramai vieta e sfruttata, d'ingratitude, della quale si compiacciono continuamente regalarlo i latini fratelli di oltre Alpe. Parla giusto ed onesto il Padre Spila in dire essergli ispirato questo libro anche da un *dovere di gratitudine verso un popolo che dà benevola ed affettuosa ospitalità a molte migliaia di cittadini italiani*.

La seconda edizione, molto accresciuta e migliorata sulla prima, avvalorata di novelli storici documenti, edita in nitidi ed eleganti tipi, devesi agli attacchi di parzialità, cui lo Spila fu fatto segno, e che egli con diritto e con successo combatte. Questo libro vuole altresì considerazione e plauso sotto l'aspetto degli interessi italiani, comechè, informato a conciliativi sentimenti, quali si convengono alla nobile missione di un sacerdote affezionato alla religione, sdegnoso di antipatriottico politicare, io mi pensi abbia giovato all'equo componimento della vertenza commerciale italo-chilena proprio quanto lo ha danneggiato, combattuto, ritardato il libro sulla *Guerra del Pacifico* di un altro nostro connazionale, troppo è troppo apertamente vincolato agli interessi di uno dei belligeranti, sì che quegli abbia dovuto completamente abdicare a quella imparzialità, che è condizione *sine qua non* di ogni scritto, che pretenda il titolo di storia.

Senza disconoscere nel libro dello Spila talune mende, come talvolta il fraseggiare predicatorio, frutto omogeneo della speciale educazione dell'autore e certe idee, alle quali non del tutto assentiamo, non esitiamo ad assegnargli un onorevole posto tra le odierne pubblicazioni.

Dopo tutto il Padre Benedetto ha dovuto combattere un'aspra battaglia per il proprio idioma, che ai nostri, lungamente residenti nelle Repubbliche del Sud-America, fanno quasi sempre dimenticare le rare circostanze di parlarlo, la stessa facilità onde apprendono lo spagnuolo e di questo la somiglianza all'italiano, e ne è uscito con onore. Il suo libro è ricco di interessanti aneddoti, reca descrizioni efficaci e che sia forte di veri-

dicità storica possiamo confermarlo noi, i quali degli eventi, dallo Spila narrati, fummo testimoni oculari.

Come cittadino italiano, il Padre Spila deve essere ascritto fra i benemeriti, egli che in undici anni di missioni, quasi sempre fra le barbare tribù araucane, che osteggiano le frontiere del Chili, fece risplendere la civiltà italiana. I missionari italiani, affermano onoratamente la civiltà nostra e l'amore alla patria italiana. Essi meritano maggiori cure dal governo anche nell'interesse politico e commerciale dell'Italia, della quale conservano con faticosa tenacità, cozzando contro mille ostacoli, le onorande tradizioni di civiltà.

F. S.

L'Opinione (Roma), 8 Dicembre 1886.

Un libro italiano che parli di una regione dell'America del Sud, in cui gli italiani e i liguri specialmente hanno tanti interessi e tanta parte del loro sangue, non può essere che il benvenuto fra noi, tanto più se sia scritto con quella spigliatezza di stile con cui lo dettava il ch. autore, zelantissimo missionario, decoro dell'Ordine francescano.

Questo volume di quasi quattrocento pagine è di magnifica edizione della tipografia della Pace in Roma; è una splendida confutazione di una così detta *Storia della guerra d'America*, di un certo Caivano, il quale essendo vissuto nel Perù, sembra abbia avuto la missione di trascinare nel fango la Repubblica chilena, a cui tanta gratitudine debbono i missionari e molte migliaia di coloni, genovesi in maggioranza, per la generosa ospitalità che vi ricevono. E che sieno genovesi si rileva da un capitolo fra i più interessanti del libro: « I chileni e gli italiani. »

Quindi nessuno meglio degli abitanti di Genova e dei paesi del litorale ligure può interessarsi di un libro che parla minutamente di luoghi dove dimorano i loro cari.

Noi ne raccomandiamo la lettura destinata anche a rettificare molti giudizi erronei che emisero varii giornali nel corso della guerra contro il Chili.

Il Cittadino (Genova) 11 Dicembre 1886.

Quanto sia importante questo libro lo dimostra il lodevole fine manifestato dall'autore nella prefazione; rettificare cioè una *Storia della guerra d'America* dell'avv. Caivano, il quale, sposata, a quanto sembra, la causa dei suoi amici peruviani, tenta deprimere la società e le milizie del Chili.

Il contraddittore del Caivano, che, come egli stesso confessa, è vissuto undici anni in mezzo a quei popoli, oltre a quello da lui osservato dal principio della guerra fino all'ingresso trionfale dell'esercito chileno in Lima, ha a suo favore documenti ufficiali estratti dal « Bullettino della guerra del Pacifico » e, quel che più monta, si appoggia sulle testimonianze autorevoli di due egregi scrittori italiani, cioè il sig. Perolari-Malmignati, che in allora trovavasi presso la Legazione Italiana a Lima, e il sig. Santini, distinto medico del *Duilio*, che a quell'epoca era colla *Garibaldi* nelle acque del Pacifico. Quindi con prove irrefragabili giunge a dimostrare vittoriosamente come il libro del Caivano sia storia parzialissima, che offende gratuitamente una nazione degna di ammirazione e di plauso.

Il Popolo Romano (Roma), 15 Dicembre 1886.

Il Chili nella guerra del Pacifico è il titolo di un libro del P. Benedetto Spila da Subiaco, missionario emerito del Chili, da noi già altra volta annunziato e commendato, quando ne leggemmo la prima edizione. Ed oggi che l'autore ne ha fatta la ristampa accrescendo il suo dotto ed imparziale lavoro del 1883, sulla guida del *Boletin de la guerra del Pacifico*, dell'opera *Il Perù e i suoi tremendi giorni* del sig. Perolari-Malmignati, e del *Viaggio della « Garibaldi »* del signor Santini; ne rinnoviamo le lodi e dividiamo con l'Autore ancora una volta le sue simpatie col prode popolo chileno.

La Discussione (Napoli) 28 Dicembre 1886.

Quando si dice che piccola scintilla gran fiamma seconda!... Or dunque una contribuzione di *dieci soldi* imposta dal governo della Bolivia ad ogni quintale di salnitro della Compagnia Chi-

lena di Antofagasta, fu causa della lunga e sanguinosa guerra che s'iniziò nel febbraio del 1879, e terminò col trattato di pace dell'ottobre 1883. Perciocchè quella tassa insignificante non era solamente una violazione di comuni accordi tra il Chili e la Bolivia, stipulati nell'anno 1866, ma una previsione di più gravi soverchierie. Il Chili reclamò, ma il suo reclamo non fu ascoltato; costretto, dichiarò la guerra alla Bolivia, e perchè questa s'era unita col Perù, il Chili dichiarò la guerra al Perù ancora. Era la guerra del diritto contro la prepotenza e la forza, quindi la guerra di *due* contro *cinque*, perciocchè di due milioni di abitanti si compone il Chili, e la Bolivia di oltre due milioni, e al di là di tre milioni il Perù: tuttavia i Chileni vinsero sempre anche contro la superiorità del numero, perciocchè quei soldati credenti e prodi, portando in cuore e sulle labbra il motto *Dio e Patria*, forti di quelle virtù civiche e cristiane che la sola religione sa ispirare, combatterono colla volontà di sacrificare generosamente la vita per l'onore e la salvezza della Patria. Cotesta guerra è stata da più storici descritta alla stregua della verità in moltissime date e fatti, e specialmente dal sig. Santini nell'importante *Viaggio della « Garibaldi »* il quale, comechè stato diciannove mesi nelle acque del Pacifico, fu testimone di veduta; dal signor Perolari-Malmignati nella bell'opera *Il Perù e i suoi tremendi giorni*. Però è stata scritta pure col titolo di *Storia della Guerra d'America* dall'avv. Tommaso Caivano, ma non con imparzialità, e con apprezzamenti falsi anche in fatto di religione. Noi certamente non ci brighiamo conoscere il perchè di questo procedere in uno storico, il quale pure ha delle buone qualità; ma uno scrittore il quale si permette di scrivere che: *Il Clericalismo con i suoi inseparabili effetti, ignoranza, superstizione e bigottismo, è tra le piaghe sociali che più fortemente travagliano il Chili*; e questo *a priori* ed *a posteriori*: che i Peruviani perdettero perchè *una sterminata falange di Preti e Frati ammorbarono l'esercito avvilenando e scoraggiando i soldati colla loro predicazione*, non può essere uno scrittore sincero, uno storico leale.

Ora il P. Benedetto Spila da Subiaco, M. R., stato undici anni Missionario nella Repubblica Chilena, reduce in Italia nel

1882, venuto a conoscenza della storia del Caivano, dove son travisate le cose più notorie e i fatti più conosciuti, per un dovere di gratitudine e di giustizia, scrisse, come memoria gli dettava, la vera storia di quella guerra, mettendo le cose al proprio posto; ma poichè quel primo scritto urtò i nervi di parecchi amici del Perù, rifece il lavoro, servendosi dell' autorità ancora di altri scrittori, e più dei citati innanzi, e lo rifece in maniera irrefutabile; ed è appunto quello di cui discorriamo. Il quale, dettato in buona lingua ed in forma spigliata e concisa, con frase garbata e senza declamazione, oltre la prefazione e la conclusione si compone di diciannove capitoli, nei quali, dataci una sommaria descrizione del Chili e dei Chileni, narra la storia della guerra in tutte le sue circostanze, che certo fu una guerra di eroi. Tra essi ci sono due capitoli stupendi *GP Italiani al Chili* e *Le donne Chilene*; parlando poi della religione di quei valorosi dice cose che ne rinfrancano altamente lo spirito.

Ma qui diranno i lettori: che vuol dire quello scrivere mosso dal dovere di giustizia e di gratitudine? — Ecco. Il P. Benedetto presenziò a detta guerra, e testimone oculare della virtù e della prodezza dei valorosi Chileni, non poteva soffrire in pace che essi fossero maltrattati, quindi ha voluto dare con questo libro a ciascuno il suo, nel che fare è giustizia — I Chileni evangelizzati tuttodi da Francescani, Cappuccini ecc., amano e rispettano i nostri, e li appoggiano con una specie di venerazione; e però il P. Benedetto non ha sofferto di veder trascinata nel fango una Repubblica alla quale i Missionarii nostri tanto debbono; e questo è gratitudine.

Ed ora i nostri congratulamenti al chiarissimo autore, nostro confratello.

Eco di S. Francesco (Sorrento), 30 Marzo 1887.



